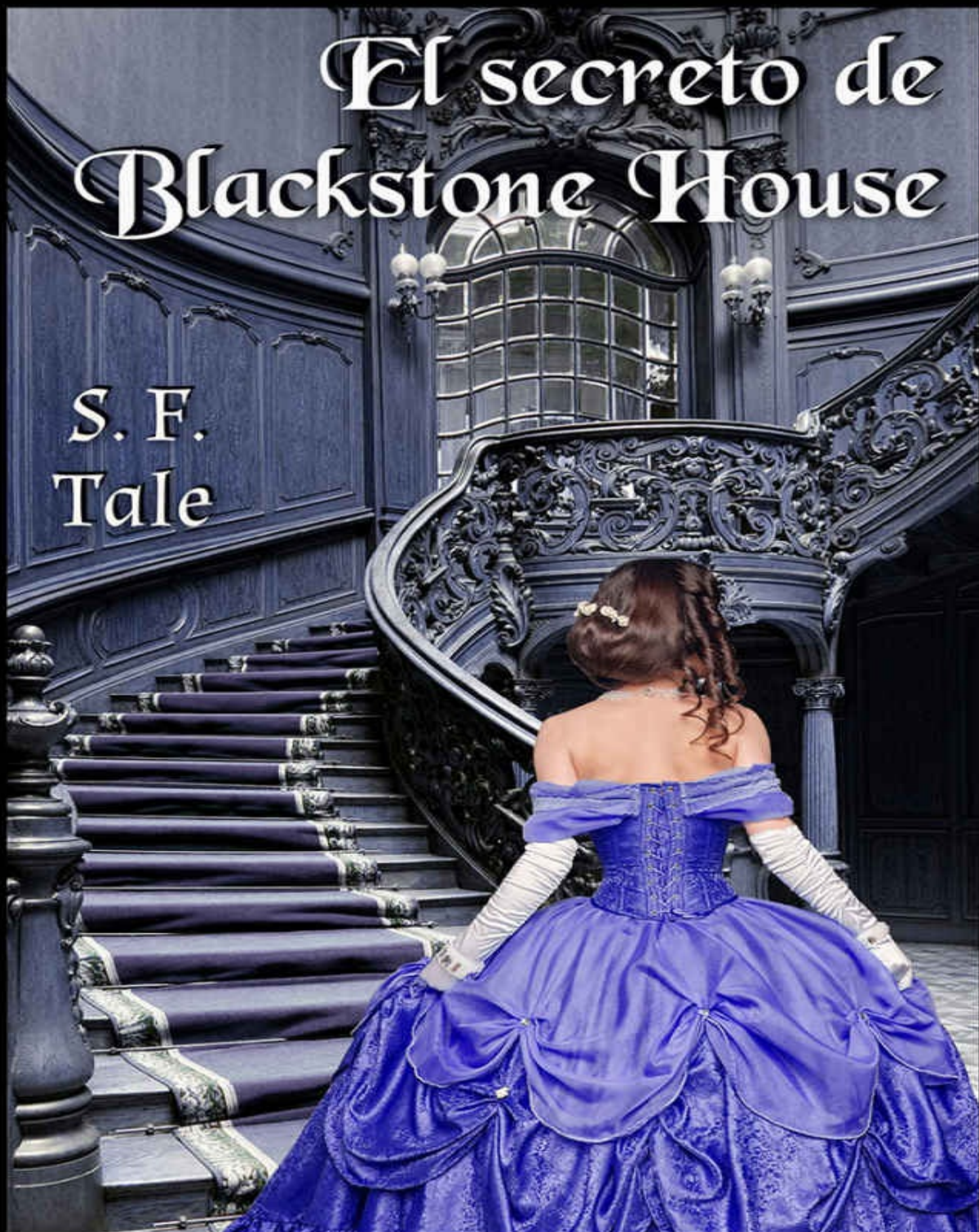


*Selecta*

# El secreto de Blackstone House

S. F.  
Tale



El secreto de Blackstone House

*S. F. Tale*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Prólogo

*Cuenta una vieja leyenda que una noche la Dama Blanca, reina de los cielos nocturnos, conocida por el nombre común de luna, bajó de su reino a dar un paseo por el bosque de Pluckley. En sus inmediaciones se topó con un joven apuesto que también paseaba. Los dos se enamoraron instantánea y perdidamente. Así fue como cada novilunio, ella descendía para encontrarse con su amado. Allí, en el bosque, envueltos por la oquedad de un ancestral árbol, se regalaban apasionadas palabras de amor; él la agasajaba con bellas coronas hechas de flores silvestres, que ella jamás podría contemplar; ella lo deleitaba con dulces caricias.*

*Cada adiós era más doloroso.*

*El amante, desasosegado por estrecharla entre sus brazos una sola vez al mes, le pidió un objeto para verla todas las noches, máxime, en aquellas en las que las nubes no le permitían contemplar su claror. Ella, conmovida a causa de su desaliento, abrió la tierra, de la cual brotó agua y creó una bella laguna. Era mágica, ya que en su superficie se reflejaría siempre, aunque la bóveda celeste estuviese nublada. A partir de entonces, él salía, se sentaba en la orilla y conversaba con ella.*

*En un arrebato, la luna adelantó su visita al plenilunio. Gozosa por su sorpresa, lo buscó en el bosque; en su secreto refugio de amor. No aparecía. Fue a la laguna esperanzada. No lo halló a él, sino a un hermoso lobo en cuyos ojos reconoció a su enamorado. La bestia se abalanzó sobre ella para arrebatarle la vida. Cuando lo tenía encima, con el corazón roto en mil pedazos, desapareció envuelta por una nube brillante, profiriendo un desgarrador alarido que heló la naturaleza, apagó el firmamento y a él le devolvió su forma humana. Triste y enojada, lo iluminó con su argento resplandor y lo condenó: «Réprobos tú y toda tu descendencia. Os convertiréis en lobos hasta que vuestro salvaje corazón se someta al verdadero amor. Solo el cazador romperá este sortilegio». Aquella maldición lo transformó de nuevo en lobo. En su retorno a las alturas, la dama le arrebató a la criatura su sombra, por ello, durante las noches de luna llena, le aúlla rogándole que se la devuelva.*

*Transcurrieron los años y la estirpe del licántropo sufría los estragos de aquella doble vida, saciaba su sed de sangre y rastreaba a aquella que lo redimiera de esa tortuosa maldición. En el devenir de los siglos, se perdió la fe en el cazador, pues ¿quién iba a amar a un hombre lobo?*

*Recopilación de historias y leyendas de Pluckley*

J. B. Blackstone

*P*rimavera de 1866*Once in a blue moon*

Blanco.

Negro.

En ocasiones debes adentrarte en el extremo opuesto —ese que todo el mundo teme—, especialmente, si el blanco se ha tornado en gris. Deambulas en ese derrotero para mantenerte fría, no perder la cabeza y no ceder al peso que portas sobre tus hombros, en pos del bien común de la familia. Una carga insufrible colmada de sueños rotos, de frustrados deseos, que por momentos domeñas, mas otros tantos te enojan. Por ende, para impedir un mal mayor, tomas la decisión de escapar a fin de amarrar bien todos esos sentimientos y confinarlos al rincón de donde no debieron escapar.

Eso mismo hacía yo en plena noche.

Sigilosa, me deslizaba escaleras abajo en la casa de mi abuela; de memoria no pisaba los tablones medio sueltos o que crujían bajo el peso de mi cuerpo, delatores de mi huida. En el último peldaño, salvado ese primer escollo, oí sus leves ronquidos y esperé, quinqué en mano, a que el reloj marcara la medianoche. El estruendo de sus metálicas campanadas amortiguaron el ruido de la puerta de entrada, no así el fuerte resuello de mi abuela que me dio un susto de muerte.

Fuera, respiré hondo. Respiré libre.

Inicié un nuevo paseo nocturno, hábito adquirido de padre, que en sus visitas nos permitía charlar a solas de nuestras cuitas, de ahí que perdiese miedo a la noche. A pesar de ser primavera, una densa niebla cubría la llanura y las colinas de Pluckley; era tal su espesura que la luz no era de ayuda. ¡No podía ver más allá de mí! Me engullía, me disipaba en su interior. Me volvía etérea. La noche se condensaba a mi alrededor. El relente me humedecía la cabellera, el rostro, inclusive el cuello. Así, me arrebujé con la caperuzita de mi capa azul. La dificultad, en tales condiciones, era nimia, no precisaba de un mapa para saber adónde me dirigía, ya que podía proseguir el invisible camino que se abría ante mí. Forjado otrora por transeúntes y carruajes, lo abandonaron obligados, según se apuntaba, a los fantasmas, como Robert DuBois, el bandolero más famoso del lugar, y otras criaturas sobrenaturales que moraban en el bosque, para servirse de la tranquilidad que les proporcionaba esos otros alternativas, además de farragosos.



En el instante que traspasé los límites del bosque, apreté el paso, quería llegar a mi destino presta. A medida que me adentraba más, la niebla se fue disipando. Solo me cubría de caderas para abajo. Oí un leve rugido en la frondosidad que me paró en seco. Estiré el brazo para alumbrar mejor. Miré hacia los lados, ni nada ni nadie me seguía. No advertí nada extraño. Más aún, no era noche de luna llena, estaba convencida, así que los lobos, que durante esas noches deambulaban en este lugar, debían de estar resguardados en sus madrigueras. Retomé mi caminar afinando el oído, solo percibía el frufú de mi vestido sobre la hierba y mis pisadas. Las sombras de la noche se materializaban en los árboles que salían a mi encuentro, prisioneros por una cinta blanquecina de bruma que se extendía entre ellos para desaparecer al arribar a mi destino: el claro del lobo. Denominado así por los lugareños, era una pequeña zona agreste en mitad de la espesura, donde la vegetación no crecía, hecho que nadie podía explicar. Su único morador era una antiquísimo árbol de raíces volantes y una oquedad bastante amplia en la parte baja del tronco. Ese era mi lugar de meditación. Acudía allí en noches que me era inviable conciliar el sueño o alguna preocupación me turbaba.

Otro leve rugido me sobresaltó y expuso la espantosa sorpresa: frente a mí, apareció un lobo.

Paralizada de pánico, le sostuve la mirada.

Y él a mí.

Era el animal más hermoso que había contemplado jamás: su pelaje blanco era solo comparable a la nieve que cubría estas tierras en invierno, salvo el lomo cubierto por una franja oscura que lo embellecía más. El cielo se celaría del límpido color azul de sus ojos. Su belleza no fue suficiente para calmar mis nervios; las rodillas me temblaban y tenía los músculos de todo el cuerpo entumecidos.

—Tranquila, Jo —me susurré—. Hola... Hola..., perrito...

«¡Perrito!», exclamé para mis adentros. Una percepción demasiado optimista, teniendo en cuenta que era un lobo. ¡Era imposible! Alcé la vista a la bóveda celeste y allí estaba la circunferencia perfecta que dibujaba la luna llena. Mi final estaba cerca.

Rugió, mostrándome sus colmillos amenazantes. Todos mis miembros se estremecieron de horror. ¡No podía correr! En cambio él dio un paso al frente, ¡venía hacia mí a paso lento! Para mi asombro, el temor no aplacaba la ráfaga de atracción que me aisló del mundo y me abandonó junto a aquel animal. Mis dedos hormigueaban, querían acariciarlo. ¿Qué me estaba pasando? Era presa de un nerviosismo ilógico, cuya raíz residía en una sensación más oscura. En vez de tener la mente llena de lúgubres y desagradables imágenes del final de mi vida, quería tocarlo. Definitivamente, había perdido la cordura.

—Lobito, lindo... ¡Ay, ay, ay! —exclamé con las muelas apretadas—. No me muerdas, por favor, no me...

Frotó su cabeza contra la falda de mi vestido. Juraría que había ronroneado. Me rodeó; me olfateó sin emitir ningún sonido peligroso, lo que no me impidió cerrar los ojos, asimismo, me aferraba a la lámpara. Se me hizo eterno. Los latidos descompasados de mi corazón me advertían

que si pudiera me dejaría a mi suerte. Permanecí quieta, aguantando las lágrimas que desafiaban derramarse.

Golpeteó su hocico en mi mano izquierda. La extendí; él colocó su cabeza debajo en una muda petición. Los dos compartíamos el mismo deseo: rozarnos. Reaccioné. Asombrada, abrí los ojos de golpe. ¡Estaba acariciando a un lobo! El animal estaba plácido, parecía disfrutar de mis atenciones, de cómo me perdía en su pelaje largo, suave, mullido al tacto. Podría sonar insensato, pero tenía cierto toque placentero. Se movió y asustada separé la mano, que quedó suspendida en el aire. Su reacción fue inesperada: me lamó el dedo anular hasta la altura de la muñeca. Aquel acto que, ni el más erudito en animales podría explicar, me aturdió.

De pronto, un grito congeló el ambiente, que de modo insólito se había caldeado. El lobo miró hacia atrás, rugiendo. Echó la boca a un pliegue de mi capa y tiró de mí.

—¿Qué quieres? —le pregunté, a la espera de una respuesta. Volvió a tirar varias veces. Intuí lo que quería decirme—: Quieres que regrese a casa.

Me soltó como si me entendiera y echó a caminar. Lo seguí. No comprendía aquella situación en la que esa bestia me guiaba. ¿Por qué? El aire me respondió. A lo lejos escuché los aullidos de varios lobos. Corrí. Debía salir del bosque antes de estar rodeada por una manada hambrienta. Mi insensatez había llegado demasiado lejos. El lobo, ese depredador de innoble fama, me salvaba de un ataque seguro de sus congéneres. Aceleré todo lo que el vestido me permitió, para llegar pronto a casa. Los dos manteníamos el mismo ritmo. Al cruzar la valla del jardín, miré atrás justo cuando se oían más aullidos que quebraron la yacente tranquilidad de la noche. Agarré el pomo de la puerta y observé una última vez a aquel animal. Él también lo hizo para, de seguido, perderse en la oscuridad.

Yo entré sin apenas aliento. Cerré la puerta con mi peso y me lancé a las escaleras, que subí de dos en dos. Me tiré en la cama tal cual estaba, vaciando la mente de todo lo ocurrido. No era capaz de discernir si estaba dentro de un sueño o aquella experiencia había sido real.



— ¡Josephine, despierta! —me aplaudió mi abuela delante de la nariz.

— ¡Lo estoy! —protesté, pegando un brinco en la silla.

— Sí, en las nubes.

Mi abuela estaba estirada delante de mí cual alta era. Su rostro, de dulces rasgos ovalados, mostraba su enfado, reflejado en sus chispeantes ojos verdes, semejantes a los de mi madre, al igual que en su boca de labios finos, que desaparecían en una línea. Tuve que controlar mi genio, en los últimos días sus comentarios eran cada vez más hirientes en lo que a mí respectaba. Fruncí la boca para mantenerme callada.

— Estos detalles son provechosos para la vida de cualquier muchacha.

Ese comentario tornó la cocina más opresiva. Una bola de furia fue creciendo en mi estómago. Precisaba salir, a pesar de ser la estancia más grande de la casa. Sus paredes estaban divididas en dos secciones bien diferenciadas: una, cubierta por sencillos azulejos blancos; el resto, junto al techo, pintados del mismo color, captaban la luz que entraba por las dos ventanas y la puerta que daba al jardín trasero. Ese efecto conseguía un mayor contraste entre el color negro de la cocina con horno, situada a mi izquierda, con el marrón del mueble en el que se colocaba la vajilla y la balda que había puesto mi abuelo para poner todos los utensilios. Hacían juego con la mesa, entorno a la cual estábamos sentadas.

— Te facilitarán el trabajo cuando tomes las riendas de tu propio hogar. No todas las mujeres pueden vanagloriarse de administrarlos con decencia y cordura.

«¡Un lobo me acompañó a casa ayer por la noche!», repliqué para mis adentros. No, no iba a revelarlo, todavía no había perdido la sesera.

— A mis hermanas no las instruyó —diseñé.

— La irritante de vuestra tía se me adelantó.

Mis hermanas, Maggie y Elea, habían vivido en Londres con la tía Gertru y participaron en las famosas temporadas; allí conocieron a sus respectivos esposos, muy por debajo de las expectativas que tenía puestas para ellas nuestra tía.

— Elea tiene varios sirvientes —la instigué.

Era cierto que la condición de mi hermana pequeña, desde que había contraído nupcias con un capitán de la marina, le permitía tener unos tres sirvientes.

—No todas podemos aspirar a que nos sirvan —arremetió sin dilaciones.

Me levanté decidida a comenzar la jornada con mi paseo matutino al pueblo, así finalizaba esa conversación que solo incrementaba el nivel de agresividad en mi interior. Cogí la cesta de mimbre y me acerqué a mi abuela.

—Lo mismo de siempre y, si veo a la señora Griffin, le digo que su encargo está preparado. — Le di un beso en la mejilla—. ¿Ve, abuela? La atiendo —le mentí.

No le di opción a responder, pues, con paso presto, salí de casa.

Fuera, el amanecer había aportado un día despejado, radiante; el cielo estaba teñido de un suave tono anaranjado que apagaba el intenso color verde del campo y le confería aquel más propio del fuego. En el matinal ambiente fresco se intensificaban los olores más puros de la naturaleza, a césped y tierra húmedos, tampoco quedaba rastro de la niebla que anoche invadía esos parajes, solo en algunas hebras de hierba podía contemplar la capa blanca de helada que los hercúleos rayos del sol se encargarían de fundir. Acordarme de ese detalle hizo que el lobo blanco regresase de nuevo a mi mente con tal ímpetu que, si me paraba, podía verlo al otro lado de la verja. Aquel recuerdo me acompañó en las horas de vigilia. No había pegado ojo en toda la noche, intentado racionalizar ese insólito encuentro, mas no pude, no había lógica que lo explicase.

Arrinconando, no sin esfuerzo, la imagen de la bestia, salí al camino de tierra que cruzaba, cual lombriz, la extensa pradera, pasto habitual de las ovejas, y eché a andar en sentido opuesto al bosque, hacia Pluckley, pueblo natal de madre y mío, a pesar de haber crecido entre libros, profesores y alumnos de Oxford, ciudad en la que aún residían mis padres. Añoraba su trajín; las campanadas que regían la vida estudiantil. Ojalá hubiese nacido hombre para perder mi tiempo en la Bod como padre y el resto de los eruditos. Desde que tenía uso de razón, siempre lo había anhelado. Empero, ahí estaba yo con mi abuela —a petición de mis padres, que no querían dejarla sola al enviudar— en ese pequeño enclave del condado de Kent que tenía, quizás, más encanto que la ciudad universitaria. Un pueblo con vestigios de una gran historia pasada, las ruinas romanas o su aparición en textos antiguos así lo atestiguaban; propiedad del arzobispo de Canterbury que, posteriormente, pasaría a manos de un noble sajón. En esos albores era una comunidad mayor que Ashford, quien le arrebatava, desde hacía tiempo, el esplendor. Así era mi pueblo.

En dirección a la plaza donde se levantaba el mercado, podía contemplar las viviendas más antiguas con sus altos tejados tan característicos, ligados a la primitiva producción local de tejidos, sobre todo la lana, producto muy estimado de esta zona de la campiña inglesa, y principal sustento. Algunas personas me saludaban, luego, miraban al cielo dando gracias por haberse salvado de la luna llena y sus criaturas: los lobos. Los más crédulos hablaban de licántropos. Se afanaban en retirar los amuletos mágicos que pendían de las puertas, esos que los habían protegido de las garras de una muerte trágica, además de dolorosa. Padre estaba convencido de que Pluckley sería más recordado por sus leyendas que por su historia. Podría no estar errado, ya

que un antepasado de la familia más pudiente, los Blackstone, las recogió en un libro. Era una familia querida por todos los lugareños. El último baronet no se dejaba ver ni los domingos en misa. Yo no lo había visto nunca.

Mientras caminaba por su calzada empedrada, cuidando de no meter el pie entre los huecos, era testigo de cómo se recupera la tranquilidad y se retoma la vida, una que iba al contrario del resto del Imperio de Su Majestad.

—¡Señorita Morgan! Qué alegría volver a verla —me saludó, efusivo, el señor Turner, un viejo maestro amante de las buenas lecturas.

—Tenga buen día, señor Turner. ¿Cuánto tiempo?

—Sí, he ido a la capital a visitar a mis hijos.

—¿Todo bien? —inquirí con modesto interés.

—Sí, están perfectamente —sonrió—. Me extraña no verla con un libro entre las manos; ¿sigue con los amantes de Verona?

—No, los he abandonado en pos de una historia con...

—¡Jeffrey, amigo! —exclamaba un hombre al otro lado de la calle.

—Discúlpeme, señorita Morgan. Otro día departiremos. —Cruzó la calle alzando un brazo.

Asentí cabizbaja. «Me gustan las historias con final feliz de Austen», terminé la frase para mí misma. Clavé los ojos en la cesta, un poco entristecida, pues él era la única persona en todo Pluckley con la que se podía mantener una buena charla sobre libros.

Me adentré en la plaza donde ya se congregaban un buen número de convecinos, animados por la seguridad que les daba la luz del sol. Aun así, con cada pequeño ruido o un simple grito, sus espíritus se agitaban; si prestabas oídos a las conversaciones a media voz, podías oír «lobo» u «hombres lobo». El recuerdo de la luna llena todavía palpitaba en Pluckley. Fui haciendo mis compras sin fijarme a mi alrededor y, en el puesto de pan del señor Barry —un hombre orondo, calvo y de piel blanquecina—, la charla que allí se desarrollaba captó mi interés:

—Nadie ha vuelto a verlo, está desaparecido —comentaba la señora Cook con el panadero junto con otra mujer a la que no conocía.

Sus expresiones inquietas eran compartidas, en general, por la gente de la plaza.

—Su bollo, señorita Morgan. —Me dio mi pedido el señor Barry.

—Muchas gracias. —Lo guardé en la cesta—. Perdonen mi intromisión, ¿quién ha desaparecido?

—¿No se ha enterado? —me devolvió la pregunta la desconocida.

Negué con la cabeza.

La señora Cook colocó su mano enguantada sobre mi antebrazo.

—El joven Jack —desveló al fin.

—¿Desapareció?!

Jack Grey era una de las personas más queridas en Pluckley. La triste historia de su familia, de la cual yo apenas tenía conocimiento, lo convirtió en el vecino por excelencia. No obstante, era de

todos sabido la obsesión que tenía con los lobos.

—La última vez que se le ha visto fue ayer, al caer el sol, saliendo de la taberna. Hoy lo fueron a avisar para ir a trabajar y se encontraron la casa vacía —explicó la señora Cook.

—El tabernero le ha asegurado a mi esposo, cuando saltó la noticia, que ayer Jack no paraba de hablar de que había encontrado el modo de cazarlos. Una pena, la alienación de la madre heredada por el hijo.

¡Confirmado! La taberna era más efectiva que la redacción de *The Times*. Nada sucedía en el pueblo sin que el tabernero tuviese información directa en exclusiva.

—Tal vez...

La señora Cook me interrumpió chasqueando la lengua. Una sospecha bailaba en mi mente cuantos más detalles me iban contando. Solo anhelaba que quedase en eso, en un mal presagio infundado por mi cansancio.

—Algunos hombres han salido a primera hora de la mañana a rastrear el bosque y han hallado su gorra.

«¡Aaarg!», me tapé la boca con una mano, al recordar ese detalle de anoche. El grito que había escuchado en el bosque... Fue... Los lobos atacaron...

—Señorita Morgan, ¿está usted bien?

Me precipité a una huida desesperada.

Veloz, esquivaba a la gente agarrada a la falda de mi vestido; exhalaba cada bocanada de aire con la sensación de que era la última; las varillas del corsé se me clavaban en las costillas como puntas de cientos de lanzas empujadas por la cesta que me golpeaba a la altura de la cadera. El camino a casa —daría fe que alguien lo había alargado— era un calvario de piedras y polvareda levantada por mis zapatos. La poca lucidez que me quedaba la aproveché para desviarme del que había tomado al principio, así sorteaba al pastor Craven que, en cuanto me veía, tomaba la disculpa más nimia para entretenerme. En esos momentos no quería interrupciones de ninguna índole, el peso de aquella desaparición recaía sobre mí, convirtiéndome, sin pretenderlo, en testigo y mi silencio me hacía más secuaz de una mala bestia que solo mataba por matar, que no amaba ni respetaba la vida. Se culpaba a la luna de revolverle la sangre. Su sangre ya estaba sucia.

No me conocía a mí misma; nunca, en el tiempo que llevaba viviendo en Pluckley, le di importancia a las supercherías, leyendas e historias con las que, para ser sincera, creía que se les infundía miedo a los niños, así se conseguía un poco de obediencia infantil. El encuentro de ayer con ese extraño lobo, estar en su compañía, confirmar su existencia, lo había trocado todo. Los pinchazos en mis costados se intensificaron al recordar la imagen del bello animal blanco que me salvó, que me sacó del bosque en el preciso momento en que otro perdía su vida. Todo ello iba haciendo mella en mí. No podía mostrarme indiferente ni incrédula. Había oído un grito de pánico en mitad del bosque... ¡Nadie podía enterarse de que yo había estado allí!

Intenté apurar las zancadas, en la medida en que el vestido me lo permitía, al divisar a lo lejos el *cottage* de mi abuela. Construido en piedra, cuyo color contrastaba con la negruzca paja del tejado, se levantaba sobre dos alturas, siendo la parte de abajo donde transcurría la vida, ya que, además de la cocina, estaban la salita, el salón que hacía de comedor y la estancia de mi abuela. En la de arriba solo había cuatro dormitorios. Atravesé el pequeño jardín delantero, en el que crecían de un modo casual las flores, y abrí tan rápido la puerta que se batió contra la pared, a la vez que se cerró tras de mí.

—¡Abuela! —grité para que me escuchara. La quietud de la casa me desasosegó más.

—¿A qué viene tanto jaleo? —Asomé la cabeza por la cocina. Nada más verme alzó las cejas

—. Por Dios, Josephine, estás blanca, ¿qué ocurre?

Era tal mi estado de sorpresa y terror que no podía describirlo con claridad. Era más, parecía que me habían cosido la garganta.

—¡Jo, habla! —me porfió.

—Ha sucedido algo terrible en el pueblo.

—Tras noche de luna llena, no hay noticia halagüeña. —Mi abuela entró en la cocina y tomó asiento. La imité colocando la cesta encima de la mesa—. Entonces, ¿qué acaeció?

—Jack Grey ha desaparecido —confesé con voz estrangulada. Me costaba tragar—. Una batida de hombres han hallado su gorra en algún sitio del bosque.

—Las malas lenguas van a tener razón... —Mi abuela se quedó ensimismada en sus pensamientos.

—¿Abuela?

Al observarla con detenimiento no me pasó desapercibido cómo estrujaba la costura del mantel entre sus dedos arrugados y torcidos, ni la tristeza de su rostro. Parecía que un mal presagio, del que solo ella era conocedora, se hubiese consumado en contra de su voluntad.

—Tu madre era un bebé cuando esa familia vivió varios sinsabores seguidos. —Me acomodé mejor en la silla, ya que su revelación me causaba fascinación. Ella fijó la vista en la mesa, perdida en décadas pasadas—. Su padre, que se llamaba igual que él, era muy trabajador. Allá donde había un trabajo, allá iba, incluso fuera de Pluckley. Se asentó definitivamente aquí al casarse. Vinieron con lo poco que tenían y se instalaron en la casa familiar de los Grey. En aquella época, tu abuelo y yo trabajábamos en Blackstone House, allí se le proveyó un trabajo. ¡Sabía hacer de todo ese hombre! Tu abuelo le tenía en gran estima, porque podías contar con él a cualquier hora del día o de la noche. Nunca ponía un no por delante. La suerte le sonreía con una mujer muy atenta y afable, muy silenciosa, lo que despertaba cierta desconfianza.

—No entiendo —la interrumpí—. Si todo les sonría, ¿qué fue lo que se truncó?

—Verás, ellos eran jóvenes enamorados, tenían todo a su favor, no así a Nuestro Señor. —Tomó aire por la boca, negando con la cabeza—. Ella sufrió varios abortos. A cada nueva pérdida, se resentía más: se encerró en sí misma. Había gente que afirmaba que hablaba con sus niños perdidos. Él, igual de afectado, no perdía la esperanza, la misma que al final le alumbró con el nacimiento del pequeño Jack. Su llegada al mundo supuso aire fresco a sus padres. Eran la imagen de la felicidad. Los trabajadores de la gran casa conocíamos de primera mano los avances del pequeño.

»La fortuna, caprichosa, pegó otro revés a esta familia. Un accidente en las tierras de los Blackstone sesgó la vida de Jack, abandonando a su esposa y a su hijo, de unos cinco años más o menos. Todo el pueblo se volcó con ellos. El viejo sir Blackstone en una época procuró que no les faltase de nada. Se sabe que el dolor es como una araña, cuenta con muchas patas, y fue lo que avivó algún mal en la cabeza de aquella pobre mujer. Comenzó a dejar solo al niño largas temporadas; nadie sabía adónde iba, después aparecía y retomaba su vida normal, hasta que

proclamó, para espanto de todos, que conocía a los lobos y... Y... No receló en decir que mantenía relaciones poco decorosas con esos animales.

—¿Veía a los lobos? —Esa revelación me intrigó, pues ya no era yo la única.

—No. —Abrí los ojos todo lo que me dieron por su réplica—. Enloquecí tras el fallecimiento de Jack. Fueron muchas las pérdidas que había sufrido y la locura terminó apoderándose de su debilidad mental. El pastor Gresham tomó cartas en el asunto e hizo llamar al hermano de Jack, el tío del niño. Un hombre que había hecho un dinero en la capital y que le iba bastante bien; al ver la situación de su sobrino, no dudó en arrebatárselo a la madre y llevárselo con él...

—¿Y ella?

—Durante la estancia de su cuñado, volvió a desaparecer días, y la encontraron en el claro del lobo con las ropas echas jirones. Gracias a los contactos del pastor, la trasladaron a Bedlam. Ahí perdimos toda su pista.

«¡Oh, Dios mío! Mis huesos terminarán en el manicomio si alguien se entera de que he estado con el lobo. ¡No se lo puedo contar a nadie, a nadie!». Un escalofrío me recorrió entera. Otra vez la sorpresa y el miedo se confabularon para desestabilizarme. Jamás me había sentido tan insegura en mi propia piel.

—Desde la marcha del pequeño, la noticia que en Pluckley teníamos de él era que su tío le había proporcionado un buen futuro. Al igual que su padre, era muy trabajador. Su regreso, años más tarde, fue una alegría, pues ya había acontecido otra desgracia: la última señora Blackstone había fallecido en causas misteriosas. Aun así, mucha gente lo escrutaba buscando algún indicio de la locura de su madre; su cordura siempre estaba en entredicho. Hace unos años, su obsesión por los lobos apareció. El mismo mal de su madre lo tenía el hijo.

Estreché la mirada sobre mi abuela. La noticia que le había dado y el recuerdo de aquella historia familiar la apagaron, le habían consumido las fuerzas. Debía ser triste que personas a las que conocías terminasen de una manera tan trágica. Una parte de mí la comprendía; otra no tanto. Estaba encendida al oír por centésima vez que las mujeres éramos culpables de todo.

Mi abuela suspiró con desánimo.

—Una gran pena y todos saben que no aparecerá con vida —sentenció con total naturalidad.

—¡Abuela, no diga eso!

—Es la verdad, Jo, es la verdad. La locura jamás tendrá final feliz.

\*\*\*

Finalizada la conversación, mi abuela mantuvo un insufrible silencio que me inquietaba, que me confinaba a un estado demente, donde me era imposible ignorar al lobo. ¡No podía retirar su imagen de mi mente! Aquella historia me agitó por dentro despertando miedos que se iban apoderando de mí. A otro le hubiese tranquilizado que alguien más hubiese visto a la bestia, a mí no.



El paso de lo que restó de mañana fue raro, quizá más lento de lo normal; a causa de la angustiada noticia, debió extenderse en cada rincón de Pluckley, que parecía resentirse también.

Aquel no era un día más en la apacible vida del pueblo.

Aquel día mi alma se estremecía al mínimo ruido.

Buscando sosiego, me refugié en el lugar que siempre me había procurado una guarida al tornarse la vida insoportable a mis ojos: la lectura.

Retorné a mi libro favorito, *Persuasión*, una novela de la señorita Jane Austen en la que un amor no olvidado ganaba la batalla a los consejos. Me fascinaban sus líneas y ¡no podía leer! Tenía ganas de tirar el libro bien lejos. No me concentraba, mi cabeza continuaba dividida entre aquella historia y el lobo. Llegó el momento de salir.

—Abuela, me voy a la iglesia, hoy es el día de los más pequeños —avisé en el umbral de la puerta de la sala.

—Ten cuidado —señaló sin levantar la vista de su costura—. Y, por favor, Jo, que el desabrido del pastor Craven no te acompañe, que no lo sacaremos ni con jabón.

En aquella petición iba implícita la orden.

Salí de casa con el libro en las manos. El agradable sol de la tarde me recibió y alcé el rostro para calentar la piel con su candor. El ambiente primaveral me despejó tanto que se me dibujó una sonrisa, deshaciéndome de la enrarecida atmósfera que se había alojado en casa. Caminé con paso ágil, esquivaba de memoria las piedras con pequeños saltos o en zigzag, en tanto que mis ojos, al aire libre, se sumergían en las letras impresas:

Habría bastado con la mitad de los atractivos en el uno y en el otro, porque él no tenía nada que hacer, y ella a nadie a quien amar; pero la conjunción de tantas prendas no pudo dejar de tener su efecto. Se fueron conociendo poco a poco; y una vez que se conocieron, se enamoraron rápida y profundamente.

De aquí la raíz de la persuasión de la señora Russell. Esta parte me hizo replantearme, en numerosas ocasiones, por qué no se les permitía a las personas amar con total libertad. Nunca comprendí por qué el amor debía estar atado a los convencionalismos, ni por qué se les coartaba a las personas lo único que era de su propiedad: el corazón. Al mismo tiempo, me recordaba el amor que todavía se profesaban mis padres, ya que con solo mirarse se encandilaban..

—¡Buenas tardes, señorita Morgan! —El saludo del señor Willoughby me arrastró de nuevo a la realidad.

—¡Buenas tardes a ustedes también, señor y señora Willoughby! ¿Cómo están?

Este buen matrimonio eran nuestros vecinos, sus lindes estaban casi al lado de la casa de mi abuela con sus hermosos manzanos. Marido y mujer eran de una misma estatura; él enjuto; ella oronda; él calvo; ella con una profusa cabellera cana encaracolada, imposible de peinar, seguro; él de piel blanquecina y arrugada; ella tersa y sonrojada en las mejillas; los dos compartían un mismo color de ojos: el marrón.

—Mejor que ayer y peor que mañana —argumentó en tono jocoso.

Su mujer le pegó un codazo del cual no se resintió.

—Un día de estos iré a darle una visita a su abuela. Tengo un problema con la colcha de retales.

—Se lo haré saber, señora Willoughby, pero falta decir que no debe avisar.

El hombre miró la mano en la que sostenía mi desgastada edición de la novela. Yo le copié, no puede evitarlo, aunque, al volver mis ojos a él, la suspicacia brillaba en los suyos.

—¿Un libro nuevo? —inquirió con una sonrisa fingida.

—No, para nada. Es una preciosa novela...

—Bueno, no la entretengamos más —me despachó, brusca, la señora Willoughby.

—Hasta más ver —me despedí.

Retomé el camino un tanto consternada. Cada vez que me veían con un libro su mueca era de desagrado y lo afirmé gracias a la conversación privada que escuché sin querer:

—Es una muchacha extraña —chismorreó ella.

—Siempre con un libro entre las manos...

—En vez de procurarse un buen marido como han hecho sus hermanas.

—Parece que su soledad no le molesta —afirmó él.

—Con la edad que tiene no está para perder el tiempo.

«No me voy a casar, el matrimonio no es para mí», me reafirmé en aquel pensamiento que me acompañaba desde hacía muchos años. Apreté el paso para alejarme de allí, sin embargo, algo se había clavado en mí: «Es una muchacha extraña». ¡Me consideraban una descarriada! ¿Quiénes eran ellos para juzgar mi vida?

La sangre me hervía de rabia al llegar a la iglesia de San Nicolás, el edificio más antiguo del pueblo. A lo largo de los siglos sufrió una serie de remodelaciones para su mejora e incorporaciones, como el coro, en el siglo xv. De reducido tamaño, austera en elementos arquitectónicos, estaba rodeada por el camposanto que se debía cruzar, gracias a una pequeña calzada, si se quería acceder al interior. Allí, el olor característico, esa mezcla entre incienso y otras fragancias difíciles de distinguir, me recibieron, impregnándose en el pelo y en la ropa. Sus paredes gruesas no restaban la claridad que entraba por los grandes ventanales. A los pies del altar, ya estaban el pastor Craven, que me permitía llamarlo por su nombre de pila, Thomas, estando a solas, y un grupo reducidísimo de niños. ¡Faltaban muchos!

Me paré unos instantes para contemplar aquella estampa. Entendía por qué los niños se mantenían en silencio: el pastor era un hombre de mi edad, de estatura media, corpulento. Su cabello castaño claro, pulcramente peinado, despejaba su rostro pequeño de frente ancha, surcada por algunas líneas, pese a que sus oscuras cejas no diesen muestra de levantarse. Sus ojos azules intimidaban, se exponían sabedores de la verdad absoluta en el púlpito o en cualquier charla intrascendental; vivaces oteaban su alrededor, y a mí me escrutaban al mínimo detalle. Su nariz larga no era merecedora de ningún elogio, sí su boca de labios gruesos que, al igual que sus ojos, permanecía inmutable, severa, más dispuesta a reñir que a las loas. ¿Atractivo? No, de ninguna de las maneras. Algunas muchachas del pueblo me gritarían que él era el hombre más guapo de la zona.

—Bienvenida, señorita Morgan. —La voz de Thomas era afable, no así su rictus, que se endureció al apretar las muelas, gesto muy habitual en él—. Pensé que ya no vendría.

—Lo lamento, me entretuve —eludí el tema real.

—No se preocupe, puede ayudar a la pequeña Grace. Como bien puede observar, no somos muchos.

Me senté al lado de la niña de bellos rizos dorados, acompañada por su muñeca de trapo, a la que ayudaba con el estudio de las primeras letras, porque él se ocupaba de los muchachos de todas las edades. Era una labor desinteresada que el pastor brindaba a esos niños que apenas pisaban la escuela. Me aturdió que hubiese tan pocos zagales allí congregados. ¿Acaso tendría algo que ver la desaparición? Deseaba que no fuese así. Transcurrida una hora, con la iglesia despejada de niños, le pregunté a Thomas:

—¿A qué se debe la poca asistencia?

—Los hermanos Ripper han tenido que ayudar a su padre con un trabajo en las tierras...

—¿Y los gemelos Collins?

—En Canterbury...

—¿¡Qué?! ¿Por qué? —Aquella noticia me cogió de improviso. ¿Qué hacían en Canterbury?

—Sus padres me mostraron el interés de que los muchachos comiencen una vida religiosa y los envié con motivo de una festividad.

Contuve una mueca de disgusto y tragué para no soltar un impropio.

—¿Y el resto? ¿Es debido a la desaparición de Jack?

—No le quito razón ni se la doy. —Puso las manos detrás de la espalda—. Es el modo de proteger a los más pequeños de cualquier peligro. Esta noticia perturba a todos, incluso a los más indolentes.

—Es primavera, hay más horas de luz, no les va a pasar nada.

—El miedo es libre, no se puede luchar contra él.

—¡No es disculpa! Estos niños necesitan una educación, no miedo a unos fantasmas. —Me lapidé, yo había estado con un lobo. Esa no era disculpa para prohibir a los niños unas horas de aprendizaje. Ya era complicado el tema de la educación en este país, para que los espectros se interpusiesen.

—A lo mejor cuando seamos padres lo entenderemos.

«¿Seamos?», repetí para mis adentros asombrada. ¿A qué venía esa libertad? ¿Qué quería dar a entender? Este hombre no daba puntada sin hilo. Thomas, al percatarse de sus propias palabras, sin disculparse, bajó la cabeza.

—¿No huele eso? —Arrugó la nariz siguiendo el olor. Negué en silencio—. Viene de ahí. — Señaló con el dedo hacia mi dirección.

Estreché la mirada sobre su persona, indignada. Aquello ya era lo último. Se estaba burlando de mí.

—Retomando el tema, sigo sin entenderlo y no me va a cambiar de opinión —espeté, enfadada.

—Es sencillo. —Una sombra de desaprobación revoloteó por sus ojos, mientras apretaba la mandíbula.

La conversación había terminado para mí.

—Seré de entendederas duras —me adelanté a decir. Di media vuelta, alcancé la novela del banco donde la había dejado y me dispuse a irme.

—Josephine, permítame acompañarla —se ofreció.

—No, gracias, es de día y no le temo a ningún —debía decir aquella palabra— lobo.

Estirada, con paso firme, salí de la iglesia. El ruido de mis zapatos resonaban entre las columnas y parecía que los cimientos retumbaban bajo mis pies. Fuera, me acerqué a un viejo árbol, cuyo ancho tronco me escondía de Thomas. Respiré hondo, debía aplacar ese mal genio que me bullía por dentro y me arrastraba a volver sobre el camino andado para gritarle que debía apoyar las causas sociales y que no tenía pensado darle ningún hijo. El dolor que me causaba la rugosidad de la corteza en la espalda fue lo que rebajó mi ira. Inspiré varias veces más. Girando para regresar a casa, me quedé en el sitio y contuve la respiración por la repentina aparición de una figura oscura que estaba en el camposanto.

No era un fantasma.

Era un hombre alto, fuerte, vestido de negro, color que se confundía con sus cabellos. Solo el cuello blanco de la camisa rompía la oscuridad monocromática. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, en posición de respeto o de quien está rezando por la persona que allí descansaba. En una de sus manos sostenía el sombrero, en la otra, una rosa de tallo largo y roja como la sangre. Solemne, una actitud casi atípica para aquellos tiempos, se agachó y, antes de depositarla en la tumba, besó sus pétalos. Aquel acto me emocionó: rezumaba un amor infinito que solo aquellos que amaban de verdad eran capaces de revelar. Ese forastero de perfil apolíneo no era del pueblo, nunca lo había visto. Lo hubiese recordado. Mas no era la única que se había percatado de su presencia. Thomas estaba a los pies de la iglesia observándolo con verdadera aversión. ¡Le clavaba dagas en la espalda! Daba miedo. El otro hombre, ajeno al mundo, me tenía prendida; me había lanzado algún tipo de sortilegio, ya que apenas podía separar la vista de él. Como si me leyese la mente, giró la cabeza hacia donde me hallaba y lo más rápido que pude me escondí otra vez detrás del árbol. Mi cuerpo temblaba por miedo a ser descubierta. Esperé un tiempo prudencial; antes de cerciorarme si podía dejar mi escondrijo, oteé un poco. Ya no había nadie. Los dos habían desaparecido, ¿quizá a la pradera más cercana a enzarzarse en una disputa? Me surgieron numerosas cuestiones: se conocían, no había duda, la expresión de Thomas lo dilucidaba. ¿De qué? Y la más importante: ¿qué sucedió entre ellos?

Un intranquilo insomnio se había apoderado de mí en las dilatadas horas nocturnas. Sentada en mi cama, era un crisol humeante en el lúgubre silencio de la noche. El lobo, los Willoughby y lo visto en el cementerio revolvían mis nervios; unos más que otros me condenaban a permanecer con los ojos abiertos. Nunca me había sobrevenido algo semejante. Nunca había tenido un sueño tan trastocado.

El día no amaneció de la mejor manera. Los cielos cubiertos le conferían a Pluckley un aspecto mortecino, reflejo del ánimo de sus habitantes, a causa de la desaparición de Jack. La falta de novedades y que no se hubiese hallado su cuerpo convertían al pueblo en víctima del abatimiento, de un terror que solo proporcionaba una mayor melancolía. La vida en menos de un día había trasmutado: los lánguidos semblantes eran consumidos por una fiebre, un mal invisible que, poco a poco, arrebatava la lozanía de la gente; las calles ya no eran partícipes de la algarabía de los más pequeños, pues se mantenían a buen recaudo para alejarlos de posibles infortunios. ¿Se les podría acusar de temer supersticiones propias de la ignorancia? No. Nadie podía zafarse del miedo una vez que lo tenía dentro. Yo misma lo estaba sufriendo en mis carnes. Mi abuela había pronosticado que esta historia tendría un desgraciado final, quizás, la amedrentaron sus propias palabras; desde ayer no hablaba, estaba sumida en el más profundo mutismo y me impedía exponerle la incertidumbre que sembró en mí el anciano matrimonio.

Empero, me permitió ejecutar el plan que concebí en mi vela: había decidido conversar con Thomas en un conato para sonsacarle información. El interés que despertaron en mí Thomas y aquel desconocido alimentaba mi falta de sueño. Si quería lograrlo debía parecer sumisa, arrepentida de lo acaecido el día anterior y asumir todas las culpas de aquel pequeño enfrentamiento. Debía ser sincera: él había pagado la furia de los comentarios del matrimonio Willoughby. En parte se merecía una disculpa.

Por ello, esa mañana, tras finalizar las faenas del hogar, pasé a propósito por la iglesia.

Dentro había una señora sentada en un banco próximo al confesionario, del cual un vestido gris y unos zapatos de tacón advirtieron que otra ponía al día sus faltas. Para aguardar, paseé por la zona este de la iglesia, fuera de la capilla Blackstone, cerrada al resto del recinto por un panel de madera tallada con pequeñas filigranas, a la vez que me perdía observando el juego de nueve

latones de época Tudor, piezas de gran valor e interés. Mis pies se detuvieron ante la fuente del siglo xv, otra evidencia del poderío de esa familia, su emblema se veía de lejos. Un leve ruido me avisó de que alguien se había marchado. La voz de Thomas me lo confirmó.

—¡Señorita Morgan, qué alegría!

Me volví hacia él.

—Buen día.

Miró a los lados y respiró aliviado al ver que estábamos solos. Me ofreció una esplendorosa sonrisa, mostrando sus dientes rectos.

—¿Qué la trae por aquí, Josephine? —Se colocó las manos en la espalda.

—Vine a pedirle disculpas por mi comportamiento de ayer. No estuve muy acertada y lo lamento.

—Yo tampoco —reconoció, afectuoso.

—No hay disculpa, Thomas, pude ofenderle. —Me mantuve en mi papel humilde.

Él se mostraba encantado con esta nueva versión de mí.

—No le dé más vueltas, de verdad. Estos están siendo unos afanosos días por la desaparición de Jack. Todos estamos más suspicaces.

—Está siendo duro para todos, era muy querido.

—No lo dude. De hecho, esta mañana he tenido una larga charla con un grupo de hombres que pretendían reclutar a más para empezar las batidas.

—¿Batidas? —Fruncí el ceño. Ignoraba de qué modo podían ser de ayuda.

—Para hallar sus restos, si es que queda alguno. —Apretó las muelas—. Soy de la opinión de que todo debe hacerse en el mejor momento, así se dará caza a las bestias.

—¿También cree que fueron los lobos? —Nunca me hubiese imaginado que él creyese en esas leyendas.

—¡Desde luego! ¿Quién si no puede atacar a la gente? Esta no es obra del hombre, sino del Maléfico.

Su afirmación me estremeció. La vehemencia con que la pronunció tenía tintes de venganza. Cambié el peso del cuerpo de un pie a otro, un poco nerviosa, había llegado el momento de tratar aquello que me era de interés.

—Por cierto, ayer, en el cementerio, vi a un hombre, un forastero...

—Sí, yo también. —La alteración en Thomas fue más que evidente: se tensó; apretó las muelas; sus ojos escudriñadores se tornaron taciturnos, sombríos, y una lúgubre aprensión se apoderó de él—. Aunque no lo denominaría forastero.

—¿Lo conoce? —Mi curiosidad insatisfecha se iba a colmar. Estaba tan ansiosa por su declaración que percibía los latidos de mi corazón en los oídos. Las piernas me temblaban.

No contestó ni tenía intención de hacerlo. Mi solicitud lo había alertado y la misma desconocida causa que lo movió a mirar con odio a aquel hombre le estaba sellando los labios, le roía el alma. Lo perturbaron más. No cabía la menor duda: se conocían, a pesar de que no lo

expresase.

—¿Se conocen? —porfié en mi solícita pregunta.

La agitación de su mente se evidenció en la expresión avinagrada y violentó más su espíritu.

—Bueno... yo... sí. —Meditó qué contar, fulminándome con la mirada. No era tonta, estaba callando la verdad—. No, no.

Si la mentira ya era fea, en su boca rozaba lo indecoroso. Una parte de mí se decepcionó, recordando lo que padre siempre mantuvo: «Todo hombre, ministro de Dios o no, se corrompe».

—Creí que...

—No debe confabular tanto, señorita Morgan, la curiosidad mata al gato. —Dio un paso atrás—. En Pluckley han vivido muchas gentes que ahora, por vicisitudes de la vida, viven fuera de sus lindes y vienen a rendir respeto a sus difuntos. —Volvió a apretar los dientes—. Si me disculpa, mi mañana no ha concluido todavía.

Con su habitual paso militar, desapareció por una pequeña puerta que había a un lado del altar.

\*\*\*

«La curiosidad mata al gato», esa advertencia de Thomas todavía me helaba la sangre, me erizaba el vello de la nuca y me revolvió las entrañas. ¿Qué había querido aleccionar? ¿Que no preguntase? Pues, muy a su pesar, mi mente no paraba, se activaba sola, ya que se delató. ¿Qué escondía?

Esa noche, más que nunca, necesitaba irme al bosque para relajarme. Pasada la medianoche, me abroché el cuello de la capa, agarré el quinqué y salí de casa. El paraje que la otra noche fue umbrío se mostraba claro, como la bóveda celeste en la que podías contemplar el firmamento. Me interné con cierta cautela, guarecida por los enormes árboles que parecían unir sus ramas para que las estrellas no pudiesen curiosear sus secretos. El viento en calma y la luz del candil iluminándome me convertían en un figura casi salida de una de las leyendas del pueblo. La helada difundía su frescura a través de la atmósfera, por eso con la mano libre agarré los extremos de la capa para abrigarme. El frío no me hacía ceder, ni la percepción de que el camino se alongaba serpenteante entre la vegetación. Esa impresión incrementaba mi ansiedad, alteraba mi respiración; los nervios punzaban mi estómago, comencé a sudar frío. Con la compañía intermitente del ulular del búho, al cabo de un interminable lapso, el claro se abrió ante mí. Aquella noche, el motivo más imprudente, el que más problemas me acarrearía, me guio allí: el lobo blanco.

En medio de aquella escarpada zona, giré sobre mis pies y oteé lo que pude de ese paraje, mucho más tranquilo. Estaba yo sola. Antes de marchar, tomé asiento en una de las raíces volantes del árbol, colocando a mis pies la lámpara. Allí, aislada del mundo, sabía que peligraba mi integridad, por el ataque de un maleante, inclusive por alguna aparición fantasmagórica, o por el encuentro con el animal. Por cierto, más noble en comparación con la gente que por detrás te



criticaban. «¡Hipócritas!», les chillé a todos.

—¿Señorita, está bien?

Pegué un grito por culpa de una voz profunda y varonil que se me clavó en la espalda. Me llevé la mano al pecho para calmar a mi pobre corazón.

—¡Por Dios, qué susto!

—Discúlpeme, no era mi intención sobresaltarla.

—Lo ha conseguido —aseveré, asustada.

A sabiendas de que mi final estaba cerca, en un arranque de genio, cogí la lámpara y lo encaré. No pude. ¡No había nadie!

—¿Por qué se oculta? —«¿Y si es el fantasma del bandolero Robert Du Bois?», argüí para mis adentros. Con una mezcla de crispación y temor, alcé la voz—: ¡Muéstrese!

Obedeció de inmediato. El ruido de las ramas me sacudió de pies a cabeza, intensificando los temblores de mi cuerpo. ¡Creía que iba a desfallecer! De las penumbras del bosque se personó ante mí un hombre alto, fornido, la camisa se ajustaba en sus hombros anchos, al igual que su cuello de piel blanca, que sostenía una cabeza cubierta por unos cabellos que se confundían con la negrura de la noche. En su frente despejada destacaban las cejas que encuadraban sus ojos, cuyo color no podía distinguir, me contemplaban divertidos e inofensivos. La nariz, ni larga ni corta, daba paso a unos labios cincelados, sugerentes, un tanto gruesos. Su rostro terminaba en un mentón en el que se veía un marcado hoyuelo, ya que la línea angulosa de la mandíbula estaba rasurada. Fue la primera vez en mi vida que un hombre me afectaba de aquella manera. Se me secó la garganta y me arrebató el aliento.

Bajó la cabeza entornando los ojos con una sonrisa sesgada, sacó del bolsillo del chaleco la esfera de un reloj, y me desarmó.

—Comprenderá usted que es muy extraño toparse, pasada la medianoche, a una señorita sentada en la raíz de un árbol con la única compañía de una antiquísima lámpara de aceite.

Bufé.

—¿Quién es usted para meterse con mis hábitos?

—Si me lo permite...

—No, porque no es asunto suyo.

—Es una imprudente. —Lo miré con la boca abierta todo lo que me daba—. Y lo sabe.

Esa tres palabras me hicieron reaccionar.

—¿Cómo se atreve?! —Fruncí el entrecejo con ganas de estamparle la lámpara en la cabeza—. No le debo ninguna explicación.

—Juzgo lo que veo.

—No debería, es fácil errar. Si me conociese sabría que me agrada el bosque durante la noche —le expliqué sin venir a cuento. Las mejillas empezaron a arderme.

—Lo dicho: una imprudente. —Se cruzó de brazos, arrogante.

—¿Y usted qué es? ¿Un asaltador de caminos?

El ser juzgado lo molestó. Dio un paso hacia delante quedando iluminado por la luz.

—Soy un hombre desarmado. —Alzó los brazos en señal de inocencia.

—Eso no me aquieta. Los hombres tienen múltiples artimañas para dañar a una mujer.

En el mismo instante que sus cejas se alzaron, un mechón de pelo cayó sobre su frente, arrugada por unos profundos surcos.

—Osado sería atacarla, cuando puede dejarme sin sentido con ese oxidado candil. —Tiró de las comisuras de sus labios hacia abajo para contener la risa, seguro.

—¿Es un maleducado! Si ha venido a importunarme, le agradecería que se marchara.

—¿Me está echando del bosque? —Enarcó una ceja divertido.

¡Había dicho yo eso! Me había ganado más risas de su parte.

—Sí.

—No me iré a ninguna parte.

Quien se retiraba era yo.

—Si me disculpa, debo regresar...

Dio una zancada interponiéndose en mi camino. Nos sostuvimos la mirada, tercios los dos. Al fin pude verle el color de sus ojos. Eran azules, chispeaban de gracia y otro tipo de emoción que no supe descifrar. Eran cautivadores. No como los de Thomas, no intimidaban, daban confianza de un modo enigmático. Me encandilaron.

—Dejemos las chanzas de lado —sugirió. Su gesto se había tornado más circunspecto—. Creo que estamos aquí por un motivo similar, relajarnos. No tenemos por qué enojarnos. Podemos disfrutar de las estrellas en esta límpida noche.

—¿Qué?! —exclamé. Mi estado de nervios era tal que, de repente, prorrumpí en unas carcajadas histéricas. Reía y reía sin poder parar, hasta que un sonido similar al de un gruñido me detuvo. Di un paso atrás. Mi instinto me advirtió que debía alejarme de él—. No.

—¿Por qué?

—No es lo más sensato...

—Tampoco lo es estar aquí sola y mírese.

—El tiempo de todo hombre es como el oro, lo invierte en mejores quehaceres. —Me giré sobre mis pies para regresar a casa lo más rápido posible.

—Debo contradecirla. No todos los hombres tenemos las mismas aficiones, ni las mismas pretensiones, ni aspiramos a los mismo logros. El cielo oscurecido es un gran misterio que ya admiraban grandes hombres antes que yo.

Era verdad que a lo largo de la historia muchos fueron los que miraron las estrellas titilantes, sin embargo, no me convenció para quedarme.

—Disfrute de su contemplación —me despedí sin mirar atrás.

—Permítame acompañarla —se ofreció.

—No, sé el camino de memoria.

Anduve aferrada al quinqué y a la falda de mi vestido. Me dolían las manos de sujetarlos tan

fuerte. ¡Mis huesos eran cuchillos bajo la piel! Continué mirando al frente, reprimiendo las ganas de volver la cabeza para mirarlo. Era muy atractivo y eso me molestaba. Lo que no sabía era que, al cerrar la puerta de casa, un sentimiento de anhelo me acompañaría a mi cuarto. Una parte de mí le hubiese gustado aprovechar más su compañía, incluso contemplarlo hasta la saciedad. Tirada en la cama, con el recuerdo de esos ojos azules revoloteando por mi mente y los nervios a flor de piel, pude al fin, no supe cómo, conciliar el sueño.

—Abuela, ¿soy rara? —Asalté su mutismo. No podía dilatar ese tema que me atañía por más tiempo.

—¿Rara? ¿Cómo rara? —me devolvió la pregunta sin inmutarse ni separar la vista de su labor.

—Bicho raro. —Cerré el libro que sujetaba con fuerza.

La aguja quedó suspendida en el aire, la tela se deslizó de sus arrugados dedos hasta desplomarse, cual nube caída del cielo, sobre su regazo. Desde mi posición sentada en el suelo, su figura quedaba recortada por la claridad que entraba por la ventana de la salita: una estancia pequeña, decorada de modo sencillo: cerca de la chimenea, un canapé; una mesa redonda ocupaba el espacio justo al lado de la ventana, donde mi abuela tenía la mecedora y tejía; al otro lado había un amplio mueble auxiliar en cuyas estanterías había alguna pieza de loza. Mi abuela giró el rostro con movimientos lentos impropios de ella. La aguja destelló. La sangre había abandonado su rostro, lo que provocaba que las arrugas fuesen más profundas y oscuras, igual que sus ojos que me observaban con malestar.

—¿Qué desfachatez es esa, niña?! Por supuesto que no eres rara. Eres mi nieta y ninguna de las tres sois raras —aseveró con rotundidad—. ¿De dónde has deducido tal dislate?

—Creo que la gente habla...

—Crees, crees. ¡Josephine Morgan, deja de creer tanto! —Me señaló con la aguja, su nueva arma blanca—. Este es un pueblo pequeño, acostumbrado a sus pequeñas miras que no van más allá de las colinas y tú, una muchacha con una rica educación, gracias a la profesión de tu padre. Eres muy versada y, eso mismo, suscita cierta suspicacia. Tienes arrojo, poco común entre las mujeres de este lugar, seguras en sus convencionalismos. —Su rostro se suavizó, reflejo del cariño—. Debes estar orgullosa de quién eres. Tus padres han hecho un buen trabajo...

Los golpes del llamador resonaron por toda la casa haciendo eco.

—¿Quién será? —inquirió mi abuela que miraba al mismo lugar que yo.

—Ahora saldremos de dudas.

Me levanté a toda prisa para abrir. Podrían ser noticias de Oxford o de Londres. Me equivoqué. Al otro lado estaba la señora Willoughby.

—Buenas tardes, señora Willoughby. Adelante. Mi abuela está en la salita. —Me mostré lo más amable posible.

—Gracias, muchacha.

No me creí su amabilidad. Cerré la puerta con una mueca de asco.

—Agatha, ¡qué sorpresa! —exclamó mi abuela.

—¡Ay, Fiona! Preciso de su buen hacer con la aguja.

Entré de nuevo; con la presencia de aquella mujer, la salita se convirtió en una celda. Cogí el libro del suelo y me alejé todo lo que pude, sentándome en el canapé. Las letras bailaban ante mis ojos para que les prestase un poco de atención, aunque no podía hacer oídos sordos a la charla que mantenían como si no estuviese delante. Mi abuela le había preguntado por su hijo, George, un joven algo mayor que yo, que trabajaba a las órdenes de un reconocido arquitecto. Con la boca llena de elogios hacia su retoño, no escatimó en detalles de lo bien que le iba al joven y que lo azuzaba a buscar una esposa que lo correspondiese bien en todos los aspectos de la vida. Entre las noticias que le relataba a su madre en las cartas, le aseguraba que se acercaban tiempos convulsos, según la prensa se avecinaba una crisis económica. La señora Willoughby no pudo dar más detalles.

—Y, por si fuera poco, están esas locas que se creen que luchan por nuestros derechos. En más de una ocasión, George me dijo que salían a las calles. Ya le dije bien claro: «No unas tu vida a una mujer que tenga la lengua más larga que su decoro».

—Esas mujeres tienen serrín entre los hombros —sentenció mi abuela despreciativa.

—No se equivoca, Fiona. ¡Qué insensatas! Solo falta que se metan en política...

Carraspeé sin la necesidad de hacerlo; mi genio estaba dispuesto a arrollar a las dos ancianas. ¿Cómo se atrevían a dirigirse de ese modo a las militantes? ¿Es que no les importaba el futuro de la mujer?

—Llevan años organizándose, Agatha —apuntó acertadamente mi abuela.

—¿Ah, sí?

Mi abuela colocó sobre la mesa el fardo de tela que revisaba. Se recostó en la mecedora con las manos unidas bajo su pecho.

—Un año en Blackstone House se contrató a una joven sirvienta. No me acuerdo de dónde era, de Pluckley no. Se la veía muy contenta trabajando para el padre de sir Blackstone, un hombre, como ya sabes, que no gustaba de las trifulcas y procuraba estar alejado de esas nuevas ideas revolucionarias. No así ella, que las apoyaba con fervor y estaba organizada en algún tipo de grupo. Él, de muy buenas maneras, le pidió que no hiciese ruido, quería que su nombre se mantuviese alejado de todo ese asunto. No duró mucho, por decisión propia se marchó a la capital.

—No sé a qué aspiran...

—A un ideal.

Mordí la punta de la lengua en un burdo intento por controlarme. Me estaba ahogando en mi propio veneno, tanto era así que los pies y las manos los tenía fríos. Percibí el ambiente más denso a mi alrededor.

—No es de extrañar que la mayoría sean mujeres solteras, ¿qué hombre aguantaría esos desatinos?

Aquella pregunta al aire me descompuso. Ya no podía mantenerme en silencio:

—Esas mujeres están luchando para que el mañana de las niñas de hoy sea mejor. Que tengan leyes justas, que las defiendan de ciertos actos abominables de los hombres, y unos derechos que las conviertan en ciudadanas. Nosotras no solo servimos para parir o ser las esclavas del esposo perfecto. Nosotras pensamos y queremos que nuestras ideas sean escuchadas y valoradas, porque estamos cansadas de vivir bajo la sombra del hombre, recluidas en casa como si fuésemos unas apestadas. Debemos luchar por aquello que creemos. Por la justicia social.

Dejé con la palabra en la boca a esas dos mujeres que no tenían miras de futuro. Impotente, salí corriendo hacia la pradera que había detrás de casa, cruzando el jardín trasero. La frustración y la ira galopaban en mis venas, como corceles de batalla, encendidas por esos prejuicios sobre las mujeres que alzaban la voz a lo largo del país para mejorar nuestra situación y no debíamos cejar en ese empeño. Los convencionalismos en los que estaba asentada la sociedad eran dañinos, pues no nos protegían de los excesos de los hombres ni del poder que las leyes les conferían. Perdíamos nuestra libertad, nuestra esencia más pura, nos perdíamos a nosotras mismas a través del matrimonio. Nos convertíamos en un mero objeto con patas que solo tenía valor por la dote o el estatus social que le regalábamos a un hombre, del tres al cuarto, egoísta. Todas esas razones eran las que me mantenían alejada de un posible noviazgo y posterior matrimonio. No quería regalar lo mejor de mí a un hombre que no se lo mereciese. ¡Jamás me casaría!

«Jamás es mucho tiempo, pequeña», recordé a padre.

Mis padres, por algún motivo que nunca me comentaron, también se mostraban cómodos con mi soltería. Fueron mis cómplices al oponerme a ir a Londres con la Tía Gertru. A ellos les horrorizaba aquella idea y alegaron ciertas dolencias. En mi lugar fue Elea. Mi mejor amiga, Easter, no me juzgaba por ello, al revés, me apoyaba, y si tenía que reñirme no se apocaba por mi mal genio. Yo era concedora de que, a mi edad, casi veintisiete años, estaba violando las normas sociales, de ahí que la gente me lo hiciese saber. No obstante, era mi vida y me pertenecía, a no ser que padre se impusiera.

Me tumbé debajo de un rosal, aprovechando los primaverales rayos que aquel día nos obsequiaba el sol. Su candor atravesaba la fina tela de mi vestido y caldeaba mi piel fría por la carrera, por la exacerbación vivida, que nada tenían que ver con los sufridos la noche anterior. Aquel hombre todavía me turbaba y percibía cierto ardor en mis mejillas, no por el sol, sino de rubor. ¿Por qué reaccionaba así a él? No tuve que meditar mucho para dar con el quid de la cuestión: su presencia importuna, sus veloces réplicas, su descaro; su porte, su físico, su sonrisa sesgada... Las ganas de volver a verlo se incrementaron.

No vacilé un segundo en escaparme de nuevo esa misma noche. Mi abuela me lo puso difícil, pues no se acostó temprano como otras veces. ¡Estuve a punto de ofrecerle una infusión! En el momento en el que me puse la capa para irme, los nervios me agarrotaron el cuerpo y tenía las

manos humedecidas. A paso apurado no me detuve hasta que, cerca del claro, me paré a tomar varias bocanadas de aire, debía relajarme para no mostrarme ante él, si es que estaba, anhelosa. Retomé el camino asiendo con fuerza la lámpara y la novela que no la había soltado en todo el día. Él ya estaba sentado en mi raíz del árbol. Me tocaba disimular.

—¿Otra vez usted aquí? —inquirí con más fuerza de la debida.

—¡Qué sorpresa!

—¿Nadie le ha referido que es muy latoso?

—Así me llaman.

—Tiene contestación para todo. —Ya me arrepentía de haber venido.

—Sí, de pequeño me aprendí todos los libros de preguntas y respuestas. —Tiró una ramita al suelo antes de levantarse y estirar los músculos de todo el cuerpo. Su atuendo era similar al de ayer, a excepción de la chaqueta larga, que lo abrigaba del relente. No me había fijado que sus ajustados pantalones negros se pegaban a sus fuertes y largas piernas como si fuesen una parte más de su cuerpo—. Siéntese aquí. Hagámonos compañía, le doy mi palabra de que me mantendré callado.

—No —mi negación fue instintiva.

Echó la cabeza hacia atrás soltando una sonora carcajada, que hizo eco en el bosque y se perdió en la inmensidad de la oscuridad que nos rodeaba, salvo por mi lámpara. La sonrisa que permaneció en su boca me desarmó. Era sincera, sensual, amplia, mostrando una dentadura perfecta en la que sobresalían los colmillos. Su rostro rabiaba con ella y las líneas de expresión que se marcaban desde su nariz le favorecían. Era un hombre muy guapo.

—¡Es una caja de sorpresas! No se fía de mí, pero no teme sentarse aquí sola a sabiendas de que puede ser atacada de verdad por cualquier delincuente más peligroso que yo. —Negó, pesaroso—. No me equivoqué con usted.

—¿Qué? —Fruncí el ceño con desconfianza.

—Es una imprudente, una inconsciente —sentenció, socarrón y confiado en sí mismo. Tiró de las comisuras hacia abajo. Confirmado, era para contener la risa. Las arrugas entorno a la boca lo delataban.

Agotada por su actitud, me dispuse a retirarme. ¡Que se divirtiese él solo! No a mi costa.

—Me reitero: si se queda no abriré la boca —insistió.

Apreté los ojos, de nuevo estaba dividida: una parte de mí quería salir a la carrera porque no se fiaba de él; la otra quería quedarse, para eso había llegado hasta aquí. Me reproché mi propia debilidad. Tomé asiento y coloqué la lámpara en mis piernas. Abrí la novela con doble intención: la primera, comprobar si era verdad que podía guardar silencio, y la segunda, leer unas cuantas líneas.

—¿Qué lee? —Aquella pregunta me auxilió. Agradecía que no se mantuviese callado.

—*Persuasión* —le aclaré—. Me considero una gran admiradora de la señorita Austen.

—Hummm...



Se movió un poco y la juguetona brisa de Céfito arrastró hacia mí su olor, similar a la frescura del alba en la hierba y un toque a cuero. Era cierto que nunca había estado tan cerca de un hombre para compararlo con él, mas aquella fragancia me embriagó los sentidos, me podía arrebatarse el alma, me atraía. Solo anhelaba estar más cerca de él. Ese electrificante perfume y su cercanía produjeron una extraña punzada en mi bajo vientre y las mejillas me ardieron. ¡Qué vergüenza!

—Lamento desilusionarlo con mis preferencias literarias. —Lo distraje para que no se percatase.

—¿Disculpe?

Volví el rostro hacia él. Su expresión era de total confusión por mis palabras.

—Sea sincero, no ve lo suficientemente intelectual este tipo de lecturas, sino más bien una pérdida de tiempo. Ningún hombre leería un libro romántico. —Estaba demasiado nerviosa.

—¿Por qué me juzga con tanta facilidad si no he expresado mi opinión? —preguntó irritado mientras un ronroneo se creaba en su garganta. ¿Cómo era posible?

—¡¿Que yo le juzgo?!

—Sí, bien sabe que lo hace.

—¡No digo ninguna mentira! Para los de su género estas son lecturas femeninas estúpidas. Debo aclararle que disfruto de la pluma de otras autoras, como la difunta señora Gaskell. Una magnífica narradora y no por sus historias de amor, sino por el fiel reflejo que hace de la sociedad y el dominio de la lengua de las distintas clases sociales.

—Y yo me enorgullezco de leer a Dickens. —Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Al abrirlos me fijé que en el iris de su ojo izquierdo tenía dos colores: en su totalidad era azul, con una mancha marrón en la parte superior. Me fascinó—. No entiendo por qué está tan a la defensiva con todo lo que digo.

—La ignorancia femenina —lo acentué— choca con el intelecto racional de los caballeros. Me alegra que disfrute con Dickens, es agradable saber que no solo sostiene entre sus manos aburridos tratados de economía o agricultura. Se sorprendería si me viese leer y analizar los panfletos feministas.

—¿Las apoya? —La curiosidad le teñía la voz y me observaba como si le hubiese caído una de las ramas del viejo árbol, como a Newton le cayó la manzana.

—Sí. Opino que las mujeres no somos débiles, ignorantes o inferiores a nadie. Si ustedes, incluidos los soberanos, nos viesen como a iguales y nos concediesen las mismas oportunidades, aprenderíamos del mismo modo y con la misma fluidez que los hombres. Mas los hombres nos encuentran peligrosas. —Me levanté con la intención de marcharme—. Creo que nuestra conversación por hoy a rematado.

Con el libro y la lámpara en mano me disponía a comenzar mi regreso. Me había expuesto lo bastante en esa semana que todo me salía del revés: el lobo; los comentarios hacia mi persona; Thomas y, para finalizar, este discurso a un desconocido. Por mi bien, debía guardarme un tiempo de todos y todo.

*—Vivo mitad en la agonía, mitad en la esperanza. No me diga que llego demasiado tarde, que se han perdido esos preciosos sentimientos para siempre. Le ofrezco mi ser otra vez con el corazón más rendido que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio.*

Me paré en seco. Esa frase, aquellas palabras eran de la carta del capitán Wentworth. Giré sobre mis pies y ahí, de pie frente a mí, estaba él igual de esperanzado que el protagonista de Austen. Los dos dimos un paso al frente y citamos al unísono:

*—No diga que el hombre olvida antes que la mujer, que su amor muere más pronto.*

—Lo ha leído —dije con voz queda, respiración entrecortada y temblando de pies a cabeza.

—No se debería criticar aquello que se desconoce. ¿Se queda un poco más?

Me quedé con él.

La noche voló sin que ninguno de los dos nos percatásemos, entretenidos en una larga charla, gracias a la cual descubrí en Killian, así me dijo que se llamaba, a un hombre que me irritaba con sus deslenguadas réplicas y que me atraía por la insolencia, tal vez típica de los de su sexo o tal vez propia de su carácter. De mente abierta, se podía mantener una conversación interesante y estimulante, no tenía ideas preconcebidas sobre ningún tema, fuese del ámbito que fuese; aceptaba las mías, aunque las rebatiese desde el respeto. En lo tocante a la literatura y cultura, no se mostró pretencioso; no me hacía de menos o se reía por mis gustos románticos, los aprobaba, pues «la diferencia nos acerca a unos, nos aleja de otros, mas en ella está la riqueza de cada persona», había argumentado. Detrás de sus silencios dilucidé a un hombre cautivo de sí mismo; de vez en cuando, una sombra apagaba su luz interior y exponía al mundo un ser solitario que arrastraba una pena que le doblegaba el alma, lo impelía a una soledad casi perpetua o, al menos, impuesta. Esos océanos azules de sus ojos resguardaban un doloroso secreto, un misterio del que solo él era partícipe, y aquella mirada divertida daba paso a una tristeza que lo convertía en un niño perdido. Un niño perdido del que debía protegerme.

Esa noche no vi a un extraño. A mi pesar, lo que veía me agradaba.

Llegué a casa con la aurora despuntando en el horizonte coloreado de rosa y las nubes teñidas de lila. Como a mi abuela le quedaba una hora en cama, subí a mi alcoba. Estaba en el lado opuesto a la de mis padres y sus vistas eran la amplia pradera que se extendía detrás de la casa. Era la antigua habitación de mi hermana Maggie, de tamaño mediano, techos altos, con una amplia cama que yo había pegado a la ventana. A los pies estaba el armario que mi abuelo había construido con sus propias manos y donde guardaba todos mis enseres. En la esquina izquierda estaba el palanganero y al lado de la puerta, un pequeño tocador en el que había varios libros que tenía por leer. Comencé a desnudarme sintiendo que los nervios se aunaban en una ilusión que me era desconocida, efecto de lo vivido. Quitarme el vestido se convirtió en una verdadera trifulca entre la tela y mis manos. ¡No atinaban! Desesperada, tiré fuerte con la mala suerte de que algunas costuras cedieron. Mi abuela se iba a enfadar, no era la primera vez. Liberada de todo ese incordio, me refresqué la cara en la palangana, me sequé y, luego, me senté en el tocador: me hice un nuevo recogido, pese a la maraña de mi cabello. Resaltaba mi rostro de piel anacarada que

contrastaba con mi pelo negro y mis ojos de color azul verdoso. Mis mejillas sonrojadas me daban un aspecto más saludable, suavizado por la sonrisa de mis labios. Tras la elección de un nuevo vestido —sencillo como todos los que tenía, me puse el de color teja, decorado en los puños, el cuello y los hombros con una puntilla color negro—, me miré de nuevo en el espejo, ya podía afrontar ese nuevo día.

En el fondo de mi ser, lo acaecido esa noche me daba miedo. Temía a Killian. Sabía de lo que eran capaces los hombres, lo había vivido de cerca con Easter años atrás. ¡Cuánto había sufrido! La vi llorar lágrimas de sangre por un desalmado. De aquella me juré que jamás le regalaría mi alma a uno. Aquel horrible suceso me había marcado a fuego sin yo haber sido la víctima directa, pero a ciertas edades una aún era muy impresionable. Eso me ocurrió a mí. Con Thomas era distinto, por muy cordial que fuese nuestra relación, no dejaba de ser un pastor. Mi deferencia hacia él radicaba en ello. Nunca lo vería como algo más. Killian sí sería el compañero perfecto.

«Es de dinero, su ropa lo demuestra», apunté acertadamente. El hijo de un comerciante importante de los alrededores, porque del pueblo no, seguro.

No importaba nada, la siguiente noche sería la última.

Antes era yo que cualquier divertimento.

Ese razonamiento me pegó un bofetón por haberme alejado de aquellos principios a los que me aferraba, por no haber frenado toda aquella situación. Irritada conmigo misma, me fui al pueblo sin probar bocado de mi desayuno y dejando a mi abuela protestando. ¡La oía desde el camino! Necesitaba salir, la casa me ahogaba, poco a poco, se derrumbaba conmigo dentro. Había cometido el mayor error de mi vida quedándome con él. Debía agregar un error más a todos los desatinos de esos días: el lobo y mis ganas por encontrarlo. ¡Esa bestia me había salvado! Por ello mi inconsciencia no me hacía temer de él. Thomas: la situación con él no se solucionó del todo, se complicó más al acusarme de oler a lobo, ¿qué era, un sabueso? Después los comentarios hacia mi persona de gente que creía allegada, eso dolía... Bufé, lo único que me faltaba era encontrarme con la Dama de Rojo y la Dama Blanca, dos fantasmas femeninos muy conocidos en Pluckley.

Me encontré con algo peor.

La plaza estaba atestada de gente y no precisamente haciendo las compras, sino congregadas entorno a Thomas, que estaba subido a la parte trasera de un carro de caballos. Arengaba a los hombres y le respondían a gritos: «¡Matemos a las bestias!», «¡acabemos con los lobos!». Un escalofrío me recorrió el espinazo, erizando a su paso la piel. No me gustaba esa escena, además no la entendía. Miré a mi lado y había una mujer que también los observaba. No la conocía de nada, aun así, le pregunté para saber qué estaba ocurriendo.

—¿Qué ha sucedido?

—Los hombres se están reuniendo para hacer batidas en el bosque. —Sin mirarme, acercó su cabeza hacia mí como si me fuese a contar un secreto—. Van a empezar esta misma noche encabezados por el pastor Craven, que ha acordado que todo el mundo debe estar en casa antes

del crepúsculo.

Asentí en silencio.

—¿Es nuestro deber salvar a este pueblo y a sus gentes de esas criaturas infernales! —bramó Thomas por encima del griterío. Sus palabras fueron recibidas con aplausos.

Mucho había cambiado su opinión. Él me contó que había sosegado los ánimos de los hombres y ahí estaba él caldeándolos más, al igual que el ambiente en la plaza que, debido a la cantidad de gente y a la falta de viento, se hacía insoportable permanecer allí. Por si fuera poco, se incrementaba el hedor de las heces de los caballos. Di media vuelta para marcharme, me negaba a seguir contemplando aquel disparate. No había dado ni tres pasos, cuando un jinete entró a la carrera en la plaza, arrollando a una pobre mujer que cayó al suelo. Ninguno de los testigos se dignó a ayudarla. Molesta con todos ellos, fui a socorrerla.

—¿Se encuentra bien? ¿Se ha hecho daño? —La ayudé a ponerse en pie.

—No se alarme, no es nada. —Eché mano a su cesta tirada volcada en los adoquines.

No lo dudé, recogí todas sus pertenencias: un frasco que contenía un polvo similar a la tierra y tres coles. Al devolvérselo, no me pasó desapercibido que me observaba con interés sin preocuparse por la caída. A mí me abrumó: su rostro casi cadavérico de líneas alargadas, terminaba en una exagerada barbilla puntiaguda y la extrema delgadez que padecía le hundían sus ojos marrón claro en unas hondas cuencas; le marcaba los pómulos; las mejillas estaban metidas hacia dentro. Solo la pequeña nariz y la boca parecían intactas a las inclemencias de la vida.

—La acompaño a casa —me ofrecí. Me ponía más nerviosa su escrutinio.

—De verdad, no hace falta, señora...

—Señorita —la corregí—. Insisto, por favor... —No terminé para que se identificara.

—Soy la señora Hughes.

No afirmó ni negó, así que yo la seguí. Apenas había escuchado hablar de ella, solo sabía lo que me comentó mi abuela: muchos años atrás había perdido a su familia y vivía retirada, lo cual era cierto, ya que el camino pedregoso con hoyos polvorientos, donde antes hubo lodo, lo frecuentaban los viajeros que llegaban con el ferrocarril, cuya estación pronto dejamos atrás. Casi en las lindes de Pluckley, en una vasta llanura, se levantaba una pequeña cabaña medio destartada. A su redor crecían plantas y arbustos que no conocía. En el maltrecho porche de madera colgaban amuletos tales como plumas o patas de conejo. La mujer, con una agilidad asombrosa, entró. Yo me quedé unos pasos detrás de ella, dubitativa.

—No tema, niña, de esta pobre vieja —me alentó a entrar con la emoción de haber hallado un objeto perdido hacía mucho—. En cuanto le diga lo que debe saber, la dejaré marchar sana y salva al lado de Fiona.

—¿Conoce a mi abuela? —Aquello sí que era una sorpresa. Mi abuela no me lo había dicho.

—Este es un pueblo pequeño, todos nos conocemos.

Mis pies se movieron en contra de mi voluntad. Desoí los recelos que me atenazaban y me aconsejaban prudencia, dado que ella había suscitado mi interés con sus enigmáticas palabras. Al

pasar el umbral, una suave brisa cálida me envolvió, alborotando un poco mi cabello. Me quedé asombrada por el interior, que para nada tenía que ver con el exterior. Reinaba un pulcro orden, y un olor juguetón a flores se colaba por mi nariz. Era un poco lúgubre por la falta de iluminación, solo había una ventana, lo que no impedía observar cómo a lo largo de las vigas del techo colgaban ramilletes de hierbas disecadas; en el suelo cestas llenas de hierbajos, o que en la chimenea se extinguía un fuego que ella se encargó de avivar. Las únicas dos comodidades eran un raído sillón frente a ella y una mesa, sobre la que había un mortero, una jarra, un cuenco y una vela encendida sostenida en un viejo candelabro, con sus dos sillas. Había, además, dos muebles llenos de frascos de todos los tamaños y algunos albarelos agrietados o astillados.

—Siéntese.

La obedecí. Ocupé una de las sillas, dejando la cesta a mis pies. Ella hizo lo propio en la de enfrente. Cogió la jarra y vertió el agua en el cuenco, luego, hizo lo mismo con la cera líquida de la vela y agregó el líquido viscoso del mortero. Cerró los ojos, moviendo las manos encima del cuenco. Abrí la boca todo lo que me dio cuando vi el agua girar y crear un remolino. ¿Cómo era posible? Al abrirlos de nuevo, sus pupilas estaban dilatadas.

—¿Alguien le refirió su fecha de nacimiento? —inquirió con voz impostada y agitando los brazos.

—Sí, octubre...

—No —me interrumpió—. Su luna.

Negué con la cabeza en silencio. No sabía a qué se refería.

—Ha nacido bajo la luna del cazador —soltó sin esclarecer nada más.

—¿Eso es malo? —quise saber.

—No lo será para la historia que le tocará vivir.

—¿Qué historia? ¿De qué habla? —Me tensé tanto que la silla crujió bajo mi trasero.

—No debe temer por nada, niña; él la está esperando desde hace mucho tiempo. Es su cazador.

Estaba tan, tan asustada por sus mensajes encriptados que uní las manos hasta clavarme las uñas en las palmas. Me humedecí los labios antes de formular la siguiente pregunta. Solo me mantenía allí el misterio que se cernía sobre mi sino.

—¿Él, quién?

—El lobo —atestiguó, bajando los brazos.

¿Cómo lo sabía? ¿Es que ella había estado escondida en el bosque aquella noche? Al borde de un ataque, arrastré la silla para alejarme de esa extraña mujer. Su chirrido contra el suelo me atemorizó todavía más. Mi nerviosismo contrastaba con su desconcertante tranquilidad. Se mantenía impasible ante mi reacción.

—Tranquila, no pienso mal de usted, no voy a delatarla. ¿Me muestra su mano? —Encima de la mesa coloqué mi mano derecha—. La izquierda.

Al final, puse las dos manos. Me la tomó y sus pulgares huesudos me acariciaron las líneas impresas, mientras que sus ojos las estudiaban.

—Tiene una marcada línea del corazón, al igual que el cinturón de Venus.

—¿Qué es eso?

Dibujó un semicírculo entre mi dedo corazón y el anular.

—Indica que es una mujer muy sensual, de carácter inquieto e impulsivo. —Volví a abrir la boca, ¿todo estaba escrito en mi mano?—. Le pertenece, la ha marcado.

—¿Cómo! —Agité la cabeza, confundida.

—Con el beso del lobo. Su magia fluye dentro de usted a través de la vena *amoris*. —La uña sucia de su índice descendió de mi dedo anular hasta la muñeca—. Su beso va directo a su corazón. No tema cuando lo vea, él la protegerá; no huya de él, están predestinados. Usted le dará caza al lobo para salvarlo. —Me soltó clavando sus pupilas todavía dilatadas en mí—. Una maligna sombra os acecha; hay alguien que no la quiere bien, es un peligro para los dos, pues solo responde a su ambición. Debe cuidarse de él y cuidar al lobo, no permita que le dé caza antes que usted. No una su vida a ese otro, solo le reportará sufrimiento. —Suspiró, soltando el aire de sus pulmones. De pronto, se levantó y me instó a marcharme—. Venga, es tarde, su abuela estará preocupada.

—¿Cómo lo sabes? —Agarré al vuelo mi cesta vacía.

—Puedo ver y percibir aquello que otros no pueden. —Me empujó hasta la puerta que abrió a toda prisa—. Y recuerde: no se deje engañar por las apariencias, la belleza reside en el interior.

Antes de que pudiera interrogarla, cerró la puerta en mi nariz.

\*\*\*

El miedo y el susto se habían apoderado de mí, de mi alma y me empujaron a cruzar el pueblo a la carrera, lo que me permitía mi falda. La opresión del corsé era la fusta con la que se azuzaba al caballo a galopar más rápido. Eso me pasaba a mí. De repente, me faltaba el aire, la vida. Las lágrimas me picaban en los ojos. Me sentía superada por todo y aquella mujer con sus inescrutables vaticinios lo había complicado más. ¡No entendía nada!

Más problemas me esperaban en casa, al ver a mi abuela esperándome fuera, con los brazos en jarras y los labios tan fruncidos que habían perdido el color. Su expresión airada era traslúcida.

—¿Qué aire te ha dado? ¿Puede saberse dónde has estado?! —Me acerqué a ella, fatigada—. Hueles a milenrama y en este maldito pueblo solo hay una persona que la tiene: Isobel Hughes. ¿Por qué has estado con ella? ¿Es que solo sabes meterte en problemas? —Abrí la boca para defenderme, pero no me dejó—. ¡No, Josephine! Esta vez cállate. Si a partir de ahora debo ir yo al pueblo, lo haré, ¿estamos?

—Abuela, tuvo un accidente...

Se estiró sobre su mediana estatura.

—¡Me da igual! —profirió, censurándome—. Prométeme que no verás a esa mujer. —Me zarandeó por los hombros—. ¡Prométemelo!

—Se lo prometo, abuela.

—Ahora, métete den...

—Señora Swan, señorita Morgan, tengan buenos días —saludó Thomas desde el camino.

—Pastor Craven, ¿qué le trae por aquí?

Bajé la mirada al suelo sin pronunciar palabra, si lo hacía rompería a llorar.

—Vengo a avisarlas de que a partir de hoy queda terminantemente prohibido ir al bosque al caer el ocaso. Los hombres lo tomaremos para abatir a los lobos.



Habían pasado tres días del aviso de Thomas.

Tres días de encierro en los que mi abuela me impidió ir al pueblo, alegaba que se había vuelto peligroso debido a esa histeria colectiva que se apoderaba de la gente tras la desaparición de Jack, lo que aprovechó para mantenerme vigilada. Aquello me enloquecía, ¡echaba de menos mi libertad! ¡Mis salidas! Estaba atrapada entre cuatro paredes que me oprimían; a medida que avanzaban los días, me percataba de que mi carácter se tornaba más malhumorado y la actitud, y aptitud, de mi abuela no ayudaban. Aún no me había perdonado estar con la señora Hughes; no me creía que hubiese sido a causa de un accidente fortuito. Estaba convencida de que yo había ido en su busca. Eso me encendía más. Manteníamos un fría cordialidad evidente en nuestras escasas conversaciones. Solo hablábamos de lo necesario.

No ir al pueblo no nos supuso un grave problema, pues tirábamos con todo lo que se había guardado en la fresquera y también contábamos con la generosidad del matrimonio Willoughby. Se ofrecieron a que si precisábamos de alguna cosa no dudásemos en pedirla, que su huerto estaba a nuestra disposición. De momento, no había hecho falta.

Por otro lado, la noche que iba a ser la última en que me topara con Killian se frustró. Me causó cierta ansiedad, ya que podía pensar que le había dado esquinazo. A esas alturas, a varias millas a la redonda, se debería conocer la situación que se vivía en el pueblo. Aunque quisiera salir no podría. Durante esos días, a todas horas, por delante de casa pasaban hombres armados en dirección al bosque. Según nos había comentado el señor Willoughby, se habían dividido en grupos y recorrían cada camino de Pluckley. Lo peor sucedió de noche: se oyeron varios disparos. Si ya me costaba conciliar el sueño, con aquellos sobresaltos no había pegado ojo. Así, por el día, los párpados se me cerraban.

Esa tarde, sentada de nuevo en el suelo de la salita, releí la carta del capitán Wentworth a la señorita Elliot, la misma que Killian me citó para convencerme de permanecer con él. Si aquella noche me asombró, más lo hice cuando llegué al punto final: en mi mente no escuchaba mi voz, sino la de él, varonil, profunda, envolvente, a pesar de estar teñida de ironía, como la primera vez que nos vimos. Su rostro alteró mi memoria: el azul travieso de sus ojos y su facilidad de enarcar o alzar las cejas; las líneas rectas de su nariz, de puente ancho; sus labios, bien perfilados y esa manera en que tiraba de las comisuras que podía anticipar una sonrisa o una risa. Los vaticinios

de la señora Hughes se colaron, cual eco maligno, en mi cabeza y disiparon aquel atractivo rostro.

—Ahí están de nuevo esos hombres. —La voz de mi abuela me arrastró a una perturbada realidad. El poder de mis recuerdos me superó, la sangre se heló en mis venas y tumultuosas emociones me embargaron—. Y el pusilánime del pastor con ínfulas de salvador.

A mi abuela no le gustaba Thomas, mucho menos sus discursos de los domingos. Según su opinión les faltaba fondo y fuerza, de ahí que no lo saludase al terminar la misa. Giré el rostro y vi a mi abuela de espaldas a mí, mirando por la ventana sin disimular un ápice. Mantuve el silencio, mientras me forzaba a guardar la bella imagen que el libro me evocó de Killian. Esa segunda vez me sacudió y me azoró: mi respiración se agitó, mi corazón latía rápido y el rubor había regresado a mis mejillas, desplazando el temor de segundos antes.

Busqué la parte de la novela en la que realmente estaba. Siempre me había sentido identificada con Anne: la proximidad en la edad, la soltería, la mía más impuesta que la suya. El Capitán Benwick me resultaba entrañable por el dolor que portaba. La soledad que nos acompañaba, por motivos diferentes, la suplíamos con libros. Yo prefería esa compañía.

—Jamás voy a casarme —afirmé una vez más para mis adentros.

—¡Cómo que no! —exclamó mi abuela.

Pegué un brinco en el suelo.

—¿Que no qué, abuela? —Me delaté, pues le había mostrado que no le prestaba ninguna atención.

—Has dicho que jamás vas a casarte.

«¿Lo había dicho en alto?», me pregunté a mí misma. Moví los ojos hacia los lados y me mordí la mejilla por dentro, ni cuenta me había dado. Debía pensar rápido, ya que a mi abuela nunca le había expuesto ese pensamiento, de ahí su desconcierto.

—¡Qué desfachatez! Llevas un tiempo en el que has perdido la sesera. —Agitó el dedo índice en el aire—. Toma ejemplo de tus hermanas o de tu buena amiga Easter, mira qué feliz está.

Que mi abuela me restregase la historia de mi mejor amiga no lo iba a consentir. Procurando controlar el genio que me carcomía por dentro, le respondí apretando los dientes.

—Si usted supiera —bisbiseé.

—Josephine, tu deber como mujer es casarte —sentenció la máxima que se debía aceptar por condición de sexo.

Oír mi nombre entero me fustigo más. Me levanté, debía encararla en igualdad de condiciones. La sangre me quemaba por dentro; apreté tan fuerte los puños que las articulaciones me dolían, pero no iba a claudicar en aquello que hacía años me había prometido porque ella no estuviese de acuerdo.

—¡No! —exclamé tan alto que vacié los pulmones—. Mi deber no es casarme por el simple hecho de ser mujer, antes soy persona.

—Estos desatinos no te llevan a ningún lado. Deberías estar en Londres como bien te aconsejan tus...

—¡Muy bien! —la interrumpí. Sin quererlo me había puesto en bandeja su propio egoísmo. Quien la conocía sabía que en lo tocante a lo suyo era muy celosa. Alcé mi mano derecha con dos dedos estirados—. Permítame explicarle dos cuestiones: primero, no iré a Londres donde mi tía, mis hermanas y, ahora usted, quieren verme. Mi lugar está en Pluckley o en Oxford con mis padres; segundo, si tan deseosa está de echarme, escríbales y dígales que no requiere de mi presencia.

Tras mi argumentación, chasqueó la lengua y se desinfló. Había perdido esta batalla. Si algo tenía claro es que físicamente era muy parecida a mi padre; en cuanto a carácter, las dos éramos muy similares. Cabizbaja, negaba con la cabeza, contrita.

—Debes conocer a alguien...

—¿Y Londres me lo asegura? —la interrumpí una vez más. Aflojé los puños, debía hablarle calmada—. Aquí no ha aparecido nadie. Normal, según sus propias palabras, los hombres de este pueblo son palurdos estúpidos.

—No, todos no —rebatí.

—Es verdad, salvo los Blackstone y el abuelo.

—Jo, niña, solo quiero lo mejor para ti, quiero que seas feliz y siempre te veo leyendo esos libros y la realidad no está en ellos —me expuso su opinión, melancólica.

—Abuela, no voy a atarme a un hombre por el que no sienta un ápice de cariño. Lo repito: el matrimonio no está hecho para mí.

Abrió la boca dispuesta a rebatir mi última frase, mas el sonido estrepitoso del llamador no se lo permitió. Alguien desesperado lo aporreaba con urgencia y así acudimos. Era la señora Willoughby. Tenía el rostro desencajado, señal de que no venía con buenas noticias.

—¿A qué viene tanto jaleo, Agatha? —la instó mi abuela.

—Son los hombres. Han hallado el cuerpo de Jack —desembuchó con voz rota y ojos vidriosos.

*Mi mundo era ordenado,  
calmado y controlado, y de repente tú  
llegaste a mi vida con tus comentarios.  
Jane Austen, Orgullo y prejuicio*

—¿Señorita Josephine, es usted?

*En el susurro manado de la inmensidad de la noche, reconocí a Killian y mis nervios se aflojaron en mi interior.*

—Sí.

*Killian salió de detrás del viejo árbol. Parecía cansado, agitado; su aspecto desaliñado se realzaba por la camisa —los primeros botones desabrochados y le sobresalía de la cintura del pantalón—, además, se había dejado crecer un poco la barba, que no restaba la elegancia de su rostro. Estaba encantador. Tuve que carraspear para poner freno a las emociones.*

—No debería estar aquí.

*—Lo sé, me he enterado de que hubo una víctima de los lobos y quieren darles caza. —Cierta tristeza acarició sus ojos y se reverberó en sus voz—: Se le acabaron las escapadas nocturnas.*

—Y a usted —no pude reprimir mi lengua.

*—No se crea. —Se encogió de hombros—. Las mías están más motivadas por usted que las suyas por mí.*

*Si su intención era impresionarme lo había conseguido. Pudorosa, bajé la cabeza, y gracias a la noche no se percataba del sofoco que tenía. Mi pretensión de contarle lo que no había podido se quedó en nada.*

—Siempre nos podemos ver en el pueblo.

*Subí la cabeza de inmediato.*

—Usted no es de Pluckley —puntualicé.

*—Claro que soy de aquí, ¿qué se cree que vengo a pie desde Ashford? —argumentó a modo de protesta.*

—No puede ser de aquí, nunca lo he visto.

*Se tapó el rostro con las manos por mi reiterada negativa.*

—Pues yo a usted sí.

—¿Qué?

—La he visto en la plaza, caminando entre los puestos y, alguna vez, en la iglesia.

«¡¿Qué?!», abrí la boca de par en par. ¡Aquellos eran los lugares que más frecuentaba!

—¿Cómo es que yo a usted no? —inquirí al recuperarme de la conmoción.

—Muy sencillo: solo ve lo que quiere ver y mira en la dirección contraria...

Dos disparos irrumpieron la placidez mortecina de la noche, seguidos del vuelo atemorizado de los pájaros y del graznido de los grajos. Una voces se acercaban adonde estábamos.

—Rápido al hueco. —Me agarró del brazo y, en ese instante, el contacto frío de su piel traspasó la tela de la manga y prendió cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Me arrastró al hueco del viejo árbol.

—No entraremos.

—Debemos o estaremos en un buen embrollo.

Nos metimos encorvados y nuestros ropajes amortiguaron la luz de mi quinqué. Si la suerte nos sonreía, no nos encontrarían. Me pegó a su cuerpo. Sentir su pecho fuerte y amplio en mi espalda no me violentó, me excitó y una sensación de hormigueo surgió en mi bajo vientre. Nos acoplábamos a la perfección. Al ser más alta de lo normal, mi cabeza quedaba justo por debajo de su barbilla. Cerré los ojos para retener aquel momento en un rincón secreto de mi mente con la extraña convicción de que a su lado nada malo me sucedería, lo que me sosegó y le transferí mi integridad. Los hombres comenzaron a moverse en torno al árbol, el temor que me asaltó fue tal que casi pegué un grito, si no fuera porque Killian me tapó la boca.

—No se mueva —ronroneó en mi oído. Su cálido aliento recorrió mi piel, quemándola a su paso y aumentando la excitación.

Apretó su agarre: su mano izquierda me rodeó la cintura, pegando aún más nuestros cuerpos, si eso podía ser. Protegida por el tronco y dominada por el anhelo hacia él, apoyé mis manos sobre la suya. Percibir su fuerza casi animal aplacó la ansiedad que me producía el riesgo de la situación. Así, entre sus brazos, su peculiar olor a aire fresco, cuero y, esa noche, con un toque a musgo, me hechizó, perdí el mundo de vista y mi corazón saltó de placer en el pecho.

Los hombres no tardaron en irse. Killian me fue soltando y, a medida que lo hacía, yo iba despertando a la realidad. ¿Qué estaba haciendo? Había perdido el decoro. Intenté separarme rápido de él, no me lo permitió.

—No me diga que no quiere que la acompañe. Hoy no hay excusa.

Fue implacable en ello y, para que no nos tropezásemos con los hombres, vagabundeamos entre los árboles. Él se mantenía alerta a cualquier ruido que pudiera acarrear un peligro para nosotros, por ello, más de una vez, permanecemos quietos, hasta que el silencio típico del bosque lo sumió todo en una renovada quietud. En las lindes que yo atravesaba en cada incursión, nos despedimos. La congoja se apoderó de mí, no quería pronunciar un adiós porque sabía que me arrepentiría de ello. A él le sucedía lo mismo. ¿Podía ser? No nos conocíamos lo suficiente como para estar en esas tesituras. Killian me arrebató el quinqué de mis manos y lo

*alzó, iluminándonos. La languidez de la tristeza se proyectaba en las facciones de su bello rostro, en la severidad impostada de sus labios. Compartir aquellas emociones mudas, que parecían fluir entre nosotros, cual brisa fresca del verano, me sedujo el corazón.*

*—¿Cómo volveré a verla? —me consultó con la voz algo rota.*

*—Regrese al claro, donde nos conocimos, allí coincidiremos en cuanto pueda. —Mis sentimientos y no mi razón hablaron por mí. Deseaba volver a verla.*

De esa conversación habían pasado unas tres semanas. Se produjo la misma noche en la que todo Pluckley veló el maltrecho cuerpo de Jack Grey. Todos se habían volcado en ello como si se tratase de un miembro más de cada familia. En parte lo era. Los hombres que lo toparon tuvieron la deferencia de cubrir sus restos, así, nos evitaban la imagen grotesca de su carne arrancada o sus miembros amputados.

Yo había acompañado a mi abuela hasta la iglesia, donde todas las mujeres lamentaban su pérdida a la vez que adornaban cada rincón con algunos ramos de flores. Pronto me hizo saber que no estaba cómoda:

—Vete, este no es lugar para ti. No me agrada tenerte aquí. Ve a casa a descansar, mañana va a ser un día muy largo.

Le tomé la palabra y me fui abriendo paso entre los allí congregados. Thomas ni se fijó, estaba demasiado ocupado en dar consuelo a cada uno de ellos. A pesar de ser un momento de sobrecogimiento, había quien no se callaba: cerca de la capilla Blackstone dos mujeres no dejaban indiferente a quien las escuchase con su macabra conversación:

—No me sorprende este final, todos sabíamos que fallecería —dijo una ellas.

—La culpa es de la madre, le transmitió al muchacho su locura por el cordón umbilical.

—¡Muy bien dicho! —exclamó en voz baja.

—He oído que estando borracho se refería a los hombres lobo...

Pasado tanto tiempo, todavía era incapaz de comprender cómo la gente podía hablar de esa manera en una iglesia y a los pies de un muerto.

Sentada en la cama con las piernas pegadas al pecho, contemplaba la negrura de una noche cualquiera de finales de mayo, en la que mi espíritu estaba demasiado convulso. Quería abandonarme para irse al bosque, donde, a lo mejor, Killian me estaba esperando. Me arrepentía de haberme despedido con aquellas palabras. Había sido egoísta de mi parte. Solo había pensado en mí, no en él.

Una nube viajera de los cielos destapó la faz de la luna llena. Sus rayos plateados iluminaron con su sedosa luz los campos que se extendían ante mí, convirtiéndola en una escena sacada del mejor poema de Lord Byron.

Esas semanas estaban siendo las más largas de mi existencia. Pocas veces me había acercado al pueblo, ya que las batidas continuaban de día y de noche. Los ánimos desde el entierro de Jack se habían exaltado. En ninguna de ellas vi a Killian. Mi tiempo lo invertía leyendo o dejaba vagar la

mente y se me ocurrieron un par de ideas buenas. Una debía exponérsela a Thomas, pues con su ayuda se podría llevar a cabo, pero había que esperar el momento, ya que estaba más pendiente de los lobos, incluso, que de las misas. También le di vueltas, una y otra vez, a las misteriosas palabras de la señora Hughes. Pasados tantos días, aún me asustaban.

Un movimiento cerca del vallado captó mi atención. Me arrodillé en la cama y apoyé las manos y la frente en la ventana. Mi aliento empañaba el cristal. Gracias a la luz de la luna podía otear un poco, mas fuera no había nada. Podría haber sido cualquiera de los hombres que recorrían cada palmo del pueblo o simplemente una ilusión de los reflejos de la claridad. Iba a apartar los ojos y lo vi. Apostado frente a la casa estaba el lobo blanco.

—¡Anda por ahí, apuesto mi gaznate! —gritó un hombre que no alcanzaba a ver.

«Debes cuidarte de él y cuidar al lobo, no permitas que le dé caza antes que tú». Aquellas palabras que tan bien recordaba me hicieron reaccionar. Vestida solo con un camisón de algodón, descalza, salí de mi alcoba a la carrera, pasé la de mi abuela, que dormía a pierna suelta, y llegué a la cocina. Abrí la puerta trasera, nerviosa, con el corazón desbocado y sin apenas resuello.

—Entra —le ordené a la bestia. No me hacía caso y los hombres estaban cada vez más cerca—. Entra o te matarán —repetí.

El animal reaccionó a mi súplica. Colándose por debajo de la valla, vino hacia mí. Ese animal era más similar a un perro, aunque no debía equivocarme ni confiarme, y sabía que estaba siendo una inconsciente, sin embargo, las palabras de la señora Hughes fueron la motivación, ya que, si eran ciertas, no me haría daño. Unos pasos me alertaron de que teníamos encima a la batida. Me agaché y gateé hasta la fresquera. Allí nos ocultamos.

—Aquí no hay nada, pazguato. —Varias personas se rieron.

—Estaba seguro de que una mancha blanca se movía —confesó.

El lobo comenzó a gruñir a las voces que nos llegaban amortiguadas del exterior.

—Chsss —le pedí silencio, acariciando su testuz—. Aquí no pueden hacerte nada.

En un arrebato, pasé mi brazo derecho por encima de su lomo. Mis dedos surcaban los suaves mechones de su melena, y el gruñido, poco a poco, se desvaneció en su garganta. Aquellas simples caricias, por desatinado que pueda sonar, nos relajaban; aumentaban la conexión que había entre ambos y percibía, a su lado, que procedía de antiguo, de un pasado muy lejano en el que no existíamos todavía. La bestia colocó su testuz en mi hombro. Yo era su refugio. Toda mi vida, por las enseñanzas que me había inculcado mi padre, jamás creí en supercherías ni magia ni brujería. No obstante, una fuerza oculta me unía a aquel animal. Como si sintiera lo mismo, se tumbó y apoyó su cabeza en mi regazo.

«No temas cuando lo veas, él te protegerá; tampoco huyas, estáis predestinados», oí la voz de la señora Hughes.

*El hombre cuya opinión nunca varía  
es semejante al agua estancada,  
y engendra reptiles en su mente.*

William Blake

**P**asé la noche en un sinvivir.

Luego de liberar al lobo, subí de nuevo a mi alcoba y le rogué a Dios que lo custodiase. Pocas veces le había pedido ayuda, no me gustaba abusar de su generosidad, solo lo hacía si el motivo requería de la intervención divina, como aquel.

En el fondo de mi corazón, no quería que le sucediese nada malo. Era el animal más bello que había visto jamás. A esa criatura de la noche, hijo de la luna, pues su pelaje blanco brillaba bajo su luz, no podía imaginármela ensuciada con su propia sangre. Una enorme pena me estrujaba las entrañas y una sensación de vacío se expandía por mi pecho con solo pensar en esa posibilidad. Estábamos unidos y no podía explicar el porqué.

La otra mitad de la noche la pasé tratando de recordar la conversación con la señora Hughes, empero, mi mente embotada se obstruía más a medida que me forzaba. Al final, me rendí y opté por algo completamente opuesto. Me instigué para hablar con Thomas sobre la idea que se me ocurrido sobre la educación de los niños. Mi interés por las reformas y las causas sociales no tenían fin. Si se la exponía con claridad, sabía que me secundaría, ya que más de una vez conversamos de este tema.

—Abuela, voy a la iglesia. —Asomé la cabeza por la cocina.

—No me gusta que vayas por ahí tú sola —me advirtió por encima del hombro.

—Solo voy a ir al iglesia y no me saldré del camino. —Fui hacia la entrada de la casa—. Volveré pronto.

Me cubrí la cabeza con la caperuza de mi capa azul. Fuera el día no estaba nada apacible. Lloviznaba desde bien temprano y los cielos cubiertos de gruesas nubes no permitían el paso de los rayos del sol. Era más otoñal que primaveral. También se notaba en el campo, su verde ya no brillaba, estaba un poco más apagado. Solo las flores silvestres que lo salpicaban indicaban que era la época de retoñar, antes de la explosión de vida del verano. Como ya era habitual, a lo largo de la llanura no había una sola oveja o caballo, y no era por causa de la noche anterior, sino que,



tras el descubrimiento del cuerpo de Jack, Pluckley se había encerrado en sí mismo, había cambiado todos sus modos de vida. Si antes no me encontraba con mucha gente en el camino, a partir de entonces era imposible. Gran parte de la culpa la tenía Thomas: les pedía a todos los ciudadanos que se guardasen en casa, que solo saliesen si era necesario. Para mí era un modo más de atemorizar a las personas. El clima se contagiaba.

Yo llegaba a la iglesia y Thomas salía meditabundo, abrazado un libro. Dio varios pasos cabizbajo. ¡No estaba en la tierra! Juraría que hablaba solo. Había tenido mucho trabajo, ya que la gente recurría a él más que nunca; se acercaba a casas de aquellas familias que estaban más apegadas a Jack. Por otro lado, las misas u otros aspectos de la vida, como la enfermedad, no cesaban por lo ocurrido. Me acerqué a él fingiendo una tranquilidad que no sentía y al percatarse de mi presencia me regaló una sonrisa que jamás había visto: era amplia, demasiado alegre para aquellos instantes y cansada. Hallaba un respiro.

—Señorita Josephine, permítame decirle que se ha convertido en la mejor visita desde hace horas. —No borró la sonrisa del rostro.

—¿Tantas ha tenido? —inquirí un poco indecisa por aquellas palabras.

—Créame que sí. —Agitó un libro delante de mí. Se titulaba *El libro de hombres lobo*.

«¿En serio profesa alguna veracidad sobre esos seres?», me cuestioné sin dar crédito. En tal caso, él no buscaba lobos, buscaba hombres lobo. Tuve que disimular.

—¿Qué la trae por aquí?

—Me gustaría exponerle una idea —dije lo más sumisa que pude. No quería que el entusiasmo me lo echase todo al traste—. Si tiene prisa puedo esperar...

—No, no, adelante. —Se agarró las manos en la espalda.

—Es a colación de la última vez que enseñamos a los niños.

—Sí, lo recuerdo, vinieron muy pocos y no me complace informarle que de momento se suspende.

—Ahí surge mi idea.

—El espíritu educativo de su padre la acompaña —apostilló con un leve tono de censura—. ¿Van a venir los señores Morgan?

—Sí —afirmé, tajante para que no me desviara del tema.

—Me alegro. Por favor, continúe.

—Es sobre la educación de esos niños. —Capté su interés, pues me miró más intenso—. La educación es un problema enquistado del que nadie se preocupa, sobre todo, la primaria. Es bien sabido que no está muy extendida y a ello se le suma otro obstáculo: la educación secundaria y la universitaria son privadas. A raíz de todo lo expuesto, y con su beneplácito, se podría lograr aquí, en Pluckley, que los menores de ambos sexos acudiesen a la escuela casi de modo obligado, ya que, si ellas tuviesen una mínima educación, no se abusaría... —Mi ímpetu se fue apagando como una vela. A medida que estudiaba mi sugerencia, su rostro se tornó impertérrito; sus cejas se unieron y dos pliegues se formaron entre las líneas, efecto que captaron sus ojos de inmediato al

oscurecerse, perdiendo su característico color azul. Se tornaron impredecibles. El brillo de la agresividad destelló al encontrarse de nuevo con los míos.

—Debería mostrar cierta delicadeza en un asunto como este, en el que la opinión de una mujer, por mucho que se trate de la hija de un profesor de Oxford, no es bienvenida.

—Es un asunto que atañe a la sociedad.

—No, señorita Morgan, se equivoca; estos niños tienen la obligación de ayudar a sus familias, deben aportar lo poco que puedan para poder llevarse un pedazo de pan a la boca y así solventar la carga que son para sus padres. ¿Y esa absurda idea de que las niñas estudien?

Su acritud, su falta de iniciativa al progreso contradecían a esas otras que no hacía muchos meses él mismo defendía. ¿O me había mentido? Nunca lo había escuchado hablar así. ¿Cuál era el verdadero Thomas: él joven de ideas reformistas o ese fanático conservador?

—Si tienen un mínimo de conocimientos no se aprovecharán tanto de ellas —arremetí con cierta impotencia ante su explicación.

—¿De qué les servirán? —arguyó, despectivo. Enderezó los hombros para abatirme—. La mujer no necesita conocimientos de geografía para cocinar un estofado, de cálculo para limpiar su hogar o, peor me lo pone, de historia para amamantar a sus hijos. —Su tono cada vez era más sardónico—. Señorita Morgan, la consideraba una mujer superior a la media; me ha decepcionado que dé pábulo a las peticiones de cuatro locas, en general solteras, que no tienen en qué perder su tiempo más que en revolucionar al resto con sus estupideces. La mujer siempre irá por detrás del hombre —parafraseó a Darwin—. Le recomiendo que no haga caso de todo lo que escuche o lea, no son más que quimeras. —De repente, alzó el rostro al cielo, rastreando algún tipo de aroma en el aire—. ¿Huele eso?

Negué en silencio, ya que me estaba ahogando en mi propia inquina.

—Huele a lobo. —Se acercó más a mí. Me tensé, su olor a incienso me repugnaba y contuve la respiración, echando la cabeza hacia atrás. Notaba el palpitar del pulso en el cuello—. Procede de usted. —Entrecerró los ojos. Su aliento a alcohol me rozaba la piel y algunas gotas de su saliva caían en mis labios—. ¿Cómo puede ser, señorita Morgan? Creo que deberíamos vigilarla más de cerca.

Con una inclinación de cabeza, se marchó. Tardé bastante en recomponerme de todo eso. Me limpié deprisa la boca con la manga del vestido, entretanto, el estómago se me revolvió. Aquel comportamiento no era normal.

«Está perdiendo la sesera con tanta lectura sobre hombres lobo», razoné. Nadie en su sano juicio se creería la existencia de los hombres lobo. Una idea peregrina me pasó como un rayo por la cabeza: desde la aparición del lobo mi relación con Thomas había empeorado. Lo más increíble era la manera en la que se refería a esas mujeres que luchaban por nuestros derechos. El aturdimiento por sus palabras me impidieron rebatirle todos aquellos pensamientos retrógrados y enquistados que mantenían a la mujer en un último plano. El asombro fue dando paso al enfado. Él se sentiría decepcionado conmigo, mas yo me sentía estafada por un hombre que en estos años me

estuvo engañando con una falsa faz. ¿A cuántos más estaría embaucando?

Me dispuse a marcharme, ya no pintaba nada allí, y reparé en una figura masculina. Era el hombre misterioso que conocía Thomas. Iba vestido igual, todo de negro, esta vez con una chaqueta larga que lo protegía de la llovizna, hasta repitió el mismo gesto: besó la rosa y la depositó en la tumba. Se giró un poco y... Tenía un gran parecido con Killian, empezando por el corte de pelo, el cuello, y siguiendo por su nariz y su boca. «¡No es Killian!», me regañé.

Me iba a acercar para tener una mejor visión, sin embargo, un comentario me lo impidió.

—Qué guapo... —suspiró una muchacha.

—Vete olvidando, nunca se fijaría en ti, está muy por encima de nosotras.

Aquella contestación me cogió de súbito.

—Disculpen —me entrometí sin permiso—. ¿Lo conocen? —Señalé al hombre con la cabeza.

—Claro, todo el pueblo —me dijo la segunda muchacha.

—Es sir Killian Blackstone. —Volvió a suspirar la primera.

*Para ella, él era el último hombre;  
para él, ella parecía ser la única mujer.  
Jane Austen, Orgullo y prejuicio*

Estúpida.

Inepta.

Pardilla.

Estos eran algunos de los bonitos improperios que me regalaba a mí misma, encerrada en mi alcoba, caminando de un lado a otro como una demente, mientras me fustigaba con respecto a Killian. No, mejor dicho: sir Killian Blackstone. Cada vez que rememoraba su noble condición social me estremecía de pánico. Sabía de lo que eran capaces los de su condición. ¿Por qué se interpuso en mi camino? Años atrás me había prometido a mí misma mantenerme alejada de los nobles, de sus maléficas redes de telarañas que enredaban de mala manera a las mujeres, que nos obnubilaban con sus falsas lisonjas solo para aprovecharse. También me estremecía de tristeza, de decepción, para conmigo. La perspicacia que tanto alababa mi familia y mi buena amiga Easter me había fallado. ¿Dónde tenía la cabeza? ¿En los pies? Era cierto que su ropa era de buena calidad, pero jamás me imaginé su estatus social. ¡No lo sospeché! Dios mío, ¿qué pensaría de mí Easter? Debía ratificarme en mi promesa.

Por otro lado, dejando aparte mi opinión personal de los hombres, de los nobles —no quería pensar lo que suponía casarse con uno, ya que debía ser una tumba en vida—, me sentía engañada. A ciegas, entré en su engañifa. Sí, me había parecido raro que se presentase con su nombre de pila, mas no lo solventó, ni quiso. Traicionó mi confianza. De ahí que sea culpable. Él pudo averiguar mi identidad y se benefició de mi desquite y de su propia clausura; nunca lo había visto por el pueblo, a fin de engañarme, de tratarme como una imbécil de cabeza hueca.

Respiré hondo. Por mucho que me hirviese la sangre y la traición me pinchase el corazón, algo era claro: no había hecho nada de lo cual arrepentirme. Solo había cruzado con él cuatro palabras, ya eran más que suficientes. Los pocos sentimientos románticos que pude albergar por él, aquellas sensaciones que me provocaba, afortunadamente, quedaban lejos y había que enterrarlas en un hoyo profundo, debido a que nuestras clases sociales no nos permitían mezclarnos. Cualquier relación entre nosotros era imposible, a no ser que se tratase de una mera aventura y yo no iba a

permitir que ocurriese.

Cuando el día se hizo noche, había tomado la decisión de enfrentarme a él. No lo había hecho en la iglesia, por respeto a los muertos, que no tenían la culpa de las faltas de los vivos. Desasosegada, con una falta de premeditación propia de mi instinto y de mi impulso, empujada por la zozobra, salí de casa con el candil para iluminar el camino. Me exponía a que las batidas me encontrasen, incluso a que Thomas me estuviese vigilando y me siguiese, pues sus palabras me habían calado hondo. Hasta podía notar su aliento en mi nuca. En ese ambiente imprevisible, el helado rocío se dejaba notar. Las oscuras llanuras que se abrían a ambos lados del sendero, que me vanagloriaba de conocer tan bien, en esos segundos se convirtieron en una peligrosa tierra de nadie en la que se proyectaban todo tipo de peligros que no podía ver, ni percibiría. La sensación de que la oscuridad era mucho más densa esa noche fue en aumento a medida que avanzaba a través del pedregoso sendero, ¡parecía que habían puesto más piedras! Para entretenerme y no caer en el desánimo ni en el terror acérrimo, comprobé que el tamborileo de mi corazón estaba acompañado con mis pies. Así, poco a poco, alejé a ciertos fantasmas para que no me arrebatasen el coraje; debía parecer lo más fría posible, no podía permitir que las emociones me nublasen la mente en el instante que le espetase todo lo que quería, ya que siempre cabía la posibilidad de que no me tomase en serio.

—¿Señorita Josephine? —Me asaltó antes de llegar a las lindes del bosque.

Di dos pasos atrás alzando el quinqué e iluminándolo.

—Buenas noches, sir Killian Blackstone —lo saludé fríamente, incluso saboreé la victoria. Pronunciar su nombre en alto produjo que la bilis me subiese por la garganta y me dejase un regusto amargo en la boca.

Pegó un brinco hacia atrás como si le arrease un puntapié.

—¿No va a decir nada?

Inhaló aire de manera lenta, casi sin atreverse antes de preguntar:

—¿Cómo se ha enterado?

—Por usted no —dije, orgullosa y sin perder el control. Su rostro cobró un tono más mortecino—. Me ha estado engañando todo este tiempo sin pretender subsanarlo. Normal, es otra artimaña más de los de su calaña, solo quería sacar de mí algún beneficio...

—Es mentira, no todos los hombres somos iguales —me interrumpió con voz ahogada.

—¿Por qué no me desveló su identidad?

—Porque, si se lo dijese, no sería usted misma, se comportaría de otro modo.

—No me conoce, sir Blackstone. No me hubiese quedado a su lado ni por todo el oro del mundo. Nunca estaría cerca de un noble —aseveré con desprecio—. Hombres como usted se aprovechan de la ingenuidad e ignorancia de las jóvenes, a las que encandilan con su atractivo y retienen a su lado con sus títulos, con falsas promesas que luego no cumplen, con el fin de robarles lo único que nos pertenece: la honra, sin importarles un ápice el lugar donde nos dejan cuando se cansan de nosotras.

Se inclinó hacia mí a la defensiva, malhumorado, y me apuntaba con el índice.

—A un hombre no se le debe juzgar por las botas.

—Y a una mujer nunca se la debe subestimar. —Hice una reverencia a modo de despedida—.

Hasta más ver, sir Blackstone.

Giré sobre mis pies. Debía marcharme antes de que soltase aquello que tenía clavado en mi garganta. La segunda promesa que me había hecho. Unos dedos largos y robustos como el acero me sujetaron por el brazo impidiéndome huir.

—Espere, se lo ruego.

Me solté de su agarre.

—Nada me retiene en mitad del bosque. Es más, estoy segura de que si chillo las batidas llegarían enseguida. —Era una simple amenaza, no tenía pensado hacerlo—. Le recuerdo que no debería estar manteniendo esta conversación, los de su clase son reacios a mezclarse con los de la mía. Lo que no puede ser, no puede ser.

—¿Es una despedida? —inquirió de modo perentorio. La incredulidad brillaba en sus ojos.

Al escuchar sus palabras, la sangre borbotó hasta mi cabeza llena de furia. Aferré mis dedos en el candil, con la mano libre apreté la falda de mi vestido.

—¿De verdad precisa una afirmación?

No le permití ni hablar ni que me retuviese más. Me fui de allí lo más deprisa que pude para no escupirle todo el veneno: «no voy a ser la ramera de ningún noble».

**B**lackstone Hall, más conocida por los lugareños como Blackstone House, ya que el padre del nuevo baronet así la llamaba, se alzaba solitaria y silenciosa frente a las colinas de Pluckley, albergando un perturbador secreto durante siglos, del que nadie podía saber. La lanzaba a una oscuridad que pasaba desapercibida, pues, quien la viese, afirmarí­a que era la casa solariega más bella del mundo, con sus cuatro almenas, recuerdo de aquella época medieval en la que se debían defender las tierras de los ataques enemigos. Sus paredes, remodeladas muy pocas veces, seguían en pie; sus emnegrecidas piedras continuaban en su lugar, sus suelos eran los más firmes de toda Inglaterra. Pero aquel secreto embebía cada esquina, cada estancia, incluidas las dos que estaban cerradas a cal y canto. Se mantenía en pie a la espera de un final feliz; a la espera de un cazador que pusiese fin a su dolor.

Esa noche, al igual que todas, se camuflaba en la lobre­guez de cualquier espectador curioso; solo si estuviese en la cresta de una de las colinas podría ver cómo dos únicas ventanas transfiguraban su contorno nocturno y se materializaban por la luz de su interior, concediéndole un aspecto casi fantasmagórico. Mas, en su triste monocromía, la mansión temblaba sobre sus cimientos y, con ella, la naturaleza que la rodeaba. La buena nueva que llevaba tiempo esperando podía realizarse.

Esa noche, como todas desde hacía una semana, sir Killian Blackstone volvía a refugiarse en su despacho, perteneciente años atrás a su padre, y en el que organizaba los negocios y las propiedades. Pasaba todo su tiempo en él, más que en sus propios aposentos. Lo podía describir con los ojos cerrados: techos altos y suelo de madera, cubierto en algunos sectores por tres alfombras indio-persas, cuyos colores marrones, canela y caobas combinaban con los muebles de madera noble que ocupaban los cuatro muros. Hacía horas que las lámparas de queroseno estaban encendidas y hacían destacar los dos candelabros de plata que había sobre la cornisa de la gran chimenea, en la que ardía el fuego. Allí, lejos de los ojos invasores de su servicio, sentado en su poltrona de estilo Luis XV y con un vaso de *brandy* en la mano, que casi rozaba el suelo, se podía liberar de la melancolía que sufría. Una que nunca había padecido. Ese sentimiento lo roía, como la polilla que se comía los maderos por dentro hasta vaciarla. Así estaba él, vacío. Se percibía en su temperamento alicaído que a todos hacía preguntarse: «¿Qué le sucede al joven amo?».

Enrarecía el ambiente, cálido para cualquier visitante, aunque frío para él, equiparable al mismo que le corría por las venas.

Llevó el vaso a los labios y pegó un trago al licor castaño.

—¿Qué me gusta de la señorita Josephine? —Pensativo, perdió la vista entre las llamas—. Su carácter impetuoso, su lengua rápida, la pasión con la que defiende sus ideales, sus mejillas arreboladas cuando la importuno. La adoraríais si la conocieseis.

Uno de sus tres perros, el de bello pelaje blanco en la barriga que se degradaba en algunas partes en color arena o marrón, cuyo gesto simulaba enarcar una ceja, hizo un sonido que quedó entre rugido y gruñido en el que iba implícita una nueva pregunta.

—Ya os lo expliqué, Giles, no es como las aburridas muchachas de Londres que solo saben sonreír y dicen a todo que sí para tenerlo a uno contento. Es inteligente, versada. Tiene su propia opinión. Es culta. —Nada más expresarlo sus cejas se arquearon y las comisuras de la boca se estiraron, dibujando una mueca de horror—. Pierde la educación en la discusión.

El perro cuya hermosa piel era una mezcla entre marrones, negros y grises se apoyó sobre sus cuartos traseros. Hizo un divertido sonido gutural a la vez que ladeaba la cabeza.

—Buena pregunta, Jeremy, habló de Oxford. Quizá sea de allí.

Giles levantó el hocico a la defensiva. Su ladrido, un tanto agudo, advertía de una casualidad hasta entonces desapercibida por el joven baronet.

—Estudié en Oxford, sí, puede que sea hija de algún profesor, no lo sé. La verdad, no la asocio con ninguno.

El último de los cánidos se acomodó al lado de las brasas. Era de mayor tamaño; su melena, blanca en barriga y patas, gris en su lomo y cabeza, era densa, más larga. Sus iris cuasiamarillos se clavaron hastiados en su dueño. Lo retaban a actuar, no a plañir como una dama.

—No, Frederic, no voy a indagar. Debo olvidarme de ella, por su bien —sentenció para que les quedase claro de una vez por todas.

Giles se levantó, mostrándole los colmillos. Sir Killian le clavó una gélida mirada azul y la beta marrón de su ojo izquierdo destelló furiosa.

—No voy a discutir con ninguno, dejadme a mí. Comprendo que esté molesta, le mentí... —Se interrumpió a sí mismo. Su mente atrajo la imagen exacta de su bello rostro de finas líneas y frente ancha en la que sus cejas oscuras —como sus cabellos, negros azabache—, resguardaban unos bellos ojos azul verdosos que, si lo permitía, le robarían el alma. Sus pómulos altos, que solo se tintaban si su genio ardía, daban paso a una nariz armoniosa con el resto, y bajo ella unos labios finos, rosados, hechos para besar, eran severos con normalidad, también sabían regalar una preciosa sonrisa si se lo proponían. Así era su señorita Josephine. Sonrió entristecido. Los tres perros lo observaban extrañados, pues estaba solo presente de cuerpo—. Explota como la pólvora en el ataque. Sin embargo... —Volvió en sí. Se echó hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas y señaló a los tres animales con el dedo índice de la mano en la que sostenía el vaso casi vacío—. Se refirió a los hombres, sobre todo a los nobles, de manera peyorativa. Es inusual ese



comportamiento.

Jeremy gruñó.

—¿Crees que un noble la dañó? —Sopesó aquella hipótesis—. Pudiera ser, sus prejuicios hacia los de nuestra clase están muy enraizados en su interior.

Giles se recostó de nuevo con un ronroneo suspirado.

—Ya os lo he dicho, no iré a buscarla. —Se echó hacia atrás, pesaroso. Estiró las piernas, mientras se tapaba la cara con su mano izquierda.

Jeremy se acercó a él y le golpeó con el hocico en el muslo antes de gemir de modo quedo.

—Me fascina hablar de la señorita Josephine, lo confieso, mas prefiero atesorarla en mi memoria. —Soltó el aire contenido por la nariz bruscamente—. Debo seros sincero: siento una energía, un empuje que me hace ir a su encuentro, estar cerca de ella. No sé lo que me sucede. —El peso de la verdad aumentó sobre sus hombros—. Lo mejor para todos, para ella, es que se mantenga apartada de mí; una relación conmigo solo le reportaría dolor y esta familia ya ha sufrido bastante. No quiero pecar de egoísta.

Sincerarse extenuaba el alma, no obstante sir Killian no había terminado. Apartó la mano y alzó la vista hacia los retratos de sus padres, dispuestos a ambos lados del espejo que colgaba encima de la chimenea. Caldeó su brío con el último trago de licor a fin de pronunciar las palabras que pendían de su lengua. Sin fuerzas, dejó caer el brazo al lado del cuerpo y el vaso rodó por el suelo. Los tres perros compartían una mirada llena de intenciones.

—Amor —dijo con voz temblorosa—. El amor es como un silencioso aullido que se cuele en lo más hondo de las personas y no se evidencia hasta que el corazón está preparado.

*El amor roba el corazón femenino,  
dando luz y brillo a aquello que  
antes era oscuro y sombrío.  
Modos de comportamiento en el amor y el cortejo, 1850*

Esa tarde, dos semanas después de haber descubierto la verdadera identidad de sir Killian Blackstone, el tiempo mejoró. La calidez de las temperaturas me permitía pasar más tiempo en el jardín trasero. Ese día, ya entrada la tarde, el candor del sol apretaba bastante, originando un particular paraíso en esa zona de la campiña en la que la naturaleza reposaba con el canto alegre de los pájaros, que amenizaba mi sopor tumbada debajo del rosal y cuyas flores bañaban el aire con su delicada fragancia. Quien me viese a lo lejos creería que me habría dado un vahído. Errado estaría. Era mi refugio para ahuyentar los recuerdos; mi particular escapatoria de mi abuela, que me escrutaba y esperaba cual buitre a que le contase algo, no era tan tonta. Sin embargo, de quien quería huir era de mí misma.

Haber tropezado y tratado con él había supuesto un cambio, ya que por primera vez había conversado con un hombre ajeno a mi familia que me daba confianza. Ni con Thomas, cuando lo conocí, me pasó cosa semejante. Destapar la verdad me convirtió en una idiota, pues ¿quién no sabría que era sir Blackstone? Frente a mí tenía a mi peor enemigo. ¡Sería capaz de contarle mis secretos! Todavía estaba enfadada conmigo misma. Pero a lo largo de esos días, pasando de la furia al dolor, de la rabia a la frustración y vuelta al dolor, una parte mínima de mí percibía que, con él, hallé lo que llevaba buscando años; que toda mi vida había estado esperando para verlo esa primera noche. Fue como si todas las criaturas fantásticas del bosque lo condujesen hacia mí. En ese momento, era solo una figura etérea en mis pensamientos; rondaba mis sueños y en ellos se conjugaban, por un lado, el odio y el rechazo exacerbado hacia su noble cuna, de ahí mi decepción con él, conmigo; por otro, mi mente y mi corazón se unían para que no lo olvidase, hacían más grande la sensación de vacío que me acompañaba desde que no nos veíamos.

No era dueña de mis sueños.

Me apoyé sobre mis codos. Miré hacia casa, no había rastro de mi abuela. Debería estar cosiendo. Me incorporé movida por un impulso y crucé el antiguo huerto que había hecho mi abuelo y que ella abandonó por no poder dedicarse a él. Sus manos ya solo eran ágiles con el

liviano peso de la aguja.

Sucumbí a la locura de acercarme a Blackstone House para demostrarme a mí misma que todo estaba dentro de mi cabeza, que era un mera fantasía, que no añoraba su molesta presencia, ni su percha noble, ni sus impertinencias. Sino que todo era un juego ficticio de mi aburrida mente que no se entretenía con las lecturas. Sin oír a mi conciencia que me obligaba a quedarme en el sitio para no complicar más la situación, ya que al presentarme allí podría haber la posibilidad de que él me malinterpretase, tomé camino hacia el bosque. Si lo atravesaba llegaría a las lindes de las tierras de los Blackstone. Me estaba metiendo en la boca del lobo, ignorando lo que me podía aguardar.

Guiada solo por mi pálpito, me adentré en el bosque. Su aura era distinta a la de la noche: al pie de los grandes árboles crecían plantas silvestres con brotes morados, amarillos o blancos, que creaban una marea de color que ni la sombra de los troncos apagaba. A lo largo de mi avance, los rayos de sol se filtraban a través de las copas, reflejándose de modo distinto en la vegetación. Una vez en el claro del lobo, no pude evitar mirar el hueco del árbol, donde me había protegido de las batidas con su cuerpo. Todavía podía sentirlo. A la luz, mi lugar nocturno favorito estaba rodeado por una variedad de formas grotescas creadas por las incrustaciones rocosas. Apreté el paso y continué por el sendero que se dividía en dos zanjas polvorientas. Nunca había pasado por allí y me sorprendió cómo la vegetación, sublime y majestuosa, estaba salpicada por pedruscos envueltos de musgo amarillento. El ambiente diáfano generaba una belleza romántica que lo impregnaba todo.

«El amor encontrará su camino, incluso a través de lugares donde ni los lobos se atreverían a entrar», recordé una cita de Lord Byron. En mi caso no se podía hablar de amor, sino de todo lo contrario. ¡Me había engañado! Y, en cuanto a los lobos, a mi lobo blanco, estaba segura de que no rondaba por allí. Las batidas vigilaban con insistencia cada rincón de Pluckley sin obtener resultado alguno.

De súbito, dos enormes cánidos salieron a mi encuentro y me cortaron el paso.

—Tranquilos, bonitos —mi voz sonó insignificante en la inmensidad que se abría en aquella parte boscosa.

Di un paso hacia atrás.

Ellos se adelantaron dos.

Ninguno de los dos era el lobo blanco.

El lobo a mi derecha tenía el pelaje blanco en barriga y patas, se tornaba color arena en algunas partes o marrón en las orejas; me estudiaba con unos inquietantes ojos amarillos. Sus pupilas negras, poco a poco, se dilataban, incluso parecía enarcar una ceja por la mancha oscura que tenía encima de su ojo izquierdo. El otro tenía unos grandes ojos amarillos, que me miraban con curiosidad; su melena era una amalgama entre varias tonalidades de marrones y negro, solo el hocico era blanco. Parecía más inofensivo. Todo lejos de la realidad. Estaban en posición de ataque, me enseñaban sus afilados colmillos, que parecían resplandecer por la claridad.

Ellos venían a mí con pasos medidos.

—Quién me mandaría acordarme de Lord Byron —susurré, caminando hacia atrás.

El cuerpo me temblaba de pies a cabeza; las piernas aguantaban mi peso a duras penas y mis pasos eran cada vez más inestables. Las afiladas varillas del corsé se me clavaban en todo el busto, como cuchillas, me oprimían las costillas y me cortaban la respiración, además de que los nervios se apoderaron de mi ser. Miré hacia los lados con disimulo. No había escapatoria. Si corría, se me echarían encima. Un nudo en la garganta amenazó con ahogarme y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquilos —repetí con las manos alzadas—. No os voy a hacer daño.

Al siguiente paso atrás pisé una piedra y me torcí el pie. Conseguí no caerme, cuando percibí un silbido más similar a un rugido. Giré el rostro y otro lobo, mucho más grande, se lanzaba hacia mí de un salto. No me dio tiempo a moverme.

Más de cincuenta kilos me derribaron.

Solo escuché mi propio grito de horror y cerré los ojos ante mi inminente final.

Noté un fortísimo golpe en la cabeza.

Luego, todo fue de color negro.

—¡Jeremy! —exclamó sir Killian Blackstone al toparse con su perro en medio de la explanada exterior de la mansión.

Estaba más nervioso de lo normal, sus saltos delataban su ánimo y alteraban a Rayo, el caballo que montaba el joven baronet, negro como la noche; sus crines a la luz del sol tenían reflejos azules.

—¿En el bosque? —Le costaba descifrar lo que el animal pretendía contarle. La ansiedad lo iba domeñando más—. Si te serenas comprenderé lo que quieres decirme. —Entre gimoteos y gemidos se explicó—. ¿El bosque? ¿Qué pasó? ¿Las batidas? —El cánido negó con su testuz, lanzando un aullido ahogado—. ¿Quién está en el bosque? ¡¿Jeremy, quién?!

Su mirada azulada y vulnerable se dirigió hacia la frondosidad que colindaba con su mansión. Respiró hondo y cerró los ojos para concentrarse en todo aquello que lo rodeaba. No hizo falta que el perro emitiera ningún sonido lastimero, un ruido lejano se desprendió de entre las copas y su fino oído lo captó. Era un leve latido que reconoció enseguida.

—Josephine —musitó con voz estrangulada.

Con un golpe de los estribos, Rayo se encabritó para echar a galopar, seguido por Jeremy. Avanzó a toda velocidad sobre el manto verde de la explanada, atravesaba un viento inexistente, era como si volase. Así lo exigía su dueño, pues la aprensión le oprimía el pecho hasta arrebatarle el aliento de solo imaginarse lo que pudo sucederle. A medida que se adentraba en el bosque, se iba poniendo en lo peor. A lo lejos vio a sus otros perros y azuzó al jamelgo. El nudo de su garganta se hizo más acerado: el aire no pasaba ni podía tragar saliva.

Bajó de un salto a escasos metros del cuerpo. Los cánidos estaban al lado del bulto color azul. Parecía que un trozo de cielo se había precipitado al suelo.

—¡Josephine! —Corrió a su lado.

Ella no respondía. ¡Estaba inconsciente! Rodeó el empaldecido rostro entre sus manos y limpió con las yemas de los pulgares el rastro que habían dejado las lágrimas. Saber que lo último que hizo fue llorar le rasgó las entrañas, arrojándolo a una dolorosa oscuridad. Aun así, se percató de que sus dedos estaban húmedos. Separó su mano derecha y comprobó horrorizado que estaban tintados de color escarlata. Una parte de su alma se partió. Cada músculo del cuerpo se le tensó y alzó una mirada impregnada de ira a los perros.

—¿Qué le habéis hecho?! —El bramido se convirtió en un inquietante sonido del inframundo al terminar en un rugido. Congeló la naturaleza. Su instinto le advertía que ellos habían tenido mucho que ver en aquel fatídico incidente.

Las tres bestias se asustaron de verdad por esa reacción que asomaba de lo más hondo del dolor.

Silbó y su caballo se acercó con cierta cautela a su lado. Mirando por encima del hombro, cogió las riendas, tiró y Rayo obedeció a aquella muda petición: se acostó sobre sus patas. Él colocó el cuerpo yacente de la muchacha y se montó, apoyándola contra su pecho. Al sentir el peso, el caballo se puso de nuevo en pie. Los cánidos se habían quedado muy quietos, a la espera de que se hubiese olvidado de ellos. No gozaron de esa suerte. Sin mirarlos los amenazó:

—Como no se recupere, os aniquilaré —los avisó, no prometió.

Sir Blackstone consiguió que Rayo mantuviese un trote constante, aunque a veces le protestaba, porque su espíritu agitado lo intranquilizaba. Nada podía sosegarlo en aquellos angustiosos momentos, solo daba gracias al cielo de que Josephine estuviese tan cerca de Blackstone Hall. Ya en los jardines, sosteniéndola casi moribunda entre sus brazos, se fijó que Alfred, su fiel mayordomo, lo esperaba junto al carruaje. Se le había olvidado, ese día iba al cementerio. Azuzó al corcel para acercarse más aprisa.

—Señor, ¿qué ha sucedido?! —exclamó, cogiendo en brazos a la muchacha.

—Alfred, con cuidado. —Se bajó del caballo—. Estaba herida en el bosque.

No le pasó desapercibido que aquel hombre alto, esbelto para su avanzada edad, de expresión siempre serena, se alarmase; su tez macilenta y las líneas de su rostro cuadrado se afilaron al reconocer a la joven.

—Dios bendito.

—¿La conoces? —Frunció el entrecejo. Aquello le resultaba nuevo.

—Sí, señor. —Todo en el anciano había perdido su habitual monotonía. Sus ojos marrones eran la viva imagen de una mezcla de miedo y disgusto—. Es la nieta de Fiona Swan.

Sir Killian alzó las cejas, y la frente de inmediato se le arrugó; la sangre se le congeló; el corazón saltó varios latidos. Percibió las venas del cuello hinchársele.

—Era la antigua cocinera...

—Sé quién es —confesó, mortecino. Mantuvo la compostura a duras penas al tomar conciencia del alcance de aquella declaración que le era desconocida.

Conocía a la abuela de su señorita Josephine desde que tenía uso de razón. Eso dolía más, ya que en un pasado se prometió a sí mismo no dañar a la gente que quería. Y a aquella mujer le tenía verdadero aprecio. El ambiente se congeló varios grados. Se había vuelto gélido en junio y solo faltaba que cayesen los primeros copos de nieve.

Un goteo incesante de sirvientes ya se había agolpado en la entrada, asombrados de lo que allí estaba aconteciendo.

—Debemos llevarla...

—Prepárenle los aposentos que están al lado de los míos.

—¿Pero, señor? —alzó la voz el mayordomo, perplejo.

—No, Alfred, esta muchacha debe permanecer aquí, podría serle perjudicial cruzar el bosque en sus condiciones.

El hombre se giró hacia el público que los rodeaba.

—¡Venga, a qué esperan! Ya han escuchado al señor —los reprendió con urgencia—. Stuart, muchacho, ve a llamar al galeno, dile que en Blackstone Hall hubo un accidente.

El muchacho salió disparado.

—Gracias, Alfred, yo iré a buscar a la señora Swan. Me llevo el carruaje.

El cochero no necesitó nada más para ponerse en marcha cuando su señor entró.

Allí, en su soledad, se llevó la mano al pecho y agarró la camisa con tanta fuerza que a punto estuvo de arrancar ese trozo de tela. Los baches en el camino suponían un azote a su maltrecho corazón. Le dolía hasta la agonía, mas debía disimular y mostrar una entereza que le faltaba, ya que debía dar una deprimente noticia. El hielo de sus venas se iba fundiendo y las esquirlas se le clavaban bajo la piel, la laceraban, sin embargo, no le daban un mínimo atisbo de alivio. Seguía conmocionado tras ver inerte y sangrante a Josephine. Lo más duro de todo había sido separarse de ella. Su sentido de la posesión se descontroló, le desbocó la rabia que le fluía en pequeñas partículas por la sangre y le iba nublando la razón. No podía perderse en esos derroteros oscuros. No era tan sencillo: las emociones eran tan vívidas, tan abrumadoras que lo desgarraban por dentro.

—¡Más rápido! —gritó con voz enronquecida.

Se frotó con violencia el rostro. Deseaba borrar esa faz de él que tanto odiaba, que nadie conocía.

En poco tiempo, el carruaje paró enfrente de un pintoresco *cottage* por la cantidad de flores que se abrieron gracias a la clemencia de las altas temperaturas. El lacayo le abrió la portezuela, la hora de dar la cara había llegado. Con paso solemne caminó por el estrecho pasadizo que dividía en dos el jardín. Aún se acordaba de aquellos días de verano en los que visitaba al anciano matrimonio tras su llegada de Eton o de Oxford, o del dolor con la muerte del señor Swan. Respiró hondo y, delante de la puerta de madera, agarró el frío llamador de acero en forma de mano y golpeó dos veces.

—Voy, voy. —dijo la señora Swan.

La puerta se abrió al sonido sordo de un clac.

—¡Oh! —La anciana se tapó la boca, conmovida por su visita.

En esos años que no la vio, no había sufrido ningún cambio. Su rostro ovalado, de piel un tanto curtida por el sol, aún le resultaba bondadoso como antaño. Aquellos ojos verdes, que lo escrutaban chispeantes, transparentes a cualquier emoción, ya que no les estaba permitido disimular, daban paso a una nariz larga; no era la de Josephine, se percató, y bajo ella una boca de labios finos le sonreían afectuosos rodeados por unas marcadas líneas de expresión.

—Señor Blackstone, ¡qué alegría! —Estiró los brazos hacia él.

Le correspondió al abrazado. Esa familiaridad lo hizo retroceder décadas atrás.

—Señora Swan...

—Que señora Swan, ni señora Swan —le protestó sin soltarle los hombros, agitando la cabeza y con los labios fruncidos.

—Fiona.

—Eso está mejor. Pero pase, por favor...

—No —la interrumpió—. No es momento, debe acompañarme a Blackstone Hall.

—¿Qué? —La urgencia y la preocupación se iban abriendo paso en su voz.

—Es su nieta...

—¡Josephine! —El mentón ya le temblaba—. ¿Qué le pasó, señor?

—Ha sufrido un accidente en el bosque. —Fue testigo de cómo sus ojos se aguaron.

No tuvo que decir nada más. La buena mujer cogió una vieja capa de detrás de la puerta y las llaves. Después de cerrar el *cottage*, se fue con él. En lo que duró el viaje, la anciana no gimoteó ni formó un escándalo, lloró para sus adentros y, de vez en cuando, sorbía las lágrimas o se limpiaba las esquinas de los ojos con un pañuelo que sacó de la manga del vestido. El alma se le resquebrajó más. Una cosa era que él sufriera por lo que tenía que sufrir; otra muy distinta era contemplar el sufrimiento ajeno.

El carruaje aparcó a la entrada y otro más humilde estaba parado delante. El galeno había llegado. Le ofreció a la señora Swan su brazo, que ella aceptó de buen grado. Entraron en el vestíbulo que se abría hacia la gran escalinata de piedra que iba a los pisos superiores. Para él, cada nuevo escalón era un paso hacia la dolorosa verdad del estado de la señorita Josephine. Nada iba a poder tranquilizarlo ni consolarlo. Gracias a su fino oído, supo que Alfred la había instalado en las estancias de invitados del primer piso, en el ala este, próxima a la suya. Condujo por el amplio pasillo a Fiona hasta la entrada de unos aposentos, muy sencillos, como la muchacha que yacía sobre la cama situada en la pared contraria a la enorme chimenea apagada. Debía dar orden de que la encendiesen. Cerca, un armario ocupaba la pared; frente a él, dos grandes ventanales proyectaban tanta claridad a la estancia que el galeno no necesitaba de otra luz para curar la herida del cuello de Josephine, y entre los cuales había un amplio tocador y un pequeño secreter.

Fiona lo soltó y corrió al lado de su nieta. Aferrada a ella, liberó su pesar y el miedo entre sollozos, causa de que su cuerpo convulsionase. Poco a poco, enunció una breve plegaria cortada por suspiros lastimeros. Él se mantuvo a su lado, de pie, lo que le permitía observar sus lágrimas, brillantes a la claridad de la tarde. Quería apoyar una mano sobre su hombro, en muestra de su apoyo. Declinó, no le pareció proceder.

—¿Có... Cómo... Cómo está, señor Foss? —inquirió, desesperada, hipando.

—Es pronto, señora Swan. —Dejó sobre la mesita de noche un pequeño bulto color rojo y se limpió las manos con un paño—. Puedo adelantar que la herida de la cabeza no conlleva amenaza



ninguna y, una vez que las criadas la desvistieron, he advertido que su pie derecho está inflamado. Tuvo que torcerlo en la caída.

Aquella declaración fue un nuevo golpe.

—¿Se repondrá? —Esa pregunta le salió de lo más hondo de su corazón.

—Debería ser así, señor Blackstone, aunque como dije antes es pronto. —Guardó todo su material en su desgastado maletín del que sacó un pequeño frasco—. Hoy debería descansar. Si se despierta, les dejo este pequeño gotero, y en un vaso de agua disuelven cinco gotas, no más. La mantendrá tranquila y aliviará los dolores.

Sir Killian, con una rapidez inusitada, llegó al lado del galeno y lo cogió. «Láudano», leyó en la etiqueta, regresando al lado de Fiona, que seguía llorando. Un escalofrío le recorrió la columna. No era la primera vez que sostenía un frasco cuyo contenido era ese líquido marrón rojizo. El último año de vida de su padre, sir William Blackstone, había sido el analgésico para aplacar los dolores de... No quería recordarlo, pues él acabaría del mismo modo.

—Si mi experiencia no me falla, la caída ha sido más aparatosa que peligrosa, he visto caídas menores que han tenido un final más trágico. Su nieta tiene una dura testuz.

Fiona ya no atendía a nada más. Tenía la frente apoyada en los nudillos de su nieta, parecía alejada del mundo. Iba a abrir la boca y la anciana se le adelantó.

—No hace falta que lo afirme, doctor —musitó la anciana. Sir Killian enarcó una ceja divertido en su dirección. La anciana, lacrimosa, lo miró—. Señor, no conoce a mi nieta.

Se llevó una mano a la nuca y se rascó la raíz del pelo. «Si usted supiera», barruntó él.

—Si me necesitan a lo largo de la noche, no duden en avisarme. —El galeno Foss se disponía a marcharse.

—Alfred, por favor, quédese con la señora Swan mientras acompaño al señor Foss a la salida.

Los dos hombres salieron. Sir Killian se mantuvo en silencio, más que nada, para protegerse de algún comentario que azorase más su derrotada alma.

Lo acompañó hasta el carruaje que lo esperaba.

—Gracias. Gracias, señor Foss por acudir tan presto.

—No hay de qué. Mande recado por cualquier variación en el estado de la muchacha. —Inclinó la cabeza a modo de despedida.

Cuando desapareció, sus hombros se hundieron. Cabizbajo, cerró los ojos ante aquella situación que lo superaba. Jamás, por nadie, había sentido tanta pesadumbre, incluso miedo. Giró sobre sus pies y entró de nuevo.

—Lorna —avisó a la criada que pasaba por delante de él.

—¿Sí, señor?

—Avisé a alguien de que encienda la chimenea del aposento de la señorita Morgan. —Tragó con dificultad, para él era su señorita Josephine, le daba más cercanía—. Y a Alfred, de que disponga otro aposento para la señora Swan.

—Sí, señor. —La criada salió a la carrera para cumplir sus órdenes.

Parado frente a la escalinata, ladeó la cabeza. Un movimiento lo hizo mirar hacia la puerta de la biblioteca, allí estaban sus perros. Poco a poco levantó un brazo y señalándolos con el dedo índice les previno:

—Con vosotros tres hablaré más tarde.

*Un hombre con sentido común y entendimiento  
nunca presumirá de un comportamiento indebido  
hacia una mujer.*

*Modos de comportamiento en el amor y el cortejo, 1850*

—Aclarádmelo de nuevo, no me he enterado bien.

Sir Blackstone andaba de un lado para otro de su despacho como una fiera salvaje. Estaba haciendo un ejercicio de contención sobre su ánimo para no ahuyentar a los tres cánidos que, asustados, eran partícipes de su mal talante.

Jeremy retrocedió.

Giles se recostó apoyando la cabeza sobre las patas delanteras.

Frederic le cortó el paso a sir Killian. Se sostuvieron la mirada, era un duelo a iguales; un pulso por quien era el primero en separar la vista del otro. El enorme cánido avanzó otro paso y erizó el pelaje de su lomo.

—Frederic, nada de embustes, no me tomes por un mastuerzo, sabré si me estás mintiendo. —Se cruzó de brazos sobre la camisa. Su velludo pecho le quedó un poco al descubierto, pues se había desabrochado algunos botones durante lo que llevaba reunido con los tres.

El agobio acumulado, a lo largo de aquella tarde, y esa conversación le estaban pasando factura. De un momento a otro iba a perder de verdad los nervios que le carcomían su ser. Sus manos se cerraron más entorno a sus bíceps. No podía estar pendiente de otra cosa que no fuese el dolor que se le deslizaba por sus venas y que le entumecía cada músculo, cada articulación. Escuchó la sarta de gruñidos del perro que terminó su relato con un ladrido. Más o menos había captado la idea general: ¡sus hermanos querían unirlo a Josephine! Tomó aire, alzó el rostro al techo y mesó el pelo con ambas manos, despeinándose más de lo que ya estaba. Cuando regresó su mirada a los cánidos, su rostro era impertérrito.

—Que me entere: lo trazasteis a mis espaldas, como tres tediosas casamenteras que no tienen nada mejor que hacer de sus vidas. ¿Y la idea del ataque? ¿Quién fue el genio? —Apretó los puños con fuerza para luego estirar las falanges, así estallar los huesos. Con una simple visual a los tres, descubrió al culpable—. Tu ceja alzada me lo demuestra, Giles. La pudisteis haber matado. ¡Es que no pensasteis en las consecuencias! —Enfurecido fue hasta la poltrona y de un

golpe tiró al suelo el cojín.

Cansado, se puso detrás, colocando sus manos en el respaldo. Con esa sujeción, sus hombros se hundieron tanto que su cabeza parecía colgar entre ellos.

—No, nunca lo hacéis —se contestó a sí mismo—. ¿Qué os había dicho? La debía dejar marchar por lo que vosotros ya sabéis, pero no, os entrometisteis y ahora yace casi muerta en esta casa. No os imagináis el calvario que eso supone para mí. ¡¿No lo comprendéis?! No quiero que termine como ella. —confesó con voz ahogada, señalando el retrato de su madre—. Si no despierta, os aseguro que pagareis vuestra inconsciencia.

Al fondo de su garganta sonó un extraño ronroneo. Los perros levantaron las orejas. No, aquello no era un ronroneo. Era un lamento, un amargo llanto que reprimió tarde. Su rostro contrito era el reflejo de sus acibarados sentimientos. Mas uno predominaba entre todos ellos: la culpa. No debería haberle hablado aquella noche; si no se cruzase en su camino, ella estaría sana y salva. Fue débil, no pudo contenerse en cuanto la vio, postergó así mismo lo que siempre había sabido, que jamás podría amar como el resto de los hombres ni entregarse a las mieles del amor sin que nadie saliese herido. Exponía a sus seres queridos al más salvaje de los peligros. A su lado solo había sufrimiento. A su lado ninguna persona estaría incólume.

—Lo hecho hecho está, no podemos dar marcha atrás. A partir de ahora, solo os voy a pedir un único favor para con Josephine: protegedla. Protegedla con vuestra propia vida si hace falta, porque está aquí. —Se pegó un puñetazo en la zona de su corazón y una lágrima solitaria le corrió mejilla abajo.

En su sensible oído se coló el pulso reposado de la mujer que se recuperaba bajo su techo. Aun separado de ella por toneladas de piedra, podía estar pendiente. Se enteraría del mínimo cambio. Apretando las muelas, contuvo las lágrimas que amenazaban con precipitarse y, enjugándose, salió del despacho en dirección a la gran escalera, empujado por ese bello ritmo. No quería que nadie lo viese en aquella tesitura. Comenzó a subir y la voz de su fiel Alfred lo detuvo.

—Señor, ya está preparado el aposento para la señora Swan.

—Gracias, Alfred. Ve a descansar —le pidió, escondiendo su mirada.

—Mejor no, señor, por lo que pueda pasar.

Sir Killian asintió y continuó su ascenso. En tres zancadas llegó a la puerta, tras la cual yacía ella. Entró sin llamar. Las velas, colocadas en la cornisa de la chimenea y en ambas mesitas de noche, iluminaban levemente ese aposento. Le daban un aspecto casi mortuorio.

—Señor —dijo Fiona, con el rostro girado hacia él—, lo hacía durmiendo.

—No, he estado en el despacho. —Se acercó a ella procurando no hacer ruido—. Debería ir a descansar usted...

—No puedo dejarla aquí sola. ¿Y si le pasa algo en la noche?

—Me quedaré yo con ella. —Se acuclilló a su lado—. Si hubiese cualquier novedad, la avisaré de inmediato. No me gustaría que enfermase también debido a la fatiga. —Ella le iba protestar y se adelantó—. Su estancia es justo la del otro lado del pasillo. Más cerca no puede estar, ¿qué me

dice?

—Está bien.

La ayudó a levantarse de la butaca. Miró a la puerta y en el umbral estaba el mayordomo, quien le sonrió de modo amable.

—Alfred, acompaña la.

Fiona le sujetó sus manos entre las suyas.

—Gracias por todo, de verdad.

—No, gracias a usted por asistir a mi padre cuando más enfermo estaba. Sé que llegan tarde, y esto es lo mínimo que puedo hacer por usted —señaló la cama con un gesto de su cabeza—, por ella.

Un noble jamás lo haría, mas le salió de dentro darle un beso a aquella mujer que tanto había dado por su familia.

Permaneció estático en el sitio hasta escuchar la puerta cerrarse. Guió sus pasos a la butaca gemela que estaba al otro lado de la cama. Se desplomó en ella como una piltrafa humana. Puso el codo en el reposabrazos, ladeó la cabeza y se tapó lo ojos con la mano, así escondía de la soledad todas las emociones que no podía contener. Su cuerpo estaba cubierto por una frialdad que lo hacía sentir vivo, no el ambiente caldeado de los aposentos. A su espalda, los tenues rayos de la luna creciente se colaban entre los cortinajes, se posaban en la cama confiriéndole a la señorita Josephine un aura casi mágica e irreal, de esa manera lo discernía a través de sus dedos. Movido por un impulso, se levantó y se sentó al borde de la cama procurando no molestar su reposo.

La contemplaba ensimismado, con un suspiro en el corazón.

Apreciarla tan lejos de él lo impulsó a aproximar sus temblorosos dedos a esa cabellera negra como el más puro azabache que destacaba la blanca piel de su mejilla. La perla más grandiosa del mundo se encelaría de ella. ¡Hasta durmiendo no perdía su hermosura! El descenso lo guio a las colinas de sus rosados labios, también pálidos. Al rozar su tersura, las yemas de sus dedos se derritieron y su pecho, por unos breves segundos, se calentó.

De improviso, ella reaccionó a su roce con gemidos lastimosos.

Se estaba despertando.

Con la rapidez y seguridad propias de la fieras, rodeó la cama hacia la otra mesita de noche, donde habían dejado la jarra llena de agua; llenó la copa que había a su lado, después desenroscó el gotero del frasco del láudano para verter, con pulso firme, cinco gotas exactas.

—Hmmm..

—Beba, beba un poco —le pidió.

Le irguió la cabeza y puso la copa en sus labios, ella respondió de inmediato abriendo la boca. Tragaba el líquido con tanto ímpetu que vio una gota de agua deslizarse por su comisura.

—Espacio, no vaya a atragantarse.

La señorita Josephine, con un lamento, echó la cabeza hacia atrás, lo que provocó que su gesto se contrajese. Dejó de nuevo la copa sobre la mesita sin separar sus ojos de ella. Estaba nervioso.

¡Nunca había estado tan nervioso!

—Killian —pronunció su nombre con voz adormilada.

—Sí, estoy aquí. —Tomó su delgada mano de dedos largos entre las suyas. Estaba tibia al tacto —. Estás a salvo —le susurró.

Ella intentó despegar los párpados. Juraría que lo había mirado, pero era difícil de confirmarlo.

—Killian.

Él arrimó su boca a la oreja de ella. Inspiró ese aroma floral que todavía desprendía.

—Estoy aquí, a tu lado.

Ella no hizo amago de nada. Tomó de nuevo la posición en la que había estado. Dispuesto a dejarla descansar, se iba a sentar en la butaca, cuando una mano buscó la suya.

—No, no eres Killian.

Alzó las cejas entre divertido y asombrado por aquella declaración, reprimiendo una carcajada. Aquella mujer era increíble, ¡hasta dormida le llevaba la contraria!

—Auguro una crisis inmediata.

—¿Usted cree, señor? —El mayordomo retiró de la mesa el plato y la taza de té vacíos.

Como cada mañana, sir Killian tomaba el desayuno en la salita, una estancia contigua a la biblioteca y al despacho, de menor tamaño que este último. Tenía varias ventanas que le proporcionaban una gran claridad a lo largo del día, algo que favorecía la tela vaporosa de los cortinajes. Alrededor de la mesa de madera maciza, estaban las seis sillas a juego; colocados en diferentes partes, había aparadores donde el servicio disponía las distintas bandejas de plata con la comida. El resto de la decoración la completaban una serie de cuadros, algunos diáfanos junto con dos bodegones de naturaleza muerta. Era el recuerdo más cercano que le había dejado lady Cat Blackstone, su madre.

—Alfred, un ciego lo vería. —Sir Killian movió con un golpe seco el periódico que sostenía para que no se doblase—. Ese maldito banco ha suspendido todos los pagos. El imperio del banquero de los banqueros se está derrumbando y con él miles de familias, eso es lo peor. Hmm... Agradezco haber abandonado la vida social de Londres, porque la capital está cayendo en un verdaderos caos. Y lo que queda...

En cuestión de segundos, tiró sobre la mesa el noticiero y se levantó, arrojando la silla al suelo. Alfred la sostuvo a tiempo. Sir Killian había permanecido tranquilo mientras el latido del corazón, en el piso de arriba, fue estable. Sin embargo, percibió de repente una pequeña variación, que lo hizo saltar. Se encabritaba cada vez más.

—Señor Blackstone. —Una criada estaba apostada en el umbral de la puerta.

—¿Qué quiere, Sally? —inquirió Alfred serio.

—Es la señorita Morgan, ha despertado —les informó.

Metió los dedos en su pequeño bolsillo del chaleco para confirmar la hora en su reloj.

—Alfred, debes estar pendiente de la venida del galeno.

—Así lo haré.

—Cuando llegue, que suba a los aposentos.

—Sí, señor.

No salió de allí a la carrera, como su genio le exigía, no podía, más aun, debía mantener el decoro al menos delante del servicio, por ella. Pretendía que su estancia en Blackstone Hall le

resultase lo más cómoda posible, y no le agradaría que los criados chismorreasen delante de ella. Al ver que el vestíbulo estaba vacío, no lo dudó: subió las escaleras de dos en dos. Anhelaba verla, permanecer cerca de ella. Su espíritu se perturbó por no haber estado en el momento en que abrió los ojos.

La noche anterior la había pasado sujetando su mano. No la soltó, aferrado a la idea de que, si despertase de nuevo, lo sintiese.

A gran celeridad llegó a la alcoba. La puerta estaba abierta y no pudo evitar escuchar la conversación entre abuela y nieta.

—Tenemos que irnos a casa, ¡no quiero estar aquí! —demandó la señorita Josephine a la anciana.

—Josephine, no te alteres —le recomendó Fiona.

—¡No quiero estar en la mansión de un noble! —alzó la voz enfadada.

Ese vehemente comentario fue como un puñetazo en el hígado. Para reprimir la sensación de rechazo, prefirió centrarse en el estado de ella: desde su escondrijo, notó que todavía no estaba repuesta. Le costaba respirar por algún tipo de dolor, también por el enfado.

—¡Qué Dios me asista! —rogó la abuela—. Cómo no te va a doler la cabeza si no dejas de protestar. Agradecida deberías estar, fue él quien te encontró tirada en el bosque.

—Me da...

—Josephine, a una persona no se la puede juzgar ni por los títulos que posee ni por quién sea su padre. Es muy feo por tu parte.

Sin más dilaciones, pegó unos golpecitos suaves en el marco de la puerta, así informaba de su presencia.

—Adelante —ordenó Fiona. Al verlo la mujer le regaló una sonrisa—. Buenos días, sir Blackstone.

—Buenos días —saludó cortés, aunque sus ojos ya estaban sobre la mujer que lo esquivaba con el rostro girado hacia la ventana—. Me alegra que haya despertado, señorita Morgan. Nos tenía muy preocupados.

—A usted mucho, sí —musitó con desdén.

—¡Josephine! —le riñó su abuela.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, ignorando su mordaz comentario.

Ella se volteó furiosa. «Al fin te dignas a mirarme», argumentó para sí con el orgullo herido. Al juntarse sus pupilas, en esa corta línea espacial, hubiese jurado que se había asombrado de verlo, mas viniendo de ella era difícil asegurarlo. Por un lapso se sostuvieron la mirada. Aquella era una digna disputa; la retaba a mantenerla fija en él, a pesar de rechazarlo, y se generó un vínculo que los unió en todos los aspectos. Lo supo porque su corazón pegó un brinco que le cortó el aliento al verse reflejado en los iris azul verdosos. Puso las manos a la espalda y las apretó. Debía contenerse, si no, saltaría sobre ella para estrecharla entre sus brazos, retenerla, así la protegería. ¿Qué le sucedía? Jamás una mujer lo había perturbado en ese grado. ¿Lo había embrujado? Tenía



que terminar con ese juego de críos. Un sonido similar a un ronroneo salió de detrás de su garganta; como si entendiese ese aviso, Josephine bajó la cabeza con las mejillas más encendidas. Ella había cedido; él no había ganado. Aun así, estaba muy bella.

—Bien, gracias.

—Señor Blackstone, el galeno Foss —anunció el mayordomo.

—Hágale pasar, Alfred —ordenó sin separar la vista de ella.

—Buenos días. —Se inclinó reverencial el doctor.

Todos respondieron al saludo. Se acercó a la muchacha, que se había asustado un poco con su presencia. Colocó el maletín encima de la butaca.

—¿Cómo se siente, señorita Morgan?

—Bien. —Sir Killian comprobó que el tono profesional del galeno la tensó.

—¿No le duele nada? —Sacó unos extraños aparatos.

—La cabeza un poco y el pie derecho.

El galeno se dispuso a auscultarla. Un silencio frío se asentó en los aposentos, descendiendo la temperatura, ya que la expectación sobre la salud de la muchacha preocupaba a los allí presentes. Respiró hondo. Nunca había tenido que ejercer tanto autocontrol, sobre todo, al sentir las punzadas de dolor de ella.

—Bien, la hinchazón del pie casi ha desaparecido; a partir de mañana podría caminar, no correr, siempre y cuando la cabeza no le duela. Le recomiendo descansar todo lo que pueda, señorita Morgan, la caída la ha dejado bastante dolorida. En cuanto a la herida, está curando según lo previsto. ¿Le puedo hacerle una pregunta?

Ella asintió, en tanto que los dedos de su mano izquierda, nerviosos, jugaban con el borde de la ropa de cama. Se tocó con la otra mano la zona dañada en la nuca. Arrugó la nariz al ser consciente del alcance de lo que le había sucedido.

—¿Qué sucedió en el bosque? —formuló aquello que todos querían esclarecer.

Sir Killian captó su titubeo. La inseguridad se adueñaba de sus recuerdos. En un intento por darle coraje, se inclinó un poco hacia adelante, demostrándole que no estaba sola. Atrapado en ella, le regaló una sonrisa sesgada que pareció agradecer, ya que sus rasgos se suavizaron, aunque el miedo no desapareció. Otra vez volvían a estar unidos. De nuevo, las emociones se despertaban y le caldeaban la sangre.

—Fui a dar un paseo, nada malo podía ocurrir. —Fiona se removió en la butaca en desacuerdo con esas últimas palabras—. Abuela...

—Nada malo iba a suceder y mira cómo has terminado —asestó la anciana.

—Continúe, señorita Morgan —pidió el médico.

—Había pasado el claro del lobo... Allí es... Estaban... —Se le trababa la lengua, no sabía la palabra adecuada—. Estaban los... unos perros salvajes...

Un temblor nervioso se apoderó de ella y un grito de pánico los sobresaltó. Fiona se abalanzó sobre ella como si así pudiese protegerla de todo mal. El galeno cogió el frasco de láudano, vertió

el líquido en una cuchara que había al lado del vaso y se lo dio a beber.

—Tranquícese.

Sir Killian vivió aquella escena con auténtico pavor. Oler el miedo que aún la hostigaba produjo que su aguzado sentido de la protección se uniera a otro que fluyó desde el escondrijo más recóndito de su corazón: la posesión. Quería alejar al médico de ella por el daño que le había causado, mas debía permanecer inmóvil y presenciar aquello. Le carcomía las entrañas.

Pronto la señorita Morgan cedió al sueño. Mas, ni con esas, sus pulsaciones recuperaron el ritmo normal; quería echarlos a todos de allí.

—Debe descansar —dijo el galeno poniéndose en pie—. Todavía está asustada por lo vivido.

—¿Cuándo podrá retomar su vida normal?

—Ya he dicho, sir Blackstone, que está conmocionada, no puedo darles una fecha. Debe confinar esos demonios que la atormentan; una vez que lo haga, la recuperación se acelerará.

Una parte de él, con esa explicación, se sintió morir.

—Señor —lo llamó Fiona entre sollozos—, será mejor que se traslade a casa...

—No —replicó de inmediato. La pobre mujer estaba en un dilema por la conversación con su nieta. Se acercó a ella y le habló desde el cariño—. Fiona, quiero que su nieta se recupere lo antes posible, no me agrada que pase por este mal trago usted sola. También, soy de la opinión de que mover a su nieta puede ser perjudicial, ¿qué opina usted, doctor? —Giró el cuello hacia él a la espera de su criterio profesional.

—Tiene razón, señor. Debe permanecer estable en un lugar, trasladarla, por muy corto que sea trayecto, la alteraría y ahora debemos centrarnos en su pronta recuperación. Como médico, no me han pasado desapercibidas las manchas azules que hay debajo de sus ojos, eso es indicativo de que llevaba tiempo descansando mal. Permitámosle un reposo tranquilo. Es mi consejo, señora Swan, pero usted tiene la última palabra.

—¿Qué hacemos, Fiona? —Sir Killian dominó la angustia conteniendo la respiración.

—Si no le causamos ninguna molestia, nos quedamos. Lo primordial es que ella esté bien.

—Buena decisión, señora Swan —asintió el galeno.

—Deberíamos avisar a sus padres...

—No, no quiero preocupar a mi hija ni a mi yerno. —Se soltó de su agarre para enjugarse las lágrimas—. No hay una gravedad por la cual deban presentarse de inmediato. Sé que en unas semanas estarán aquí y les referiré todo.

Los músculos en tensión de su cuerpo se relajaron bajo la tela de sus vestimentas.

Fue uno de los momentos más duros de su vida.

Esa misma noche, sir Killian estaba arrodillado al lado de la cama de la bella mujer durmiente que no tenía alma suficiente para despertarse, hecho que lo encerraba en el purgatorio. La lluvia golpeaba inclemente contra los ventanales; las gotas de agua que caían desde las alturas celestiales rodaban por los cristales como las lágrimas que se formaban en sus ojos, que le oprimían el corazón y le fustigaban el alma. Los rayos horadaban las nubes, atravesaban el cielo,

lo iluminaban y, en la oscuridad del aposento, pues había apagado todas las velas, le daban la apariencia de una criatura fantasmal. La idea de que, si mantenía los ojos sobre ella, la retendría a su lado, lejos de las tinieblas de los infiernos, se coló en su pecho y se afianzó con el paso del tiempo. Sin poder contenerse más, depositó un dulce beso en los tibios nudillos. ¡Era bella a pesar de la situación! Apoyó la frente donde segundos antes sus labios habían estado.

Jeremy, uno de sus tres cánidos que lo acompañaban esa noche, que había permanecido a los pies de la cama de la joven, se acercó a él y lo golpeó con el rabo de un modo gracioso. Le dolía ver cómo su amo se consumía en la tristeza. Ese latigazo lo devolvió a la realidad. No pudo reprimir el aluvión de sentimientos que lo embargaban.

—Es la primera vez que siento la imperiosa necesidad de proteger a alguien, incluso domeñarla para mantenerla a salvo. Y tenía que ser ella; ella que me rechaza por mi condición de noble. Si supiese la verdad sobre mi persona, no pararía ni un minuto aquí. —Suspiró lacrimoso con el alma y el corazón desgarrados—: Por favor, vigíladla cuando yo no esté cerca de ella.

Despierta, metida en cama, a gusto en el calor de las sábanas, contemplaba cómo los rayos del sol se filtraban por la estrecha rendija que había entre los gruesos cortinajes de terciopelo que alguien había cerrado durante la noche. Al trasluz podía observar el ligero baile de las partículas de polvo. Si cerraba los ojos podría dormir un poco más. No era mi intención. No. No estaba en casa. Mi abuela no había prestado atención a mi deseo de irme de aquí. Estaba en Blackstone House en contra de mi voluntad. Debía levantarme. Me giré sobre mi espalda y afiné el oído. No escuché nada al otro lado de la puerta. ¡Estaba sola!

Comencé a moverme. Mi cuerpo respondía bien, ya no me dolía como el día anterior, solo notaba un sordo dolor de cabeza. Era bastante soportable, quizás nada importante. Eché la ropa hacia atrás y me senté al borde de la cama, precavida, esperé unos segundos antes de ponerme de pie. Poco a poco, me fui irguiendo con tiento, quería asegurarme de que mis piernas aguantaban el peso de mi cuerpo. Animada por ese positivo síntoma, me desafié y, a pasos cortos, me acerqué a la puerta. Asomé la cabeza, ¡no había nadie! Me aventuré en el largo pasillo sin prestar atención a la lujosa decoración ni al frío del suelo que me calaba la planta de los pies y me recorría entera. Solo me interesaba salir de allí. Desembocaba en una preciosa escalinata de piedra blanca con vetas oscuras. Puse una mano en el amplio pasamanos y me empujé a bajar. Un escalón, dos... Un horrible pinchazo me cubrió el pie derecho, me contrajo los dedos.

—Auu... —dejé escapar un gemido quedo.

Me sujeté a la baranda, con los ojos cerrados, para no caer, ya que el dolor subía por la pierna.

—Te tengo —dijo Killian en voz baja, cogiéndome en brazos. Los sentí demasiado fuertes por debajo de mi escasa ropa. Un calor me subió desde los pies hasta la cabeza y terminó concentrado en mi bajo vientre. No comprendía por qué. Arrimó su rostro al mío—. Por Dios, Josephine, ¿en qué estaba pensando?

—Quería levantarme...

—El médico le manda reposo.

—Estoy bien, solo es el pie —lo engañé.

—Abra los ojos —ordenó, mordaz.

Hice lo que me pidió sin protestar. El característico olor de su piel, esa fascinante mezcla a aire fresco, musgo y cuero, me embriagaba de tal modo que me anulaba. Para mi desgracia me

cautivaba. Sus ojos buscaron los míos, al tropezarse, en los suyos descubrí que no había rastro alguno de enfado, sino preocupación. El corazón se me encogió y se abrió: lo había añorado más de lo que era capaz de reconocer.

—Josephine, no está repuesta. No se haga la valiente —susurró en mi oído.

Su aliento me acarició mi azorada mejilla. Era la segunda vez que me llamaba por mi nombre. Me dio miedo; me gustaba cómo sonaba en sus labios.

—Señor...

—No se preocupe, Lorna, ya me encargo yo de la señorita Morgan —le comunicó sin apartar su mirada de la mía—. Y, por favor, tráigale a la salita las zapatillas, no vaya a ser que se enfríe.

—Muy bien, señor.

Sir Killian comenzó a bajar conmigo en brazos. «Idiota, ¿es un noble!», me regañé. Me revolví sin fuerzas. Allí, entre sus brazos, a pesar de percibir el extraño frío que desprendía su cuerpo, por primera vez en muchos años, me sentí protegida. No tenía explicación, era una magia extraña superior a mí, contra la que no podía combatir, que me arrebatava mi ser.

—Puedo yo si me lo...

—¡Oh, sí! Pero ahórreme el espectáculo de verla romperse el cuello en la docena de escaleras que quedan.

—No sea tan explícito en sus explicaciones.

—Lo seré si con ello obedece más.

—Señor, señorita Morgan —nos saludó un hombre entrado en edad—. El desayuno está servido en la salita.

En ese instante, fenecí de la vergüenza. Me escondí en el hueco del cuello del sir Killian, allí donde su aroma se hacía más intenso. Los nervios que punzaban en los costados se calmaron. Aun así, no pude hablar, solo levanté la mano a modo de saludo.

—Gracias, Alfred. —Sir Killian bajó el último escalón y se dirigió a la izquierda.

Todavía, con el rostro escondido, no tenía valor para mirar a nadie en aquella posición tan incómoda.

—¿Le ha comido la lengua el gato, señorita Morgan?

—No, solo que... —Tragué ruidosamente. Debía ser sincera—. Estoy avergonzada.

—¿Puede repetirlo?

—Me ha oído perfectamente y se está aprovechando de mi débil situación para mofarse de mí. —Su pecho convulsionó dos veces bajo mi oído, que, al tenerlo casi pegado, pude oír un ronroneo.

Aquella reacción me hizo levantar el rostro hacia él. Correspondió con una arrebatadora sonrisa ladeada. Mis labios se entreabrieron, el hálito se escapó entre ellos al tener tan cerca ese hermoso perfil que me había impresionado en el cementerio. Separé los ojos de él. ¿Qué me estaba haciendo aquel hombre? Los pensamientos se me acumulaban aturrullados en mi mente. Entramos en una estancia en la cual la sencillez y la elegancia protagonizaban la decoración: del

techo alto pendía verse una enorme lámpara con filigranas vegetales brillantes a la luz que entraban por los ventanales, que a su vez estaban cubiertos por unas vaporosas cortinas blancas. En medio, una mesa de madera ya estaba dispuesta para el desayuno, como las bandejas en los aparadores. El olor del té impregnaba el cálido ambiente y mi estómago reaccionó.

—Tiene hambre —afirmó. No dije nada—. Muchachos, moveos.

No supe a quién se lo ordenaba. Solo me quedó claro que me sentó en uno de los sillones orejeros que estaban colocados frente a la chimenea, entre los que había una mesita supletoria de lectura. Con nuestros rostros separados por escasos milímetros y sin borrar la sonrisa, repuso:

—He añorado su lengua, señorita Morgan.

De súbito, al alejarse de mí, un sentimiento de abandono ahondó en mi pecho. Tomé aire para tranquilizarme, ¡aquello no era normal! Apenas lo conocía, además, era un noble. Imperdonable experimentar esas sensaciones. Miré al frente y me paralicé por los tres lobos que tenía enfrente. Clavé las uñas en los reposabrazos del miedo que me corría por las venas. Comencé a temblar, pues eran los mismos que me habían atacado. Confirmarlo solo hizo que cayese en pánico. Uno de ellos se adelantó a los otros. ¡Se acercaba a mí! Contuve la respiración. Ellos me observaban con demasiada atención; se acercaron lentamente y, al final, colocaron sus cabezas en mis rodillas. El otro se tumbó a mis pies.

—¡Ay, ay, ay! —Me encogí muerta de miedo.

—No temas, solo percibe que tienes los pies fríos. —Killian se acercó a mí de nuevo—. Te quieren proteger. Por cierto, ¿y Lorna?

—Ellos... Ellos fueron... Creo que... —bisbiseé.

—Quieren que los acaricies. —Sir Killian puso una mano sobre la mía y la guio hacia la cabeza de uno de los animales. Me ayudó a acariciarlo entre las orejas. La bestia parecía complacida, a la vez que yo me turbaba y el corazón se me aceleraba, no sabía si por los nervios a los animales o por él y su juego de seducción. Volvió a separarse de mí para acercarse al aparador a coger el periódico. Los perros se acostaron a ambos lados del sofá. Superada por todos los acontecimientos, al borde de las lágrimas, quería gritar y salir corriendo de allí. La aparición de Lorna me hizo centrarme en otras cuestiones, no en esa extraña realidad.

—Gracias. —Me calcé las zapatillas—. ¿Dónde estaban?

—Al lado de la cama.

«No, allí no estaban», pensé para mí. El ruido del papel al doblarse llamó mi atención. Él había dejado sobre la mesa el periódico, tenía los brazos cruzados sobre su impoluta camisa blanca y asentía con la cabeza dándole la razón a la criada.

—No me había fijado, lo siento —me disculpé por mi atolondramiento.

—Estaban un poco escondidas, señorita Morgan.

—¿Jo, es que has perdido el oremus? ¿Puede saberse cómo es que no estás en cama? —inquirió mi abuela entrando en tromba. La criada casi choca en la puerta con ella. Su rostro evidenciaba que no estaba para chanzas.

—Buen día a usted también, abuela, me alegro de verla.

—Déjate de pamplinadas y responde.

—Me levanté un poco...

—Para milagrosamente aparecer aquí abajo, ¿no? —me reprendió, cual niña pequeña.

—Fiona, yo la acompañé. —Se acercó a ella Killian.

—Gracias, señor Blackstone. Le agradezco de corazón sus atenciones con ella, mas no resta la inconsciencia de mi nieta. No ha aprendido nada de su accidente. Tiene suerte, parece que es al único que escucha. —Alcé las cejas a la vez que abrí la boca en un gesto muy poco femenino debido a ese sinsentido.

—¿Le importaría si ayudo en las cocinas? Me vendría bien tener la mente despejada; me da que o mi nieta acaba conmigo o cometo un asesinato.

Estaba claro que no tenía pensado regresar a casa, su petición me lo confirmó. No deseaba imaginarme cuántos días más me tocaban permanecer ahí.

Sir Killian echó la cabeza hacia atrás y soltó una alegre carcajada. Mi alma se reavivó. También añoraba aquella música alegre.

—Por supuesto, esas cocinas siempre serán tuyas.

—Haz lo que se te pide, Jo —me ordenó.

Él se acercó a mí y me ofreció su mano.

—Venga a desayunar. —Se la tomé. Caminé con cierto miedo a un nuevo vahído, sir Killian lo notó y, sin importarle quién miraba, me agarró por la cintura para darme seguridad. Cuando al fin estuvimos sentados, me sirvió el té, al tiempo que prometía—: si come, me encargaré personalmente de acompañarla al jardín.

Cumplió lo prometido, lo cual me sorprendió, porque los de su condición social solo regalaban los oídos con patrañas y embustes, en cambio, él solo parecía estar dispuesto a mostrarme que era distinto a todos. Después del desayuno, dos criadas me ayudaron a vestirme con uno de los trajes que mi abuela, a saber cuándo, trajo entre el resto de mis pertenencias. Me hicieron un recogido flojo para que no me doliese la cabeza. A pesar de sus esfuerzos seguía con mal aspecto. Las líneas de mi rostro habían languidecido. Ya no era esa Jo saludable, mis ojos se habían apagado ante las ojeras acentuadas sobre mi blanquecina piel y mis labios habían perdido su natural tonalidad rosada. A esta nueva Jo no la reconocía. ¡Hasta a mí me asombraba! Al calzarme, noté que mi pie derecho estaba inflamado, por ello no apreté el zapato.

Salí al corredor que se oscurecía hacia el oeste transformándose en una puerta espectral a otro mundo. «¿Qué habrá por ahí?», barrunté entrecerrando los ojos. El pasillo en general estaba desprovisto de muebles, no así de algún que otro cuadro floral o campestre, excepto donde terminaba la escalera en el primer piso, había un pequeño recibidor con dos bellos jarrones de porcelana con flores frescas. Contemplar el vestíbulo desde lo alto de la escalera me sobrecogió. Era enorme y amplio, en él podía coger todo el pueblo. Sus suelos blancos, sin vetas oscuras, rivalizaban con el color de las nubes, ya que la luz que entraba por dos grandes ventanas a ambos

lados de la puerta se proyectaba en ellos; también por unos ventanucos redondos que se abrían cerca de la cornisa, que era una verdadera obra de arte; en cada esquina se adornaba con una estatuilla que desde mi posición me era imposible de distinguir. Bajé con tiento, aquella opulencia me hacía sentir insignificante.

A los pies del último escalón estaba sir Killian esperándome. Leía una carta concentrado, así pude recrearme en su rostro serio, de mentón partido por el hoyuelo; la angulosidad de su mandíbula se remarcaba al apretar las muelas. Percibió mi presencia y su expresión mudó: sus labios esbozaron una candorosa sonrisa que marcó algunas líneas alrededor de sus comisuras y rozaba sus ojos que, chispeantes, dictaminaban mi nuevo estado. Me derritieron: mi corazón palpitó rápido, un repentino calor me cubrió hasta hacer subir la sangre a mis mejillas, las manos me sudaban. Me decidí a bajar. Cara a cara, carraspeó.

—Si me permite, señorita Morgan, le diré que está muy bella —me aduló.

—Gracias.

—¿Le puedo ofrecer mi brazo? —Fruncí el ceño, no sabía a qué venía esa proposición; él lo intuyó—. Le duele el pie...

—¿Cómo lo sabe?

—No es difícil de deducir, hace tres días que se lo torció. —Guardó la carta en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Si tiene que trabajar, no hace falta...

—Puede esperar —respondió vehemente sin dudar.

Asentí y enganché mi mano en el hueco de su codo. Salimos. Frente a la casa se extendía una enorme explanada verde que, si tenía alguna delimitación, mis ojos no alcanzaban a ver. Era más, en un punto el horizonte se unía al campo. Bajé tres escalones hasta el camino de piedras que rodeaba la casa. El sol resplandecía en sus alturas, calentaba el aire, animaba a las aves a componer una algarabía propia del verano, y la hierba de Blackstone Hall, como la llamó sir Killian, adquiriría un verde fulgurante. Si mi cuerpo respondiese como era debido, me echaría a correr, mas el dolor punzante de mi pie me lo impedía. Por ello, apreté mi agarre. Tampoco quería que aquello estropease ese momento, ya no con él, sino que no debía espantar la libertad que hallé en ese paseo.

—La voy a llevar al porche de la parte trasera, allí hay donde sentarse —me explicó.

—No estoy cansada —fingí disgusto. ¡Quería moverme!

—Es el primer día que se apoya sobre su pie y no voy a permitir que lo dañe...

Dejé de escucharlo, no me interesaban las prescripciones médicas, cuando ante mí apareció un bellissimo jardín. Paré, aquello debía observarlo con detenimiento: era de gran extensión; los parterres de diferentes tamaños y diseños originaban un divertido entramado de pasillos. En todos ellos crecían pequeños setos, flores de todos los colores, o árboles de tamaño reducido. Si ya era una belleza en primavera, en verano la explosión de vida debía ser un regalo para la vista. En dos puntos opuestos había una fuente de piedra en la que podían beber a placer los pájaros. Luego de



ese tramo, se extendía a través de árboles frutales que llegaban a confundirse con los del bosque. No me había percatado: aquella mansión estaba a los pies de la colina.

—¿Le gusta lo que ve? —inquirió, expectante a mi respuesta.

—Es muy bonito, nunca he contemplado nada igual.

Tiró de mí y me condujo exactamente a la terraza de la que había hecho referencia. Se protegía del sol por un porche con seis enormes columnas dóricas. Allí había colocada una mesita de jardín de acero blanca y sus cuatro sillas. Me ayudó a sentarme. Mi cuerpo lo agradeció, lo que no me impidió tratar de convencerlo de lo contrario.

—Me gustaría pasear un poco más por el jardín —le pedí.

—Debe tomarse las cosas con calma y no forzarse. —Tomó asiento a mi lado—. Su recuperación iría al traste.

—No me pida que vuelva a la cama.

—Si usted toma las precauciones adecuadas, no me lo oírás decir. —Nos sostuvimos la mirada, testarudos. La beta marrón de su ojo izquierdo titiló. Esa vez llevaba yo las de perder—. Así podrá irse a casa cuanto antes. —Me conminó. Utilizó mis propias palabras en mi contra, eso me asestó un golpe fuerte, ya que sabía de mi rechazo por él. Era lo que pretendía, ¿no? No me pasó desapercibido que tras lo dicho su expresión se ensombreció.

—De acuerdo —bufé indignada conmigo misma por ceder.

—Le prometo que mañana le mostraré todos los secretos del jardín Blackstone. —Me guiñó un ojo satisfecho.

—¿Secretos? —Quise mostrarme desdeñosa para esconder la impaciencia.

—Se sorprendería de todo lo que puede descubrir en Blackstone Hall.

—No me gustan las sorpresas —rechisté, torciéndole la cara.

—Entonces le agradecerá saber que tengo el adecuado para usted. —Se levantó y tras la puerta de cristal desapareció durante unos breves segundos. No sabía de qué se trataba o qué estaba tramando. Al salir, traía las manos detrás de la espalda y, de repente, puso delante de mí un ejemplar de *Persuasión*. El corazón me saltó varios latidos. Una mezcla entre nerviosismo y emoción provocaron que los ojos me picasen. ¡No contaba con ese detalle!—: Sé de su gusto por la lectura y creo que esta es su novela preferida. Yo solo pretendo que su estadía aquí sea lo más agradable posible para que se lleve un buen recuerdo.

Al levantar el rostro, percibí cómo cierto halo de tristeza bailaba en sus ojos. Un pellizco me encogió las entrañas. No pude decir nada, estaba demasiado conmovida por su gesto. Él malinterpretó mi silencio.

—Tengo que regresar a mis quehaceres. —Se dispuso a marcharse.

—¿Cómo sabe...? —Tosí, mi voz sonaba trémula—. ¿Cómo sabía que iba a sorprenderme? Está muy seguro...

Asió con fuerza el respaldo de mi silla y mi cuerpo la absorbió. Me tensé y me excité al mismo tiempo. No podía rechazarlo; mis sentidos estaban nublados por la anticipación de lo

desconocido. Noté cómo inspiraba el aroma de mis cabellos, ese acto me secó la garganta y se intensificó el deseo de que me abrazase.

—Flores, siempre hueles a flores como aquella noche en el interior del tronco. —Su voz enronquecida exponía que esa situación lo afectaba de igual modo.

Su rostro descendió por mi sien hasta mi oreja, que acarició con la punta de la nariz. El efecto que tuvo en mí fue inmediato: cerré los ojos para retener aquella anhelante sensación; mi corazón palpitaba en mi cuello y la sangre se encendió en mis venas, calentándome a su paso; tuve que respirar por la boca para no ahogarme.

—Simplemente lo sé —susurró.

Sus labios se aproximaron a mi mejilla y su hálito, al entrar en contacto con la superficie de mi piel, me dejó un extraño, además de agradable, hormigueo.

Todo mi ser se derritió.

«Un noble jamás reporta nada bueno, solo desgracias». Estas palabras me las repetía para no olvidarlas, ya que tenía pruebas de ello: había sido testigo de la estela de sufrimiento que dejaban a su paso. Venían con lisonjas y destruían el pundonor de cualquier muchacha. ¡Yo me negaba a pasar por algo similar! Esa afirmación, desde el día anterior, tras esa despedida en la terraza en la que mis propias barreras cayeron y mi cuerpo dejó de ser mío para rendirse a sir Killian, fluía por mi sangre como una rata que me iba dentellando por dentro, y la única muestra era mi carácter cada vez más exacerbado. Me disgusté tanto conmigo misma que eludí la comida y la cena compartida con él. Alegué cansancio, la mejor dispensa. Nadie me molestó. Solo vino mi abuela para interesarse por mí. Creía que durmiendo me calmaría. Sucedió todo lo contrario.

Esa mañana mi carácter era más combativo. Las recriminaciones que me hacía eran cada vez mayores: había sido débil, incoherente con mis promesas. Me enfurecía intuir que mi corazón latiese por él o que mi piel guardase el recuerdo de su roce. Lo que avivó las llamas de mi genio fue que él quisiera cumplir su propuesta de enseñarme los jardines, de los cuales me había prendido. ¿Por qué tenía que ser distinto a otros? ¿O es que me estaba mostrando su faz más amable y guardándose su verdadero ser? Rabiosa, desbarré al dar rienda suelta a mi lengua delante de Lorna, la criada, quien me calló: «No debería hablar, mas debe saber que el señor Blackstone ha estado muy preocupado por usted y la ha cuidado durante las noches para descanso de la señora Swan. Las apariencias engañan, señorita. El señor Blackstone no es como otros hombres, nos trata con mucho respeto, no todos los sirvientes pueden decir lo mismo de sus señores. Él está solo en la vida, no tiene a nadie que le ayude en sus cuitas ni nadie con quien parlamentar los asuntos más primordiales. Para un hombre como él debe ser muy duro y nunca lo oigo quejarse».

Su defensa fue una azotaina. Me avergoncé de mi comportamiento, del error que había cometido al expresarme en voz alta. Asimismo, fueron la señal que me empujó a ir a su encuentro, ya que la curiosidad por conocerlo pudo más que mis prejuicios hacia los nobles. Al salir de la estancia me tropecé con Alfred, el mayordomo. Era un hombre alto, cuerpo estrecho y rostro muy afilado, debido en parte a las profundas entradas que le despejaban la frente del grisáceo cabello. Aun así, su expresión era amable, al igual que sus ojos oscuros y su sonrisa, que le afinaba más los labios.

—Sir Blackstone la espera en la terraza, señorita Morgan —me anunció con una inclinación.

—Gracias.

—Si me acompaña.

Me condujo por el pasillo que se tomaba para ir a la salita, que dejamos atrás, y había otras dos puertas a su lado que me eran desconocidas, no sabía qué escondían detrás. Desdeñé preguntarle a Alfred, no quería resultar una fisgona. Volví la vista; frente a mí apareció él, con las manos en la espalda, erguido cuan alto era, vestido de negro como siempre. Estaba imponente y mi corazón se desbocó por su presencia.

—Buenas tardes, señorita Morgan —me saludó sin volverse.

—¿Cómo sabe que soy yo? —inquirí con el aliento atrapado en la garganta.

—Es la única persona en esta casa que pisa tan firme. —Se giró hacia a mí y vi cómo sus ojos chispeaban de alegría—. Me aventuraría a decir que la casa tiembla bajo sus pasos, a pesar de que su pie no está aún recuperado. —Las comisuras de sus labios se movieron hacia abajo antes de que se estirasen en una calurosa sonrisa.

—¿Gasta bromas?

—De vez en cuando y cuando me lo permiten. —Se encogió de hombros. Un gesto un poco despreocupado para él—. ¿Se encuentra más repuesta que ayer? —Empleó un tono más serio.

—Sí, gracias.

—En tal caso, permítame mostrarle los secretos que albergan estas tierras.

Estiró la mano indicándome que comenzásemos la visita. Altiava, pasé por su lado y rechacé el brazo que me ofrecía de modo cortés. Quería tenerlo alejado lo más que podía, ya me había costado contenerme a su sonrisa.

Al salir de la sombra de la casa, el candor del sol me golpeó, me calentó las articulaciones y la piel a través de la tela del vestido. Noté que mi mal genio se aflojaba. Respiré profundamente, así capté el aire fresco que procedía de algún punto desconocido o quizás de la cumbre de la colina, asimismo, los aromas de las flores conseguían crear un ambiente veraniego que aligeraba el alma. Bajo mis zapatos, la reverdecida hierba era una mullida y tupida alfombra, parecía que debajo de ella no había tierra. Esa explanada se abría más adelante en un pequeño descanso de piedra que descendía al jardín mediante cuatro anchos escalones. Aquella zona era un parterre en sí mismo.

Sir Killian me ofreció de nuevo el brazo, esta vez no pude rechazarlo, aunque lo solté nada más llegar al paseo laberíntico de guijarros. Fui callejeando delante de él, para contemplar aquella maravillosa estampa en la que cada parterre, unos de piedra con formas geométricas, otros delimitados por pequeños arbustos, se iban alternando y pintaban cada tramo con una policromía digna de una obra de arte, gracias a la combinación de flores que crecían en su interior: así azucenas y margaritas de distintos colores junto a algunos *allium* crecían salvajes, sin orden aparente; había otra que no reconocí, pero no faltaban las rosas. De hecho, en un pequeño parterre crecían unidas entre sí rosas rojas y blancas.

—La rosa roja de los Lancaster, o eso se cree, pertenece a la familia *Gallica*, introducida por los romanos en Francia; y la blanca, la heráldica de la casa York, la rosa *alba* —me explicó—.

Mi padre me contó que hubo épocas en las que faltaba una de las dos.

—¿Por la posición del bando al que seguir?

—No se vaya a creer, los Blackstone no fuimos ni somos tan importantes. Es cierto que brindamos ayuda siempre que nos la reclaman y nunca jugamos a dos bandos; si se requería nuestra presencia ahí estábamos... —Se quedó meditabundo unos instantes—. No resultamos molestos como otros ni tenían que vigilarnos.

—¿De aquella época son estas flores? —indagué, ya que era la primera vez que tenía tan cerca los símbolos enfrentados de la guerra civil.

—Si lo que quiere saber es si nos ocasionaron algún problema, la respuesta es ninguno. Eso sí, se plantaron juntas tras la coronación del rey Enrique VII.

Giré sobre mis pies para evitar mirarlo directamente. Su cercanía me cautivaba al igual que había hecho el día anterior. Me afectaba mucho y era irremediable, por eso me centré de nuevo en el jardín.

—¿Qué bello! He visto algunos jardines, mas le aseguro que ninguno como este. Es divino.

—Me alegra que disfrute. Fue obra de mi madre, y mi padre, tras su muerte, lo conservó intacto. Es el recuerdo más vívido que me queda de ella. —Oteó a su alrededor.

Alcé los ojos hacia él y un aura melancólica lo envolvía. Me sorprendió que me hiciera partícipe de una confesión tan personal. Mi corazón, debido a la remembranza de Lorna, se desgarró y las yemas de los dedos me picaron, quería acariciarlo para aliviar su alma.

—No turbemos este agradable rato. Le he afirmado que Blackstone Hall la sorprendería, pues ahora va a ser testigo de cómo una leyenda de Pluckley tiene una base muy real y está en estas tierras. ¿Me acompaña? —Extendió una mano hacia mí. Estaba inclinado a brindarme su compañía y no con la intención de regodearse de sus posesiones—. Le prometo que no se arrepentirá. —Una expresión pícaro aniñó las sinuosas líneas de su rostro. Algún tipo de travesura cruzó el azul de su ojos, en cambio, la veta marrón no borró la tristeza.

Los nervios me hicieron titubear. Miré por encima del hombro y detrás de mí estaba Blackstone Hall alzada en sus tres alturas y rozaba el cielo con sus cuatro almenas. Austera en su exterior, solo había hileras de ventanas y una galería. Sin embargo, lo que llamaba la atención era el aspecto oscuro de sus piedras que le daba un halo triste, como a su dueño. No era normal en una mansión de su clase, estilo y majestuosidad. «Las apariencias engañan», me dijo la voz de mi conciencia. Volví el rostro hacia él. Dio un golpe seco a su mano y, movida por el impulso de mi corazón, se la tomé.

Tiró de mí sujetándome con fuerza y a paso acelerado abandonamos el jardín. Nos adentramos en la arboleda, salpicada por árboles frutales, tras los cuales, robles y hayas se mezclaban entre sí mediante un sendero ancho, bien conservado, que a veces serpenteaba entre ellos. Por sus copas se colaban caprichosos los rayos del sol, que nos salpicaban cómplices de nuestra huida. A cada zancada, a cada nueva bocanada de aire, me hacía sentir que íbamos a vivir una gran aventura. Jamás me había sentido tan viva, a pesar de que el pie me molestaba. Era tal la emoción que no

pude más que reír. Como si esperase esa señal, él miró hacia atrás y comprendí que sentía lo mismo. No era una risa cualquiera, era de liberación. Sir Killian tuvo la capacidad de hacerme olvidar su condición de noble, mi rechazo por él, mi enfado. Todo ello fue remplazado por la libertad que se deslizaba por mis venas. ¿Podía ser? ¿Podía ser que a su lado mi libertad no se viese en peligro? No tenía respuesta, empero, en aquellos momentos solo éramos él y yo.

Al rato, se reveló un lugar único. Si la magia existiera, afirmarí que detrás de aquel paraíso perdido, en mitad de la campiña inglesa, estaba la mano de un brujo. A los pies de una de las colinas que formaban Pluckley había un pequeño lago que parecía manar del interior de la tierra, en cuyas aguas cristalinas se reflejaban la amalgama de verdes, del más claro y refulgente de la hierba, al más oscuro de las copas de los árboles. Desde mi posición podría afirmar que tenía un fondo verdecido. Estaba segura de que la paleta de ningún pintor podría transmitir esa belleza. Embelesada, me fui acercando a la orilla. Sir Killian había logrado su propósito de asombrarme, ¡no me daban los ojos para contemplar todo en su dimensión! Me fijé en el sauce que se inclinaba implorante sobre el agua en la orilla opuesta.

—Ha merecido la pena bajar hasta aquí, ¿verdad? ¿A qué es un sitio espléndido?

—Sobran las palabras, sir Killian. Este lugar es casi mágico. —Recordé un apunte que había hecho. Puse una mano sobre la frente para proteger los ojos del sol—. Había dicho algo de una leyenda.

—¿Sabe la leyenda del licántropo u hombre lobo? —Asentí—. Pues bien, según cuenta, el amante de la luna le había pedido un objeto con el cual verla aquellos días que no bajaba a la tierra. Ella le regaló un lago, aquí lo tiene señorita Morgan. Este es el lago del que hace referencia esa historia.

—¿De verdad?! —exclamé sin aire en los pulmones.

—Sí. Venga, vayamos a la sombra. —Volvimos sobre nuestros pasos, adonde las hayas nos proporcionaron cobijo—. Este lugar es muy especial. Siempre que tengo algún contratiempo vengo aquí a calmarme.

—No es de extrañar, este lugar sosiega el espíritu.

—Apóyese en el tronco que tiene detrás.

Hice lo que me mandó de buena gana y de repente, como si el sol nos estuviese buscando, sus rayos se colaron entre las ramas haciéndose visibles a mis ojos.

—¡Mire! —Se lo señalé con el dedo.

Él siguió la dirección que le indicaba.

—De niño creía que ese efecto eran los puentes que Dios forjaba para conceder una segunda oportunidad a las almas perdidas que no habían alcanzado el cielo en un principio. —Suspiró con esa melancolía de la que no se había desprendido—. Aún lo creo.

No pude quedarme quieta; no pude quedarme indiferente. Acorté la distancia empujada por una fuerza que se desprendía de lo más hondo de mi ser. Busqué su mano a tientas, en algún punto en medio de nosotros se toparon y nuestros dedos se enlazaron. Sin querer controlarme, apoyé mi

otra mano sobre su mejilla. Su piel estaba fría bajo las yemas de mis dedos, esa sensación provocó una oleada de placer. Ese tacto, nuestras miradas forjaron un vínculo que no podíamos ignorar, irremediablemente, estábamos unidos. Inclino el rostro para aumentar el contacto con los ojos cerrados. Cogió mi mano y la acercó a la nariz. Me olió, luego me besó la palma. Aquel acto me desconcertó. Abrió los ojos. Su azul era más intenso, tanto que casi me veía reflejada en él.

—Señorita Morgan, ¿por qué odia mi condición de noble? —inquirió con un grave ronroneo.

Di un paso hacia atrás, no me esperaba esa pregunta. Debido al miedo, actué como una cobarde para no exponerme, para no responderle. Eludí la verdad al salir corriendo hacia la mansión.

—Señorita Morgan, permítame pedirle mis más sinceras disculpas por haberla importunado esta tarde y le agradezco que aceptara cenar conmigo. —Bajó la cabeza un tanto avergonzado, un gesto poco frecuente en alguien de su alcurnia. Se rascó la nuca—. No estaba seguro de que me acompañase.

—¿Por qué no? Su pregunta fue adecuada a mis comportamientos y palabras, mas tengo derecho a callar aquello de lo que no quiero hablar.

—En efecto.

Su atractivo bajo la luz de las lámparas de queroseno se acrecentó y tuve que reprimirme en ser la primera en apartar la mirada, pues la suya era abierta y sincera, a pesar de los claroscuros de su rostro. Había entrado en su despacho nada más terminar la cena. Era grande, de techos altos, como en toda la mansión, dividida en dos claros sectores: el primero formado por el sitio de trabajo con un amplio escritorio lleno de libros, cuadernos y papeles, al lado estaba la licorera; el segundo se organizaba delante de la chimenea por una elegante poltrona y un pequeño sofá. Las alfombras que cubrían el suelo mantenían la calidez que desprendía el fuego del hogar. Todas las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas de libros descolocados. Los únicos elementos de decoración eran dos bellos retratos de un hombre y de una mujer; en medio de ellos había un espejo que le daba mayor profundidad a la estancia. Y, como en la salita, los ventanales daban a un lateral del jardín, cubiertos por cortinas similares a las de allí.

—Puede sonar osado por mi parte lo que voy a decir: quiero que sepa que puede confiar en mí. —Sir Killian se me acercó y me asió por los hombros. El ambiente ya caldeado aumentó unos grados. Me estremecí bajo su agarre, todavía no estaba acostumbrada a su contacto. Me asombraba cómo el frío de su mano traspasaba mi vestido y conectaba con mi piel, más cálida. Los opuestos se atraían, se notaban más sensibles. Me ruboricé.

—Se lo agradezco —dije agarrada a la falda de mi vestido, confundida por sus palabras—. Entiendo que la deferencia hacia mi abuela...

—No se confunda, señorita Morgan —me interrumpió—. Lo hago por usted.

Aquella había sido una declaración de intenciones. Mi corazón dejó de latir durante un breve lapso, cuando retomó su movimiento, el ritmo era irregular. Además, tardé en recobrar el hálito.

—Formuló su pregunta con buenas intenciones, quizás la que debe una disculpa por salir



corriendo soy yo.

—Ninguno de los dos estuvo acertado.

Asentí en silencio. Me alejé de él inquieta, debía distanciarme para mantener la mente fría, ya que los sentimientos por él parecían ir en aumento cada vez que se acercaba a mí. Él, intuyendo de algún modo misterioso mis motivos, fue hacia la licorera.

—¿Quiere alguna copa de licor?

—No, gracias.

—¿Pido que traigan alguna infusión?

—No me coge más en el estómago.

—Si me permite una apreciación, nunca he visto comer a una mujer a dos carrillos con tanta ansia. —Las líneas de expresión rodearon su sonrisa sardónica.

—Más molesto es comer al lado de alguien que solo mira —repliqué, molesta—. Sir Blackstone no sabía de su gusto por la mezcla entre mujer y comida.

—Es una chanza.

—Lo mío también —contesté, lacónica.

Alzó las cejas en una divertida mueca de desconcierto. Sonreí al girarme, al igual que hacían los dos retratos que desde su altura nos observaban. Eran los espectadores. Mi interés se centró en ellos. Fui hacia la chimenea para verlos de cerca. Supuse que eran sus padres: ella de rostro redondo, delgado, ojos claros, su nariz afinada daba paso a una boca de labios finísimos que se abrían en una amplia sonrisa, que le confería un aspecto más juvenil. Era muy bella y las pocas joyas que vestía la resaltaban. En cambio, el hombre tenía un ademán más circunspecto; aunque su mirada penetrante sonreía, podía atravesar el alma de cualquiera. Sir Killian se parecía mucho a él.

—¿Quiénes son? —preferí preguntar para cerciorarme.

—Mis padres —contestó detrás de mí con sus labios pegados a mi cabello.

Pegué un brinco. ¡Era demasiado sigiloso! Inspiró mi olor, con él, mi alma. El susto se transformó en una oleada de placer. Empezaba a ser habitual esa reacción en mí. Debido a mi disminuido raciocinio, cometí una osadía que en situación normal ni me atrevería.

—¿Cómo murió ella? —Nada más formularla me tapé la boca y su abdomen se tensó en mi espalda. Yo no era nadie para hurgar en su vida personal.

—Murió cuando solo era un niño, por eso el jardín es su recuerdo, aparte de este retrato. En cuanto a su pregunta, mi padre no me lo contó, se lo llevó a la tumba.

—Se parece a ellos —apunté, meditabunda, en un conato por remediar mi error—. Su mentón es como el de su madre; los ojos, la nariz y la boca, en cambio, son de su padre, como las líneas que se le marcan al sonreír.

—Nunca nadie me había descrito con esa facilidad —reconoció en mi oído con voz seductora.

«¡Lo dije en alto!», me grité. No lo estaba arreglando. Mientras yo me regañaba, sus labios rozaron el lóbulo. Respiré con dificultad, el aire se volvió denso.

—Lamento mi... —Las palabras se me trababan en la garganta.

—Me agrada comprobar que en el fondo me ve con tan buenos ojos —sonaba satisfecho.

De repente, se separó de mí. Una impronta de abandono sustituyó a todo lo anterior. Sentirlo lejos produjo un amago de vacío. No supe cómo fue capaz, ya que la situación era intensa.

—Por favor, tomemos asiento.

Me senté en el sofá, era más mullido de lo que aparentaba. Él en la poltrona.

—Quiero que vea esto. —Me entregó un pequeño libro con pastas de cuero, gastadas. Aparentaba ser más pesado de lo que era.

—Recopilación de historias y leyendas de Pluckley —leí en voz alta—. Este es el libro que escribió su antepasado.

—Exacto, ahí están recopiladas todas las leyendas del pueblo que él conocía. Ábralo.

No necesitó requerirlo más. Acaricié las letras suavemente con las yemas de mis dedos. Tenía un poco de relieve. Pasé la portada y se abrió en abanico por la leyenda de la Dama de Rojo. «Perteneiente a la familia Blackstone», era el preámbulo. Mi ojos volaron con rapidez entre las líneas para obtener más información, pero solo se ceñía en contar la historia de la mujer que vagaba por la iglesia. Pasé la página y la siguiente era la Dama Blanca, también con el mismo encabezamiento: «Perteneiente a la familia Blackstone». Levanté la cabeza turbada. Él me miraba por encima del borde de la copa de *brandy*, esperando mis preguntas.

—Eran familiares tuyas —enuncié, asombrada—. La verdad, debo serle sincera, desconocía estos datos.

—Lo fueron. —Cruzó una pierna sobre otra—. Como ve, los Blackstone tenemos hasta fantasmas.

—¿Tienen algo de real? —inquirí, pues en esa historia también faltaba esa explicación.

—No lo sé. Presumo que, si alguna vez —y quiero barruntar que así fue— se supo la verdad sobre ellas, o bien se ha perdido en los albores de los tiempos o bien se omitió. Lo único que me refirió mi padre al respecto fue que murieron en extrañas circunstancias.

—Nunca termino de comprender por qué a la Dama Blanca se la enterró en un sarcófago de roble dentro de siete ataúdes.

—La interpretación que mi padre tenía era un poco singular. —Se sentó al borde de la poltrona para explicarse—. El roble, según las creencias populares, es un árbol mágico que da protección, y, al número siete, las Sagradas Escrituras le confieren, asimismo, un halo mágico. ¿Cosa de brujería de por medio? —Se encogió de hombros—. No sabría decirle, señorita Morgan. Es cierto que esta mujer no era conocida por su buen talante. Ahora bien, eso no significa que fuese la causa de ese enterramiento tan especial. Mi explicación personal es que esta historia no aclara la realidad, sino que mezcla ese halo de misterio con fantasía de la gente.

—La Dama de Rose Court ¿también perteneció a su familia?

—No, por lo que yo sé. No lo puedo afirmar, que conste, y mi padre tampoco descartaba esa posibilidad.

—Ya veo que su padre disfrutaba de estas historias.

Asintió con la cabeza. Juraría que puso los ojos en blanco antes de mirar su retrato.

—Era un hombre que disfrutaba del folclore popular. Tenía una sed insaciable por saber más, por investigar. Recuerdo cómo interrogaba al servicio sobre estas leyendas, ya fuese de Pluckley o de otro sitio, le encantaba hallar diferencias, semejanzas entre unas y otras.

—Mi padre siempre dice que este pueblo pasará a la historia por sus fantasmas —expuse esa idea con añoranza, ya que discerní que echaba de menos a mis padres.

Sir Killian se levantó con movimientos felinos. Dejó la copa en la cornisa de la chimenea, apoyó un hombro y pasó un talón por encima de otro. El pantalón se pegó a sus piernas.

—Probablemente esté en lo cierto. Si se siguen añadiendo más, cosa que no descarto, creo habrá tantos espectros como habitantes.

Nos echamos a reír por esa alocada ocurrencia.

Una idea nació en mi mente: ¿cómo era posible que dos mujeres compartiesen un final similar? Metida en la cama, seguía dándole vueltas. Algo era cierto, cada familia noble podía tener sus escabrosas historias de amoríos, duelos, incluso asesinatos. Este caso no difería... Una duda me asalto: ¿ese era el final que le esperaba a todas las mujeres Blackstone?

—La situación en Londres es insostenible, es un hervidero de pánico y lo peor es que se está extendiendo como la peste a lo largo del país —juzgó sir Killian la crisis económica que, por lo que me había enterado, era a nivel mundial.

—¿Tan grave es? —pregunté, dejando mi taza de té sobre el platito.

Estábamos en la salita terminando de desayunar. Nos acompañaban Alfred y mi abuela, como todas las mañanas. Esa, en particular, estaba acentuada por las malas noticias, además del tiempo. Fuera, el cielo estaba triste, cubierto por nubes bastante oscuras que presagiaban lluvia.

—Exorbitante, señorita Morgan —me respondió mirando por encima del periódico—. Desde hace días se han suspendido los pagos y la situación salpica a otras ciudades aparte de Londres. La gente no puede recuperar lo que le pertenece, su dinero, ¡los ahorros de toda una vida! —exclamó con indignación—. Los engañaron de modo fraudulento. No solo afecta a la alta sociedad, sino a todas las clases por igual. Esto es lo que hace la codicia.

—El matrimonio Willoughby, cuando fui a recoger nuestros baúles, estaban preocupados por su hijo; la firma para la que trabaja estaba muy relacionada con ese banco. —Mi abuela tomo asiento bastante apenada por nuestros vecinos.

Alfred se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Ha azotado a todos, señora Swan, pero es más doloroso cuando conocemos casos cercanos.

—Utilizaron el engaño para inflar más la burbuja del ferrocarril a costa de la buena gente que confió en ellos. —Arrugó de malas formas el diario y lo tiró encima de la mesa—. Confío en que este país saldrá adelante, tiene los recursos adecuados, mientras tanto, las noticias no serán muy halagüeñas. Solo espero que se juzgue a los culpables.

Cogí el periódico. Efectivamente, la crisis ocupaba los titulares centrales, incluso los más pequeños. Se hacía alguna referencia a otros países afectados en el continente, como al otro lado del Atlántico. Fui pasando las páginas y, casi al final, había un breve comentario de un mitin en Hyde Park sobre los derechos civiles de la mujer. Trataban el tema del voto y reivindicaban, una vez más, la necesidad de que la mujer casada controlase sus propios ingresos y sus propiedades.

—¡Qué falta de consideración! —protesté acallando a todos a mi alrededor.

—Totalmente de acuerdo, señorita Morgan —sostuvo sir Killian—. Ahora, de nada nos sirve lamentarnos...

—Entiendo la gravedad de la crisis por su magnitud mundial, mas ¿tan poca importancia tienen los derechos de las mujeres?

Nadie me respondió. El silencio era absoluto. Mi abuela corrió la silla apoyándose en la mesa.

—¿Vuelves con esas? ¡Qué aire te ha dado! —me recriminó—. Hay asuntos más acuciantes en la vida que esas peticiones absurdas.

—¿Cómo por ejemplo? —arremetí.

—Preocuparte por tu futuro —asestó—. ¡Te lo he dicho! Déjate de fantasías y búscate un marido, sino serás una paria social. Ahí tienes a tus hermanas y a tu amiga, Easter. Toma ejemplo de ellas.

¡Tenía tantas cosas para contestar! La culpa había sido mía por incitarla. En esos momentos, la rabia y la impotencia explotaron en mi interior. Por no poder responderle a causa de la presencia de los dos hombres, me impulsaron a levantarme y salir corriendo.

—¡Será maleducada esta muchacha! —fueron las últimas palabras que oí de mi abuela.

A toda velocidad pasé la terraza, el jardín, y no quería parar. ¡Quería escapar! Mi corazón golpeaba contra mi pecho con sonidos sordos por la furia; en mi sangre, cual hoguera, ardían la cerrazón y el dolor, porque en ese mundo en el que vivía no había lugar para mí, estaba sometida a una sociedad anquilosada en un pasado teñido con falsos tintes de modernidad en el que no podía luchar por mi libertad personal. Antes de adentrarme en la arboleda, vi de refilón una nube negra que se acercaba amenazadora y en el horizonte resonó un trueno, alegoría de cómo se sentía mi ser. Por primera vez en mi vida hallé cierta comprensión en la naturaleza, pues los robles y hayas, más mustios que la otra tarde, me contemplaban pasar a su lado, entristecidos, carentes de sombra. Fatigada, llegué al lago. Sus aguas quietas e impasibles estaban más oscurecidas, reflejo del cielo. Con mi cuerpo empapado en sudor, las varillas del corsé clavándose en mis costillas, puse las manos en mi cintura para recobrar el aliento. Un grito se quedó bailando entre mi garganta y mi lengua, no podía soltarlo.

Una mano firme y fría se cerró en mi hombro. A consecuencia de su presencia, una nueva oleada de ansiedad me cubrió, el nudo en mi garganta se convirtió en una soga y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Josephine —masculló.

Giré sobre mis pies desencajada por el resentimiento hacia todos. Mantuvo una distancia precavida conmigo. A los lados de mi cuerpo los puños me dolían, los huesos de los nudillos iban a traspasarme la piel y las uñas se me clavaban en la palma. Iba a pagar los platos rotos.

—¡Váyase! Si ha venido a defenderla, váyase. Doy mi opinión al igual que Austen o Gaskell la dieron mucho antes en sus escritos, porque se dieron cuenta de que en este mundo las mujeres somos insignificantes, incluso las trabajadoras de las fábricas ganan una miseria en comparación con sus maridos.

—Ya sé que...

—No, usted no sabe; es más, mis palabras no le convienen en este mundo donde su ágil pluma

es quien escribe la historia alejándola de aquellos cuyas voces son meros susurros en la lejanía, ya que mi educación me hace inferior a usted. Hasta la ciencia me indica que andaré toda mi vida unos pasos por detrás. La igualdad entre hombres y mujeres es imposible.

—Darwin.

—¡Sí! —Me mordí el labio inferior para no romper a llorar. No podía más. No podía con la injusticia que imperaba en la sociedad hacia la mujer.

—Ojalá todos nuestros políticos hablasen con esa vehemencia suya, señorita Morgan. El país iría mejor. He leído *El origen de las especies* y no estoy de acuerdo con algunas de sus teorías, entre ellas la selección natural y sexual que privilegian al hombre sobre la mujer. —Hundió los pulgares en los bolsillos de su chaleco oscuro. Estaba en mangas de camisa—. Cualquiera persona de cualquier clase social debe tener derecho a ser oído. No, señorita Morgan, ahora me va a escuchar. —Un trueno sonó muy cerca de nosotros dándole la razón. Me mantuve quieta—. Debe comprender que esos cambios que quiere tardarán años en conseguirse; la sociedad todavía no está preparada para ellos. Es comprensible que su abuela, una mujer de edad, que creció en otra época...

—¡Es una egoísta! Estoy en Pluckley porque mis padres no querían dejarla sola. ¡Mi sueño era ir a Bedford College! —escupí el dolor que llevaba dentro. El labio me temblaba—. Y estoy aquí por ella, mis padres no querían que estuviese sola aquí tras la muerte de mi abuelo. Perdí mi sueño por la familia.

Sir Killian con una seguridad apabullante se acercó a mí y me rodeó entre sus brazos.

—No, no quiero su compasión ni su consuelo. Sé lo que quiere de mí, lo que pretende de mí. —Sorbí por la nariz. Al no ser capaz de liberarme de él, empecé a pegarle en el pecho—. Me ve como un mero entretenimiento con el que divertirse fuera y dentro del dormitorio.

—¡No es verdad! ¡Cómo osa acusarme de tal disparate! —Me agarró por los hombros para que dejase de forcejear.

—¡Es un mentiroso! Sabe que tengo razón. Cuando se canse o le resulte molesta se irá sin importarle nada, solo usted mismo, y, si ese desliz tuviera consecuencias, se zafaría del problema con facilidad, porque no soy nadie para usted, aunque lo quiera enmascarar todo con la deferencia hacia mi abuela. ¡No consentiré que me suceda lo mismo que a Easter!

Me soltó por mi inopinada revelación.

—Así que eso fue lo que pasó. Su tirria por mi condición social viene por lo que su amiga sufrió con un noble.

El aire se me congeló en los pulmones y un torrente de lágrimas se desprendió de mis ojos por culpa de mi incontinencia verbal. Paladeé un resabio amargo. Un trueno prorrumpió encima de nuestras cabezas, increpándome.

—Usted es como el resto ¡lo odio!

—¡No pienso convertirme en el hombre que quiere que sea! ¡Es que no se da cuenta de que estoy lo...! —se interrumpió. En un arrebato rodeó mi rostro entre sus manos, enjugó mis lágrimas,

luego, pegó nuestras frentes—. No soy ningún ruin, detrás de mis actos no hay oscuros propósitos, lo que ve es lo que soy y le prometo que jamás le haré daño, la respeto.

El apasionamiento de su declaración me abrumó tanto que temerosa me agarré a sus muñecas para no caerme, ya que las rodillas amenazaban con no aguantar el peso de mi cuerpo. ¡No me lo esperaba! El cielo tomó partido al descargar una manta de agua sobre nosotros, a fin de bautizar nuestra unión, o confirmar sus palabras. Una extraña magia nos desnudó el alma; aunó nuestros alientos a través de las gotas de lluvia. Nos pertenecíamos. Era tal la intensidad que el anhelo por sentir sus labios sobre los míos me sacudió entera. Quizás percibiendo lo mismo, se aproximó más a mí. El corazón se me detuvo ante la anticipación de un beso que... no existió. Se separó con una facilidad asombrosa, yo no podría. A pesar de ello, una extraña emoción, cercana al amor, brilló en sus ojos.

—Quiero enseñarle un lugar donde sé que hallará la paz. —Limpió mis párpados con las yemas de sus dedos—. Y sus lágrimas cesarán. ¿Confía en mí?

—S... sí —confesó por fin mi corazón.

Cogidos de la mano, corrimos hacia la mansión. Parecíamos dos chiquillos. Entramos calados, nos dio igual. Paramos frente a esa otra puerta que siempre estaba cerrada. Era doble, los dos pomos dorados tenían la forma de cabeza de lobo. Los cogió y empujó hacia adentro. Un olor acre, a papel, polvo y una pizca dulce se adelantó a lo que estaba a punto de contemplar: ¡una impresionante biblioteca! Entré con el corazón acelerado y boquiabierto. Tuve que controlar las ganas de chillar de emoción, ya que la euforia me dominaba. Era la estancia más majestuosa que había visto en Blackstone House, ¡eran tres habitaciones en una! Se accedía por la del medio y estaban separadas por grandes arcos que sostenían el techo abovedado de madera del que pendían, en cada parte, dos enormes lámparas sujetas por cadenas de oro. Todas las paredes, de arriba abajo, eran extraordinarias estanterías llenas de libros y se dividían en dos secciones: la parte baja era la más elegante; cada balda tenía unos remaches de oro; columnas de madera sostenían la balaustrada de la parte superior a la que se accedía por unas elegantes escaleras de caracol, que se repetían en ciertos tramos. Allí arriba, las estanterías no eran continuas, sino que se ajustaban a los ventanales —parecía que estaban incrustados en ellas— desde los cuales la luz descendía y lo iluminaba todo. Las cornisas estaban decoradas con preciosas molduras florales, geométricas y, a veces, aparecía la figura de algún angelote, todo revestido en oro, como los artesones de las arcadas en cuyo interior había una flor tallada en el mismo metal. En los extremos había sendas chimeneas, encendidas, que eran las encargadas de mantener ese ambiente acogedor; frente a ellas, butacas orejeras creaban apacibles zonas de lectura. Los espacios libres se ocupaban con ménsulas, globos terráqueos de distintas épocas y tamaños, y en cada parte había mesas llenas de papeles y libros, salvo la que estaba frente a nosotros que era una mesa con vitrina. Giré en redondo sobre mis pies varias veces porque no podía creer dónde estaba.

—¡Ah! —gemí atónita.

—¿Está bien? —inquirió un poco inquieto.

—¡Es maravilloso! —Me tapé la boca y la nariz con las manos.

—He esperado el momento oportuno para mostrarle la biblioteca, sabía que le gustaría. Cada vez que quiera venir por algún libro, puede hacerlo, le he dado orden a Alfred de que la deje pasar aunque yo no esté.

—No... Yo... Yo no... —las palabras se me atrancaban en la garganta, no sabía qué responder a su proposición. ¡Era desmesurado!

—Solo acepte.

—De acuerdo —dije sin aliento.

—Ahora le voy a mostrar la joya de la corona de la biblioteca de Blackstone Hall. —Me hizo un gesto con una mano para que fuera a su lado.

Así lo hice, limpiándome los ojos con las mangas del vestido y con una duda.

—Discúlpeme, yo he conocido esta casa como Blackstone House —le expuse mi confusión.

—Sí, como todo el mundo. —Apoyó una mano sobre el cristal y tamborileó los dedos marcando un ritmo extraño—. Mi padre así se refería a ella, para él este era su hogar, así marcaba la diferencia con la casa de Londres que se abrió cuando yo estudiaba en Eton u Oxford. —Me miró sonriente—. Por favor, mire —me indicó el cristal.

Me incliné y ante mis ojos apareció un antiguo manuscrito. Debía tener al menos varios siglos, ya que tras el transcurso del tiempo el papel parecía más fino. Las letras negras, un tanto angulosas, eran otra señal de su antigüedad. Me costaba leerlo. Algunas líneas estaban tachadas y había alguna que otra mancha de tinta. Parecía original. Me aproximé un poco más, en el encabezado había un nombre.

—Rey Enrique... —De la impresión giré el rostro hacia sir Killian notando cierto sonrojo en las mejillas. Tenía que estar equivocada—. ¿Enrique IV?

—Sí —afirmó con el pecho henchido.

—Dios mío, ¿su familia conoció a Shakespeare? —No salía de mi asombro, hasta sudaba.

—Eso parece...

—¡Increíble! —exclamé.

—No tanto, verá, por aquella época sir Edward Blackstone era conocido por adquirir cartas, manuscritos raros, mapas, libros, cualquier tipo de objeto que llamase su atención. A él se le debe esta adquisición.

No dejaba de observar aquella rareza de la literatura. Lo que darían algunos profesores de Oxford por ese manuscrito.

—No me lo puedo creer, ¿es la letra de Shakespeare! —Sacudí las manos nerviosa como una chiquilla.

Sir Killian se carcajeó.

—Señorita Morgan, ya le dije que Blackstone Hall la asombraría.

—Sí, pero no me esperaba esto. —Me estremecí de frío sin apartar los ojos del cristal.

Una mano me sujetaba con firmeza mi muñeca derecha. Levanté la cabeza y mi mirada tropezó



con la de él. Era alegre, mas en su rostro apareció la sombra de la preocupación al fruncir levemente el ceño y su boca tampoco mostraba una sonrisa.

—Váyase a cambiar de ropa. Se está recuperando bien del accidente y no quiero que se enfríe.

—Me encuentro bien...

—Tiene frío —afirmó, categórico—. No quiero discutir, Josephine. Cuídese; vaya a cambiarse, la biblioteca y yo estaremos esperando su regreso —se chanceó de mí.

Esa no fue la única chanza que me gastó. Durante las semanas siguientes la biblioteca se convirtió en nuestro refugio; ese lugar en el cual podíamos debatir, charlar o leer acomodados a los pies de la chimenea. A sir Killian le gustaba que le leyese en voz alta y aseguraba que mi entonación era perfecta, aunque la mayor parte de las veces, si nos entusiasmábamos, interpretábamos. ¡Parecíamos críos! Nos agradaba. Me sentía tan bien entre esos estantes que hubo noches que bajé. En ese tiempo hubo espacio para la historia. Me explicó que el primer baronet Blackstone fue quien empezó a crear la biblioteca, luego sus sucesores continuaron la tarea. Allí, entre libros, mi opinión sobre él se afianzó y debía reconocerme a mí misma que no era un noble al uso. Tenía unos principios morales tan arraigados que actuaba a través de ello, por eso, siempre cumplía su palabra.

Observaba, con el hombro apoyado en el marco de la ventana de mi aposento en Blackstone Hall, parte de una de las colinas de Pluckley, que en el siglo XIV sirvieron de refugio para una población que, diezmada por la peste negra, escapó hacia allí por la creencia de que esa zona era la más saludable. Yo también lo haría, escaparme de mí misma, de las dudas que me asaltaban por sentir como sentía hacia él. Debía ser sincera conmigo misma: estar a su lado, compartir nuestras horas, produjo un fuerte cambio en mi interior. Mi corazón aleteaba por ese hombre; no me podía ser indiferente; no podía enfriar mis emociones al estar cerca de él. Tenía cierto poder sobre mí: sabía aplacar mi carácter, me sosegaba, me hacía anhelar aquello que un día, años atrás, arrinconé de mi vida. Mas mi mente, fría y racional, investía con la incertidumbre propia del futuro. Me bajaba los pies al suelo, ya que la realidad era más dura: no podía albergar ningún sentimiento hacia él. ¡Éramos de dos clases diferentes! Lo nuestro era imposible. Ilusionarme solo me traería pesar. Aquella primera noche en el bosque dos mundos opuestos chocaron; ignorante, la colisión arrastró conmigo. El destino se reía de mí delante de mis narices, aunque, si había algo claro, era que entre él y yo solo podía haber una entrañable amistad. Debía grabármelo a fuego.

Casi todo eso se lo explicaba a mi amiga Easter en la carta que le había escrito y que sir Killian enviaría entre su correo privado. Salí de mis aposentos para entregársela, aparte, lo requería, ya que el día anterior, sin saber el motivo del cansancio, había permanecido encerrada entre esas cuatro paredes. Bajé las escaleras tomando conciencia de que debía disimular mi estado de ánimo, sobre todo, por él.

—Alfred, ¿dónde está sir Blackstone? —le pregunté al mayordomo, que estaba en el vestíbulo.

—Ha salido de buena mañana, los hombres de las partidas vinieron a buscarlo —me explicó con su amabilidad usual.

—¿Sabe cuándo llegará?

—No sabría decirle, señorita Morgan, ¿necesita que la ayude en algo?

—Sí, quería entregarle esta carta que he escrito, él la va a enviar entre su correo, pero ahora...

—Démela y la pongo entre el montón que me ha dejado.

—Gracias.

Una vez sola en el gran vestíbulo de la casa y rodeada por un silencio atronador, me dirigí a la biblioteca. La inmensidad de aquella casa me asolaba, se tornaba agobiante, sobre todo, en mí que no estaba acostumbrada a ella. La soledad era manifiesta, la podías palpar con estirar la mano; se encaramaba en cada esquina, en cada baldosa, en sus paredes. Se me hacía extraño estar allí sin él. Lo extrañaba.

—¿Señorita Morgan?

Pegué un brinco al escuchar la voz de Alfred. El miedo se apoderó de mí, quizás tendría que haber regresado a mi aposento y no aventurarme aquí. Tomé aire y di la cara.

—Sí —mi voz sonó empequeñecida por la amplitud de la estancia, que no me ayudaba a relajarme.

—Tiene una visita —me informó, serio.

—¿Perdón?! —exclamé. No me esperaba esto, no tenía amistades.

—El pastor Craven —esclareció—. ¿Le hago pasar?

—Sí, por favor.

Ya comprendía su circunspección. Intuí que no le gustaba esa presencia.

Una cuestión se asomó en mi mente: ¿por qué Thomas había esperado tanto tiempo? No necesité barruntar mucho. La tarde que vi en el camposanto a sir Killian, no me había pasado desapercibida la mirada asesina de Thomas. El dueño de la casa estaba con las batidas esa mañana, así que él, promotor de estas, era conocedor de ello. Alfred desapareció y volvió acompañado por la oscura figura del pastor. Nunca mejor descrito, no solo porque vistiese de negro, sino porque el hombre que yo conocía había desaparecido. Su rostro estaba contraído en un gesto huraño, furibundo; sus ojos habían perdido su color azul, ensombrecidos por su ceño fruncido en exceso y su boca era severa. Tenso, miraba a todos lados incómodo a la espera de que algún tipo de criatura saliese a su encuentro, y nervioso, ya que el sombrero y el libro que sostenía entre sus manos temblaban.

—Buenos días, señorita Morgan —saludó, adusto.

—Me alegro de verle, Thomas. —Uní las manos delante del corpiño del vestido.

—Quién lo diría —arremetió.

—¿Cómo?

—No se haga la estúpida conmigo. Sabe perfectamente que nadie me ha informado de que

estaba aquí, me tuve que enterar por terceros de lo sucedido, porque no tuvo la deferencia de avisarme. Creí que le importaba nuestra amistad...

—Pastor Craven —lo interrumpió mi abuela. Su actitud era altiva ante aquella presencia que ella rechazaba. Iba a arder Troya varias veces esa mañana.

Él se giró entre nosotras de tal modo que no nos daba la espalda a ninguna de las dos.

—Señora Swan, buen día. —Su inclinación de cabeza fue seca.

—¿Qué le trae por aquí?

—Interesarme por el estado de su nieta —respondió, cortante.

—Como puede observar se está recuperando bastante bien de su accidente.

—Sí, y ahora que la tengo aquí permítame mostrarle mi consternación, ¿cómo ha dejado que la trajeran a esta casa? —denunció en un estado de rabia tal que en las comisuras de sus labios se acumulaba saliva. Echó el cuerpo hacia delante a la defensiva—. ¿Cómo no la llevó a la casa parroquial? Allí estaría mejor.

Mi abuela colocó las manos sobre su barriga para rebatir las preguntas del pastor, mientras yo, consternada, alternaba los ojos entre uno y otro. No entendía las reprobaciones de Thomas.

—Pastor a mi edad no le debo ninguna explicación a nadie, mas le diré que, gracias a la rápida intervención de sir Blackstone, mi nieta está viva. No comparto este malestar suyo, pues siento esta casa como mía, ya que trabajé en ella desde los catorce años y no hay mejor lugar para que se recupere de sus heridas.

—¡Qué insolencia la suya! No me esperaba esta desfachatez de su parte. Está perdonada, su avanzada edad está haciendo los primeros estragos en su sesera. —Se dirigió a mí lleno de ira—: Josephine, las apariencias engañan y no conoce a quien le ha dado cobijo. —Sin despedirse se marchó.

Seguí mirando hacia la puerta, desconcertada por sus palabras.

—Abuela, ¿qué fue eso?

—La reacción de un pusilánime estrecho de miras que solo tiene como horizonte la punta de su nariz, querida. Acuérdate lo que te dice tu abuela: mal termina quien con ínfulas de libertador entra en casa ajena.

\*\*\*

«Las apariencias engañan», recordé esa noche. ¿Qué les había dado a todos con esa frase? En el pastor carecía de sentido, a no ser por el odio que le tenía a sir Killian. Esa visita marcó el día. Había sido muy desproporcionado en sus palabras y en las formas, sobre todo hacia mi abuela a quien le había perdido el respeto. ¿Quién era él para remachar que no conocía a sir Killian? A esas alturas podía apreciar que tenía mejor fondo que el pastor siendo un hombre de Dios. De súbito, un aullido de lobo atravesó la oscuridad en el exterior de la casa. Me levanté para mirar por la ventana, ya que no pegaba ojo. Fuera la espesa negrura no me permitía observar nada,

aunque me pareció captar algún movimiento cerca. De entre las nubes, se asomó la luna llena. Comprendí por qué los hombres habían llamado a sir Killian: podían dar caza a esos animales. Un pinchazo cubrió mi corazón al acordarme de mi lobo blanco. Esa vez no podía salvarlo como me había señalado la señora Hughes. Despejada, cogí un candelabro, encendí la vela y salí de mi aposento.

La casa estaba en total silencio, los únicos sonidos eran los aullidos. Si en esos momentos alguien hubiese salido, me confundiría con una aparición que se adentraba en el pasillo opuesto a mi alcoba. Agarrada fuerte al objeto de plata que alumbraba mi camino, comprobé que a ambos lados había puertas cerradas. No me paré delante de ninguna, seguí y llegué a la larga galería desde la que se tenía una excelente visión de la totalidad del jardín. Nada más entrar, tuve que taparme la boca con la mano para no gritar, por culpa de una armadura que relució a la luz de la vela. Una mullida alfombra cubría el suelo, me calentaba las plantas de los pies y amortiguaba mi paseo, gracias al cual podía contemplar a los difuntos antecesores de sir Killian. ¡Aquello era un recordatorio familiar! Los enormes cuadros que colgaban de la pared, cuyas efigies parecían darme la bienvenida, tenían una placa dorada con el nombre junto a dos fechas; debajo de ellos, colocadas en fila como un ejército, estaban las armaduras. Salvo en uno.

Entre dos retratos de menor tamaño que el resto, había un arco apuntado que le daba esa forma a una puerta, entornada, de la que salía una brisa fría. Me acerqué y asomé la cabeza. Había una extraña escalera de caracol de piedra maciza que descendía casi hasta las profundidades de la tierra. Movida por la curiosidad, comencé a bajar los escalones pisando firme y con una mano apoyada en la pared. No sabía adónde me llevaría. En ese descenso intuí que era el centro de la casa, el corazón alrededor del cual se construyó todo. Un aire helador se colaba entre las piedras, me atería entera; se oía el discurrir del agua, había goteras incluso donde no lo parecía, ya que me cayó una en el nacimiento del pelo y se deslizó por la frente. Me la limpié con la manga del camión, con ella me tapé la nariz. Había llegado al final. Allí un hedor a putrefacción me golpeó los sentidos, el estómago se me puso del revés y noté cómo se me revolvía. Era nauseabundo. Mas no me resultó un impedimento para continuar. Seguí de frente y a mi derecha se abrió una enorme sala llena de grandes columnas de piedra. El suelo era un revoltijo de cadenas, harapos, huesos que fui sorteando como mejor pude para no clavarme nada, ya que no quería que se descubriese mi presencia en ese lugar. Estaba segura de que, si chillaba, nadie me oiría. En las paredes había garrotes para mantener a las personas encarceladas o cautivas. La historia de los Blackstone se remontaba al medievo, así que... ¿pudo haber prisioneros? ¿De antiguo los Blackstone impartían justicia? Ciertamente era que aquella zona carente de humanidad no había sido pensada para que sus señores habitasen en ella. Solo el odio, el horror y el dolor tenían cabida. Lo más asombroso era cómo por una de las rendijas que daba al exterior se colaban los rayos de la luna llena y bañaban cada uno de los garrotes.

Los lobos aullaron de nuevo, esta vez más cerca de mí, y unos ruidos me advirtieron de que alguien podía acercarse. Petrificada, di varios pasos hacia atrás, antes de regresar arriba. La

intrincada escalera de caracol me ralentizaba, con tan mala pata que pisé el bajo del camión y me hice daño en el mentón. Seguí adelante, solo quería salir de allí. Una vez en mi aposento, me senté en la cama, abrazada a mis piernas y esperé el amanecer.

—Alfred, ¿sir...?

—Descansa en sus aposentos, señorita Morgan —indicó, aliviado.

El corazón me dio un vuelco de alegría en el pecho, y el cuerpo se me aflojó un poco. Había pasado toda la noche en vela tras haber regresado de aquellas mazmorras, por designarlas de alguna manera. No logré tranquilizarme, ya que los lobos aullaron feroces trastornando todo, agitando mi espíritu.

—¿Está en casa? —inquirí sin aliento. Debía controlar la alegría que me producía su regreso.

—Sí, llegó al despuntar el alba.

—¿Y saben si cazaron algún lobo? —Nerviosa, esperaba que no nombrase a uno blanco.

—¿Disculpe...?

Parecía desconcertado ante mi pregunta, lo que me pareció extraño.

—Las batidas.

—¡Ah! Eso. No, no hubo suerte. Son animales muy escurridizos. —Alcé las cejas por el dominio que tenía sobre el tema—. Bueno, eso es lo que se dice. Si no requiere de ninguna cosa más, debo volver a mis quehaceres.

Asentí. Su actitud me hizo sospechar que algo escondía; no conocía bien a ese hombre, así que no podía juzgar. Un poco más tranquila después de saber del regreso de sir Killian y de que el lobo blanco no había sufrido ningún mal, o todo indicaba eso, subí con la intención de regresar a mis aposentos. Cambié de opinión al ensimismarme con el pomo de la escalera que llevaba al último piso de la mansión. Como si no hubiese tenido bastante con mi expedición de la noche pasada, sin meditar las consecuencias que me podía traer aquel impulso, subí. El aire fresco y limpio que se respiraba en toda la casa dio paso a un espeso olor a cerrado, a polvo. No aparentaba la misma casa.

Estaba todo oscuro, aunque al final del pasillo, por entre lo que parecían cortinajes, se filtraba una pequeña rendija de luz. Anduve hacia a ella a tientas para no tirar ni tropezar contra nada y fui a dar a una galería completamente sucia. Se notaba que hacía años que la habían abandonado a su suerte. Por algún motivo se habían olvidado de ella. Me dio la sensación de que estaba prohibido su acceso. Su aspecto tétrico se debía a que todas las cortinas, de color rojo intenso con bordes dorados, estaban cerradas, impidiendo la entrada de claridad; la poca que había dejaba entrever

un sitio que se ahogaba en sí mismo en la suciedad que mis pies y el frufú de mi vestido iban levantando. Sus suelos, lo poco que podía distinguir, no eran de madera, sino de piedra de distintas tonalidades. En cuanto al resto de la decoración, había dos poltronas gemelas y un par de columnas ornamentales, con los capiteles dorados, que servían de soporte a lo que parecían jarrones. Entre ellas había dos enormes puertas iguales. Al seguir con la vista sus dimensiones, me percaté de que sobre mi cabeza pendía una lámpara que estaba cubierta por una sábana, pero, al fijar mejor la vista, comprobé que era una telaraña. Con repulsión di un paso hacia delante y, así, fui hacia la puerta que estaba a mi diestra.

Empujé un poco y la cerradura cedió. A diferencia de la galería, ahí la luz entraba a raudales por las tres ventanas, ya que los cortinajes estaban recogidos por unos gruesos cordones con borlas. Había una similitud: el abandono. Sin embargo, esta estancia no había perdido la distinción. Era austera en comparación con otras partes, la cama ocupaba el centro de la pared a mi derecha; entre dos ventanales había una pequeña mesa redonda de madera, con dos sillas haciendo juego y un tablero de ajedrez esperando a que los jugadores retomasen la partida. Era la parte de la chimenea la que resaltaba, debido en gran medida al retrato que había sobre ella. Me acerqué para verlo mejor. La mujer que tenía frente a mí irradiaba la hermosura y la vitalidad de la juventud como un día de verano y hacía que el espectador no pudiese apartar la mirada de ese bello rostro de líneas suaves, de piel nacarada, sonrisa dulce, mejillas un tanto sonrosadas, que no apagaban el brillo de sus ojos azules, casi del color del mar, en los que se podía leer una plena felicidad y que resaltaban gracias a su sencillo, aunque elegante, vestido. Unos pendientes y un anillo en cada mano eran las únicas joyas que la adornaban, pues no requería de más. Ya la había visto antes, era la madre de sir Killian.

«Son los aposentos de su padre», pensé. Mi curiosidad aumentó. Por ello, en vez de retirarme, fui directa a la otra estancia. Nada más entrar, un olor floral me dio la bienvenida. Era como si alguien se hubiese acabado de perfumar. La finura que destilaba, incluso a través del polvo que bailaba sobre mi cabeza, no se había apagado con los años de encierro. Era tan majestuosa como simple. Tenía una fina cama de dosel recubierta con la misma tela rosa claro que las cortinas. La acompañaba una mesita de noche a su izquierda, mientras que al otro lado había una butaca tapizada en motivos florales. Sobre la chimenea estaba el retrato de su esposo, en actitud relajada. Su mirada llena de pasión te seguía allá por donde te movieras. No podías zafarte de esos impresionantes ojos azules, tampoco podías ser indiferente a esa sonrisa sesgada tan similar a la de su hijo. ¡Eran casi idénticos! En la cornisa unas figurillas de porcelana flanqueaban un hermoso reloj que ya no daba la hora. A sus lados había unos armarios, o eso parecía. Delante de uno, había un biombo, seguido de un precioso tocador. Fui hacia él. Constaba de tres espejos que, colocados como estaban, reflejaban la luz de las ventanas. Encima de la mesa continuaban ordenados pequeños frascos de cristal, un peine mugriento, un espejo de mano boca abajo y varios platillos. Todo era de plata. No pude resistirme a coger el peine y en su reverso aprecié lo que me parecía una inscripción. Lo limpié con los dedos y bajo la suciedad apareció un nombre: Cat



Blackstone. Al leerlo me sentí desdeñable, hasta de que Blackstone Hall me diese cobijo. Esa sensación me reafirmó que ese mundo no tenía cabida para mí.

—¿Quién le ha permitido entrar aquí? —Aquella pregunta lacerante me asustó de tal modo que el peine se precipitó al suelo. El choque hizo eco—. ¿Es que no puede estarse quieta?!

El sobresalto me petrificó, el corazón me latía muy rápido y una oleada de pánico me recorrió entera. Era tanta la tensión que sentía los oídos taponados. No me atreví a girarme para encararlo. Le oí soltar aire y tomarlo de nuevo.

—Fuera —me ordenó—. ¡Fuera!!

Ese alarido de enfado y dolor me lanzó a la huida con los ojos llenos de lágrimas. Pasé por su lado sin mirarle. Bajé las escaleras lo más rápido que pude, me sentía culpable. ¡Había atentado contra su hospitalidad! Una vez en mi aposento, con el cuerpo apoyado en la puerta, cedí al arrepentimiento y al miedo de su enfado. Sabía que tardaría en salir de esas cuatro paredes.

Esa noche Blackstone Hall guarecía a dos almas atormentadas.

Una estaba sumida en un pasado que le había marcado toda su vida. En unos dolorosos recuerdos que jamás olvidó.

Blackstone Hall era escondite de muchos secretos, principalmente de uno que se imponía al resto y turbaba a todos: la brutal muerte de la señora Blackstone. Todos decidieron callar, unos por miedo, otros por respeto a la familia. Nadie volvió a referirse a ella, incluidos su marido y su hijo. Ese confinamiento de su memoria, ese mutismo, la mansión los absorbió cual esponja sumándolos a los que ya soportaba. Sus paredes rezumaban un agónico dolor que se ocultaba detrás de las armaduras, de los cuadros, de la rica decoración que le conferían una falsa faz de altivez. Las piedras que la modelaban, en realidad, se alzaban vivas sobre la tierra. Imploraban un mínimo de amor a la espera de su cazador.

Esa noche sir Killian estaba sentado en el suelo de su alcoba. Las cuatro paredes se habían convertido a lo largo del día en una fría prisión que lo oprimía, ya que los sucesos acaecidos aquella mañana lo pusieron al borde la locura. Pisar otra vez aquella estancia cerrada durante décadas le despertó los fantasmas de un pasado no superado. Dentro de su cuerpo de hombre, el aterrado niño que había enclaustrado se liberó simultáneamente a las imágenes que creía renegadas en un agujero oscuro de su memoria.

Esa noche proyectaba una imagen derrotada, ahí en el suelo con la espalda apoyada en la pared libre entre dos de las ventanas, su pierna derecha pegada al pecho y, sobre ella, la cabeza. De esa guisa pasó varias horas en compañía de sus tres perros, además del tic tac de un reloj que estaba en la repisa de la chimenea. Así, se mantuvo alejado de los habitantes de la casa, no quería escuchar ni recriminaciones ni consejos. Frederic le enseñó los colmillos, gruñéndole.

—No me vengas con esas, si no fuera por Jeremy no hubiese sabido que entró en esos aposentos, porque estaba completamente dormido —les reprochó su actuación a Giles y a él—. ¿Vosotros dónde estabais?

Volvió a gruñirle, esta vez más fiero.

—En la biblioteca, ya, pues no fue allí. —La pena que sintió se hizo mayor, tanto que los hombros se le hundieron. Jeremy se le acercó y emitió sonidos lacrimosos—. Estar en sus estancias me ha supuesto recordar aquello, Jeremy. Llevo todo el día procurando mantener la

mente ocupada, pero no puedo. Me es imposible. —Tragó saliva. En ella iban las lágrimas que no era capaz de derramar, no había movido un músculo ni los miró, ya que ellos sabían lo que había sufrido por la muerte de su madre. Ellos lo habían vivido con él—. No sé si algún día lograré superarlo.

Giles, el perro que tenía un gesto interrogante, debido a esa ceja enarcada, emitió un sonido sordo.

—Muy amable por tu parte, Giles. Sí, me porté como un cretino con ella al gritarle. Perdí los papeles, ¿estamos? Ahora no sé cómo solucionarlo —se lamentó.

Los cuatro al unísono levantaron la cabeza. Sir Killian echó la orejas hacia atrás captando un ligero ruido seguido por el repiqueteo de un corazón.

—Ha salido de su alcoba —confirmó.

Los cuatro compartieron una mirada cómplice, llena de intenciones por parte de los cánidos. Lo obligaban a moverse. No lo dudó. Se puso en pie y esperó unos instantes antes de salir tras ella. Cerró los ojos para concentrarse en el latir que su corazón hacía propio.

—Está en la biblioteca. —Sin meditar un segundo fue a su encuentro seguido por los tres cánidos.

Esperó unos instantes en la gran puerta. Debía calmarse para que ella tomase sus disculpas en serio y no pensase que la estaba vigilando. Un tropel de emociones le brotaban desde lo más profundo de las entrañas, jamás había sentido la imperiosa necesidad de estar cerca de una persona, de mantenerla a su lado y reconocer sus propios fallos en pos de verla feliz. Giles lo golpeó con el hocico en el muslo empujándolo a andar. Siguió el sonido de los latidos y la encontró sentada de rodillas junto a la chimenea. Nunca había contemplado una imagen tan bella, menos en su casa. Parecía una diosa griega vestida con un sencillo camisón blanco de algodón, que contrastaba con su negra y ondulada cabellera que, cual cascada, caía sobre sus hombros y la espalda. Aquella era su diosa. Reconocerlo le supuso que su corazón perdiese el compás. Ella, intuyendo que lo tenía detrás, miró por encima de su hombro. Sir Killian olió el nerviosismo que desprendía su cuerpo, ella iba a irse.

—Señorita Morgan, no he venido a discutir, por favor, no se marche —le pidió.

La languidez de su rostro se hizo ostensible: sus ojos alicaídos estaban un tanto hinchados, lo que les hacía perder cierto brillo; su boca era una fina línea, apretaba los labios a fin de contener, quizás, el miedo a él. Su expresividad habitual se había tornado en un arrepentimiento teñido de tristeza y ante él se mostraba indefensa por primera vez.

—Lo lamento, sir Killian, abusé de su confianza, no tendría que haber entrado en esos aposentos —se excusó. Estoica, mantenía la compostura sin flaquear.

Se acercó a ella de inmediato. No le agradaba que estuviese tan abatida. Colocó dos dedos bajo su mentón para encontrarse de nuevo con aquellos ojos. Debía aliviarla.

—Nunca me pida perdón. No hay excusas para haberla tratado como lo hice; si alguien debe disculparse soy yo, porque nadie la informó de que está prohibido subir allí.

—¿Por qué? —susurró más que dijo.

—Todavía causa mucho dolor. —Inspiró para darle la explicación que se merecía. Expiró por la nariz haciendo cierto ruido—. Eran los aposentos de mi madre y desde su fallecimiento se ha mantenido cerrado, solo mi padre entraba esporádicamente.

—De verdad, yo...

La calló poniendo su dedo índice sobre sus labios. Sin poder evitarlo, recorrió aquella suavidad. Deseó besarla, probar su ambrosía. No le pasó desapercibido cómo, con ese simple tacto, sus mejillas se arrebolaron y su respiración se aceleró. ¿Podía ser que ella sintiese lo mismo?

—Le confieso que... —Notó su tensión al percatarse de los perros, más por Jeremy que invadió su espacio. Giles fue directo a la poltrona y Frederic se mantuvo a su lado.

—Tranquila, no se asuste, no le harán daño. Ese es Jeremy, solo quiere que lo acaricie. El señorito tumbado es Giles, y este Frederic. —Se puso a su lado y sir Killian le rascó la cabeza—. Estuvieron muy pendientes de usted. Puede confiar en ellos.

Se demoró un rato en las atenciones al animal, de ahí que se pusiera en el borde del sofá. Él se sentó a su lado.

—¿Qué me iba a decir antes? —inquirió ella. Así su atención se derivó de nuevo en él.

Jeremy fue a la chimenea.

—La única hermandad más vívida es la soledad: ahí es donde resido.

—No está solo, se nota que Alfred le tiene un inmenso cariño, y tendrá a su familia.

—Familia directa no me queda y tras la muerte de mi padre me he acostumbrado a la soledad. Pasados unos dos años de su fallecimiento, me retiré de la vida social de Londres, solo mantengo contacto con mis mejores amigos, sir Charles Pembroke y Edward Marlow, con los que tengo negocios. Me animan a ir y yo siempre declino sus invitaciones. ¿A veces no se ha sentido sola rodeada de gente?

—Sí —convino. Era una mujer muy expresiva, eso era lo que más le gustaba de ella, no caía en el remilgo ni fingía ser aquello que no era, como la gran mayoría de mujeres londinenses. Ella era clara en todos los aspectos de su vida.

—Eso es lo que evito con mis negativas a la reiteradas invitaciones de mis amigos. Londres siempre me recuerda que no hay sitio para mí. Allí la soledad se hace más palpable y pesa el doble que aquí.

—Le entiendo, no es el único al que le pasa eso.

—¿Usted? —Alzó las cejas. Jamás lo habría pensado de su señorita Josephine—. Usted cuenta con una familia.

Se acomodó en el sofá, dobló su pierna derecha encima del cojín y el codo lo puso en el respaldo. Quería estar atento a lo que contase. Le interesaba todo de ella.

—Soy la mediana de tres hermanas: Maggie, la mayor, y Elea, la pequeña, pronto se marcharon a Londres a casa de nuestra tía paterna. Allí encontraron a sus respectivos maridos. Yo decidí

quedarme en Oxford, mis padres me apoyaron en mis aspiraciones.

—Bedford College.

—Se acuerda. —Parecía impresionada por aquello. Carraspeó para seguir—. Sí, sin embargo, tuve que venir a Pluckley. Aquí la gente me mira extraño, me ven como un bicho raro, porque tengo un libro entre las manos y por mi apatía en buscar un marido —bufó, molesta. Jugeteaba con su camisón.

«Su memoria está reavivando alguna situación», barruntó Sir Killian. Apretó las muelas enfadado con los habitantes del pueblo por no mostrarle un mínimo de respeto. Contuvo un rugido en la garganta. Aquel silencio que ella guardaba le daba la oportunidad de seguir indagando.

—Alguien habrá que la esté esperando, lo que pasa es que no se ha parado a otear a su alrededor. Seguro que en Oxford tuvo preten...

—¿Pretendientes en Oxford? —lo interrumpió. Aquella pregunta lo hizo sentirse un necio, al igual que su expresión, ya que lo observaba como si le hubiesen salido seis cabezas más—. Se equivoca, los alumnos se creen más listos que nadie y no están dispuestos a que sus estudios y su inteligencia sean atentados por la lucidez femenina.

—Lo que quiero decir es que es una mujer bonita, joven...

—Debo contradecirlo otra vez, tengo veintisiete años.

—Como yo. —¡Eso sí que era una sorpresa! Él creía que era más joven, al menos eso aparentaba su físico—. ¿Qué mes cumple?

—Finales de octubre, parece ser que en la luna del cazador.

Aquella noticia lo anquilosó en el sofá. Su corazón paró, al latir lo hizo a una velocidad inusual que le producía cierta presión en el pecho. Debía aguantar impertérrito, sin demostrar emoción alguna que lo expusiese a una situación delicada. Por alguna razón inexplicable, ninguno de los dos había apartado la vista del otro. Sir Killian percibió gotas de sudor que le recorrían la espalda, ya que el ambiente se había caldeado.

—No me mire así, se lo suplico —dijo ella con voz queda.

—¿Así cómo?

—Adentrándose en mi alma... Yo... Yo no soy... —balbucía, azorada—. No quiero... Esto es imposible.

En un arrebato, él acortó la distancia y le rodeó el rostro con las manos. Le quería imprimir, a través de su piel, todo el cariño que le despertaba.

—No hay nada imposible, solo aquello que nos propongamos.

Poco a poco, sus rostros se fueron acercando más, sin remedio. Sus miradas estaban entrelazadas en un punto invisible del espacio que los separaba. En aquellos instantes casi mágicos, la realidad había desaparecido, solo existían ellos; el aire era casi irrespirable. Sir Killian acarició los pómulos de la mujer que le había robado la razón. La piel le ardía, ¿ella lo sentiría? El suspiro que se le escapó de entre los labios fue la respuesta que necesitaba para pegar la punta de la nariz a la suya. Jugeteó un poco con ella, aumentando la expectación. Ella cerró los

ojos completamente extasiada, perdida en él. Lo excitó, ya que su entrepierna palpitó. Acercó sus labios a los de ella; rozó su labio inferior antes de hacerlo suyo, empero una chispa de la chimenea rompió el hechizo. La señorita Josephine abrió los ojos asustada.

—Lo siento. —Salió a la carrera.

Le fue imposible seguirla, ya que todavía estaba bajo el influjo de lo vivido.

Giles se bajó de la poltrona. Se alzó sobre sus patas traseras y se apoyó en su amo. Emitió un quejido.

—¿Crees que ella es el cazador del que habla la leyenda?

La remembranza de su tacto, de su ardiente aliento quemándome la piel, de su felina mirada colmada de lujuria, de su boca dispuesta a apoderarse de la mía, todavía, me sofocaba como la noche anterior. Mis terminaciones nerviosas se tornaron sensibles a su juego, me dejaban expuesta a él, pues no me permitía serle indiferente. Podría haber hecho conmigo lo que gustase, ya que solo respondía a él y a sus deseos. Por mucho que me molestase, yo también ansiaba el esperado beso. Era de las que pensaba que las mujeres, en eso del arte del amor, poco podíamos regalarles a los hombres, salvo nuestro cuerpo. Mi falta de pericia me condujo a ese camino errado; sí que les hacíamos regalos: el primer ósculo. Solo el elegido sería el afortunado de obtener semejante tesoro. Ese hombre del que nos fiábamos y que, probablemente, estaríamos atadas a él de por vida. Eso no me acontecería a mí, pero mi ser entero estaba más que preparado para agasajar a sir Killian con ese presente.

Jamás había experimentado esas sensaciones, ese hormigueo enloquecedor de mi bajo vientre, que tardó mucho tiempo en calmarse, que me mantuvo despierta e inquieta en la cama durante casi toda la noche. Pasadas las horas, aún era receptiva a él. Podía sentir sus manos sobre mí. Ojalá me hubiese tomado entera, así se apagaría el apetito pasional que ardía cada vez más fuerte y que no podía sofocar, de ahí mis mejillas arrojadas, que mi abuela tradujo como síntoma de mi recuperación. Había algo más oscuro y vergonzoso: ese deseo humedecía mis carnosos pliegues.

Para combatir los efectos que sir Killian tenía sobre mí, no salí de mi alcoba, lo evité; ardua tarea al estar alojada en su casa y no tener una fecha de regreso a la nuestra, debido en su mayor parte a que mi abuela se hallaba útil en su antiguo puesto de trabajo. Sin pretenderlo, mis acciones le preocuparon, ya que se acercó hasta mi alcoba para interesarse por mí. No le permití el paso. Me enfadé conmigo misma por su culpa, por mi comportamiento que me acercaba a una vulgar meretriz. ¡No iba a ser la ramera de nadie! No quería que un hombre como él me afectase de esa guisa, ¿para qué? Eran amores imposibles con finales infelices. Prefería quedarme como estaba, que sufrir lo indecible. Me fui al jardín al verlo salir a galope. Esa tarde de junio, bañada por los cálidos rayos del sol que me calentaban la espalda y los costados, con el cantar de los pájaros de fondo, observaba las rosas Lancaster y York, que juntaban sus pétalos en un amoroso abrazo; sus tallos y sus ramas se entrelazaban manteniendo esa unión. Eran la alegoría de que en la rivalidad o en el odio podía surgir una historia de amor.

—Señorita Josephine.

La voz del pastor me sobresaltó, arrastrándome de mis pensamientos. Prefería quedarme sumergida en ellos que verle la cara a ese hombre. Giré sobre mis pies. No le sonreí; tenerlo delante con su falso talante amable, que escondía a ese otro ser altanero, me produjo rechazo.

—Pastor Craven —le devolví el saludo, indiferente.

—¿Dónde queda nuestra complicidad? —meditó más para sí que para mí. Bajó la cabeza en lo que parecía un gesto de arrepentimiento.

—Ya no la hay. —No usé ningún tipo de prudencia en mis palabras

—Admito que el otro día no estuve muy afortunado en mis maneras, en la forma en que las traté, a la señora Swan y a usted. —Alzó solo los ojos. En ellos aparecieron unos peligrosos destellos azules, justo en el momento que apretó la mandíbula y las alas de la nariz se abrieron—. Mantengo mis palabras. —Se irguió—. La veo muy acomodada en Blackstone Hall, diría que demasiado, y a su dueño.

No pude callarme.

—Un hombre más caballeroso de lo que usted jamás será —defendí a sir Killian.

—A la vista está que se ha recuperado.

—Nadie mejor que yo sabe si me encuentro recuperada o no. No puede poner en entredicho mi salud.

—Cierto. —Sonrió sardónico.

Me daban ganas de borrarla de un puñetazo. De hecho, tenía los puños preparados.

—No veo a esa muchacha que defiende la educación de las mujeres con vehemencia...

—Soy mujer de ideas fijas y, por lo tanto, mantengo lo que le dije y no me he olvidado de sus palabras: «Las mujeres siempre andaremos detrás de los hombres». —Si pretendía utilizar mis ideas o mis palabras en mi contra, había dado en hueso duro.

—El hombre es la creación de Dios.

—¿Y Dios permite la desigualdad ante la compañera de su bella creación? Claro, qué inepta, somos hijas de Eva.

—No va bien por ese camino. La han imbuido ciertas ideas que no son correctas.

—Se equivoca, pastor, defendiendo los derechos de las mujeres por encima de todo.

—No la reconozco.

—Ni falta que hace. Si no tiene nada más que decir...

—Señorita Morgan, no se deje engañar. —Se me echó encima en actitud beligerante—. Hay otras criaturas malignas que moran este mundo. —Agarró con más fuerza el libro que lo acompañaba a todos lados.

Estuve a punto de carcajearme.

—Me sorprende, Pastor Craven —lo traté de modo irónico—. Un ministro de Dios dando pábulo a las leyendas. ¿En serio se cree la historia de los licántropos?

—Este orbe de terror que vive nuestro pueblo podría terminar si diésemos con la bestia.



—Un lobo —le encasqueté.

—Vaya con tiento, resguardase bien y medite un poco antes de entregar su alma, quizás, ese ser se esconde detrás de la apariencia de un hombre normal y corriente. —Alzó el libro.

Negué con la cabeza. El único que estaba perdiendo el oremus era él. Abrí las manos con cierto dolor en las falanges. No sabía que las había apretado tanto.

—Tenga buenas tardes, pastor.

Agarré la falda del vestido para alzarlo un poco. No lo necesitaba, ya que perteneció a mi hermana Elea, varios centímetros más baja que yo. No obstante, quería meterme en casa lo más rápido que pudiese y alejarme de ese hombre que estaba perdiendo la cordura. Un sudor frío me envolvió y un poso de miedo por sir Killian se soltó en mi barriga. Tenía un miedo instintivo por él. La turbiedad que rodeaba a la figura del pastor Craven me puso los pelos como escarpías.

*Un hombre tiene suerte si es el primer amor de una mujer.*

*Una mujer tiene suerte si es el último amor de un hombre.*

Charles Dickens

Sir Killian apreció en el ambiente una pequeña transmutación que de inmediato le erizó el vello de la nuca. Solo la presencia de un ser incitaba ese lance: el pastor. Días atrás le había sucedido al llegar a casa tras la visita de dicho personajillo. Odiaba la estela a incienso que desprendía. Iba de santo, pero su buena presencia no era más que una pantomima con la que engañaba a todos. Mas, si había vuelto a importunar a Josephine, tenía claro que se enfrentaría a él de manera abierta. Aceleró el paso sobre el manto verde de la explanada delantera. Del camino lateral de la casa que llevaba directamente al jardín trasero, hacía su aparición el pastor vestido de negro, cual cuervo, con ese sombrero que empequeñecía su estatura media. No le merecía un ápice de respeto, el mismo que el religioso le profesaba a él. ¡El odio era mutuo! Al fijarse que iba hacia él, su ánimo se revolvió: adoptó un ademán soberbio con esas ínfulas de ilustrado que hacía que el pueblo lo adorase, así, él se sentía mejor, menos frustrado por no poder aspirar a Canterbury. Apretó las muelas y se marcaron más las líneas de su rostro cuadrado, forma de su sesera también. Sonrió para sus adentros, las oía rechinar. Su boca se encogió en un gesto de animadversión, mientras sus cejas se alzaron sorprendidas, tal vez, de toparse cara a cara. Era de esperar, había entrado en sus propiedades sin su permiso. Eso sí que le molestaba y prendió su ira, que ya llevaba encendida todo el día. Vaya burla, estaba pecando delante del buen pastor. ¡Debía despacharlo de inmediato!

Sin perder la compostura, lo obligó a hacer una reverencia, aunque fuese falsa.

—Pastor Craven, qué inusitada sorpresa hallarlo en Blackstone Hall. ¿Cuánto tiempo hace de su última visita? Espere que piense... —Se rascó la barbilla, irónico—. Unos cinco años, lo que lleva mi padre fallecido.

Aquel mal llamado pastor bajó la cabeza. El muy miserable se acordaba.

—Que Dios lo tenga en su gloria. —Entornó los ojos amenazante.

—No gracias a usted, pues aún no me he olvidado de sus reticencias a concederle la extremaunción. —Aquello todavía lo tenía clavado en su corazón.

—No creí que necesitara de mi consejo ni el de Nuestro Señor. Usted se ausentó de todo...

—Fueron sus agravios a un hombre agónico los que me obligaron a recortar los presupuestos de la iglesia y no necesito el consejo de un ser tan vil como usted. Ahora, dígame qué se le ha extraviado por Blackstone Hall.

—No hace mucho me contaron que la señorita Morgan sufrió un accidente en el bosque y me he interesado por su estado.

Ese comentario lo enervó. Debía dominar los instintos animales que lo empujaban a atacarle. No se podía permitir un paso en falso, menos con él.

—¿Ha comprobado que está sana y salva? —inquirió entre dientes. Abrió las alas de la nariz, echó la mandíbula hacia delante y la boca se le torció un poco, dibujando una mueca de repulsión.

—Sí, señor. Lo cual me alegra. Si me permite...

—No.

—¿A qué viene tanta preocupación o caridad por la señorita Morgan? —quiso indagar, relamiendo una victoria sobre él que no le iba a dar.

«La verdad ante todo. Va a ir a saber a su casa», se alentó a sí mismo.

—La señora Swan siempre ha trabajado en esta casa. Guardo un grato recuerdo de ella y estaré dispuesto a ayudarla, como a su familia. —En aquellos ojos azules más semejantes a los de un ave de rapiña observó el recelo.

No le temió. Los dos a la vez dieron un paso hacia adelante agresivos. Enderezó los hombros y se estiró cuan alto era.

—Me alegra que Josephine...

—¿Desde cuándo es Josephine, pastor?

—Si le ocurre algo estando aquí no habrá duda de que usted es el culpable.

—Ya vamos hablando claro, aunque esas amenazas veladas no son propias de un hombre de Dios.

—Soy un hombre antes que un ministro de Dios.

—No creo que al Señor le gusten sus formas, mas comprendo por qué su carrera hacia Canterbury se ha visto frustrada.

Esas palabras asestaron un buen golpe al pastor, que se tambaleó sobre sus pies. No se quedó callado, dio otro paso adelante, pegándose más a él. ¡Quién se lo iba a decir! El santo pastor cayendo en manos de la ira. Su natural actitud.

—A mí no me va a engañar, sé lo que es.

—Sorpréndame —lo animó, socarrón.

Le puso el libro delante de la cara.

—Esta lectura me ha mostrado que usted y toda su familia son unos monstruos.

—Un pastor no debería dar pábulo a las historias de viejas que se cuentan en el pueblo.

—No es ninguna falacia. ¿Qué pensaría ella si llegase a sus oídos?

—Nada, no le creería. Josephine es una mujer inteligente. —Le tocaba reclamar su victoria—. Si lo que pretende es tener algo con ella, debo informarle que usted no es el indicado. Ella valora

su libertad ante todo y usted, con su mente obtusa, solo le reportaría infelicidad. Le aconsejo que se marche ya, pues es muy triste tener delante a un hombre obsesionado con los hombres lobo.

—Yo no dije nada de eso. —Alzó las cejas cual crío pillado en una fechoría.

—El título de su libro, sí.

—Es obra de un clérigo.

—¡Me da igual! De todos es sabido que esas criaturas no existen, que los lobos fueron exterminados hace siglos y usted en Pluckley solo fomenta el fanatismo. ¿Qué tendría que decir el señor obispo de todo esto?

—Ella no le pertenece —arremetió para protegerse—. No todo lo que hay en Pluckley es suyo.

—Aléjese de ella —le aconsejó, amenazador. Al abrir la boca sus colmillos parecían más profusos.

—No le temo, sir Blackstone.

—Yo tampoco a usted, Craven.

—Recuerde mis palabras: a veces debemos hacer algo malo para obtener un bien máspreciado.

—Tras lo cual, el pastor con un donaire fingido, ya que su cuerpo vibraba del rencor, se marchó.

Cuando aquella maligna figura, salida más del averno que del cielo, desapareció, no lo dudó dos veces y fue en busca de la señorita Josephine. ¿Qué la unía a ese hombre atroz? ¿Acaso era más que una simple amistad? ¿Qué había entre ellos? Debía preguntárselo. La sospecha de que pudieran tener algo más lo estaba hostigando, además, si así fuese comprendería mejor a Craven, por lo que sus actos serían sinceros para con ella. Se mesó el pelo a la vez que un rugido de frustración salió de su garganta. La incertidumbre lo estaba matando por dentro. Debía esclarecer esas desconfianzas. Las emociones que había retenido en esa charla comenzaron a fluir y lo ahogaban, le nublaban tanto la mente que a esa mujer comenzó a verla como a un enemigo. No podía ser posible. Se había percatado de la conexión que los unía, eso lo obligaba a permanecer junto a ella. Fuese como fuese lucharía hasta su última gota de sangre por ella. No iba a consentir que lo alejasen de Josephine, ¡era su cazador! Ella lo liberaría. Reconocerlo supuso que un peso se liara alrededor de su corazón. En minutos, se había convertido en una solitaria isla en mitad del océano al que debía conquistar para que no lo expulsase o, peor, lo hundiese en unas profundidades desconocidas.

Entró al vestíbulo mirando hacia los lados. No había nadie. Si alguien lo hubiese visto tendría delante a un hombre desvalido ante un destino incierto. Se paró unos segundos, tomó aire e intentó relajarse. Su corazón, el que estaba dispuesto a arrancarse para mostrar su amor, latía tan rápido que le presionaba en los oídos. Cerró los ojos para concentrarse. Volvió a abrirlos y se encaminó rápido a la biblioteca. Josephine salía con su bello rostro desfigurado. Una mezcla entre alteración y preocupación le ensombrecían la mirada, al tiempo que un palpito le estrujaba las entrañas. Sin meditarlo, en dos zancadas acortó la distancia que los separaba, cerró una mano alrededor de su brazo y la arrastró al interior de la estancia. Con un golpe seco del tacón de su bota, cerró la puerta dando un portazo.

—¡Me hace daño! —Forcejeaba en su empeño por liberarse de su agarre—. ¡Suélteme!

Lo hizo con el único objetivo de desenmascarar la verdad. La quería frente a él fuese cual fuese el resultado final.

—¿Qué tienes con el pastor? —inquirió, afanoso.

—¿Cómo dice? —Parecía sorprendida no solo por el trato, sino por el contenido de la pregunta.

—Déjate de formalismos y responde —la urgió en voz baja, en la cual su irritación era más que audible.

—No me hables así.

—Aclara lo que tienes con el pastor —exigió.

—¿Tener qué? No entiendo dónde quieres llegar.

Se pellizco el puente de la nariz; no podía agarrarla y zarandearla para que de una vez soltase aquello que lo hería. Debía aferrarse a los últimos atisbos de paciencia.

—¿Os une algún tipo de relación que no me has referido? —Fue directo.

—No hay...

—¿Me has engañado? —la interrumpió con los nervios a flor de piel.

Abrió la boca perpleja ante su demanda.

—No he engañado a nadie. Con Thomas...

—¿Ahora es Thomas? —Escuchar de su boca aquel horrendo nombre le asestó un puñetazo en el estómago. Esos dos lo estaban matando, ¿a qué venía tanta familiaridad?

La temperatura ya había aumentado varios grados sobre sus cabezas.

—Killian, te estás obcecando en algo que...

—No soporto su olor en ti. —La mandíbula se le desvió hacia adelante al morderse la lengua, ya que sin tiento soltó esas palabras.

—Estás celoso.

Sí, cierto. No iba a reconocérselo.

—¿Quieres responder de un vez?

Ella frunció los labios en un gesto porfiado. Se fijó en ellos y una punzada de anhelo lo atravesó. Enfadada, su belleza resaltaba más.

—No tengo nada con él. Semanas atrás creía que era un amigo, pero me mintió, me había mostrado una cara que no era real.

—Sé lo que ocurrió el otro día y no has tenido el valor de decírmelo —le reprochó, apuntándola con el dedo índice. Escondía su deseo detrás de esa apostura.

—Porque sentí vergüenza ajena. Fue desmesurado su comportamiento. Otra razón fue la primera vez que te vi en el cementerio; él salía de la iglesia y te mató con una mirada de odio. Ahora sé que es mutuo. —Fugaz, le observó los labios con un halo de apetito—. No entiendo tus celos, ya que estoy demostrando que Thomas no me despierta afectos positivos.

—¿Debo explicarlo?

—Sí —alegó concienzuda.

Sir Killian rompió las pocas barreras que se interponían entre ellos. Iba a quemar la última ficha del juego que habían empezado desde que se conocieran.

Excitado y furioso al mismo tiempo, la tomó por los hombros y la besó. Su reacción lo envalentonó: no se separó, solo cerró los ojos, señal de que le daba permiso para seducirla. Ese detalle le aligeró un poco el corazón, podía ser que en su interior albergara sentimientos hacia él, así, tentó a la suerte. Se permitió arañar la felicidad, arrojándose al abismo de sus brazos. Presionó un poco más sus bocas. Josephine soltó un gemido quedo, que fue música para sus oídos; de inmediato, ella aflojó la boca, lo que aprovechó para introducir la lengua en la suya. Le rodeó el rostro entre las manos para no dejarla ir. ¡Era suya! Se embriagó por el sedoso tacto de su lengua que, tímida, le respondía. No se había equivocado, el néctar de sus labios era embriagador y, una vez que se probaba, uno se volvía adicto. Fue un beso abrasador que los elevó al cielo. A través del contacto de sus pieles podía apreciar el fluir de la sangre, el latido acelerado de su bravo corazón; rauda, le rodeó la cintura con un brazo para aplacar los temblores de su estrecho cuerpo. Josephine se agarró a su cuello y ensartó los dedos en los mechones de su pelo.

El beso duró lo suficiente para percatarse de que la llevaba grabada en los huesos.

Privado hacía rato de aire, debido al embrujo pasional en el que había caído, lo fue rompiendo lentamente, no sin antes atrapar su labio inferior entre los suyos. Era tan dulce como la miel. No pudo más que contemplarla con infinito amor. Otra vez lo había asombrado: había respondido a sus exigencias con un ímpetu y un ardor que enloquecería a cualquier hombre. Ella tardó unos segundos en abrirlos, como si no quisiera que aquellas sensaciones tuviesen fin. Mas, al hacerlo y comprender lo que había sucedido entre ellos, solo quería escapar.

Él fue más rápido, la estrechó más a su agarre. Era hora de hablar a las claras:

—Esto es lo que siento por ti. Ahora escúpeme si quieres, lánzame a los leones, empero, debes saber que me convertiré en gladiador y lucharé por ti hasta mi último aliento. Estoy dispuesto a asumir todas las batallas que se me presenten. Ante tus ojos quedaré como un necio. Un necio que es tuyo.

La soltó y, sin mirarlo, se marchó. No, el recuerdo del sabor de su beso.

Salí de mi aposento en mitad de la noche con la angustia palpitando en mi pecho; vapuleaba mi alma a latigazos; embotaba mi cabeza sin permitirme ver un halo de luz.

Le di esquinazo a Killian el resto del día.

Debía permanecer lejos de él para ser consecuente con mis principios, con esas promesas que un día me hice. Fue la manera de escapar de él y de mí, pues cerca de su persona, me convertía en un peligro para mí misma por todos los sentimientos que empezaban a florecer en mi corazón. «Sé firme», me recalqué. Una relación con él era imposible, me convertiría en su meretriz, ya que su camino vital debía estar unido a una mujer de su alta alcurnia. El mío, al contrario, era andar solo, así lo había elegido. No había marcha atrás.

A medida que bajaba los escalones en dirección a la biblioteca, mi mente comparó a los dos hombres a los que me tuve que enfrentar ese día. Sin lugar a dudas, quien ganaba era sir Killian. No era falso, no me obligaba a cambiar de parecer, hablaba desde el respeto y exponía unas reflexiones muy cercanas a las mías, aunque me fastidiase reconocerlo. Escuchaba antes de pronunciarse, además, su condición de noble no le hacía tener ideas preconcebidas y si las tenía se aseguraba de no comentarlas conmigo.

Un hombre como él no me coartaría mi libertad de expresión.

Él era el perfecto adalid para conquistarme y no se daba cuenta de que no podía ser, de ahí que se lanzase a un beso que nos cautivó a ambos. Nos sedujo robándonos el hálito, la razón, nuestro ser. Nos unió a un punto hasta entonces desconocido. No era un simple beso, no se podía calificar así, era más, había algo más impregnado en él. No podía descifrarlo. Era primitivo y primario a la vez; aún tenía la fuerza suficiente para notar su calor y su humedad en mis labios. Me prendió como un fósforo. Me sujeté al pomo redondo de la escalera, debía recomponerme. Su frialdad no menguó mis emociones. Su recuerdo me desbocó el corazón; aumentó mi anhelo por él. Me ponía en un cruce de caminos, porque, si por ese beso fuera, me rendiría a él.

Percibí en pocas horas que todo jugaba en mi contra. Estaba yendo a contracorriente.

Entré en la biblioteca, mas no me dirigí a donde siempre, sino al espacio que se abría en la zona este. Las lámparas estaban encendidas y las alargadas sombras que creaban las balaustradas en el suelo y en las paredes se asemejaban a una sonrisa maligna que se reía de mi persona y no tenía miedo de engullirme si era necesario. Eso era, estaba adentrándome en la boca del lobo,

entre globos terráqueos y dos ménsulas —en la más grande había una maqueta del palacio de cristal de la Gran Exposición de 1851—. Pasé de largo para ir hacia la parte del fondo, en la que, frente a la segunda chimenea, había también un espacio de lectura, como en el extremo opuesto, a mi espalda. Aun así, esa parte era distinta. Se trataba de un estudio en el que delante de las estanterías había una mesa de madera antigua. No debía acercarme para ver el caos que reinaba en ella: estaba repleta de papeles escritos, arrugados o en blanco; libros abiertos, otros cerrados o con una marca para señalar la hoja importante; utensilios varios de escritura. En las primeras baldas de las estanterías también habitaba el desorden. Ese desbarajuste estaba esperando a que su dueño retomase sus investigaciones; la silla, separada de la mesa unos centímetros, aguardaba por él. La capa de polvo me indicaba que nunca volvió y nadie se preocupó por todo aquello. Tenía un aspecto similar a las estancias del último piso. Lo más probable era que se tratase de más pertenencias del padre de sir Killian.

Mi atención se desvió a unos destellos de luz que capté por el rabillo del ojo, producidos por los reflejos de los hilos de oro bordados sobre un gran tapiz que ocupaba la pared entre la chimenea y las estanterías. Me acerqué y la claridad avivaba los lustrosos colores: el negro, que perfilaba los contornos de las imágenes; el azul de las aguas marinas; los terrosos para el continente y las islas de nuestro país; los escarlatas eran señal de algún punto trascendental sobre el que brillaban cabezas de lobos confeccionadas con hilos de plata. Las punzadas finas y suntuosas daban forma a un extraño mapa inteligible a ojos extraños. Mi deducción fue que indicaban los países donde aquel animal tenía presencia.

—Inquietante, ¿verdad?

Brinqué y grité todo a un mismo tiempo al escuchar la voz de sir Killian detrás de mí. Tenía el mal hábito de acercarse sin hacer ruido, como esa fiera que acecha a su presa.

—¡Qué susto! —exclamé con la boca tapada con las manos—. Y no es la primera vez que lo hace.

—Eres muy asustadiza —dijo en tono de chanza.

Eso me enfadó un poco, no lo suficiente para encararlo.

—Contigo desde luego —le espeté, insolente.

—¿Sabes lo que es? —Ignoró mi contestación.

—Un tapiz.

—Vale —contuvo la risa—. La historia que cuenta —puntualizó. Se puso a mi lado.

—Indica los países en los que hay lobos.

—No exactamente. —Sorprendida, lo miraré de soslayo. Vestir en mangas de camisa con el chaleco desabrochado le daba ese aire desaliñado, como en el bosque. Su actitud no era incómoda por lo sucedido entre nosotros, lo obviaba. ¿En qué lugar quedaba su declaración?—. Designa aquellos países que en su cultura popular recogen historias sobre licantropía.

—Las hay por todo el continente —musité—. Nunca creí que ese tipo de cuentos estuviesen tan extendidos.



—Todas las regiones tienen sus propias leyendas. Autores grecolatinos ya hacen referencia a la licantropía en sus escritos. El griego Heródoto señala al pueblo de los neuros, famosos magos con la capacidad de convertirse en lobos. Para ser justos, ya existía un mito.

—¿Cuál? —Aquel tema me estaba fascinando.

Adquirió una postura más seria y la beta marrón de su ojo izquierdo brilló intensa en el instante que nuestros ojos se toparon.

No tardó en relatarme el mito de Licaón, rey de Arcadia, cuya práctica preferida, como la de sus hijos, eran los sacrificios humanos en honor a Zeus Liceo. Sus salvajes actos traspasaron los límites de su reino y llegaron a oídos del Dios Supremo. Antes de juzgar, quiso comprobar si aquellos hechos eran reales o, por el contrario, infundados. Para ello se transformó en campesino y le pidió hospitalidad al rey, que, sin reconocer su verdadera identidad, se la dio. Pudo gozar de un profuso banquete, mas la deidad, al caer en la cuenta de que estaba comiendo carne humana, horrorizado, se dio a conocer, para asombro de todos, y fulminó a Licaón y a su descendencia con su rayo, transformándolos en lobos.

—Lo que mantienen otras fuentes —prosiguió con tono enigmático—, es que, de los cincuenta hijos del rey, aquellos que escaparon a tiempo de la furia de Zeus adquirieron la capacidad de convertirse en lobo sin perder su forma humana. Llenaron el mundo de licántropos. Como ves, el mito esclarece el origen de la licantropía situándolo en Arcadia, tierra infestada de lobos. Esta narración no quedó en el olvido, Ovidio la incluye en sus *Metamorfosis*, asimismo, Virgilio cita a los hombres lobo en alguno de sus escritos.

—Es un mito, una explicación para el hombre antiguo —dije, descreída.

—¿Hoy infunden miedo los mitos?

—No deberían en un mundo donde la ciencia busca pruebas empíricas.

—Te equivocas: el hombre lobo —su sonrisa sesgada y ese halo seductor que cobró su rostro me sometieron a su poder— es una figura que sobrevivió a lo largo de los siglos. Una simple creencia se tornó en una obsesión. Este ser podía aparecer en cualquier momento, de cualquier manera, con su insaciable sed de sangre. —Se acercó más al tapiz y tocó su borde con el dorso de un dedo—. La visión popular que perduró es el miedo del hombre medieval al lobo, infundido sobre todo por la Iglesia Católica que le asignó una simbología maligna. En el Antiguo Testamento se le califica de abominable y sanguinario. Un animal antes respetado y temido adquirió características diabólicas, como el licántropo. Se los relacionaba con pecados capitales: gula, codicia. Cualquier pretexto valía para su persecución. Mas no tenemos que irnos a siglos pasados para contemplar a la gente estremecerse por ellos, aquí los vemos todos los días, sino ¿qué sentido tienen las batidas?

Guardó silencio. Parecía que estaba procesando la información que de seguido me daría. Me explicó que la lupomanía se extendió por Europa y el resultado obtenido no fue otro que la caza de los licántropos, ya que, debido al componente mágico de la metamorfosis, era considerado un acto de brujería. Las personas sospechosas fueron encarceladas, juzgadas y ejecutadas hasta bien

entrado el siglo XVIII.

Sus conocimientos sobre el tema me maravillaban, me fascinaba su dominio de los datos históricos que lo ponían a la altura de los colegas de mi padre. Aun así, me parecía más un tema mitológico, con el que pasar un buen rato, que uno a tomarse en serio, por mucho que en Pluckley existiesen esas historias. No podía negar que sus cánidos se asemejaban más al lobo.

—Todos esos datos aluden al continente. —Me crucé de brazos y nuestras miradas apenas se encontraron, se pegó a mí—. Sin embargo, en el tapiz aparecen señaladas Irlanda, Escocia...

—Porque hay restos en la cultura de las islas sobre esa criatura. —Dirigió toda su atención a mí—. Que se haya exterminado el lobo en el reinado de Enrique VII no significa que no los hubiera. Antiguos textos sajones hacen referencia al animal y al licántropo. Gervasio de Tilbury, en el siglo XIII, recopila estas leyendas; antes que él, Giraldus de Cambrensis hace lo propio. Si es cierta esa teoría de que los hijos de Licaón se escaparon por Europa, entonces, esa es la razón por la cual en Escocia, más concretamente en las islas Shetland, se cree en el *wulver*, el licántropo benévolo que pesca para ayudar a las familias más pobres. No tenemos que irnos tan lejos: en el condado de Yorkshire hay una leyenda sobre un hombre lobo, cuyo primer avistamiento fue en el siglo XII, pero, ¡sorpresa!, a finales del siglo pasado aseguraban haberlo visto. De ahí, bajamos a Pluckley, que también tiene su historia, y el condado de Kent, no podemos olvidarnos, alberga una parte de ese inmenso bosque solitario en el que cualquier criatura puede esconderse: el *weald*. ¿Casualidad? No lo sé. Solo puedo afirmar que tanta coincidencia es sospechosa.

Había tal vehemencia y veracidad en su discurso que, por muy escéptica que fuese sobre ese tema, no dudé de él. Caímos en un silencio para nada incómodo. Ninguno, después de aquello, podía rebatir o continuar con la conversación. Solo éramos él y yo. Otra vez. Sus ojos se apoderaron de mi alma. Una parte de mí me abandonó para ir al encuentro de ese hombre que, por más que pusiera de mi empeño para alejarme de él, siempre caía rendida a sus pies. Me cogió una mano y tiró de mí. Nuestros cuerpos se pegaron; mi respiración se aceleró al percibir esa frialdad tan característica suya; el pecho me bajaba y subía desbocado, chocaba contra el suyo más fornido. Perdida, apoyé la frente encima de su camisa, debía escapar de ese embrujo azulado de su mirada. Sin concederme un minuto de descanso, colocó un dedo debajo de mi barbilla para que lo mirase.

—Lamento mi comportamiento de la tarde, no debí hablarte de la manera en la que lo hice —se disculpó con la voz enronquecida.

Mi cercanía también le afectaba. No entendí por qué esa reacción me hizo sentir segura.

—Ambos estábamos alterados. —No podía arrinconar el beso—. ¿Solo te disculpas por eso?

—No tengo otro motivo y, si lo que quieres es que me arrepienta del beso que te di, no voy a disculparme por aquello que anhelo.

Se separó de mí. Su rostro se sombreó y adoptó una actitud impertérrita, que no me permitía descifrar alguna señal de decepción o de enfado por mi pregunta. Algo de eso había, ya que se dirigió a la arcada para irse, no sin ante decir las últimas palabras:

—Volvería a besarte mil veces más.

*No era una carta como para recobrase enseguida. Media hora de soledad y reflexión la habría tranquilizado; pero los diez minutos que transcurrieron antes de que la interrumpieran, debido a las limitaciones de su situación, no consiguieron devolverle el sosiego. (...). Era una dicha que la ahogaba. (...).*

*La absoluta necesidad de aparentar sosiego le supuso ahora una inmediata lucha interior; pero al cabo de un rato no pudo más.*

Echaba de menos la lectura. Ya no recordaba la tranquilidad que podía proporcionar. La bella pluma de Austen declaraba la verdad sin molestar a nadie. Disfrutar del amor que había entre Anne y el capitán a pesar de los años de separación... Eran muchos los motivos que me llevaron a coger el tomo que me había dado sir Killian. Me había pasado más de la mitad de la noche releendo la carta del capitán Wentworth. Mucho había sucedido desde aquella vez que sir Killian la había recitado en el bosque. Muchas más veces había repasado la reacción de Anne. Buscaba ayuda en las hojas del libro, entre sus líneas, entre sus palabras; deseaba que Jane Austen me recetase algún tipo de antídoto para calmar mis propias emociones.

«Si lo que quieres es que me arrepienta del beso que te di, no me voy a disculpar por aquello que anhelo». ¿Sus sentimientos por mí venían desde el día que nuestros caminos se encontraron? ¿Eran sinceros? Esas preguntas solo tendrían respuesta si me atreviese a formularlas. Mi cobardía... No, mi miedo me lo impedía, pues ya barruntaba cuál podía ser la contestación y no me quería enfrentar a ella. Su beso me había enamorado; su cercanía, impresionado. Él era él. Se había portado tan bien conmigo que no quería espetarle que lo nuestro era un imposible, que entre sus brazos me convertiría en la otra. «Volvería a besarte mil veces más». ¿Es que estaba dispuesto a romper los cánones que de él se esperaban?

Levanté la vista de la novela que sostenía entre mis manos para contemplar la mañana soleada a través de la ventana que tenía frente a mí. No me acompañaba, mi alma estaba más sombría.

—¿Qué bien, estás despierta! —Mi abuela me asustó al entrar con urgencia en mi aposento.

La noté bastante alterada, con las mejillas rosadas y le costaba respirar, como si anduviese a la carrera. Acudí a ella con cierta preocupación por su estado.

—¿Qué sucede?

Alzó la mano en la que tenía un trozo de papel arrugado.

—Tus padres, niña. ¡Pasado mañana estarán aquí! Y nosotras llevamos fuera de casa semanas. Hay mucho por hacer.

—Debemos regresar hoy mismo o se...

—No pretenderás esconderles lo que has vivido, ¿verdad? —me inquirió suspicaz.

—A su debido momento.

Sabía lo que su mirada expresaba: desconfianza.

En ese instante, sir Killian pasó por delante de la puerta. Como si se percatase de la alteración, se paró delante del umbral.

—¿Todo bien?

—Señor Blackstone —se me adelantó mi abuela—, mi yerno y mi hija llegan pasado mañana de visita.

—Serán bien recibidos...

—Debemos marcharnos —le anuncié, tajante.

La única señal de sorpresa fueron sus cejas alzadas de modo imperceptible.

—Como que... —carraspeó y agitó la cabeza, para aclararse—. ¿Marcharse?

—Sí, hemos estado tanto fuera de casa que debemos adecantarla —le explicó mi abuela.

El rostro de sir Killian se volvió impertérrito, lo que endureció sus angulosas líneas; su cuerpo se tensó debajo de la ropa y sus hombros se encueraron. Clavó sus profundos ojos en mí. Me escrutaba de tal forma que pretendía adentrarse en mí para discernir mis verdaderos pensamientos.

—Lo entiendo. Fiona avisa a algunas criadas de que os hagan los baúles.

Mi abuela salió a la carrera, mientras nosotros nos manteníamos unidos por ese lazo invisible que nos rodeaba cada vez que estábamos solos. Sir Killian inclinó la cabeza, lo que confirmó cierta oscuridad. Ninguno de los dos se atrevía a moverse, ya que la tensión iba en aumento. Mas sabía que, por su parte, aquella postura era una fachada para ocultar sus verdaderas emociones. No quería reconocerlas.

—¿Quieres irte?

Aquella cuestión me cogió desprevenida. No podía titubear.

—No es que no quiera...

—Puedo organizarlo todo para que tus padres estén aquí —me interrumpió, nervioso.

—Es mi deber marcharme —respondí con voz queda.

—Yo... —En dos zancadas se puso delante de mí. Me tomó el rostro entre sus manos, su calidez me embriagó y me doblegó—. No quiero que te vayas. Comprendo los motivos, ahora entiéndeme a mí. La casa no será lo mismo sin ti, desde tu llegada está más llena de vida.

—Si me quedara tendría que aclarar la situación ante mis padres. —Debía percatarse de mi tesitura: entre él y yo no había relación de ningún tipo.

—¿Te quieres ir? —insistió. Intenté bajar la cabeza, él me lo prohibió—. Dímelo a la cara.

«¡No!», gritaron mi mente y mi corazón al unísono. Yo guardé silencio. Mis labios se

mantuvieron sellados, mi garganta se agarrotaba a medida que su mirada se tornaba hueca, incluso la beta marrón dejó de destellar, pues la esperanza se iba marchitando. Mi alma cedió al dolor. No podía darle ilusiones. Ilusiones de un futuro unidos.

Poco a poco se alejó de mí. Por mucho que aquello me afligiese, era como debía ser. Se giró sobre sus pies y fue a la puerta. Sin volverse hacia atrás, habló:

—Dispondré todo para que os lleven.

Era la segunda vez en menos de un día que me dejaba. Aunque ese día iba a terminar con una despedida que se retorció en mis entrañas y me originaba una gran desdicha, además de nublar me las entendederas, mi falta de sinceridad, mi mutismo, mis contradicciones con respecto a él me hicieron sentir irresoluta, incompleta. Todo ese conglomerado me acompañó lo que restó de mañana.

El ajeteo no dio descanso a mis reflexiones, ni al despedirme de todo el servicio, ni de Blackstone Hall, que abrió sus puertas para cuidarme. Empezamos el trayecto con sir Killian cabalgando a nuestro lado. En todo ese lapso no compartimos una sola mirada, una palabra. Éramos dos extraños. Tuvo la deferencia de ayudar a los lacayos con los baúles y dejarlos en las habitaciones. El aprecio que le tenía a mi abuela lo demostró en su despedida, tan pocas veces vista. De mí, como era de esperar, con una inclinación de cabeza. Los acompañé a todos a la salida y allí, desolada, permanecí quieta viéndolos partir. Un vacío enorme se abrió en mi pecho. Me faltaba una parte de mí. Por muchas discusiones que tuviésemos, sir Killian siempre había estado a mi lado. Sí, ya lo estaba añorando, por ello no aparté la vista de él. Quería retenerlo conmigo.

—Mira hacia atrás —le supliqué en voz baja—. Mírame.

No era posible que me pudiese escuchar, no obstante, detuvo al caballo y me miró de soslayo. ¿Aquello era señal de que me quería?

Paso atrás.

Paso adelante.

Paso atrás.

Vuelta a empezar.

Inquieta, esperaba a mis padres en el camino frente a la casa. Mis pies se movían solos a causa de los nervios por volver a verlos. No tendría que estar nerviosa, mas así era. Mucho debía referirles, y debía anticiparme a mi abuela, no podía permitir que tomase partido en ello. Tenía que ser yo. Ahí radicaba mi desasosiego, ya que, a veces, lo más sencillo era lo más complicado de contar.

Deberían estar al llegar, el tren nunca se había retrasado. Pluckley, desde 1842, contaba con su estación de tren, que pertenecía a la South Eastern Railway, que unía el pueblo con la capital en la línea London Bridge a Ashford. Mis padres no se conocieron en él, sino en una antigua e incómoda diligencia: él iba a ser el tutor de los hijos de un noble, al tiempo que se dedicaba a su tesis doctoral; ella regresaba a casa por una breve visita, ya que tras dejar su último trabajo como institutriz quería ver a sus padres. Los dos se impresionaron mutuamente, lo que no sabían era que sus destinos ya estaban unidos, pues la nueva casa en la que entraba a trabajar mi madre era la de mi tío. Mi padre la conquistó y con ello se ganó otra desaprobación, la de mi abuelo.

Nada pudo con ese amor.

Nada lo destruyó.

Miré al lado contrario del sendero. Ese al que señalaban las puntas de mis zapatos. Ese que me conduciría a Blackstone Hall. Hacía dos días que no veía a sir Killian y me sentía liberada, desintoxicada de esa casa, de su dueño, de sus habitantes. Con el transcurso de las horas, percibí una cadena que me unía a él de una manera que yo no podía comprender. En las inhóspitas profundidades de mi corazón, esas en las que no quería horadar, sabía a la perfección que estaba ahí fuera, no solo por mis padres, sino por atisbar, de lejos si fuese posible, a sir Killian. No era capaz, debido en parte a que los rayos de ese lindo día casi estival me deslumbraban.

Al girar, dos figuras aparecieron en el horizonte. Una portaba una maleta, la otra una cesta; una era muy alta, la otra más baja. ¡Mis padres!

—¡Ya están aquí! —grité para que mi abuela me oyese.

Salí corriendo cual zagal. Mi padre dejó la maleta en el suelo para recibirme entre sus brazos.

—Mi pequeña Jo. —Me besó en el pelo. Me sostuvo al igual que de niña, cuando lo sorprendía por las noches en su despacho escribiendo alguna disertación para sus clases. Allí estaba segura, era el único... No, ya no lo era. En algún momento en los brazos de sir Killian aprecié lo mismo.

—Mamá —me abracé a ella con los ojos anegados en lágrimas.

¡Cuánto los había añorado!

Mi madre me separó del hueco de su cuello donde había apoyado mi cabeza, me rodeó el rostro con sus finos y blancos dedos y me escrutó con esa maternal mirada bañada en azul con betas verdes.

—Hija mía, te veo distinta —declaró con su melosa voz que raras veces alzaba.

—¡Distinta! —expresó mi padre sin comprender. Sus rasgados ojos azules me contemplaron en busca de algún daño o alguna deficiencia. Eran más sagaces de lo que parecían. No pude sostenérselos.

—Josephine —susurró mi madre.

—¿Qué es lo que no te atreves a contarnos y te ves en la obligación de hacerlo? —Ahí estaba mi padre poniéndome en una tesitura de la que no podía escapar.

—Vayamos a casa, tu abuela nos está esperando.

Anduve en medio de ellos, enganchada a sus brazos. En la puerta, la abuela los esperaba con una gran sonrisa. Pasamos a la salita donde una tetera humeante esperaba encima de la mesa con sus tazas a juego de motivos florales junto a un bizcocho que habíamos horneado hacía unas horas. Mis padres me observaban insistentes y, empujada por el codazo que mi abuela me regaló en el costado, empecé mi relato por el ataque de los perros. No les escondí las atenciones que sir Killian me procuró para mi pronta mejoría. No les mentí en nada, solo omití algunos detalles, como el beso.

—¿Cómo no nos avisasteis de ese accidente? —Mi madre se enojó, sus mejillas se volvieron más rosadas.

—Si la gravedad fuese mayor os haría llamar, jamás lo dudes —aclaró mi abuela.

—No es su deber considerar que es grave o no, es nuestra hija, madre, y debemos estar al tanto de lo que le suceda.

—Quedó en un susto, se ha recuperado muy rápido y ha estado muy bien atendida.

—Aun así, debería habernos mantenido al tanto...

—Margaret —la interrumpió padre—, tu madre actuó de buena fe. Te entiendo, Jo también es mi hija y me hubiese gustado conocer este suceso; entiendo a Fiona, quizás hubiese actuado como ella. Ya no vale de nada preocuparse, está aquí, está bien. Esto me permite traer a colación que tus cartas son cada vez más escuetas. Sé más de tus hermanas que de ti

—Perdone, padre. —Acepté su queja. Mi padre siempre disfrutaba de mis largas cartas.

—Ahora, creo que deberíamos avisar... —Alguien llamó a la puerta cortando la conversación—. ¿Esperáis a alguien?



—No —respondió mi abuela.

—Voy a ver quién es.

Mi padre acudió presto. El ruido de la puerta dio paso a un caluroso saludo.

—¡Profesor Morgan!

—¡Sir Killian Blackstone, cuanto tiempo!

«¡¿Qué!? ¡¿Se conocen?!», vociferé para mis adentros. A la sazón de aquello me acordé de que sir Killian se había referido, en alguna ocasión, a sus años en Oxford y yo había callado que mi padre era profesor de universidad. ¡Qué horror, por Dios!

—Estábamos hablando de usted.

—¿De mí? —Su tono de sorpresa era de esperar.

—Sí, sí, pero adelante, por favor, no se quede rezagado en la puerta.

Entraron juntos en la salita y las tres nos levantamos.

—Sir Blackstone, le presento a mi esposa, Margaret.

—Un placer conocerla, señora Morgan. —Inclinó cortés la cabeza.

—Igualmente, sir Blackstone, y permítame agradecerle todo lo que ha hecho por mi hija. —La humildad y la dulzura que despertaba mi madre eran increíbles. Hacía un rato estaba enfadada con el proceder de mi abuela, ahora, delante de él, estaba sumisa y encantada.

—Era lo mínimo que podía hacer.

Yo no podía articular palabra, ya que toda mi atención estaba puesta en ese hombre al que premiaban. Correspondía a las palabras de mi madre con gran afabilidad apostado a la diestra de mi padre, que se mostraba orgulloso de su antiguo alumno. En comparación eran distintos: sir Killian era unos centímetros más bajo, de fuerte corpulencia; el rostro alargado del primero contrastaba con esas líneas sinuosas del joven noble, que no necesitó de halagos para que mi familia lo tratase como a uno más. Nuestras miradas conectaron, se enlazaron y mi cuerpo reaccionó: las piernas me temblaron, las manos comenzaron a sudarme, se me cortó la respiración y todo a nuestro alrededor desapareció. Delante de él debía reconocer que lo estaba echando de menos.

—Señorita Morgan...

—¿Sí? —Agité la cabeza, debía salir de mi abstracción.

Él metió su mano derecha en el interior de su chaqueta y sacó una carta.

—Vino con el correo de esta mañana.

Me la tendió y las yemas de mis dedos al entrar en contacto con su piel produjo un estímulo que me recorrió entera. Era como si nuestras pieles volvieran a reconocerse tras estar alejadas.

—Señora Swan, ¿qué le parece si convidamos a sir Blackstone a cenar esta noche? —le consultó mi padre a mi abuela.

—No...

—Señor Killian, por favor, acepte —insistió ella ante la inminente negativa.

—No me dejan escapatoria. —Volvió sus ojos a mí—. Acepto.

\*\*\*

Mi querida Jo:

El empleo de tal cantidad de papel en tu última carta, excepcionalmente larga, ha debido mermar tus provisiones. Las mías, desde luego. ¡Le he hurtado a mi padre una hoja para poder terminar la presente! Jo, jamás me hubiese figurado que caerías presa del hastío más absoluto.

Empecemos por orden: tu ahijada está bien, aunque ha pasado un pequeño proceso febril. Gracias a tu cuñado, Marcus, que vino a hacernos una visita por mediación de tu padre, nos tranquilizamos. Ahora, corretea por la casa adelante. Henry y yo a veces la miramos y pensamos lo mismo: ha crecido. Por cierto, no sabes cuántos gestos tiene con Henry sin ser su hija biológica. Es increíble. Hay gente que nos comenta lo mucho que se parecen. También he visto a Maggie. El embarazo le sienta muy bien. Fueron muy atentos con la niña, en especial tu cuñado (va a ser muy buen padre, te lo digo). Y bueno, yo... Dentro de unos meses seremos cuatro. ¡Estoy encinta! De momento, eres la primera persona a la que le cuento esta buena nueva.

Jo, ¿qué réplica esperabas del pastor Craven? A veces, los pastores jóvenes cuentan con los raciocinios más rancios. No debería cogerte de susto, tu padre de quien menos se fía es de la Iglesia. Sé que voy a blasfemar, y que Dios me perdone por ello si lo ve a bien: la Iglesia desea custodiar el conservadurismo imperante que, durante siglos, ha acompañado a la sociedad. Ella fue la primera en defender ese papel que adoptamos como Ángel del Hogar al casarnos. Es defensora férrea de este continuismo insostenible. Nunca nos apoyará, menos en aquello que atente contra su poderío. No vuelvas a comentarle nada a ese respecto, pues ganarás sus suspicacias.

¡Cómo me he carcajeado en la parte final de tu carta! Siempre he soñado que algún día esta conversación tendría lugar y aquí está. ¡Oh, Jo!, ¿debo ser yo la persona que esclarezca tu corazón? En tal caso no me andaré con melindres: estás enamorada de ese hombre. Hasta un necio se daría cuenta. Y, por como lo describiste, queda de manifiesto que no es ningún falaz o delincuente. No prejuzgues a aquel que con buenas intenciones te ronda. Abro inciso: me entristece conocer lo mucho que esa parte de mi vida te ha influido para mal. Que un desalmado me abandonase portando a su hija en mis entrañas, que me tuviese que casar con Henry apresuradamente para salvaguardar el honor de mi padre en Oxford no significa que tú, mi buena Jo, vivas lo mismo. Si después de todo he conseguido ser feliz al lado del hombre que me adora, tú, que eres una mujer valiente, podrás lograrlo. No todos los nobles actúan del mismo modo; el bien y el mal se asientan en todas las clases sociales por igual. No hay distinciones. Mas concédete la posibilidad de rozar la felicidad con ese hombre que, si no me falla la intuición, debe tener unas cualidades muy buenas para que te haya afectado tanto. A tu última pregunta: el hombre cuyo sentir es desinteresado nos proporciona esa seguridad, debido a que su corazón es puro y su amor, verdadero.

Me despido entusiasmada a la espera de otra de tus cartas.

Tu buena amiga,

Easter Hemsley

P. D.: El sentimentalismo es muy tuyo. Siempre te acompaña.

Releí la parte final de la carta de mi buena amiga varias veces. ¿Qué había leído Easter? ¿Leyó las mismas palabras que le escribí? ¿Enamorada? ¿Yo enamorada de sir Killian? Era más grave de lo que me imaginaba. ¡No podía ser! Era cierto que me costaba reconocer que me gustaba. Estos días añoré su compañía... Lo añoré. De ahí a estar enamorada me parecía un poco excesivo.

Sentada de medio lado sobre el borde la cama, giré la cabeza hacia la ventana. Las luces del ocaso, a esas horas, teñían el campo de unos tonos pálidos en los cuales ya no se apreciaban las sombras de las nubes, sí las mías, más oscuras y alargadas. Suspiré. ¿Easter podría estar en lo cierto? Otro suspiro se escapó de entre mis labios.

Dos toques armoniosos me sacaron de mis cavilaciones. Cierta alarma me hizo esconder la carta debajo de la almohada.

—Josephine, hija, sir Blackstone ha llegado —me informó mi madre desde el otro lado de la

puerta.

—Voy, madre.

La saqué para guardarla a buen recaudo en el tomo que él me había regalado de *Persuasión*. Antes de salir, repasé mi aspecto en el espejo. Fuera, por paradójico que pareciese, tras el ajetreo de la tarde, aprecié la casa bastante tranquila, salvo por algunos ruidos procedentes de la cocina. Fui hacia la escalera y lo vi, abajo, con las manos en la espalda. Charlaba con mi padre.

—Está muy mal.

—He leído las noticias, una pena —le comentaba—. No son nada halagüeñas.

—¿Se acuerda del Profesor Hemsley?

Bajé sujeta a la falda de mi vestido, como si ella me pudiese ayudar en caso de caída.

—Cómo no iba a...

—Josephine. —El frufú de mi vestido alertó a mi padre de mi presencia.

Sir Killian se dio la vuelta y la seriedad que mantenía dejó deslumbrar la alegría, o eso me pareció, que le daba verme. Sus ojos me recorrieron entera, subiendo y bajando por mi ropa. Lo mismo hice yo, pues estaba bien gallardo con su elegante traje negro, al igual que su chaleco, del que pendía, en uno de los bolsillos, la cadena del reloj. Solo había una diferencia: el pañuelo del cuello era blanco. Era la primera vez que se lo veía.

—Padre, sir Blackstone —los saludé.

—Buenas tardes, señorita Morgan —me sonrió.

—¿De qué habláis? —inquirí para distraerme de ese hombre.

—De la crisis; le iba a comentar que Edgar Hemsley ha leído, no recuerdo donde, que un erudito economista es optimista en cuanto a la rápida salida de nuestro país de este bache.

—¿Conoce al profesor Hemsley? —Su pregunta iba envuelta por un halo de curiosidad e inocencia.

—Sí, es el padre de mi mejor amiga —respondí, seca.

—La mujer de la carta —dio por sentado.

«Padre, intervenga», le rogué cabizbaja.

—Richard, por favor, ven —la voz de mi madre llegó de la cocina.

—Disculpadme.

Mi padre se fue, dejándonos allí solos en la entrada. Vi cómo uno de sus pies se movía y reaccioné.

—Será mejor que esperemos en la salita —anuncié, evitando mirarle.

Nada más entrar, una mano de fuertes y delgados dedos se aferró a mi codo. Al alzar la vista, pestañee varias veces, el azul de sus ojos, resplandecía, ¿por mí? Su veta marrón destelló por un breve instante bajo la luz. Su boca exhibió una sonrisa que hizo aletear mi corazón en el pecho. Para mi alma fue una brisa fresca, nueva, y, sin saber cómo, despertó mi deseo por tenerlo cerca.

—No me dijiste que tu padre era Richard Morgan —me recriminó.

—¿Y qué? No tenía el deber de hacerlo. Además, cuento lo que quiero —lo encaré. Su

reproche no servía de nada conmigo.

—Tú sabes que estudié en Oxford.

—¿Ser la hija del profesor Morgan cambia la percepción que tienes de mí?

—No, por supuesto que no, solo que ahora entiendo algunos aspectos de tu persona. —Si con esa explicación pretendía esclarecerlo, no lo había conseguido.

—¿Como qué?

—Que tengas voz propia en determinados temas.

—Soy distinta.

—Eres única, eso me gusta de ti —declaró sin amilanarse.

De repente, las mejillas se me encendieron en dos hogueras.

—No...

—Es lo que opino y lo que siento. No dudes de mí.

—No era mi intención, si me dejaras terminar sabrías que yo no me veo única —protesté por suspicacia.

—Yo sí.

Nuestros cuerpos se pegaron por la fuerza de nuestras miradas. Su mano, que todavía me agarraba, se deslizó hasta mi mano. Su frialdad me atravesó. No me estremecí, era una agradable sensación que me transportó directa a aquellos días en Blackstone Hall. Parecían lejanos y no lo eran. Lo echaba de menos aun teniéndolo tan cerca.

—Muchachos, estáis aquí —la voz de mi padre nos sorprendió como dos críos que están cometiendo una travesura. De inmediato, nos separamos.

Mi padre, hombre perspicaz, ya había reparado que entre nosotros podría ocurrir algo. Así me lo hizo saber a lo largo de la cena. No nos quitaba ojo de encima y, a medida que avanzaba la velada de anécdota en anécdota que sir Killian se permitió desvelar al no estar ligado a la universidad, tomaba mayor conciencia de ello. Mi falta de apetito fue otra señal inequívoca. La ansiedad que acumulé me había contraído el estómago produciéndome calambres en los costados. Me hundía cada vez más en la silla, me empequeñecía, quería desaparecer a causa de las consecuencias que me podría acarrear esa situación. Busqué en mi mente algún resquicio por el cual evadirme, mientras ellos seguían charlando y recuperaban el tiempo perdido. Al fin, di con una cita de Austen que hacía bien poco había leído: «Los hombres han tenido toda clase de ventajas sobre nosotras a la hora de contar su historia. Su educación ha sido siempre muy superior; la pluma ha estado en sus manos». A la vez me hizo recordar la opinión que de mí tenía sir Killian: «Eres única, eso me gusta de ti».

Me ruboricé.

¿Esa visión de mí podría tener un origen amoroso?

*Siempre está más oscuro antes del amanecer*

«Es lo que debes hacer. Tu corazón la anhela desde que la vio por primera vez», sir Killian se animaba a sí mismo a continuar caminando por el valle. Atravesaba la fría y pálida neblina que se había acumulado en las tierras durante la madrugada y lo cubría todavía todo, a pesar de los hercúleos rayos del sol que despuntaban más allá del horizonte. Sin embargo, no eran tan fuertes aún como para disipar esa capa que entristecía la mañana, además del cometido que quería realizar. Tampoco despejaba las sombras que la oscuridad nocturna había pertrechado en él. Había sido una de las noches más largas, ya que sus dos vidas entraban en conflicto.

Esas dos vidas, como él las denominaba, chocaron en el mismo momento en que la vio en el bosque. Fue un punto aparte en su existencia, que le llevó a creer que él, siendo quien era, podía tener una oportunidad en el amor. El cielo se le abrió cuando ella le contó que había nacido bajo la luna del cazador. Jamás hubiese creído que su señorita Morgan fuese su cazador. Aquel hecho, que lo dejó patidifuso, reafirmó sus sentimientos. Unos que, por mucho que ella luchase contra ellos, parecía compartir. Y estaba seguro de que, si ella le correspondía, jamás, jamás la dejaría sola. Empero, le quedaba una última lucha: derribar las barreras que Josephine fue interponiendo entre ellos. A veces, durante su estancia en Blackstone Hall, desaparecieron, mas, en esos días de separación, las había construido de nuevo.

Decidido, con la mirada puesta al frente, aceleró su andar dando zancadas más largas. Pronto, se topó con una figura que se dirigía hacia él. Bufó frustrado con el ansia de que no fuese ningún trabajador que lo entretuviese en el camino. En el aire percibió el olor a papel y tinta. Se fijó en la figura: era alta, delgada, vestía de negro. No había duda, era el profesor Morgan, el único hombre con el que quería encontrarse. Su físico no había mudado mucho con respecto a sus años en Oxford, solo el tiempo había tintado sus sienes de gris. Aligeró más el paso para llegar a él más rápido.

—Buenos días, profesor Morgan. —Le extendió la mano, la cual el buen hombre aceptó y pudo comprobar que tenía las puntas de los dedos manchadas de negro.

—Buenos días, sir Blackstone. ¿Dando un paseo matutino usted también?

El profesor repasó su aspecto sin un ápice de vergüenza y una sonrisa de comprensión apareció en su boca. Le pesó no haberse aseado un poco: vestía la misma ropa de la noche anterior, iba

descamisado, la chaqueta abierta, encima despeinado.

—A veces se requiere para poner en orden las ideas —le contestó, amigable.

—Sí, sé a lo que se refiere. Aquí las palabras me fluyen liberadas para mis lecciones en las aulas —le confió—. ¿Me acompaña?

—Por supuesto. —Sir Killian aprovechó ese interludio para tratar el tema de interés—. Profesor, tengo que hablar con usted.

—Entiendo que de mi hija, ¿me equivoco?

Sir Killian casi se atraganta debido a la apabullante franqueza de su acompañante. Tuvo que hacer frente a un pequeño ataque de tos.

—Sí —admitió con voz rasposa.

—Anoche intuí que esta conversación tendría lugar antes de que retornase a Oxford, no presumí que fuese tan inminente.

Mantuvo silencio. ¿Lo estaba poniendo a prueba para que cometiese un error y sacar a la luz sus verdaderas intenciones? No. Podía apreciar que su antiguo maestro no impostaba su tranquilidad y firmeza. No podía abandonarse a la inseguridad, debía tranquilizarse, ser él mismo para exponer sus sentimientos sin dar rodeos infructuosos.

—Amo a su hija, profesor Morgan —dijo, forzando la tensión de su garganta. Habló lo más rápido que pudo—. Me gustaría cortejarla si usted me da su consentimiento; si no lo ve oportuno, tiene mi palabra de que esta conversación no trascenderá de aquí. No obstante, permítame decirle que solo quiero la felicidad para ella y mis intenciones son nobles y honestas.

—Lo sé, no dudo de ello —le reconoció abiertamente—. Si conoce un poco a Josephine, vislumbrará que esta charla no le va a gustar un ápice.

—La conozco lo suficiente para saber que va a estallar. Me arriesgaré a ello.

—Valiente decisión por su parte. Aunque ella misma debe hacer un repaso de vuestros comportamientos. Ayer hablaron más de lo que creéis.

—A regañadientes dará su brazo a torcer, asimismo, es una mujer que no se deja domeñar, se revuelve si lo intentas, como ante lo que ella estima que es una injusticia; a la vez es firme de pensamiento y aseguraría que de corazón. Me permito la licencia de afirmar que prefiere perder a incumplir una promesa.

El profesor frenó. Lo tuvo que dejar asombrado por la descripción que de modo tan espontáneo había realizado de Josephine.

—Me sorprende, sir Blackstone, cómo puede describir a mi hija tan bien. —Se rio por la nariz—. Es una mujer cariñosa, solo debe mostrarle que eso que siente por ella es puro y real. Yo también se lo pido...

—Me ha referido lo de su amiga.

—Entonces, confía en usted. Es al primero a quien se lo cuenta.

—Yo jamás jugaría con una persona. Mis principios no me lo permiten.

—Me consta. —Su rostro serio transmitía la serenidad de estar de igual a igual—. Por mis

clases han pasado numerosos hombres, muy pocos tienen una mirada y unas convicciones tan nobles. —Hizo tal pausa que sir Killian estuvo a punto de estallar—. Usted las tiene, por eso puedo discernir que mi pequeña con usted estará bien.

—Es su hija favorita —afirmó, no preguntó.

—Así es. —Retomó el camino—. Al año de contraer matrimonio nació Maggie, nuestra hija mayor. Al tenerla en brazos le dije a mi esposa que me debía una hija: Josephine. Tenemos otra, Elea, la pequeña. Es Josephine la que más se parece a mí, a quien le enseñé todo; aprendió a leer en mis brazos y ya de bebé reaccionaba al ruido de la pluma sobre el papel. —Retomó su andar—. Solo debe prometerme...

—Lo que sea. —Se apresuró en decir con los nervios atenazándole el corazón.

—No le coarte la libertad ni de pensamiento ni de acción —le pidió como padre.

—Jamás, la amo tal cual es. —Esas palabras, por unos segundos, lo bañaron en cierta inseguridad, ya que no sabía si era bueno exponerse tanto.

—Soy su padre, mi deber es recordárselo. —Paró de nuevo y puso una mano sobre su hombro y le dio un pequeño apretón—. Mi hija tiene suerte de que un hombre como usted la pretenda. Tiene mi consentimiento.

Su corazón se iluminó cual antorcha, cuya llama cobró mayor brío. Una mezcla entre deseo, esperanza y miedo lo embargaron. Los nervios se habían disipado dejando tras de sí una estela de euforia, mas todavía le quedaba enfrentarse a Josephine. ¿Cuál sería su respuesta? ¿Su reacción? Ya nada importaba. Él había reconocido que pelearía cualquier batalla, pues el refrán ya lo atestiguaba: «Siempre está más oscuro antes del amanecer».

Advirtió un cambio en aquel hombre que tan gratos recuerdos le despertaba.

—Voy a abusar de su confianza. —Sir Killian frunció levemente el ceño, ya que un aura de preocupación se ceñía sobre Morgan. Esperó intrigado—. Procure, en lo que pueda, mantener alejado de mi hija al pastor Craven, por favor. Ese hombre no me agrada.

—Le doy mi palabra.

—Buenos días, hija —me dijo mi madre al verme entrar por la cocina.

—Buenos días.

Entré y les di un beso en sendas mejillas a mi abuela y a ella antes de sentarme.

—Tienes mejor semblante que ayer. —Me evaluó mi madre—. Me fui un tanto preocupada a la cama.

—Sería cansancio —aduje para no revelar el verdadero motivo.

La verdad era que me había levantado más alegre y parecía reflejarse en el día, ya que desde mi asiento podía contemplar que había amanecido soleado. Mis tripas rugieron al olor del pan caliente y del té. Tenía bastante hambre por no haber cenado de manera adecuada por la presencia de sir Killian y los nervios que me provocaba, así que no dudé en tomar dos rebanadas.

—¿Dormiste bien? —quiso saber. Era la pregunta que todas las mañanas me hacía, también a mis hermanas, de niñas.

—Sí, madre...

—Yo no —respondió mi abuela, sosteniendo en el aire su taza—. Me he acostumbrado al colchón que tenía en Blackstone Hall.

Paré de masticar más por la afirmación de mi abuela que por su alusión a la mansión.

—¡Tan rápido! —musitó mi madre, atónita—. Usted que se niega a venir de visita a Oxford porque, como en su cama, no duerme en ningún lado —le reprochó las excusas que utilizaba para no tomar el tren, máquina de la que no se fiaba.

—Sí, hija, sí, ahora mi cama me resulta extraña —sentenció, poniendo la taza sobre el platillo.

Tragué a la espera de la contestación de mi madre que, por supuesto, se la iba a dar.

—Puede que se decida a venir una temporada.

—Eso mismo, puede.

—¿Y padre? —inquirí en una tentativa por cambiar de tema.

—Ha ido a dar su paseo —me explicó con esa sonrisa maternal tan suya.

—Salió bien temprano —apuntó mi abuela.

Tras ese comentario, el silencio se asentó entre nosotras disipando el malestar anterior. Le di un último mordisco a mi primera tostada y decidí untar un poco de mantequilla en la segunda. En seguida el desayuno desapareció, al tiempo que levantamos la cabeza de nuestros desayunos al oír



la puerta de la entrada abrirse y cerrarse, anunciando la llegada de mi padre.

—Hija, qué bien que estés despierta, porque hay alguien fuera que quiere hablar contigo —me comunicó apostado en el umbral de la cocina.

—¿Conmigo? —inquirí, extrañada—. ¿Quién?

—¡Por Dios, Josephine! Sal y lo sabrás, ¿no te parece? —apostilló mi abuela casi más impaciente que yo.

Mi padre se tapó los ojos con la mano derecha, resignado ante la lengua de su suegra. Tras lo cual, me hizo un gesto con la cabeza para que me fuese.

Salí de allí empujada por una brisa invisible que soplaba entre mis pies. Ante la puerta, respiré hondo, agarré el pomo, frío al tacto, y tiré de ella. Frente a mí apareció sir Killian, que se giraba al mismo tiempo que yo la abría. A la luz de los primeros rayos de la mañana, su aspecto fornido era digno de contemplar: su cabello revuelto y enmarañado contrastaba con la sombra negruzca en su rostro que le dejaba la barba —lo hacían un Hércules recién llegado de la batalla—. Tenía las ropas desaliñadas, no se había cambiado: la chaqueta abierta, sin chaleco y la camisa le colgaba por fuera del pantalón por algunos lados y tenía algunos botones desabrochados por donde se apreciaba el vello del pecho. A pesar de lo que se pudiera pensar, aumentaba ese atractivo que a toda muchacha le cortarían el aire.

—Killian —pronuncié su nombre sin aire en los pulmones.

—Buenos días —saludó, nervioso.

—¿Eres tú quién quieres hablar conmigo?

—Sí. Verás... —Se calló, irresoluto. Parecía presa del miedo, ¿podía ser cierto?

—¿Qué? —Me estaba contagiando su inquietud.

—Yo...

—Por favor, Killian, habla. ¿Qué sucede?

Bajó la cabeza, cerró las manos en puños a ambos lados de su cuerpo y tomó aire. Al levantar la vista, la beta marrón resaltaba en el azul de su iris con determinación.

—Voy a ser sincero.

—De acuerdo. —Mi corazón estaba en vilo.

—Estos días fueron los peores, te echo de menos. En ningún rincón de la casa encuentro una pizca de sosiego, porque todo me recuerda a ti. Te amo, Josephine, tú has venido a mi vida para demostrarme que soy merecedor de este sentimiento...

—No sigas, por favor —lo interrumpí, alterada.

Sus palabras fueron un azote para mi espíritu. Respiraba azorada por la ansiedad que me producía aquella declaración abierta. Esto no podía estar sucediendo, menos, a los pies de la casa de mi abuela. Las varillas del corsé se clavaban en mis costillas como cuchillos de matarife y su dolor no evitó que mi enfado fuese a más.

—Te he abierto mi corazón desde el mismo día que nos encontramos en el bosque, esa es la verdad, y desde ese instante te colaste en mi mente y ya no hubo vuelta atrás, porque te asentaste

en ella.

—Tu bucólico amor no puede ser.

—Sí puede ser. Sé que no te soy indiferente, que sientes lo mismo. —Dio un paso hacia mí—. ¿No ves que estoy mendigando por tu amor? —Alzó los brazos al cielo—. Seré un necio, un carcamal, pero si no me quieres...

—¡No quiero ser la meretriz de ningún noble! —arremetí contra él. La ponzoña que llevaba dentro salió de mí, desoyendo el consejo de Easter.

Se quedó de una pieza. Pronto se recuperó.

—En mi vida te consideraría así, para mí eres la elegida de mi corazón. Jamás te trataría del modo que quieres pintarme. Has estado viviendo conmigo y tú misma sabes que no me he propasado en ningún momento.

—El amor del que hablas es imposible, Killian.

—¿Qué Dios me asista! Deja eso ya, tu padre me ha dado su consentimiento...

—¡¿Cómo?! —le grité llena de ira.

Aquella noticia fue una patada en la barriga y abrió un agujero bajo mis pies.

—Me ha dado su consentimiento...

—Eso habrá que verlo —repliqué con orgullo.

Entré de nuevo en casa echa un basilisco con las uñas clavadas en las palmas de las manos. Le di un empujón a la puerta que se batió contra la pared. De inmediato, mi padre apareció al otro lado del pasillo, no se había inmutado por el golpe. Su tranquilidad no me agradó. Detrás de él estaba mi madre con semblante asustado. Me metí en la salita y empecé a andar de un lado a otro como una demente.

—¿Hija, qué sucede? ¿Por qué estás tan alterada? —Mi madre se iba a acercar a mí, mas no se lo permití.

—Él sabe la razón. —Señalé a mi padre con el dedo índice.

Los nervios me sacudían todo el cuerpo.

—¿Qué pasa aquí? —irrumpió mi abuela.

—Madre, déjenos a nosotros, luego le contamos. —Mi madre cerró la puerta para no sufrir ninguna interrupción. Se giró sobre sus pies, apoyando el cuerpo en ella—. ¿Richard?

—Le he concedido a sir Killian la mano de Josephine —reconoció su delito sin alterarse.

—Esa es muy buena noticia, Jo —se alegró mi madre.

—¡No lo es! Padre, ¡es noble! —critiqué su decisión.

—¿Y qué? —me contradijo, rotundo.

—Esta relación es imposible, no se puede confiar en estos hombres, son capaces de cometer cualquier fechoría. Me sorprende viniendo de usted.

—Josephine —intervino mi madre que había tomado asiento en el sofá—, que Easter viviese...

—¿Lo rechazas por lo que le ocurrió a Easter?!

Mi padre estaba asombrado por articular esa frase. Su ceño no estaba fruncido, sin embargo,

sus ojos azules evidenciaron un enojo que muy pocas veces los ensombrecía, al igual que la severidad de su rostro. No le había gustado que mis decisiones se moviesen por aquel trágico suceso.

—Easter se arrepentirá toda su vida de lo que hizo. No quiero eso para mi hija.

—Lo parece, padre.

—Te equivocas, Jo. No te entregaría a cualquiera. A este hombre lo conozco y sé que con él podrás conservar tu libertad, no te pondrá ataduras...

—¿Cómo lo sabe? —La ira me iba quemando por dentro. Estiré las falanges, estaban agarrotadas. Así me sentía yo.

—Porque en él veo nobleza de espíritu. Solo debes mirar con el corazón.

—El amor ata. —Me mantuve firme.

—Solo a quien amas —se pronunció mi madre.

—A mí me ha atado a la única mujer que amo —declaró mi padre con una bonita sonrisa dirigida a ella.

Aquellas sensiblerías no me convencían y no me iban a cambiar de opinión.

—¡Por Dios! El amor es un mito, ¡un mito!

—Josephine, no digas sandeces. —Mi madre se levantó para dirigirse a mí—. Ayer os vi en la cena: tú no te atrevías a mirarlo fijamente y él buscaba de continuo tu contacto.

Mi enfado dio paso a un ataque de vergüenza. La sangre, de repente, me abandonó enfriándose el cuerpo.

—Hija, tu madre y yo queremos decirte...

—Me prometisteis que no tendría que casarme —les recordé, cabizbaja.

—¿Y no crees que no nos preocupa que te quedes sola cuando nosotros ya no estemos? No siempre vas a poder contar con tus hermanas. —Mi padre alzó una mano para frenarme—. Sé que puedes salir adelante, pero esta sociedad, de momento, no está hecha para una mujer sola. Sir Killian te dará protección en todos los ámbitos y sé que jamás atentará contra tu persona. Las apariencias engañan. —Ahí estaba esa maldita frase otra vez—. Me rompe el corazón que pienses que te entrego al primero que pasa por mi puerta. Te entrego a un hombre íntegro. Me ha hablado de ti y comprobé que te conoce muy bien, por eso puedo afirmar que te permitirá mantener la libertad que tanto valoras. En eso se compone el amor, no en prohibiciones.

Jamás me había percatado de esa preocupación que los atenazaba en silencio. Era una egoísta. En estos años solo me había afanado en mis pretensiones, no había barruntado en las consecuencias para mis padres. Ellos habían tenido la gran deferencia conmigo de ocultármelo, no querían echarme por tierra mis ilusiones. Entristecida, me retorció las manos con un mal sabor de boca. Mi padre se acercó y colocó una mano sobre las mías. Me obligó a mirarlo. En su rostro había una tierna expresión.

—¿Alguna vez te he fallado?

—Nunca. —Él asintió guardando mi respuesta—. Me lo pensaré.

—Entonces sal ahí y díselo.

Mi madre se abalanzó sobre mí con emoción contenida. Le respondí como pude a su abrazo. No tenía fuerzas ni para seguir discutiendo, estaba cansada.

Salí de la salita y fuera me esperaba mi abuela con una nota en la mano.

—Ha dejado esto para ti antes de marchar.

Desdoblé el papel.

Josephine:

Si hay una oportunidad para nosotros, te espero a las tres en el lugar donde nos conocimos. Si no te presentas, acataré tus deseos.

Entre la mente y el corazón había un trecho medio, que, a lo largo de la mañana y parte de la tarde, lo cubría sir Killian en su totalidad. Con la carta de mi amiga entre las manos, releía esa parte en la que me arengaba a ser feliz y, sin conocerlo, lo alababa. «El hombre cuyo sentir es desinteresado nos proporciona esa seguridad, debido a que su corazón es puro y su amor verdadero», releí varias veces esa frase hasta imprimirla en mi memoria. En un arrebato me levanté. Bajé corriendo las escaleras.

—¿Jo? —me llamó mi madre.

—Me voy.

Me fui pese a las protestas de mi madre.

—Richard, para a la niña.

—No puedo —le dijo él tan tranquilo.

—¿Por qué? —le protestó ella.

—Va a perseguir su destino, si no me equivoco.

La contestación de mi padre me llegó justo antes de que la puerta se cerrara detrás de mí. Corrí lo más rápido que me permitieron el vestido y los pedruscos del camino. Sorteé los agujeros que habían dejado los charcos ya secos en esos días de calor; también, por algunos tramos, el surco del medio se convertía en un peligroso foso, ya que por su culpa tenía muchas posibilidades de torcerme un pie. Divisé la entrada al bosque y el corazón me dio un brinco. No sabía si llegaba tarde o no, no me había parado a mirar la hora. ¡Ni cuenta me di! Ese detalle me puso más nerviosa si cabe. Un nudo me atenazó la garganta y la boca del estómago, apretando cada vez más fuerte. Me negaba a creer que había perdido cualquier posibilidad de contestarle.

Llegué al claro del lobo y ahí estaba como prometió, sentado en la misma raíz en la que había estado sentado la noche de nuestra larga conversación, con los codos en las rodillas y la cabeza reposaba en una mano. Al percibir mi presencia, se levantó, sin dudarle un instante, se acercó a mí, circunspecto. Yo tuve que tomarme un tiempo antes de poder hablar, ¡no me llegaba el aire que respiraba!

—¿Y bien? —La ansiedad le impregnaba la voz, parecía que le agarrotaba las cuerdas vocales. No sonaba a él.

La cadena que había percibido al abandonar Blackstone Hall tiró de mí. Allí, en la tranquilidad

que nos proporcionaba la naturaleza, con el gorgojo de los pájaros como sinfonía de fondo y con ese sentir tan extraño que se había establecido entre nosotros, me abrí a él:

—Necesito tiempo para aclararme, para aclarar mis propias emociones. Solo te pido que tengas paciencia conmigo...

—La tendré —afirmó, conteniendo la respiración.

—No te prometo nada, Killian.

Cogió mis manos entre las suyas, siempre frías al contacto, y depositó un suave beso en los nudillos.

—Y yo no quiero que lo hagas. —Aspiró el aroma de mi piel—. Te concederé el tiempo que precises, así te demostraré que no soy el ogro que ves en mí.

—No lo eres.

Mi negación tuvo el mejor regalo: una de esas sonrisas sesgadas que tanto me gustaban.

«Piensa más con el corazón», me había susurrado en el oído mi padre al fundirnos en ese abrazo de despedía que tanto me dolía. Cada vez me resultaba más difícil separarme de ellos. Ya habían transcurrido dos días y todavía mi mente se negaba a revivir ese instante en el cual se subieron al tren que los llevaría de vuelta a Londres.

Killian se había portado muy bien. Se ofreció a llevarlos en carruaje a la estación. Así lo hizo. Fue más cómodo para mis padres, asimismo, corto, en gran parte por la charla que tuvieron mi padre y él. Se me presentó la oportunidad de ser testigo del respeto mutuo que se tenían. Me maravillé de la admiración de Killian hacia mi padre. Para él nunca sería el señor Morgan, sino su profesor. Una parte de mí no pudo más que enorgullecerse; eso significaba que hacía bien su trabajo y que su sabiduría dejaba impronta en al menos algunas personas. Con sus voces de fondo, a veces, mi madre y yo aprovechábamos para mirar por la ventanilla. En una de esas vi a Thomas. Altivo, con esa expresión que ya era tan típica en él de aversión hacia los Blackstone: su boca ruda; sus ojos entrecerrados estaban llenos de odio; al tener el ceño fruncido varios pliegues le atravesaban la piel de la frente. Las líneas que conformaban su pequeño rostro adquirieron una mueca como si se le clavase una daga en la espalda. Un escalofrío me recorrió entera cuando su mirada se cruzó de refilón con la mía. Mis últimos recuerdos del pastor no eran precisamente gratos, su comportamiento me mantenía alejada de él y de la iglesia. Lo único que deseaba era que nuestros caminos estuviesen lo más alejados posible.

Iba tan enfrascada en mis pensamientos y recuerdos que tropecé en una piedra de camino a Blackstone Hall y me impelí hacia el suelo sin remisión. No lo toqué, ya que unos brazos me sostuvieron. Quería darle las gracias a Killian por su rápida intervención, mas el olor a incienso me previno de otra presencia.

—Señorita Morgan, que sorpresa más grata. —Thomas estaba frente a mí sonriente. Renuente, me soltó al querer distanciarme de él—. Nunca me imaginé tenerla entre mis brazos.

—Gracias, pastor —Mi intención era obviar su presencia, así, seguir mi camino a Blackstone Hall. Él no estaba dispuesto a ponérmelo tan fácil.

—¿Ya está repuesta de sus dolencias? —Me observó de arriba abajo.

—Puede comprobarlo por sí mismo, no necesita que se lo diga.

—Sí, ya, ¿cómo están sus...?

—Lo lamento, tengo prisa —le interrumpí para zafarme de él.

Por supuesto, no me lo permitió.

—Le pregunto por sus padres. Una pena que no me pudiera pasar antes por la casa de su abuela, tenía una proposición que hacerle al señor Morgan.

—¿A mi padre? —Pobre inepto, mi padre no comulgaba ni con la iglesia ni con él.

—Sí, le quiero pedir su mano.

La boca se me abrió más de tres cuartas. ¡Qué dislate era aquel! ¿Yo casada con él? ¡Jamás! Después de la estupefacción, me eché a reír de esas patéticas palabras. La burla se apoderó de mí.

—¿Usted y yo juntos? —No reprimí la risa, quería que contemplase lo que sus palabras me producían. Fui un poco mala—. Es usted un hombre incrédulo, mi padre nunca le concederá mi mano.

—Créame que...

—No, escúcheme usted a mí. Ya estoy prometida a un hombre que, gracias a Dios, no es un estrecho de miras. —No pretendía hablarle de ese modo.

—Blackstone —dedujo por verme en el carruaje—. ¿Le contó lo que realmente es? Mientras que su vida junto a mí sería sencilla y tranquila, al lado de ese hombre no le espera la felicidad.

—A su lado solo tendría sometimiento, me lo ha demostrado en múltiples ocasiones.

—Ese hombre no tiene escrúpulos, lo que quiere es meterla en su cama, convertirla en una meretriz y, luego, la abandonará como a un perro. Es un pecador, un fornicador, que no respeta a nadie. La tenía por un mujer más lista.

¡Qué desvergonzado! Sus últimas palabras me hicieron hervir la sangre. Me sujeté a la falda del vestido para no golpearle con una piedra del suelo. No debía perder los nervios, porque quería que mis palabras cobrasen un calibre mayor.

—Pastor, nunca me hubiese imaginado que usted blasfemase de los Blackstone, familia tan querida y respetada en Pluckley. ¿Se ha referido ante sus feligreses en esos términos? Dudo que se lo permitiesen.

—Nadie los conoce —objetó entre dientes.

—Usted es tan pecador como él. Está levantando falso testimonio de una persona inocente de buen corazón —me vengué. Tuvo efecto inmediato, pues ante mi alusión pegó un brinco.

—Su final será como los de todas las mujeres Blackstone: ¡muertas! —exclamó con la boca llena de saliva—. Las matan entre sus fauces, son licántropos, aquí lo dice. —Alzó el libro del que no se separaba.

—Su locura está yendo demasiado lejos. Mantenga silencio sobre este tema, le auguro que nadie lo creerá. —Di media vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

Él se hizo oír.

—Nunca diga nunca, señorita Morgan.

Apuré el paso para alejarme cuanto antes de ese hombre al que ya ni reconocía, estaba perdiendo la cordura por unas creencias que eran más fantasía que realidad. Ojalá alguien pudiera

desenmascararlo. ¿Quién sería el valiente que se atrevería a denunciar a un tipo que tiene el favor de todo un pueblo y quedar ileso? Nadie. Esa pregunta era una quimera.

Respiré tranquila una vez que, frente a mí, apareció la majestuosa mansión. A la entrada me esperaba Killian. Nada más verme, salió a mi encuentro. Su cuerpo destilaba cierta desazón que solo había observado durante mi estancia aquí. Mi percepción era acertada.

—Tardaste en llegar, estaba preocupado. —Me tomó el rostro entre sus manos—. ¿Va todo bien? —No era tonto, algo se imaginaba.

En sus ojos discerní que no me estaba mintiendo sobre sus sensaciones. Yo tampoco podía engañarlo.

—Bueno...

—¿Qué ha ocurrido? —persistió.

—De camino aquí me he encontrado con el pastor Craven.

—¿Se propasó? —Oteó por encima de mi cabeza los alrededores de la finca, al tiempo que sus manos bajaron a mi cintura, aferrándose fuerte—. No te ha seguido —afirmó.

—Lo de siempre, improperios y calumnias, sobre todo hacia tu persona.

—Qué raro —dijo, mordaz.

—¿A qué se debe esa animadversión?

—Mereces saberlo y te lo resumo en pocas palabras: se negó a darle la extremaunción a mi padre en su lecho de muerte. Según él, era una criatura que no se lo merecía. Es una simple disculpa, detrás hay un motivo más terrenal.

Fue exhaustivo en sus explicaciones. Yo no quise indagar en esa parte final que no aclaraba mucho. En su sano juicio, cualquiera apoyaría su comportamiento hacia el pastor, ya que no era muy digno de un religioso privarle a un moribundo de su voluntad y concederle el último sacramento, aún más al tratarse de la familia benefactora de la parroquia. Killian era de admirar, solo en privado se mostraba arisco con él. Si me hubiese sucedido a mí, actuaría de otro modo.

—¿Sabe el pueblo ese suceso? —Esta pregunta no era baladí. De los años que llevaba viviendo en Pluckley jamás oí hablar mal a nadie de los Blackstone, sino todo lo contrario, se referían a esa familia con sumo respeto. De puertas para dentro, en cada casa se barajarían diferentes opiniones.

—No, solo el servicio al que Alfred dio orden de no contar nada.

—Mi abuela comparte tu desagrado.

—¿Tú por qué crees? —Negué con la cabeza—. Fiona estaba presente en ese momento.

—¿Qué?!

—Me ayudaba a cuidar de mi padre en aquella época. Lo hizo de modo desinteresado y siempre le estaré enormemente agradecido. —Inspeccionó una última vez la zona—. Venga, entremos.

Lo que en un principio iba a ser un nuevo encuentro —gozar de una tarde más de nuestra mutua compañía—, se tornó en horas nubladas por mis recientes descubrimientos. Como Killian tenía que terminar unas anotaciones sobre unos negocios que compartía con sus mejores amigos en la capital, pasamos varias horas en su despacho: él concentrado en su trabajo; yo leyendo, empero,



lo observaba a hurtadillas. La voz de mi padre resonó en cada hueco de mi mente: «En él veo nobleza de espíritu». No se equivocaba. Por otro lado, consideraba normal que no hubiese perdonado a Thomas, no se lo merecía. Lo más increíble era que su obsesión por esta familia no era reciente. Me compadecía de él, tener que bregar con la locura de ese hombre no debía ser fácil y más al intentar contra su familia.

Al no poder quitarme de la cabeza nada de lo sucedido ni de la escueta historia que Killian me había contado, me dispuse a marcharme en cuanto él terminó sus quehaceres. No me lo permitió.

—Tengo una sorpresa para ti. —Se encogió de hombros cual chiquillo.

—¿Una sorpresa? —No me fiaba, quizás fuese un ardite para no permitirme marchar.

—Sí. Debemos esperar a la noche cerrada.

—Yo...

—No te arrepentirás. ¿Confías en mí? —Asentí en silencio y él me dio un beso en el pelo.

Me quedé. Me pudo la curiosidad. Killian envió a Alfred para que avisara a mi abuela de mi demora.

En absoluto me pude figurar lo que era, pues la magia, la fantasía y la realidad formaron una conjunción única que rozaba casi lo inverosímil.

Debíamos esperar a que cayese la noche. Al cabo de varias horas, su manto ya había cubierto las colinas y las convirtió en meras siluetas casi siniestras. Salimos de la mansión cogidos de la mano por la puerta que daba a los jardines. Killian me guiaba por el empedrado. Me paré unos segundos para observar cómo el contorno y la superficie de la mansión se camuflaban en la oscuridad. Las luces de algunas ventanas parecían sacadas de la nada. Tiró de mí para continuar el camino. No tenía idea de adónde íbamos o cuál sería esa sorpresa que tanto lo emocionaba. Nuestros pasos quebraban el silencio que nos rodeaba. La naturaleza guardaba un mutismo un tanto impropio de ella. ¡No se apreciaba nada! Estaba segura de que si estornudásemos se oiría a kilómetros a la redonda. Y allí estábamos nosotros, como dos zagales escabulléndonos de la vista de inoportunos. Él se apuraba cada vez más, lo que me producía cierta inseguridad por mi falta de visión.

—Killian, no puedo seguirte el paso, apenas veo...

De repente, me vi alzada por unos robustos brazos y apoyada contra un pecho que parecía forjado en acero.

—Sé el camino de memoria —me susurró en el oído—. Así irás más protegida.

—¿De qué?

—De un accidente. Me niego a entregarte a tu abuela con una pierna o un tobillo rotos.

—Exagerado —me burlé.

—No lo soy.

Comenzó a caminar de nuevo con cierta rapidez.

—Si te peso...

—No.

—Peso demasiado —protesté.

Pegué la nariz a su cuello, que desprendía ese olor tan característico de él: fresco con ese toque a musgo. Percibirlo me hizo sentir en casa, segura, mi ser reaccionó abriéndose; mi corazón se desbocó al igual que si fuese yo quien corriese. Creí que mi sitio estaba ahí, junto a sir Killian. Cerré los ojos, embriagada, perdí la razón, el decoro me abandonó, y deposité un suave beso en la fría piel de debajo de su oreja. Él emitió un leve rugido que se quedó atrapado en su garganta. Ese sonido despertó el deseo en mí.

—Para o doy la vuelta —me amenazó.

Volví a besarlo. Esta vez me envalentoné y rocé su suave piel con la punta de la lengua. El gusto era un poco picante debido, quizás, al sudor.

Él volvió a parar.

—Jo, soy un hombre sensible a tus reclamos, por favor, no sigas. —Su voz estaba ronca por el deseo que mis caricias le procuraban. Yo no podía parar, me gustaba el sabor de su piel—. Tú lo has querido. —Inclinó la cabeza para buscar mi boca y besarme. Aquel no era un beso más, llevaba impreso el sello de la pasión que se había acumulado tiempo atrás y que anhelaba por salir y consumirnos. Nuestras lenguas emprendieron un seductor vals que me embriagó. Las dos se azuzaban en una lucha que prendían el fuego en mi bajo vientre. Quería más. Ensortijé mis dedos en su cabello para pegarlo a mí. Éramos labios con sabor al vino de la cena. Fue él quien se separó primero y por causa de ese abandono percibí el frío de la noche.

—Mejor será que continúe el camino o mañana nos arrepentiremos de lo que aquí suceda.

Dicho y hecho. No me permitió protestar. Gracias a la oscuridad no vio mi decepción.

—Ya hemos llegado. —Me bajó, manteniéndome frente a él—. Ve girando poco a poco.

Hice lo que me pidió. Mis ojos se toparon con un bosque encantando. Estábamos en el lago, el cual me costó reconocer, ya que esa clara noche, en la que se podía contemplar sin problemas la esfera aun no perfecta de la luna, se había transformado en un lugar mágico. Sus tenues rayos se reflejaban en las cristalinas aguas, coloreándolas de una tonalidad vibrante de azul, entretanto la hierba que lo rodeaba se bañaba de un amarillo oro y las hojas del sauce eran luciérnagas que se habían quedado atrapadas entre sus ramas. Aquella maravillosa estampa te hacía creer que todo era posible, que la magia existía, que era un refugio de criaturas fantásticas, incluso que, en noches en las que había brisa, silbaba viejas historias de amor o antiguas melodías de otras épocas. Allí, de pie, comprendí por qué era parte de una leyenda: cualquier suceso extraordinario podría ocurrir. Los límites entre lo mágico y lo real se diluían, dando paso a un extraordinario mundo por descubrir habitado por hadas. Era incapaz de parpadear, solo movía la cabeza hacia todos los lados para no perder detalle.

—¿Te gusta? —quiso saber, pegando mi cuerpo al suyo.

—Es... es... precioso. —Lo contemplé una última vez, antes de girarme hacia él—. Gracias por haberme traído.

—Es tuyo.

—¿Qué? ¿Como qué...? —Posó dos dedos sobre mis labios.

—Es tuyo, todo lo que tengo, todo lo que soy. —El azul de sus ojos se tornó acuoso.

Se inclinó sobre mí y, sin recobrarne aun de su confesión, me besó de nuevo en los labios.

Esta vez fue suave, sin prisa. El movimiento sedoso de nuestras bocas provocó que la cadena, que se había creado a partir de nuestra conexión, tirase de mi alma.

Fue la primera vez que sentí su corazón dentro de mí.

\*\*\*

Aquella mágica noche en el lago, nuestro vínculo se estrechó.

Comenzamos a compartir la necesidad de pasar o gastar más tiempo juntos, tanto era así que las horas volaban demasiado rápido. Mis sentimientos relegados hacia él, poco a poco, se fueron desprendiendo de lo más profundo de mis entrañas e iban calando hondo en mi corazón, su hábitat natural. Cada vez veía más claro que a su lado mi libertad no estaba en peligro, como había sucedido aquellos días en los que estuve en Blackstone Hall. Podía ser sincera con él que no me cuestionaba, menos aún imponía su raciocinio; podía surgir un debate, pero me permitía ser yo misma. Mi padre estaba en lo cierto.

Con sir Killian la palabra amor cobraba unos tintes que jamás imaginé que tuviese. Siempre hacía alguna demostración. Una tarde, entre bromas, me hizo partícipe de un nuevo secreto.

Estábamos sentados en el campo detrás de la casa de mi abuela. Sir Killian estaba tumbado con la cabeza en mi regazo. Mis dedos surcaban el oscuro océano de sus cabellos.

—Todavía recuerdo el primer beso que te di —confesó con ilusión.

—El primer beso es un gran tesoro que una mujer le concede a un hombre.

—Uno que yo te robé —criticó su acto con cierta acidez.

—No, no me lo robaste, no seas tan petulante. Te permití que lo hicieras, por lo tanto, ya no es un hurto.

—¿Un regalo?

—Puede. —La intriga quedó suspendida en el aire. Yo también anhelaba que me besara. No iba a decírselo, no de momento.

—Tú eres mi mejor regalo. Me has mostrado que tengo una oportunidad en el amor. Siempre he creído que no había espacio para mí.

—¿Por qué? —inquirí asombrada por ese pensamiento.

—Nunca antes había estado enamorado. Tú eres la primera y serás la última —afirmó, terminante—. Muchos hombres subestiman el corazón. Erran. A mi parecer, es inconmensurable, misterioso, con un toque místico del que nuestra existencia se nutre.

—Debo darte la razón...

—¿¡Tengo razón!?! —fingió sorpresa. Puso una mano en mi frente—. Creo que la exposición al sol te está afectando.

—Estoy muy bien, gracias.

—No lo creo, has dicho que tengo razón.

—Como si nunca te la hubiese dado.

Sopesó la respuesta moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Creo recordar que te cuesta reconocerlo. —Apretó los labios para contener la risa.

—Sí, es verdad. Aunque en este caso es relativa. Más que inconmensurable diría yo que es insondable, te guía por derroteros que jamás barruntarías pasar por ellos... —Medité un momento

—. Es inescrutable —dijimos al unísono. Nos echamos a reír.

Me observó embelesado. Me sujetó por la nuca para acercarme a su boca y darme un beso

Las siguientes dos semanas pasaron en un suspiro. No obstante, el devenir de los acontecimientos se tornó diferente a lo que yo misma deseaba. El flirteo ya no era un asunto solo de uno, sino de dos. Nos seguíamos las bromas y todo lo que se prestase. Fueron los mejores días de mi vida.

A medida que mis sentimientos por él se iban afianzando, los suyos se iban disipando y lo debían carcomer por dentro, pues su deterioro físico era más notable: ojeras, mejillas hundidas, aspecto cansado... ¿Qué le estaba sucediendo? Las dudas me invadían, me cargaban tanto el alma que solo podía arrastrarse. Seguíamos viéndonos, sin embargo, se había instalado entre nosotros un inmenso abismo que yo sola no era capaz de salvar. Estábamos juntos y separados a la vez. «¿Puede suceder eso?», me volvía a preguntar. Esa era una de las múltiples cuestiones que me repetía constantemente. El pensamiento que arrinconaba en el agujero más oscuro de mi mente era ese que me gritaba que Killian se había cansado de mí al ponérselo tan fácil mi padre. Eso no podía ser, sino ¿a qué venía tanta declaración? ¿Es que él se estaba convenciendo a sí mismo? No lo creía.

—¿Qué piensas? —quiso saber, devolviéndome a la realidad. Él estaba apoyado en el quicio de la ventana de su despacho.

—Nada —le mentí. Mas un pellizco en la boca del estómago me empujó a encararme a él—. La pregunta es ¿qué te pasa a ti?

Killian alzó las cejas sorprendido. Lo había atrapado, de ahí que en cuestión de segundos su rostro palideciese.

—Sé que te ocurre algo, desde hace días apenas me miras, no me das conversación y siempre dejas un espacio entre los dos. ¿Por un instante has pensado que no me iba a percatar?

—Jo... Jo, yo... —No se atrevía o no quería decir nada.

—¡Yo qué!

Bajó la cabeza escondiéndose de mí. Nunca antes lo había hecho, siempre había dado la cara para amonestarme o tranquilizarme.

—Desde que nos conocimos te he percibido cercano a mí, no me dejaste sola en mi recuperación y ahora... Ahora estás tan lejos que no puedo alcanzarte. —Me acerqué a él y tomé sus manos entre las mías. Estaban congeladas. Intentando proporcionarle algo de calor, me las

llevé a la boca y expulsé en ellas mi aliento. En su piel todo se enfriaba—. ¿Estás enfermo? Por eso estás así.

—No —desmintió lacónico sin mirarme.

—¿Entonces? ¿Es por algo que dije? ¿Qué hice? ¡Dímelo, por favor! —La desesperación se apoderó de mí. Me agarré más fuerte a sus manos para controlar las convulsiones que empezaban a sacudir mi cuerpo y que fueron abriendo un hueco en mi pecho, a través del cual oía el eco de los latidos de mi corazón cada vez más apagados. Levantó la cabeza.

—No he sido sincero contigo en todo este tiempo. —Se soltó de mí sobrepasado por los derroteros de la conversación. En dos zancadas fue hacia su escritorio, se colocó en el borde que atrapó entre sus manos.

—¿Qué?

—No es por ti, es por mí. Me he engañado y, por ende, te he engañado a ti.

—Eres sincero y de buen corazón.

—No soy así. —Sus azules ojos se alzaron hacia mí reverberantes de una profunda tristeza que me desgarró por dentro.

El desconcierto de aquella declaración empezaba a dar paso a la ansiedad. Acorté la distancia que él había interpuesto entre nosotros.

—No, no puede ser.

—Es la verdad.

—¡No! Killian no eres hombre de embustes.

—Nadie sabe que mi vida está construida en una mentira.

—Eso no es cierto...

—Lo es —me interrumpió. Su áspera voz, fruto de la aprensión, me raspó los oídos. Me mantuve callada para que continuase—. Tu aparición me hizo creer que todo era posible, que todo estaría bien, que podía conciliar mi... —enmudeció al darse cuenta de lo que iba a declarar.

Yo no se lo iba a permitir. La impaciencia ante su silencio me alteraba. Lo peor fue palpar que nos alejábamos aún más.

—¿Conciliar qué?

Negó cabizbajo, en silencio.

—Killian no puedes dejarme así. —Se mantenía firme en ese mutismo que a mí me laceraba. Lo así por un brazo—. ¡Habla! ¿Qué es lo que debes conciliar?

—No lo comprenderías. —En su expresión leía la lucha interna que mantenía consigo mismo.

—¡Ayúdame a entenderte! —El temor a lo que siempre tuve miedo reapareció violento—. ¿Estás prometido a otra mujer? ¿Estás casado? —Respiraba con dificultad, ya que no quería creer que él me ocultase algo de ese calibre.

—No, estoy soltero, empero, no soy el hombre que todos creéis que soy. Por mucho que me duela, el pastor Craven tiene razón. —Sin parpadear me dio su última confesión—: Soy un licántropo. Esa es la razón por la que no puedo hacer una vida normal fuera de Pluckley; me

condiciona en todas mis relaciones; me condiciona a no poder estar contigo sin poner en riesgo tu persona.

No sabía si reír o llorar por aquella fantasía que se había inventado. De hecho, tardé tiempo en reaccionar a ese chiflado comentario.

—¡Qué locura es esta! —exclamé aún aturdida—. ¿Tú te estás escuchando?

—Es la verdad.

—¿De dónde has sacado semejante disparate?

—Jo, eso es lo que soy.

—¿Y tú no comprendes que no puedo creerte? Me estás tomando por una idiota del tres al cuarto. ¡¿Cómo vas a ser un hombre lobo?!

—La historia que narra el tapiz de la biblioteca es la historia de mi familia. La leyenda sobre el hombre lobo es cierta. Lo que nadie sabe es que somos lo Blackstone.

—No, no, no. —Di un paso hacia atrás. Lo único cierto era que mi cuerpo temblaba y un nudo alrededor de mi garganta se iba formando.

—¡No son tonterías, Jo! —me gritó—. Los lobos que te atacaron, viven aquí. Frederic, Giles y Jeremy son mis hermanos; optaron por su forma animal. Ellos fueron a buscarte porque solo les hablaba de ti. Fui débil, egoísta, mi deseo de estar contigo era mayor que mi deber a dejarte ir.

—¡No te creo! —le grité.

Killian se frotó los ojos con las manos, frustrado. Al volver a mirarme, se estiró cuan alto era y su expresión cobró una fiereza que una sensación de peligro me cubrió.

—¿En serio no te has percatado de que en las noches de luna llena desaparezco? ¿O que al día siguiente al plenilunio lo paso durmiendo? —Sí, me acordaba de ese detalle. Fue el día que bajé a las mazmorras. De repente, las imágenes de las cadenas, de los huesos, de los harapos se fueron sucediendo por mi mente—. ¿No fuiste tú la que te quejaste que me acercaba a ti de modo sigiloso? ¿De dónde crees que viene el buen oído y olfato que tengo? Y la frialdad que sientes al tocarme procede de ese ser sobrenatural que soy.

—¡Déjate de sandeces! —Mi paciencia se estaba acabando con ese desatino.

—Sabes que tengo razón. No es una decisión a la ligera, lo he pensado más de lo que tú te crees. Desde que nos conocimos tengo dudas, sabía que no debíamos estar juntos por mi condición, por eso debo dejarte marchar.

Me llevé las manos a la cabeza sin dar crédito.

—¡No pienso irme! No me iré. Sé un hombre y ten las narices de contarme la verdad.

—¡Esa es mi verdad! —Alzó el rostro al techo, impotente—. No tienes ni idea lo que me ha costado tomar esta decisión; me ha robado horas de sueño dar este paso; lo he meditado mucho estos últimos días con mis hermanos, y me gané su recelo porque no están de acuerdo. Me he roto el corazón por ello. No es baladí, te estoy poniendo en peligro y debo ponerte a salvo. Me he rebanado los sesos para hallar el mejor remedio... No lo hay.

—No, no, me niego...

—Josephine, ¿es que no te das cuenta de que prefiero mil vidas observándote de lejos que una en la que te pierda para siempre? No quiero dañarte; hoy por la noche es luna llena, no me lo perdonaría, jamás. No quiero ser la causa de tu muerte, como mi padre lo fue para mi madre. No podemos estar juntos. Créeme, es la solución más acertada.

—¡Sí que podemos! No me harás daño, nunca me lo causaste y nunca me lo harás. Confío en ti, Killian. —Aquel era mi último cartucho para retenerlo a mi lado.

—Soy yo quien no se fía de mí mismo, sé de lo que puedo ser capaz. Fui testigo de cómo mi padre, convertido en bestia, mató a mi madre, y me prometí a mí mismo que jamás pondría en peligro a nadie. Es mi deber ponerte a salvo.

Cansada y derrotada ante tanto dislate, de tanta historia extravagante de licántropos que nadie con un mínimo de sesera se creería, di un paso adelante para hacer frente a lo que él, por motivos que me eran desconocidos, no era capaz. Desde que nuestros caminos se habían cruzado lo había tenido por un hombre sincero, allí en ese instante ya no podía discernir si Thomas o él habían perdido la cabeza, o cuál de los dos estaba más loco.

—Mírame a los ojos y dime que no me amas, porque al fin y al cabo es de lo que se trata, no de licántropos —dije con las lágrimas picándome en los ojos, debido a que fui incapaz de salvar ese escollo que él se había empeñado a poner entre nosotros.

—Si con eso sé que te mantendré a salvo, es cierto, no te amo.

En aquel instante el infierno me engulló.



Me marché de Blackstone Hall de la manera más digna que aquellas últimas palabras me permitieron. No grité ni maldije. Lo hice en silencio. No permití que nadie me viese derrumbada. Fue ver la casa de mi abuela y el aluvión de emociones se desbordó. Salí corriendo. Al fin, las lágrimas que me había tragado se derramaron. Eran las lágrimas del corazón, ya que el disgusto me hundía en una lúgubre tristeza que me desolaba. Quería desaparecer. Nada más entrar subí directa a mi alcoba, pegué un portazo, aprovechando que mi abuela no estaba, y me tiré en la cama.

«Es cierto, no te amo», esa frase que mi mente repetía una y otra vez, provocó que los sollozos se volvieron más convulsos. Hundí la cara en la ropa de cama y grité. Tenía que sacar para fuera la rémora que soportaba tras esa situación, así como el daño que Killian me había infligido.

—¡Por qué, por qué, por qué! —golpeé el colchón con el puño presa del abatimiento que se iba apoderando de mí.

Me abandoné a la desesperación que me provocaba haber sido tan estúpida de confiarme a un hombre que se inventaba embustes irreales para no asumir la verdad. En un arrebato, me levanté, cogí el libro que me había dado y saqué la carta de mi amiga, la cual rompí en mil pedazos, para luego patear ese libro que estampé contra el suelo. El único recuerdo tangible que me quedaría de Killian. A cada puntapié mi furia iba en aumento hasta que, poco a poco, se hacía más palpable la percepción de que me vaciaba por dentro. Cansada, me acosté de nuevo llorando. Ahogada en mis sollozos, sucumbí al sueño.

Me desperté horas más tarde con el ruido de alguien trasteando en la parte de abajo de la casa. Mi abuela había llegado, a saber cuándo. Me senté en la cama, nada más erguirme un punzante dolor de cabeza, producto de los nervios que me domeñaban, me encogió. Era el único síntoma de que seguía viva. No volví a acostarme, me abracé a las piernas que protegían mi yermo pecho; con manos nerviosas me separé los mechones de pelo que se me habían desprendido del moño y que se me habían pegado a la humedad de las mejillas. Apoyé la cabeza en las rodillas mientras mi ojos se perdían en un punto invisible de la oscuridad que procedía del exterior, una muy similar a la que me rodeaba, pues mi mundo ya no tenía sentido. Otro dolor, mucho más sordo que el de la cabeza, me roía el corazón. Ese era insoportable, ya que iba mermando mis fuerzas al ser consciente de nuevo de todo lo acaecido, lo que me llevó a permanecer quieta. No quería

advertirle a mi abuela de mi presencia, ya que mi deseo era estar sola, además, ¿qué iba a decirle? ¿Cómo podía explicar las insensateces de Killian sin quedar en ridículo?

«¿En serio no te has enterado de que en las noches de luna llena desaparezco? ¿O que el día siguiente al plenilunio lo paso durmiendo? Es la historia de mi familia. Soy un licántropo». Esa palabra hizo que de mis ojos se precipitaran nuevas lágrimas y me mojaran el vestido. Levanté la cabeza para limpiarlas. Respiré varias veces para no hipar. Debía mantenerme en silencio. Volví la vista y en una esquina de la ventana percibí el claror de la luna y un nuevo recuerdo me asaltó: «hoy por la noche es luna llena».

—Luna llena —repetí.

En aquel mismo instante, un impulso insano me llevó a cometer el acto más imprudente de mi vida: regresar a Blackstone Hall para cerciorarme de que se había inventado esos embustes porque el muy cobarde no se atrevía a decirme que no me amaba y se había precipitado en sus requerimientos amorosos.

Paciente, esperé a que el tiempo transcurriese; a que mi abuela, como ya era una costumbre, se quedase dormida en la salita, esperándome. Aproveché todo eso, para escabullirme, lámpara en mano, al camino que me llevaría otra vez a aquel lugar. La naturaleza estaba más que tranquila, estática, como si el poder de la luna influyera en ella misteriosamente. Atravesé el bosque y, en los lindes de la propiedad de los Blackstone, me paré.

—Vamos, Jo, no te echas ahora atrás. Debes desenmascarar al embustero —me animé.

Continué, mas una duda me asaltó, ¿adónde debía ir? Medité durante un rato. Según la leyenda, la luna descubrió al lobo en el lago, ¿debía dirigirme ahí? Sin tenerlo muy claro, pasé la explanada principal de la mansión, crucé los jardines y, con cautela, bajé hacia aquella zona en la que nos habíamos regalado besos, caricias y casi habíamos sucumbido a la pasión. Gracias a la claridad del astro, pude recorrer mi camino sin incidentes, además, me permitió admirar cómo sus excelsos rayos le daban una cara lujuriente a la arboleda, al césped, en general, a la vegetación que me rodeaba. En las relucientes aguas cristalinas, esos mismos rayos se bañaban danzando al son de una brisa que yo no notaba. No obstante, otra visión captó mi atención. Era un hombre arrodillado; apoyado sobre sus manos esperaba con la cabeza escondida entre sus hombros. ¡Era Killian! Cuando me disponía a acercarme, un gemido quedo me detuvo. Terminé agazapada entre dos troncos. Lo siguiente que vi me hizo morderme los labios y taparme la boca con ambas manos para no chillar de horror.

Killian alzó la cabeza con una mueca de pánico. Abrió la boca emitiendo un quejido que derivó en otro más agonizante. Su apolíneo rostro se deformó: la nariz y la boca se abultaron para tomar la forma de un monstruoso hocico; los dientes se separaron y se alargaron en unos temibles colmillos, a la vez que los ojos se le hundieron en las cuencas. El cuello se hinchó en un principio para encogerse de repente.

La energía de la metamorfosis le hizo echar el pecho hacia delante. Era como si todos los órganos le fuesen a salir del cuerpo. La piel se tornó fina como la seda, tan traslúcida que se

podían ver las venas y, en menos de un segundo, como si se volteara, el vello de su torso se convirtió en un espeso pelaje blanco, brillante, que se unía a sus cabellos, cada vez más largos. Las orejas se estiraron hasta adquirir una forma puntiaguda y se posicionaron detrás. Testigo de esa aberrante mutación, me sujeté a un tronco. De nada me valió, ya que me fui escurriendo al suelo. ¡No podía sostenerme! Jamás había temblado tanto de miedo. El corazón me latía tan violento que me creaba presión en los oídos. No supe en qué momento las lágrimas brotaron de nuevo, solo sentí el calor que su reguero dejaba en fría mi mejilla.

No lo había visto todo.

Cual títere de una violenta energía oculta, la espalda se le arqueó; desde mi sitio podía hacer recuento de las costillas, sin embargo, lo más grotesco fue cómo los huesos de la columna le serpenteaban, tensando la piel que se terminó por rajarse. De donde debía brotar chorros de sangre, solo salía más pelo. Todas las extremidades se le desgajaron: primero, los tobillos le desaparecieron; las rodillas se dislocaron tomando otra posición, al igual que los muslos, que perdieron toda la grasa corporal, quedando solo los huesos y los tendones. Las caderas se le encogieron, los hombros se afilaron y los dedos se le retrajeron en pezuñas.

Una vez finalizada la metamorfosis, el miedo se mezcló con la consternación y la sorpresa: un lobo le aulló a la luna. En él reconocí al lobo del bosque, el mismo que había salvado de las batidas. El que había intentado buscar en vano, pues él me había atrapado a mí con su forma humana: Killian Blackstone.

No me había engañado ni en esos horribles momentos. Siempre me había dicho la verdad, pero la realidad era mucho más dolorosa y no me quedó más que darle la razón: no podía estar con esa bestia.

Salí de la propiedad cuando los cuatro lobos —no sabía de dónde habían salido los otros tres—, se perdieron en la espesura que rodeaba el lago. Corrí todo lo que me permitió el vestido sin mirar atrás. Entré en casa exhausta, cansada, fatigada. Mi abuela se despertó con mi llegada y se asustó nada más verme.

—¡Por Dios, Josephine, niña! —Me sujetó por los hombros—. Estás aterida, ¿qué tienes?

—No me siento nada bien, abuela. Me voy a la cama.

Ella me ayudó a desvestirme y, antes de echarme a dormir, me obligó a tomar un taza bien caliente de té, según ella para conciliar el sueño.

Esa noche no pude dormir. Las aterradoras imágenes de la transformación de Killian me asaltaban cada vez que cerraba los ojos. En mitad de la noche comprendí que allí, en el lago, algo en mi interior se desprendió. Todavía no podía darle nombre. La angustia y la consternación se iban apoderando de mí, al igual que la pena al recordar la expresión de dolor de Killian.

Los dos siguientes días a aquella noche los pasé en cama, confinada en mi dormitorio. Mi cuerpo no podía expulsar ni el susto ni el miedo acumulados. El ánimo no me acompañaba y el dolor de la pérdida se me iba incrustando en las entrañas como un clavo ardiendo que me desgarraba. Aguantaba todo eso en silencio, por lo que la preocupación de mi abuela aumentaba según pasaban las horas. Mi apetito también desapareció. Solo para tenerla un poco contenta bebía alguna taza de té. El estómago no me admitía alimento sólido.

Al tercer día, sola en casa, esa mañana, decidí bajar. El ambiente caldeado, casi enfermizo, que se había asentado en mi alcoba me alteraba. Bajé las escaleras apoyada con una mano en el pasamos y la otra en la pared, las piernas apenas podían con el peso de mi cuerpo. Arrastré los pies hacia la salita, allí me senté en el sofá. No clavé la vista en un punto determinado de aquel pequeño espacio que tan bien conocía ni me paré a observar la decoración, solo me dejé arrastrar por la dolorosa apatía que reinaba en mí a partir de la ruptura con Killian. Me nublabla la mente, me alejaba del mundo y solo era consciente del pesar de mi corazón, ese al que él le había dado alas permitiéndole volar libre. Él, sin saberlo, lo había desligado del yugo en el que yo misma lo había apresado. De repente, los golpes del llamador me dieron un susto de muerte. No iba a acudir a la llamada, pero la persona era insistente. Me levanté de nuevo; tenía la sensación de que la cabeza me daba vueltas, no me quedó más remedio que apoyarme en la pared. Estaba mareada y

débil. Al otro lado de la puerta estaba Thomas. Su rostro lozano y fresco mudó nada más verme, no supe si por mi aspecto o por compasión.

—Pastor Craven... —Oí mi voz lejana.

—Señorita Josephine, yo la sostengo. —Me agarró por la cintura ante mi inminente caída. Ya era la segunda vez que me salvaba.

Entró conmigo sujeta por la cintura y cerró la puerta.

—¿Adónde debo llevarla?

—A la salita. —Levanté sin fuerza el brazo para guiarlo.

Me dejó en el sofá con delicadeza.

—¿Mejor?

—Gracias.

—¿Qué le ha pasado? —inquirió con suavidad.

—Mi salud sigue renqueante. No está tan repuesta como esperaba. —Di un suspiro al final.

No contestó. Tras un rato de insoportable silencio, se agachó delante de mí, hincando una rodilla en el suelo. Se limitaba a mirarme sin decir nada, lo que me alteraba bastante.

—¿Qué le trae por aquí?

—Me he enterado esta mañana de que no se encontraba bien y, en mi recorrido de visitas a otros enfermos, me tomé el atrevimiento de pasarme por aquí.

—Se lo agradezco.

—Es usted muy amable por esas palabras tras las últimas veces que nos vimos. —Chasqueó la lengua en gesto de autocrítica—. Perdóneme por no haber creído los comentarios sobre su salud.

—Tampoco a mí, no me sorprende —le reproché.

—Lo sé y me arrepentiré siempre. Fui un insensato. No hay disculpa que valga y no tiene por qué creerme. Los celos me pueden. —Fruncí el ceño. ¿Thomas celoso?—. Celoso porque siempre la he amado y es otro el que tiene sus favores, el que puede abrazarla... —Cerró los ojos, agitando la cabeza—. Todo eso se juntó a otras circunstancias que me agriaban el carácter...

—Las batidas —lo interrumpí para no seguir escuchándolo.

—Gracias al cielo que se han terminado. —Respiró aliviado.

—¿Ya no salen los hombres?

—No, desde hace días. No dieron los resultados esperados. Fue un cúmulo de sucesos que me desviaron del camino correcto.

—¿Qué hay del tema de los lobos? —Quise saber, ya que estaba muy obsesionado.

—Nada. No hay, son cuentos de viejas, historias intrascendentes que quedan muy bonitas en las hojas impresas de un libro.

No lo puse en entredicho. Había algo de veracidad en todo ello, al menos para mi mente ofuscada.

—Yo no me perdonaré. Usted nunca me ha parecido persona de embustes. Es una mujer inteligente, mesurada, no alguien que se dedique a jugar con la gente o a inventar maledicencias, y

yo la acusé falsamente. No la traté como era debido.

—Ya pasó, pastor Craven.

—Y además comprensiva y piadosa. —Me dedicó una sonrisa triste—. Su prometido debe estar orgulloso de usted.

—¿Mi prometido? —fingí sorpresa. No me interesaba que se cerciorara de lo que hubo entre Killian y yo.

—Sir Killian Blackstone —pronunció su nombre sin un rasgo de odio.

—Le mentí. —Bajé la mirada de manera avergonzada hacia mis manos que se retorcían—. Me cogió en un día que no quería hablar con nadie y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Entiendo. —Miró el reloj apurado—. Debo marchar, otras familias me están esperando. Si viene a bien, volveré a verla.

—Claro —acepté su ofrecimiento.

Se puso en pie. Antes de cruzar la puerta de la salita se volvió hacia mí, en ese momento vi al Thomas de antaño.

—En algo le fui sincero, señorita Josephine. —Esperé—. Mis intenciones de tomarla en matrimonio.

\*\*\*

En adelante, Thomas me visitó asiduamente. Los primeros días era de agradecer, pues me distraía de mis reflexiones; me proporcionaba ciertos momentos de tranquilidad y prestar atención a otras historias me permitía alejarme de mi vida. Al cuarto o quinto día le tuve que pedir a mi abuela que se deshiciera de él, no tenía ganas de ver a nadie. Ella no entendía la situación, era de esperar, y su preocupación no me favorecía.

—A ti te sucede algo, lo que pasa es que no quieres contármelo. —Unió sus manos delante del pecho—. No soy tonta, Josephine, tú nunca has sido la sin sangre que ahora eres. También te digo, debes aprender a confrontar los problemas de otra manera que no sea recluyéndote, porque ellos te persiguen igual, se prenden en el espíritu como la polilla a la madera.

¿Cómo explicaba lo inexplicable? No tenía palabras para relatar aquella noche. ¡Me tomaría por loca! El ánimo me había abandonado y ya nada me podía ayudar a levantarlo. Metida en la cama, lloraba en compañía de mi soledad. Ella parecía comprenderme. Pasaba horas abrazada a la almohada o mirando por la ventana la llegada del verano a la campiña inglesa. Aquella alegre visión, esa algarabía de vida y color, no armonizaba conmigo, ya que había perdido la sintonía con mi vida.

¿Así era como te dejaba el amor?

En esos instantes empaticé con Easter, comprendí el sufrimiento que padeció en el pasado tras ser abandonada por el hombre del que estaba enamorada y que la había dejado encinta. Las dos situaciones eran incomparables, mas seguían un patrón similar: las dos habíamos perdido a quien

amábamos. Ese era el sentimiento que me laceraba por dentro. El pesar más grande que en mi vida había padecido. Mi mundo antes de conocer a Killian era ordenado, seguro, pocos elementos adicionales lo alteraban. En cambio, postrada en la cama, sin un minuto de sosiego posible, en ese encierro en mi alcoba, cualquier ruido por leve que fuese me estremecía y rompía a llorar de seguido. En más de una ocasión esperaba que él abriese la puerta y me dijese que todo había pasado, que había sido una pesadilla. Mi mundo, mi vida, se había convertido en un caos debido a la sensación de pérdida, a la rabia de saber que no me había engañado, sin embargo, no podíamos estar juntos, eso último añadía un dolor sin límites. Era incomprensible cómo en tan poco tiempo la felicidad se podía trincar y la ilusión se transformaba en un mar de tristeza que me ahogaba en sus oscuras profundidades; cómo la alegría daba paso a la desesperanza más cruda.

—Lo amo, lo amo. Siempre lo amaré —declaré con voz ahogada.

Decirlo en alto me supuso, primero, reconocerlo; segundo, la cadena que se había creado entre Killian y yo le pegó un tirón a mi maltrecho corazón.

La locura me rondaba. Mis estados de ánimos eran alternos e incomprensibles, podía pasar de la risa casi histérica que había asustado a Thomas en una de sus visitas sorpresa al llanto más amargo. La causa no era otra que la ausencia de mi otro yo: Killian. Me faltaba él y no poder recuperarlo me hundía en la más grande de las miserias. Y cada descenso era más hondo. No podía descansar, porque la densa oscuridad de la noche venía cargada con fantasmas del pasado que me reprochaban mis actos, incluso, mis propias palabras eran la fusta con las que me flagelaba, sobre todo, aquellas que no le había dicho.

Una de esas noches, mirando por la ventana, me fijé en la luna creciente. Todavía era una fina línea luminosa en la inmensidad de la bóveda celeste. Mi estado de ánimo era tal que, de repente, sentí la necesidad de desahogarme.

—¿Por qué me lo has arrebatado? —inquirí, poniéndome de rodillas en el colchón y pegando la frente en el cristal de la ventana—. ¿Por qué lo tienes cautivo de tu maleficio? Por favor, te lo ruego, libéralo, permítele amar sin miedo. —El vaho de mi aliento empañaba el cristal y la pequeña imagen del astro lunar—. ¿No te das cuenta de que lo amo?

Rompí a llorar de impotencia y de rabia. ¡¿Qué podía hacer?! La desesperación me consumía. Angustiada, me encogí apoyando la cabeza sobre mis rodillas.

—La luna del cazador —me susurró una etérea voz en el oído.

Me tensé.

—¿Quién anda ahí? —Solo obtuve silencio, entonces volví la vista a la luna. ¿Podría ser posible?—. La luna del cazador es mi... ¡La señora Hughes!

Mi mente se activó veloz y comencé a recordar algunas partes del día en que la conocí y la acompañé a casa tras su caída: «Él te está esperando desde hace mucho tiempo. Eres su cazador. Le perteneces. Te ha marcado con el beso del lobo, su magia fluye dentro de ti a través de la vena *amoris*», me tapé la boca con la mano derecha, mientras observaba la izquierda. ¡La cadena! ¿Pudiera ser que aquel lametón se hubiera convertido en la cadena que nos unía a Killian y a mí y

que sentía en mi corazón? Mi cabeza no paró: «Él te protegerá. Estáis predestinados. Tú le darás caza para salvarlo. No se deje engañar por las apariencias».

—Ella tiene las respuestas que necesito.

Sin meditarlo, sin saber qué hora era, comencé a asearme. Me lavé la cara con el agua fría que había en la palangana. Me vestí y me peiné, para luego esperar a que despuntara el amanecer en el horizonte. Desde hacía días el corazón no me latía con tanta fuerza y, al fin, podía vislumbrar una pequeña ilusión. En cuanto clareó, bajé a toda prisa las escaleras, alborotando la casa.

—¡A ti qué aire te ha dado! —Se asomó mi abuela por la puerta de su estancia, aún vestida con el camisón y su gorro de dormir—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Debo salir. —Me puse la capa que estaba colgada en el perchero.

—¡A estas horas! —Desaprobó—. ¡¿Es que has perdido el oremus?!

—Regresaré pronto.

—Jo, para, ¡Jo!

Ya estaba corriendo campo a través antes de que pudiera frenarme. Los rayos del sol avanzaban rápidos, aclarando el cielo de las últimas sombras de la noche; atravesaban hercúleos las algodonosas nubes, no obstante, era tan temprano que no habían tenido tiempo de caldear la tierra, por eso, a veces me daba la impresión de que la hierba crujía bajo mis pies, ya que la cubría el manto blanco del rocío.

Al cabo de lo que me había parecido una hora, así me lo demostraban los calambres de mis costados y el picor de garganta que me había ganado al respirar por la boca, vi la casa de la señora Hughes. Apreté más la carrera.

—¡Señora Hughes! —Subí al porche que estaba tal como lo había visto por primera vez. Aporré la puerta con el puño—. ¡Señora Hughes! ¿Está en casa? ¡Señora Hughes, es urgente! —No me di por vencida—. ¡Señora Hug...!

La puerta cedió a mis porrazos, abriéndose. Entré y una fragancia floral me dio la bienvenida. Ojeé el pequeño espacio a mi alrededor: todo estaba recogido, era como si nadie hubiese pasado la noche. No había nada fuera de lugar. Me adentré y mi cabeza chocó con un ramillete de alguna planta que tenía a disecar; en la chimenea, las humeantes ascuas me advertían que sí había estado.

—Señora Hughes —la llamé de nuevo. Nadie me contestaba.

Sí, había estado y yo llegué tarde. Cerré la puerta al borde de las lágrimas; si no la encontraba, nadie podría ayudarme. Decidí esperarla sentada en el porche iluminado por el amable sol que ya calentaba con más fuerza. Lo notaba a través de la tela del vestido, empero, no resultaron de consuelo. Mi cuerpo estaba aterido por los nervios.

Sabía perfectamente que, por mucho que esperase, ella no aparecería. ¡Tenía ese palpito! Las emociones que horas atrás parecían livianas se cargaron de nuevo sobre mi alma, la apresaron para vapulearla. Me enjuagué lágrimas para tomar el camino de vuelta a casa. Esta vez arrastraba los pies. «¿Por qué no me sale nada al derecho?», me recriminé. Lo había tanteado yendo a lo de la señora Hughes. Si no terminó bien, quizás fue porque así debía ser. Por otro lado, estaba



convencida de que detrás de sus palabras había un mensaje oculto que yo no era capaz de descifrar. No tenía modo de hacerlo. La fe recuperada se desvaneció en la nada. Me puse la capucha de la capa, era la manera de ocultar mi tristeza, de que nadie me parase; si lo intentaban, los ignoraría. Mas siempre había alguien inoportuno.

—¿Señorita Morgan? —la voz de Thomas me sacó de mis negativos pensamientos.

Se acercó a mí como si no hubiese un mañana.

—Pastor. —Disimulé con un amago de sonrisa.

—¿Qué hace por aquí usted sola?

—Decidí...

—¿Dar un paseo? —terminó por mí.

Asentí en silencio.

—Me disponía a regresar.

Retomé mi camino.

—La acompaño —afirmó, categórico.

—No, no hace falta de verdad...

—Señorita Josephine, no podría aguantar mis remordimientos si le sucediera algo.

No protesté. Anduvimos uno al lado del otro sin intercambiar más palabras. No podría explicar si era o no un silencio incómodo, no estaba en condiciones de analizarlo, tampoco era la persona adecuada para elaborar un buen juicio, ya que no estaba muy habladora. Entorné los ojos hacia él, parecía relajado, mantenía mi paso lento y juraría que no le importaba; su rostro, aunque severo, como lo recordaba, se mostraba tranquilo. Era cierto, el aguijón de la ansiedad lo había abandonado.

«No es como Killian», pensé. De pronto, frente a mí se me apareció aquel apolíneo rostro anguloso con ese marcado hoyuelo en el mentón; labios cincelados, un tanto gruesos, que me besaban con dulzura y un toque de pasión; nariz recta; sus brillantes ojos azules con esa beta marrón que lo diferenciaban del resto de los hombres; sus profundas miradas, solo con una a veces me leía la mente; otras, me sonreían; frente ancha, que la surcaban profundas líneas al alzar las cejas, tan expresivas ellas. Poco a poco, esa bella imagen se fue deformando hasta convertirse en la cabeza de un lobo. Un pinchazo en el corazón me detuvo.

—¿Está cansada? ¿Quiere que paremos? —inquirió con cierta inseguridad.

Las piernas empezaron a temblarme. A veces, el miedo quitaba lo peor de cada uno y en esos instantes fue lo que me pasó al mirar a Thomas. Me acordé, no supe la razón, de mi amiga Easter. Ella había conseguido ser feliz con otro hombre. ¿Por qué no me podía pasar igual?

—¿Su voluntad de casarse conmigo es verdadera?

—Por supuesto.

—Lo acepto.

*El amor se ríe de cada impedimento  
y se alimenta de obstáculos  
que parecen casi insuperables.*

*Modos de comportamiento en el amor y el cortejo, 1850*

En el mismo momento que de mi boca salió esa aceptación, me arrepentí.

Al llegar a casa, mi abuela estaba preparando la comida en la cocina. No debí contárselo, sin embargo, su insistencia por saber adónde había ido y por qué lloraba tan desconsolada me obligó a claudicar. Su desmedida reacción no se hizo esperar.

—¿Cómo?! —vociferó fuera de sí. Jamás la había visto tan furiosa—. Ahora sí que digo que has perdido el oremus, muchacha. ¿Dónde tienes la cabeza?! —No contesté, su mirada hablaba más que sus recriminaciones—. De verdad, Jo, tu comportamiento de estos últimos días está dejando mucho que desear. Me estás decepcionando. —Chasqueó la lengua—. ¿Cómo osas contradecir a tu padre?

—No lo estoy contradiciendo. —Me tragué las ganas de llorar.

—¿Sí, lo haces! Y lo peor de todo es que te niegas a reconocerlo —señaló acertadamente la parte que más dolía—. ¿Acaso él no había aceptado la proposición de sir Blackstone para contigo? —Dio un golpe en la mesa que me sobresaltó—. Jamás has rebatido a tu padre ¿y ahora vienes con estas? ¿Y sir Blackstone?

Fue oír su nombre y me dispuse a encerrarme en mi alcoba.

—¿Qué pasa contigo, Josephine?

Obvié su pregunta. No tenía ni energías ni ganas de enfrentarme a ella. Cerré de un portazo y me tiré en la cama a llorar.

No haber encontrado a la señora Hughes me ofuscó, me confundió, ¡no entendía lo que me quiso decir! Le daba vueltas y más vueltas, una y otra vez, así agoté mis sentidos. Me desesperaba cada nuevo intento para poner en orden sus palabras. Mi estado de nervios fue tal que, con manos temblorosas y dedos débiles que apenas podían sostener la pluma, las escribí, creyendo que a lo mejor cobraban un sentido que en mi mente no apreciaba. Fue en vano.

Todo era en vano.

Tendría que aprender a olvidarme de Killian. Aprender a estar alejada del hombre al que

amaba más allá de la razón. ¿Por qué no se lo dije en su momento?

—¿De qué te ha valido tu orgullo, estúpida engreída? —me grité.

¿Por qué no disfruté de su compañía? ¿Por qué el sino me lo arrebató tan pronto? Estas y otras cuestiones me asaltaron la mente, además de originarme horribles dolores de cabeza.

Al día siguiente de darle mi palabra a Thomas, no salí de casa ni supe nada de él. No así al segundo día. Por orden expresa de mi abuela tuve que acompañarla al pueblo. En la plaza, nuestra presencia levantó expectación. Mientras que mi abuela los ignoraba, yo me sentía estudiada; los que antes me miraban como a un bicho raro habían cambiado su comportamiento por la pena y la compasión. Había quien a mi paso negaba con la cabeza, ¡ni hubiese llegado mi hora! Una de las beatas que jamás se había acercado a mí nos reveló que Thomas las reunió a todas para contarles la buena nueva, mas ellas desconfiaban de la noticia. «Ese hombre no está cuerdo», nos confesó a media voz. Incluso la mujer del tabernero nos refirió que lo había celebrado en la taberna y que los allí presentes se chancearon de él. Mi abuela hacía caso omiso, aunque, de regreso, me hizo saber su opinión otra vez.

—Eres tan torpe que desobedeces los deseos de tu padre. ¿Se puede saber qué aire te ha dado? Ya puedes ir deshaciendo este entuerto.

Me mantenía callada, no podía contarle lo que había presenciado, me llamaría loca. Delante de ella ya había optado por guardar silencio, llorar a solas, así no me vapuleaba con sus constante retahíla de reproches. Si ya sufría por el impulso de aceptar a Thomas sin haber en mí un ápice de cariño por él, ella incrementaba mi aflicción y, lo que era peor, yo me consideraba mala persona. Discerní en aquellos momentos que, por mi propio bien, mi único refugio serían los recuerdos de Killian; su voz concentrada al explicarme algo; la fortaleza de su cuerpo; lo segura que me sentía a su lado...

En la puerta de casa, cual fantasma, lo tenía delante. A él, a Alfred y a los perros. ¿Era una visión? Si así fuese, y hubiese perdido por completo la cordura, no querría volver a la realidad. Ahí estaba, con el pelo alborotado, más ondulado; se había dejado crecer la barba, le confería un aspecto más rudo, tampoco disimulaba sus entristecidas facciones: ojos caídos, mirada cansada, resultado de sus evidentes ojeras, su boca inexpresiva. Me dio la impresión de que estaba más delgado. Su modo de vestir era más desaseado con las botas de montar y los pantalones sucios de polvo, camisa colgando, chaqueta larga y abierta. Era un Killian al que no estaba acostumbrada. ¿Podría ser que esta separación lo afectase como a mí? No, no, él reconoció que no me amaba. Todo sucedió de manera lenta: nuestra presencia provocó que mi abuela y Alfred compartieron unas palabras.

—Sir Blackstone, no hace falta que espere...

—Me quedo —contestó de inmediato.

Entraron en casa, dejándome a solas con él.

—Hola, Josephine —dijo con la voz apagada.

Qué bonito sonaba mi nombre al ser pronunciado por él.

No pude mirarlo a la cara. Era una cobarde, sí, pero si alzaba la vista sabría que me lanzaría a su cuello, de ahí que optase por permanecer cabizbaja. Me dolía percibirlo tan dentro de mí.

—Hola —le respondí.

—Me he enterado de tu compromiso con Thomas. —Un gruñido se frenó en su garganta. Nunca antes me había estremecido ese ruido—. Me alegro, has hecho una buena elección.

—¿Para quién? —musité, enjugando las lágrimas.

—Por nosotros dos.

—Señor, ya he terminado —anunció Alfred con su tono inexpresivo de mayordomo. Lo echaba de menos a él, a todos, a Blackstone Hall—. Gracias, señora Swan. Tenga buen día, señorita Morgan.

Vi cómo sus pasos lo distanciaban de mí, lo llevaban de vuelta a la mansión. Para mi asombro, uno de los perros, Jeremy, lo supe por las tonalidades de su pelaje, se me acercó, lloriqueando, me golpeó con el hocico; quería que lo acariciase. Mi mano voló sola a la vez que mi alma desfallecía a causa del dolor que portaba. En cuanto entramos en contacto, el animal compartió mis lágrimas. Jamás imaginé vivir algo tan insólito. Killian le silbó para que se marchara.

—Adiós —me despedí.

Exhausta, me disculpé ante mi abuela y me confiné en mi alcoba. Caí de rodillas al suelo con la boca abierta. No emití ningún ruido, pues el grito se ahogó en mí. Ese breve encuentro me dejó sangrando por dentro, me sumergió en un calvario que me transformaba en un ser insignificante y feo. Ya no percibía los latidos de mi corazón, en su hueco solo había dolor, porque me lo había arrancado. «Me alegro, has hecho una buena elección», esa frase era una lanza que me atravesaba al igual que una aguja en la tela. Ese encuentro provocó, además, que el reloj se ralentizara y el día se prolongara. La noche se tornó infinita, mientras yo agonizaba.

Mi abuela decidió tomar las riendas de la situación. Durante días mantuvo a Thomas a raya, alejado de mí. Fue una decisión correcta. Él no se daba por vencido, insistía en aparecer. No quería estar con él. Seguí en mi encierro, llorando y, a veces, me permitía cerrar los ojos. No supe si dormía profundamente o me aletargaba, de lo que sí estaba segura era de que Killian me visitaba en sueños, lo que avivaba el dolor del desengaño y cuya cicatriz perduraría hasta el día de mi muerte. Ser consciente de ello me hizo ver la realidad: perder la posibilidad de ser feliz junto a Killian sería una mancha permanente en mí.

A los tres o cuatro días, no lo sabía a ciencia cierta, ya que había perdido la noción del tiempo, Thomas apareció y se autoinvitó a cenar sin importarle las protestas de mi abuela, alegando que pronto serían familia. Bajé sin arreglarme. Él ni se fijó, ni se preocupó, solo se dedicó a contar lo que le vino en gana y a decir que todo el pueblo le había dado la enhorabuena. Dudaba de esa afirmación. Durante toda la cena, mi abuela hizo grandes esfuerzos para no perder la cortesía, él mantuvo una histérica alegría y yo, bueno, yo guardaba silencio.

—La rectoría necesita de la mano femenina y sé que mi estupenda mujercita hará un buen trabajo. No se preocupe por nada, señora Swan —cortó a mi abuela que iba a pronunciarse—,

vendremos a visitarla, también sepa que nos podemos ver en misa.

—Prefiero estar sola que mal acompañada. Lo que iba a recomendarle es que no hable tan rápido, pastor, se va a atragantar y no va a llegar al día de su propia boda.

—¡Es verdad, querida! —Omitió el comentario sarcástico de mi abuela, que a Killian le haría gracia—. No hemos fijado el día del enlace. ¿Has avisado a tus padres?

—No se preocupe —se me adelantó mi abuela—. Fijen el día que yo me encargo de comunicárselos a mi yerno y a mi hija.

—Una pena que no pueda viajar a Oxford, con lo que me gustaría ir a la ciudad.

—Sí, de verdad, una pena muy grande —la ironía de nuevo. En mi oído escuché la carcajadas de Killian.

—Puedo ir yo...

—De eso nada, tu sitio está aquí, a mi lado. Nunca viajarás sola, te lo prohíbo.

«Killian no me lo prohibiría, vendría conmigo», pensé.

—Pastor, una recomendación: delante de mí, no vuelva a tratar a mi nieta de ese modo.

—Es mi deseo...

—A día de hoy mi nieta no es nada suyo; es más, le recuerdo que este compromiso es inexistente, porque el señor Morgan no ha dado su consentimiento. Y dudo que lo haga.

Los miraba a ambos. Era una lucha muda en la que se retaban. Ella mantenía una frialdad que le era impropia; él contenía la ira, frunciendo el ceño junto con los labios, y rechinaba las muelas, percibí el sonido desde mi sitio.

—¿Qué quiere decir? —inquirió entre dientes.

—La mano de mi nieta le pertenece a otro. —Se levantó arrastrando la silla—. Ahora le agradecería que se marchara.

Sin decir nada, cogió y se fue. Yo no pude callarme por más tiempo.

—Abuela, ¿qué has hecho? —le reproché.

Ella se acercó a mí y agarrándome por los hombros me dijo:

—Te estoy dando tiempo, Josephine, reacciona, piensa bien lo que quieres y a quién quieres.

Tras aquella noche, el comportamiento de Thomas se tornó veleidoso y autoritario. Debía cumplir cualquiera que fuese su capricho, por ejemplo, ir todos los días a misa. Se había encargado de guardarme un asiento en primera fila solo para hacer ver, delante del pueblo, la relación que teníamos. A la finalización de cada servicio, se acercaba a mí con intenciones cariñosas. Yo me zafaba, ya que el encuentro con Killian, aunque hubiesen pasado bastantes días, había depositado en mí un poso de dolor que no desaparecía al no poder tenerlo a mi lado. No poder amarlo. Eso me roía, pues era lo que más anhelaba en mi vida, unido a declararle ese *te quiero* del que lo privé por mi testardez. Así, sucedió que, cuanto más asco sentía por Thomas, mi amor por Killian aumentaba. El afecto del amor, ese vocablo tan corto, tan fácil de pronunciar, se reía de mí en la cara. La confluencia de todos esos factores me empujaron a tomar una drástica decisión: si no podía tener una vida al lado de Killian, no la tendría con ningún otro hombre. En

un breve lapso, Thomas me retiró parte de su confianza ante mis continuos rechazos, sin cejar en su empeño de buscar un ápice de cariño.

—¿Por qué me rehúyes, mujer? —Hacía media hora que el último oficio de ese viernes había terminado. Solo quedábamos nosotros dos en la iglesia.

Respiré hondo para afrontar la situación y apechugar con las consecuencias que yo sola me había ganado.

—Thomas, no quiero que me beses ni que te acerques.

—Estamos prometidos, no puedes cambiar ese hecho —recalcó aquella patraña.

—Mi abuela tiene razón, mi padre no te ha dado su permiso y nunca te lo dará.

—¿Es por eso? No seas bobalicona, hablaremos con él...

—No te tolera y...

—¿Y?

—Yo no te amo. Nunca he sentido por ti nada más allá de una amistad.

Una fugaz expresión de sorpresa le atravesó los ojos y dio lugar a otra más sombría. Di un paso hacia atrás para alejarme de él.

—¡Eres mía!

—No tengo dueño.

—Me has dado tu palabra y eso te convierte en mi mujer. —Una mueca desencajada le desfiguraba el rostro.

—No sirve de nada, Thomas. Mi padre le ha concedido mi mano a otro hombre, ese compromiso no se puede romper.

Para demostrarle que no había nada más de que hablar, me giré sobre mis pies dispuesta a marcharme.

—Blackstone —afirmó, pertinaz, entre dientes, apretando la mandíbula.

El ambiente en la iglesia se enrareció. Me volví y un aura peligrosa lo rodeaba; yo me estremecí, no sabía si por el miedo que me daba o por frío, ya que mi temperatura corporal había disminuido por los nervios.

—No debí darte...

—Tu abuela no es la que miente, eres tú. Me has utilizado, me has embaucado, te has chanceado de mí y de mis buenos sentimientos.

—Eso no es verdad, te aprecio como amigo.

—¡Me vas a someter a una humillación pública! —vociferó, iracundo. Se echó encima de mí, me agarró por los hombros y me zarandeó—. ¿Eso fue lo que te pidió Blackstone que hicieras?

—No. —Estaba asustada.

—Embustes, embustes y más embustes. —Me zarandeó otra vez—. Puedo ver que te has entregado a él.

Se separó de mí en un estado enloquecido. El odio que había exhibido en otras ocasiones reapareció de nuevo con mayor intensidad. Lo siguiente que hizo me sorprendió: me escupió en

los pies. La amenaza consiguiente se clavó en mí como una fría daga.

—Habéis jugado conmigo y me vengaré. ¡Fuera de aquí, pecadora!

—Abuela, ¿quién vino?

—La señora Willoughby —me aclaró sin levantar la vista de su labor.

Estábamos sentadas en la salita en una quietud que me sosegaba un poco. Hacía una eternidad que no la percibía así. También ayudaba el haberme desprendido de Thomas. Mientras ella tejía, yo contemplaba cómo el día se deslizaba a su fin a través de una serenidad apabullante, dando paso a la reina noche que ya tintaba las nubes. Detrás de ellas, la luna llena esperaba entusiasta por concederle luz a las sombras.

Ya hacía una semana de la discusión y de la subsiguiente amenaza de Thomas y, la verdad, después de haber tomado esa decisión, no me arrepentía de nada. Si años atrás me había mentalizado de que el matrimonio no estaba hecho para mí, volvía al mismo redil por motivos diferentes.

—¿Y qué quería?

—Darte la enhorabuena por tu compromiso con sir Killian. Como estabas arriba y no sabía si dormías, las acepté por ti.

«¡¿Cómo?!», chillé para mis adentros. ¿Qué había hecho? La boca se me abrió tres cuartos por lo que había revelado como quien hablaba de las últimas noticias del periódico vespertino. Lo último que quería era ser carnaza de chismorreos para la gente de Pluckley. ¡Anhelaba un poco de discreción!

—Pero...

—Ni pero, ni chispas. —De muy malas formas colocó en su regazo la labor y me mató con la mirada—. ¿Acaso es un embuste? ¿No le dio tu padre su permiso para que te corteje?

—Sí, bueno...

—De mis tres nietas, tú eres la más perspicaz. Siempre intuyes lo que puede haber detrás de una persona o una actuación y ahora eres una atolondrada. ¿A qué crees que vino Alfred?

Tuve miedo hasta de encogerme de hombros. Era cierto que su presencia me sorprendió, ya que durante mi estancia en Blackstone Hall nunca se ausentó. No sabía si tenía ganas de enterarme de sus tretas.

—Te pongo al tanto: vino a advertirme que sir Killian está muy mal desde que te dejó. —Esa afirmación le dio un vuelco a mi corazón—. Yo le dije cómo lo estabas pasando tú y llegamos al



acuerdo de que tomaríamos cartas en el asunto, viendo que vosotros no lo solucionáis. Eso nos llevó a revelar en público vuestro compromiso y dejar en entredicho al pastor Craven. Por eso, en la plaza, nadie se acercó a ti para celebrar la alegría del pastor.

—¡Abuela! —exclamé sin dar crédito. En ese instante, entendí su comportamiento de aquel día.

—No me mires con esa cara, el muy desabrido me lo puso fácil, ¿es que no lo sabes? —me interrumpió. Bufó a punto de perder la paciencia—. Claro, como lo vas a saber si apenas sales de tu cuarto. —Suspiró—. Las batidas han concluido.

—Sí, eso lo sé.

—En contra del zascandil del pastor —apuntó.

—¿Cómo? —Thomas no me había contado esa parte.

—Él arengó a los hombres a seguir vigilando los caminos, mas todos ellos tienen otras obligaciones: sus trabajos, atender a sus familias, las tierras; debían retomar la vida normal y más cuando no se estaba encontrando nada, ya que todos saben, menos ese badulaque, que los aullidos que se oyen son por causa del viento. Al pastor no le gustó y los maldijo a todos. Por eso ha perdido el favor de la mayoría de la gente.

Se me congeló la sangre en las venas. Jamás hubiese creído que nadie, mucho menos Thomas, llevase ese tipo de asuntos a extremos tan insólitos. No debía sorprenderme. Con él había vivido episodios para olvidar.

—Ahora voy contigo. —Tomó aire antes de continuar con su reprimenda y sarta de reproches—. ¿Cómo se te ocurrió darle tu mano a ese hombre?

Me mantuve en silencio.

—¡Defiéndete al menos!

—La desesperación. —Bajé la cabeza avergonzada. En realidad, fue más el miedo a Killian. Ese era mi secreto.

—Sabes perfectamente que a tu padre no le gusta el pastor Craven y vas tú y te ofreces a él. Por eso tramé este plan con Alfred, no quiero ver cómo mi nieta se hunde.

—No me hundo.

—¿A no? No pretendas engañarme, jovencita. Te conozco muy bien, Josephine, y jamás te he visto tan alicaída como desde que rompiste con sir Killian. Apenas comes, no duermes. —Fruncí el ceño, ¿cómo lo sabía?—. No me mires con ese gesto torcido, las sombras azuladas de tus ojos te delatan. No lees, algo que te apasiona, has roto con tu vida normal. —Chasqueó la lengua—. ¡Has perdido la felicidad!

Atrapada en un camino sin salida, me enfrenté con los pocos redaños que tenía.

—Era la mejor elección. Además, usted es la primera en recordarme siempre que me case.

—Sí, cierto, casarte con quien te conviene.

—Vale, abuela, ya está —le pedí.

—No he terminado. ¿Quién salía ganando? Tú, no —admitió con sorna—. La mejor opción era para él. Lleva persiguiendo a tu padre años, solo para forjar una amistad que lo coloque en

determinados círculos.

—¿En serio? —Nadie me había puesto al corriente.

—¡No te lo estaría contando si no fuese cierto! No me gusta ese hombre, Josephine. Tú eres un mero conducto que le permitirá codearse con aquellos que le faciliten el camino.

—Le conté lo acaecido en la iglesia, no debe preocuparse más.

—¡Gracias al cielo que te deshiciste de él! Los años que me queden entre los vivos, no estoy dispuesta a ver a mi nieta infeliz. Y qué decir tiene que a tu padre lo has salvado de un disgusto.

—Lo sé.

—Bien, pues abre los ojos de una vez: ¿no te das cuenta de que estás perdiendo al hombre que amas sin luchar por él?

¿Mi abuela qué era, adivina? Fuera lo que fuese no podía callarme más.

—¡No puedo estar con Killian! —le grité al fin, con la ansiedad fluyendo por mi sangre y golpeando en mi pecho.

—¿Por qué?

—Él... Él es... —¿Cómo podía explicar que era un hombre lobo?

—¿Porque es un hombre lobo?

*La venganza tan dulce a primera vista,  
¡qué amarga es al fin, pues que recae en el vengativo!*

John Milton

Aquella pregunta por su parte me sentó como un jarro de agua fría. De repente, este último mes de mi vida lleno se sinsabores y tristezas, lágrimas y penas, pasó delante de mis ojos ante el reconocimiento de mi abuela sobre la bestia. Me tapé la cara con las manos y rompí a llorar de rabia e impotencia. La inquietud que apesaba mi espíritu se apretó más. Había gastado mucho tiempo en comprender las palabras de la señora Hughes, que podían haber tenido respuesta en ella. Eso me empujó a limpiarme la humedad de la cara y a encararla con furia.

—¡¿Lo sabía todo este tiempo y no me lo dijo?! —la reprobé con razón.

—Estaba esperando a que te dignases a contármelo.

—Usted tampoco insistió mucho —espeté—. ¡No me ha contestado!

—Lo sé desde que era un bebé. Lo de su padre, sir William, y sus tres hermanos, ahora convertidos en lobos por decisión propia. Alferd también conoce el secreto de Blackstone House. Somos las únicas personas del servicio en disposición de él. Le juramos a sir William que jamás lo desvelaríamos y así lo hicimos. Solo se lo conté a tu abuelo y él jamás se lo dijo a nadie. La maldición que pende sobre ellos es real y seguimos trabajando sin importarnos quiénes eran o quiénes son.

—¿Por qué no me dijo nada? Me puede ayudar...

—Te equivocas —me interrumpió negando con la cabeza—. No te podía ayudar. Primero debías aclarar tus sentimientos por él, luego asumir que lo amas. Creo que ya estás en disposición de salvarlo.

—Abuela, yo... —Sorbí por la nariz—. No sé cómo puedo hacerlo. ¡Es que no puedo!

Mi abuela se levantó de su asiento, colocó la labor encima de la butaca y se acercó a mí. Me abrazó fuerte, como de niña, luego, me tomó de las manos imprimiéndome valor.

—¡Claro que puedes! Solo debes retomar el camino correcto y ese está en dirección a Blackstone House, ese es tu hogar. Desde que os vi juntos, supe que tu lugar en la vida estaba a su lado. Sir Killian te pertenece como tú le perteneces a él.

Ahí erraba. El día que nos separamos, él me había dicho que no me amaba... No, sus palabras

exactas fueron: «Si con eso sé que te mantendré a salvo, es cierto, no te amo». Me estaba protegiendo, me estaba alejando de su parte animal que en noches como esa se descontrolaba y, para no causarme daño alguno, prefirió romperse el corazón. No quería perderme para siempre.

—Tú eres el cazador que romperá la maldición. Tu luna así lo indica y con el paso de los años lo has demostrado. La valentía es uno de tus rasgos característicos, la sacas para defender tus ideas, no te amilanas. —Negó con la cabeza, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te asusta una simple maldición?

—No es que me asuste, que sí, lo que no sé es cómo romperla.

—Según la leyenda, será con el amor verdadero. Tú lo amas, ¿me equivoco?

—Con toda mi alma.

—¿Y se lo has confesado?

—No.

—Ahí tienes tu solución: debes encontrar al lobo y confesarle tu amor por él.

El corazón me dio un brinco en el pecho, reactivando mi mente de tal modo que las imágenes de Killian fueron pasando en mi recuerdo, convergiendo en el precioso lobo blanco. La cadena tiró de nuevo por mí y la mano en la que estaba impreso el beso del lobo hormigueó de un modo casi mágico. Movida por un impulso, me solté de mi abuela para salir a la carrera, empero, unos ladridos fuera y unos arañazos en la puerta me frenaron.

—¿Qué sucede ahora! —exclamó mi abuela, resignada.

Acudimos a la puerta y, como una exhalación, Giles, el perro de la ceja enarcada, bueno, el hermano de Killian, entró en casa. Estaba muy nervioso, saltaba, ladraba con desespero y gimoteaba. No podía descifrar lo que quería transmitir, por eso, me acuclillé delante de él con la intención de calmarlo. Le acaricié la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo, Giles, ¿qué pasa?

Dos ladridos. Debía pensar rápido: si estaba en esa situación era porque algo había ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Es Killian?

Jamás imaginé lo que estaba a punto de presenciar: asintió con la cabeza. De súbito, un disparo rompió el silencio que procedía del exterior. El perro gimoteó.

—Giles, llévame junto a Killian, llévame a su lado —le pedí, impulsiva.

—Toma esta lámpara. —Mi abuela me la dio.

A la carrera cogí mi capa y seguí al animal.

Corrí lo más rápido que pude atravesando el camino hacia el bosque. Giles iba delante de mí. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo; ni siquiera me lo podía imaginar, ya que tenía la mente aturdida, confusa. A cada zancada, las lágrimas se me agolpaban en los ojos. Poco a poco, muy a mi pesar, se fueron derramando y volaban de mi piel debido a la velocidad de la carrera. En mi corazón, manando a través de mis venas, sentía la combinación de la magia, el amor y el deseo más vívida que nunca. Esa era la fuerza que se había acumulado en mí a lo largo de mi vida, que me había permitido seguir adelante y que nunca había podido explicar en voz alta: era el

vínculo que nos unía. Mi vida estaba ligada a ese hombre del que renegué. Por él debía luchar.

Al atravesar las lindes del bosque, me percaté de una extraña percepción: la naturaleza estaba demasiado estática, como si hubiese entrado en un estado de letargo. Era un mero paisaje oscuro, al cual la luna llena bañaba con sus rayos de plata, aunque, momentáneamente, las nubes que atravesaba la bóveda le ocultasen la faz, quedando todo en una mayor negrura. Desaparecía en segundos. Se oyó un nuevo disparo y una sensación de desenlace fatal me cubrió entera por ese peligro inherente que intuía.

Allí, en el claro del lobo, con la luna como único testigo, la imagen que vieron mis ojos fue terrorífica.

Killian en su forma animal estaba flanqueado por Jeremy y Frederic, que rugían en posición de ataque a un enloquecido Thomas, que los apuntaba con un arma de fuego. A saber de dónde la había sacado. El miedo ante aquella escena crecía dentro de mí como una bola que se iba acumulando en mi entrañas y que me mantuvo clavada en el sitio; se fue desenroscando sobre sí misma y pude reaccionar para tomar partido.

—¡Os voy a matar, criaturas inmundas! —bramó Thomas.

—¡No, Thomas! No lo hagas —le pedí intentando mantener una calma que me había abandonado.

—¡Claro! La que faltaba, la mujer que viene en busca de su endiablado amante. Cuando termine con ellos, te tocará pagar el precio de la mentira.

Los tres lobos rugieron. Giles permaneció a mi lado.

—Thomas. —Me fui acercando a él con las manos en alto, no me fiaba de su tenebroso carácter—. Thomas, no quieres hacerlo, eres un hombre de buen corazón.

—¡Debo exterminar a estas bestias del averno! —Falló otra vez. Estaba tan exaltado que no mantenía estable el arma.

Respiré.

Debido al ruido, una lechuza ululó al tiempo que aleteó en algún punto del claro. Dejé en el suelo la lámpara y mi capa para concentrarme solo en él.

—Son solo perros...

—¡Mentira! —vociferó, abriendo la boca llena de saliva—. Todos ellos son licántropos.

—¿Los has visto convertirse? —inquirí para ganar tiempo y pensar qué podía hacer.

—Lo he leído de la pluma de un sacerdote erudito en el tema.

—Es un tanto pueril tu acusación. Esos personajes no existen, solo están en los libros. ¿No te acuerdas que tú mismo me lo dijiste?

Aquello le hizo pensar. Entorné los ojos hacia los tres lobos: Killian y Frederic continuaban enseñando los colmillos, con el pelaje del lomo erizado. Jeremy se mostraba más tranquilo ante mí. Thomas me miró y sus mejillas se tornaron de un color granate.

—Me quieres engañar de nuevo, solo has venido a salvarlo a él. —Me apuntó. Los dos lobos dieron un paso adelante, incluido Giles, a quien le protegían las sombras del bosque, además del

silencio que aguardaba—. Solo te importa él...

—¿Él, quién? —me hice la tonta.

—¡Sir Killian Blackstone! —declaró.

—Thomas, ese hombre no está aquí. —Me encogí de hombros.

—Es él. —El arma voló de mí al lobo blanco—. Te tengo a tiro, animal del averno.

—¿Cómo sabes que detrás de ese lobo está sir Blackstone? —le pregunté otra vez.

—Porque la leyenda del lago se refiere a esa maldita familia y sé que en su propiedad hay uno, me escabullí y lo vi a los pies de una colina.

—Eso no demuestra nada, Thomas, solo explica la aparición del lago. ¿A qué viene tu odio por él?

—Su padre y él me privaron del dinero que siempre aportaban a la Iglesia, una suma considerable que me proporcionaba cierto nivel de ingresos. —«Les estaba robando», aquella declaración me dejó estupefacta, sin embargo, no podía pararme en ese detalle. Todos corríamos peligro—. El dinero les sobra y, ahora, me privan también de ti. —Volvió la vista hacia el lobo blanco, recargando el arma—. Si ella no es mía, no será suya.

En ese instante escuché la voz de la señora Hughes: «No permita que le dé caza antes que usted. No una su vida a ese otro, solo le reportará sufrimiento». Aquellas palabras, de las que no me había acordado, señalaban a Thomas. Debía proteger a Killian de él. Rápido, antes de que terminase de cargar el arma, cogí la lámpara y empecé a buscar algo que pudiera utilizar. Al lado de Giles había lo que parecía una rama caída. La dejé para sujetar bien el pesado madero. Me acerqué a él llena de rabia y con todas mis fuerzas le pegué en la cabeza. Cayó derribado al suelo. Verlo tendido inerte, ensangrentado, provocó que soltase las lágrimas que me había aguantado. Tenía la respiración alterada por el pavor a que le ocurriese algo malo a Killian o a alguno de sus hermanos.

Levanté la cabeza y frente a mí el lobo blanco me mostraba sus fieros colmillos. Depredador y presa. El corazón me latía tan desbocado que quería salirme del pecho. ¡Tenía que declararle mi amor! Eso debía hacer me costase o no la vida.

—Killian, soy yo —dije, dando un paso al frente. Él gruñó, me obligó a retroceder. Fruncí los labios, abrí las alas de la nariz y caminé hacia él—. Killian soy yo, Josephine. Soy Josephine.

Repetir mi nombre tuvo un efecto casi inmediato. El lobo me reconoció, lo que me permitió acercarme más, tanto que me arrodillé ante él. En sus iris azules, con esa beta marrón en su ojo izquierdo, vi al hombre que se escondía detrás del animal. Le cogí la testuz entre las manos y, mirándolo fijamente, seguí hablando.

—Soy yo, Killian —repetí entre lágrimas—. He venido a salvarte, no puedo vivir alejada de ti por más tiempo. Te he engañado, me he engañado, al no confesarte mis sentimientos. —Apreté mi agarre para que me sintiera, si eso era posible—. Te quiero —dije al fin y percibí la cadena moverse en mi pecho.

«Clic», ese pequeño chasquido resonó por todo el bosque, al igual que el disparo que le siguió.

En cuestión de segundos, un lamento de un perro me sobrecogió. Me giré y vi a Frederic malherido. El pelaje blanco de una pata estaba encharcado en sangre.

Thomas se carcajeaba histérico. Su rostro estaba desfigurado por una grotesca mueca de victoria.

Killian se deshizo de mi agarre, con tan mala suerte que perdí el equilibrio. Me caí de culo, impresionada: el lobo pegó un salto mostrando su majestuosidad, la belleza de su fuerza...

—¡No! —Mi grito hizo eco en todo el bosque y puede que en todo el pueblo.

Thomas disparó a Killian. Empero, esta vez, sus actos no quedarían impunes. Giles y Jeremy se abalanzaron sobre él.

—Josephine, Josephine, ayúdame. Ayúdame, Josephine, ¡van a comerme! —lloriqueaba—. Por favor, te lo imploro, ¡Josephine!

Ignorándolo, gateé hacia Killian. Sus gemidos de dolor me desgarraron el corazón. Lo abracé nada más estar a su lado.

—Killian, no, no cierres los ojos, no los cierres, por favor. —Desesperada, lo besé en el espacio que había entre ellos—. No me dejes, te amo —dije justo cuando los cerró—. ¡No! No te vayas... —Las lágrimas brotaban de mí furiosas por el dolor que me producía la idea de perderlo para siempre. Me abracé a su cuerpo para retenerlo conmigo—. No me dejes. Te amo —repetí.

De pronto, su cuerpo se encogió entre mis brazos. Me separé para comprobar qué sucedía. Los rayos de luna se reflejaban en su bello pelaje blanco como si se tratase de un espejo. Su brillo resplandeciente iluminó el bosque. Era cosa de magia. Una magia extraña que no podría explicar y que tomaba forma delante de mí. Rodeado por un aura fina y traslúcida, el lobo fue desapareciendo: el rostro de Killian se tornó visible a medida que el pelaje se transformaba en piel; sus extremidades resurgieron de las patas; las pezuñas se estiraron en falanges. Killian recuperaba su humanidad.

Una vez que terminó la metamorfosis, temerosa, no sabía si acercarme o no. En un impulso fui a junto él. Tenía los ojos entreabiertos.

—Josephine —pronunció mi nombre con voz débil.

—Sí. —Le tomé el rostro entre las manos.

—Josephine, estás aquí... —Perdió el conocimiento.

Me derrumbé a su lado.

No supe cuánto tiempo había transcurrido, mas yo seguía abrazada a él en el momento que alguien lo cubrió. Levanté la cabeza y vi a mi abuela.

—Abuela, abuela.

Me abrazó, consolándome.

—Ya está, ya ha pasado todo.

—¿Va a morir?

—No, Josephine, solo está herido.

*Ella velará por el lecho de aquel  
en quien su corazón se ha centrado,  
cuando a tal respecto la enfermedad  
se haya establecido en él.*

*Modos de comportamiento en el amor y el cortejo, 1850*

Lo siguiente que recuerdo es que Alfred, junto con otros hombres del pueblo, subieron el cuerpo de Killian a la parte trasera de un carro en el que ya reposaba Frederic. Nos permitieron ir a mi abuela y a mí con él. Solo un instante miré hacia atrás: otro grupo se encargaba de Thomas, que se había desmayado. Después de eso no supe nada más.

Al llegar a Blackstone Hall, el mayordomo ordenó llamar urgentemente al galeno aduciendo la verdad: el pastor había atacado a sir Blackstone. No me separé de Killian hasta que el señor Fox me lo pidió. Aun así, fueron mi abuela y Alfred los que me sacaron de allí cogiéndome por ambos brazos.

En el pasillo la luz de la luna brillaba y lo cubría todo con ese fulgor plateado, el mismo que había convertido en hombre a Killian. ¿Eso significaba que la maldición se había roto? ¿En la siguiente luna llena se convertiría? Solo había un modo de saberlo: que sobreviviera. Fui a la galería. El pasillo, aunque no era estrecho, me lo parecía y la sensación de ahogo iba en aumento. «Por favor, ayúdalo», alcé mi pensamiento al cielo, a ella, a las estrellas por si podían escuchar mi lamento. Con la vista clavada en el astro, percibí cómo un grito trepaba por mis entrañas y se incrustaba en mi ser. Era tan ensordecedor que, si pudiera salir de mí, me vaciaría los pulmones de aire. De hecho, me costaba respirar. ¡Era real! Tan real como que el reloj no corría, se había estancado para mi suplicio. Y el galeno no salía.

—Está tardando mucho, algo va mal, está tardando —musitaba, enloquecida.

Los nervios en esa aciaga hora, o más, me privaban ver una mínima esperanza; notaba la sangre más espesa que el agua, pero era increíble cómo, en tiempos de desdicha, el amor podía permanecer inmutable, inmortal. Sobrevivió a todo ese mes en el que, los dos, por lo que me había contado mi abuela, lo pasamos tan mal que nos resentimos y casi nos destruimos. Nuestros sentimientos sobrevivieron manteniendo la llama prendida del amor. Allí, frente a la luna, al fin discerní que aquella primera noche en el bosque chocaron dos mundos: el suyo noble, el mío no, y,



en vez de separarnos, nos unieron eternamente. «Estáis predestinados», había dicho la señora Hughes.

Me limpié las lágrimas que no había parado de derramar. Me sentí, de repente, agotada, mas debía permanecer en pie, no podía mostrarme débil ante la angustiada situación que estábamos viviendo. Rememoré, no supe por qué, una frase de Killian que me sorprendió. Durante aquellas semanas que habíamos estado tan unidos antes de la separación, charlábamos mucho, de diversos temas y siempre terminábamos tratando el mismo: el amor. «En cuanto al amor de pareja, va unido al tiempo y a la muerte. Como esta última, el amor te sobreviene de modo inesperado. No sabemos dónde encontraremos a esa persona; cuando ocurre, se inyecta en nosotros, nos corre por las venas y nunca más, por muchos envites que nos envíe la vida, podremos extraerlo, ya que nos ha horadado los huesos, y el tiempo que nos quede para vivirlo es un regalo. —Levantó una mano y me acarició con dos dedos la línea de la mandíbula». Pude percibir su roce al tiempo que una puerta se abría. Giré la cabeza. Del aposento de Killian salía luz. Fui a su encuentro.

—Doctor, doctor, ¿cómo está? —inquirí. Me retorció las manos aterrada, aguantando las lágrimas, nerviosa por lo que pudiera decir.

—Podemos estar tranquilos, la herida no es grave. —Suspiros de alivio sonaron en el pasillo—. La bala estaba superficial, aunque tuve que suturar. Una herida de ese tamaño no debería causar mayores problemas.

—Voy a informar al resto del servicio —anunció Alfred, con el rostro un poco más relajado.

—¿Está despierto? —quise saber, estirando el cuello para mirar dentro de su aposento.

—No...

—¿Por qué...? —Hipé—. ¿Por qué... Por qué no despierta? —El cuerpo me comenzó a temblar.

—No se ponga nerviosa, señorita Morgan, sir Blackstone debe descansar. No desespere, porque de todos mis pacientes es el que tiene una salud de hierro.

—¿Puedo entrar?

—Claro que sí.

Con paso vacilante, pasé. Fui hacia la cama con el corazón en un puño. Verlo tumbado, tan quieto, me quebró. Su rostro reposaba en una tranquilidad somnolienta; las líneas sinuosas de su rostro ocultas por la barba, juraría que más tupida, le conferían una oscuridad que no le correspondía; su boca, que tantas veces me había arrebatado el aire, no era la misma con los labios cuarteados; sus ojos cerrados le aportaban una mortalidad que me alarmaba. Tampoco ayudaba la mortecina luz que iluminaba la estancia, bastante parecida en la que yo había estado instalada. Era más austera. Arrimé una silla al borde de la cama, le cogí una mano y la besé. Los nervios sometían mi voluntad al yugo de la desesperación.

Lloré con amargura, a pesar del buen diagnóstico del galeno.

Alfred y mi abuela entraron en el aposento, detrás venía Jeremy que se acomodó a mi lado.

—Josephine, debes descansar, ha sido una noche intensa —me recomendó ella.

—No.

—De nada le valdrás si enfermas tú también —insistió.

—No me pienso separar de su lado.

No podía hacerlo y no lo hice. Toda esa noche lo velé en compañía de Jeremy y de la luna, cuyos livianos rayos se colaban a través de las cortinas y lo rozaban como si lo estuviesen curando, como si todavía no quisiera dejarlo ir.

En un arrebato de dolor, me senté en el suelo.

—He llegado tarde, Jeremy, creo que no he podido salvar a tu hermano... —ladró—. Te lo digo en serio. Lo siento, lo siento mucho —me abracé a él—. Debería haber llegado antes, declararle antes mi amor.

Miedo y culpa, eso era lo que sentía. Esas dos únicas emociones fluían por mi cuerpo al ver al hombre que amaba, inerte, o, entre la vida y la oscuridad con la que había nacido y lo mantenía alejado de sus seres queridos, alejado del mundo para guardar su secreto. Una lucha que, según la leyenda, yo comenzaba al capturar su amor, empero, él debía terminar de echarla del cuerpo. Ese pronóstico se le escapaba al galeno. No descansó. A lo largo de la noche, entre sueños, pronunció mi nombre. Acudí a su llamada, entonces comprobé cómo sus ojos se movían rápido detrás de sus párpados. Le agarré las manos para que supiera que estaba allí con él.

Lo hacía para traerlo de vuelta a casa.

Por eso sentía miedo. Miedo de perderlo y culpa por haberlo abandonado y no haber sido tan valiente como para quedarme a su lado, a pesar de que fuese un hombre lobo. No debí dudar de sus sentimientos ni de los míos por él.

Me sentía culpable, pues yo había propiciado aquella situación.

Solo esperaba que algún día esas dos emociones me abandonasen. Solo sucedería si Killian despertaba.

Al despuntar el amanecer en el horizonte, con los primeros cantos de los pájaros, Killian se retorció.

—Josephine, Josephine... —balbucía.

—Estoy aquí. —Creyendo que había despertado me senté a su lado. ¡Estaba ardiendo!

Asustada, salí y en el rellano de la escalera encontré al mayordomo que subía.

—Alfred, Alfred, avisa al galeno, Killian no está bien.

El hombre bajó disparado sin decir nada. La demora del galeno terminó de crisparme los nervios y me puse en lo peor: no iba a venir. Su presencia no me relajó, ya que, con una calma que no había apreciado el día anterior, lo exploró. Mi estado de angustia aumentó en lo que consideraba su parsimonia. Busqué a mi abuela. Necesitaba su apoyo más que nunca. Alguna que otra lágrima se me escurría de los ojos.

—El señor Blackstone está bien. Solo fue una pequeña subida de fiebre. Si persistiera y subiera más, háganme llamar. —Se dirigió a mí optimista—. De verdad, señorita Morgan, él está bien.

Quizás para ellos era más fácil, no habían estado en el bosque. Para mí eran las profundidades del infierno.

—Nada es imposible, señorita Morgan —me animó, Alfred.

El galeno me escrutó con su mirada profesional.

—Y, por favor, cuídese, no le será de ayuda a sir Blackstone si usted enferma.

Dicho lo cual, se marcharon. Mi abuela lo tomó como excusa para traerme.

—Jo, debes alimentarte...

—No, abuela. No tengo hambre, en serio.

—Tienes que comer —me riñó con los brazos en jarras.

—Vale.

Monté una pantomima para que creyese que había comido: mordisqueé algunos alimentos, manché los cubiertos. Revolví toda la bandeja. Realmente, ingerí unas cuantas migas de pan.

A la tarde, Alfred apareció con Frederic en brazos. Tenía toda una pata vendada. Se me rompió el corazón al recordar la valentía que tuvo al querer enfrentarse a un loco que casi les arrebató la vida a su hermano y a él.

—Creo que quieren estar juntos —alegó en defensa de los tres cánidos.

—No he podido salvarlos, Alfred. Quizás a sir Killian tampoco.

—Señorita Morgan, no se aflija. A estos tres muchachos no podría salvarlos, ellos tomaron la decisión de convertirse en lobos de manera permanente; el señorito Jeremy, si no lo hiciese, hubiese muerto, su salud no era buena para soportar las metamorfosis; Frederic y Giles no querían estar supeditados a la luna, querían vivir libres y solo podían lograrlo de este modo sin perder a su padre y a su hermano menor. Esa no fue la decisión de sir Blackstone, estoy convencido de que a él sí que lo salvó. —Asentí en silencio.

Colocó a Frederic frente a la chimenea en la que ardía un buen fuego. En cuanto salió por la puerta, me acerqué a él. Alzó la cabeza para intentar ojear la cama en donde estaba Killian. Ese gesto tan humano me ahogó todavía más en una profunda tristeza.

—¡Oh, Frederic! —Lloré arrodillada delante de él. Los horrores del arrepentimiento hacían mella en mí, como el cansancio—. Os pido perdón a los tres por mi testarudez, por rechazarlo. Debí admitir que lo amaba... —Me tapé la cara con las manos y, de nuevo, lloré.

Giles apoyó su cabeza en mi hombro. Lo miré entre lágrimas y vi cómo negaba, igual que había hecho la pasada noche Jeremy. Con ese gesto me quitaba la razón, me pedía que no pensara así.

Las horas pasaron lentas y rocé casi la locura. Para liberar tensión, a veces, andaba de un lado a otro del aposento. No supe cómo me fijé en que las manos, los brazos y algunas partes del rostro y del cuello de Killian estaban sucios. Tomando la iniciativa, llené la palangana con el agua de la jofaina, cogí una toalla y me dispuse a limpiarlo. La humedecí y la escurrí. Con mesura tomé su mano, que tenía una temperatura normal, no aquella frialdad a la que estaba acostumbrada. Le fui quitando algunos restos de suciedad. Mientras lo hacía, sentí la necesidad de declararme.

—Abre los ojos —le supliqué—. Te prometo que te contaré todo aquello que me guardé y no sabes. No me alejaré ni esquivaré tu mirada, porque mi sitio está aquí, contigo.

—Y el mío junto a ti —declaró con voz pastosa.

Pegué un brinco y, con el movimiento, empujé la palangana al suelo derramando toda el agua.

—Killian, Killian. —Me tiré sobre él para abrazarlo.

—Au —se quejó.

—Lo siento...

—No, no te separes de mí.

—No lo haré.

—¿Qué pasa? —Mi abuela entró en tromba en el momento que, al fin, Killian abría los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —Se cubrió la boca con las manos, luego se abrazó la cintura con una risa nerviosa—. ¡Alfred, Alfred! —llamaba al mayordomo a voz en grito desde el pasillo.

Unos pasos acelerados anunciaron al buen hombre.

—¿Qué...? —Entró con el susto en el cuerpo y, al dirigir una mirada furtiva a la cama de Killian, levantó su mano derecha en su dirección—. Bendito sea Dios. ¡Señor, bienvenido! —Exhaló tranquilo a la par que emocionado.

Las horas siguientes se pasaron volando, ya no solo por la nueva visita del galeno, sino porque Killian estaba sediento por saber qué había sucedido con Thomas. Fue Alfred el que nos contó que los hombres del pueblo lo habían llevado ante las autoridades y relataron todo lo que habían visto.

—¿Me vieron recuperar mi forma humana? —inquirió, temeroso, a la vez que seguía comiendo la cena.

—No, señor, llegamos al claro del bosque y lo que se vio fue que el pastor había atacado a sir Blackstone. El único animal herido era Frederic.

—¿Qué más?

—El bueno del pastor —dijo con ironía— se había desmayado por el asalto de Jeremy y Giles. Nada más despertarse, acusó a un grupo de licántropos de todo lo sucedido. No dejaba de repetirlo y el juez ha decidido encerrarlo una larga temporada en Bedlam. Sobre él penden varias denuncias de familias a las que acusó falsamente por no obtener los beneficios esperados de ellos. Verá que su secreto sigue a buen recaudo; por mucho que ese demente diga lo que diga, nadie le creerá.

Nos quedamos solos y, en silencio, sin que él me lo pidiera, le mullí más la almohada. Los nervios no me permitían un minuto de sosiego.

—Ven, siéntate. —Hice lo que me pidió, en el borde de la cama—. Debo contarte algo.

—No...

—Sí, escucha. Toda mi vida he estado rodeado de secretos. Los interioricé nada más llegar a este mundo. A causa de ellos me encerré en mí mismo, construí muros infranqueables que solo abría a aquellos que yo escogía, pero me enclaustraban y yo creía que me protegían de la decisión de mis hermanos de convertirse para siempre en lobos, del trágico final de mi madre... Sin embargo, me apresaban aún más en el pasado de mi familia, en sus males. A la sazón, apareciste tú. Te amé, amé tu precioso corazón desde el primer momento en que te vi y eso mismo era un

peligro, por eso te alejé. Ese fue el mayor error de mi vida, me moría por dentro al no tenerte.

—Eso me pasó a mí también —le reconocí.

—Jamás te dejaré marchar.

—No digas más...

—Te amo.

Colocó una mano en mi nuca, me acercó a él, nos miramos y, al fin, nos besamos. Ese beso fue de reconocimiento, de recuperación, ya que sentí que con él mi alma se curaba de todo lo vivido. Fue extraño el roce de su barba, no estaba acostumbrada.

—Quizá la maldición se ha roto...

—Lo veremos, tenemos toda una vida. —Me apoyé en su pecho, sitio en el que quería pasar el resto de mis días—. Debes afeitarte.

—Y tú casarte conmigo —musitó en mi pelo.

Levanté la cabeza asombrada por su afirmación.

—Sí —acepté sin dudar con el corazón tamborileando.

—¿Has accedido? —Él parecía más pasmado que yo y no, no fingía—. ¿Mi condición de noble...?

—Eso era una tontería, ya no me importa.

—Muy bien, señorita Morgan. —Aproximó otra vez mi boca a la suya—. El mes que viene —apuntó.

—Killian, en un mes no se puede preparar una boda —disentí para su impaciencia.

—No quiero nada fastuoso; tu familia, mis mejores amigos y ya.

—Con eso me llega —asentí.

—No quiero pasar un minuto más alejado de ti.

—Ni yo de ti.

—Dentro de dos meses, no espero más.

Nos volvimos a besar bajo el aleteo del amor sobre nuestras cabezas.

La cadena que me unía irremediamente a él tiró de mí. Sentí cómo cruzaba mi pecho y su ancla se depositó en el corazón de Killian. En ese instante, como si lo notase, gimió. Se separó de mí. En su mirada azul me vi reflejada y su beta marrón centelleó.

Él era mi principio y mi fin.

A la mañana siguiente, entre protestas, consiguió salirse con la suya para levantarse. Estaba harto de estar tirado en cama. Tuve que ayudarlo a vestirse, debía mantener inmovilizado el brazo izquierdo, lugar en el que tenía los puntos todavía frescos. Casi estaba listo, cuando Alfred llamó a la puerta.

—Señorita Morgan, ¿puedo hablar con usted?

—Claro. —Fui junto a él—. Los trabajadores esperan en el vestíbulo a sir Blackstone —me informó.

Los dos lo miramos. Se estaba calzando, ajeno a esa noticia.

—Dígales que ahora va.

Salió de la estancia con una sonrisa.

—¿Qué quería? —gruñó.

—Nada, asuntos de la comida. ¿Estás listo?

Se levantó y me ofreció su brazo, que yo recibí encantada.

—¿Le apetece dar un paseo con este tullido, señorita Morgan? —inquirió, burlón.

—No estás tullido, no seas exagerado —le rebatí, aguantando la risa. Era muy mal enfermo.

Él me regaló una de esas sonrisas sesgadas que me enamoraban con solo verla.

Por toda la casa se respiraba una tranquilidad que sosegaba el espíritu y alejaba los demonios del pasado. Los rayos del sol de agosto entraban por la galería concediéndole al pasillo una claridad casi impropia. Parecía que la casa había soltado el yugo que la ahogaba en la oscuridad. En lo alto de la escalera, Killian se tensó, me miró sin comprender, miró a toda la gente allí reunida, volvió a mirarme. Todo el servicio, incluidos Alfred y mi abuela, mozos de cuadra, labradores y a saber cuántas personas más llenaban el vestíbulo de Blackstone Hall. Todos prorrumpieron en un aplauso al verlo recuperado.

Killian y yo comprendimos que sin el amor no podíamos existir ni subsistir en la vida, pues en cada pequeño o grande paso había un momento impregnado de su color, su aroma o su sabor.

Blackstone Hall, más conocida en Pluckley como Blackstone House, construida para albergar un gran secreto, se alzaba finalmente luminosa entre las colinas para dar cobijo al amor de una familia, y sus pilares nunca se derrumbarían mientras hubiese alguien dispuesto a amar, a llenar sus paredes, sus pasillos y sus habitaciones con risas, gritos de juegos o miradas tiernas y apasionadas.

## Epílogo

### *Dos meses más tarde...*

La maldición se había roto. En la noche de luna llena del siguiente mes, no se convirtió. Yo misma lo acompañé al lago a sabiendas de lo que me podía ocurrir si se convirtiese. No lo hizo y nunca más lo haría. Nuestro amor había ganado.

«Dentro de dos meses, no es más», así lo anunciamos a nuestros invitados: por parte de Killian, eran sus dos mejores amigos, sir Pembroke y su esposa, Lady Helen, junto con Edward Marlow y su esposa, la señora Iona Marlow. Desde que los conocí se mostraron muy atentos conmigo. Las dos mujeres, risueñas, de conversación fácil, además de dulces, enseguida me acogieron con los brazos abiertos. Entre nosotras se forjó una rápida amistad, éramos de la misma edad, pensábamos parecido en muchos temas y no nos hizo falta decir que, en Londres, esos lazos se estrecharían más. Killian ya no tenía más motivos para esconderse en Pluckley. Mi familia y mi mejor amiga, junto con la suya, fueron las personas que reuní para ese día. Abrazar a Easter fue el mayor de los regalos que mi boda pudo traer. Hacía muchísimo que no nos sentábamos a charlar y ponernos al día con nuestras vidas. La correspondencia no era lo mismo, no podía escuchar su jubilosa risa ni leer entre líneas en sus silencios. Killian se ganó su afecto casi de inmediato, igual que con mis hermanas y mis cuñados. ¡Nadie quedaba indiferente a los encantos de sir Blackstone! Eso me gustaba.

Me sorprendió que viniese la tía Gertru en el último momento. Abandonó su confinamiento en la capital alegando que debía estar presente en el casamiento de su díscola sobrina.

Un enlace en menos de dos meses fue todo un reto para mis hermanas, mi madre y mi abuela. A pesar de que se celebraría en Blackstone Hall, los nervios reinaban en casa, sobre todo por mi atuendo: un sencillo vestido blanco (color escogido por la misma reina Victoria) con un elegante bordado floral que subía a lo largo de la falda. El conjunto lo terminaba el velo que utilizó mi madre en su boda, como mis hermanas, enganchado en el recogido del pelo por un pasador de plata con incrustaciones de piedras que Killian me había regalado. Había sido de su madre.

Al final, la fecha acordada llegó. Un bonito día otoñal en el que el manto de las primeras hojas caídas de los árboles eran una alfombra natural en tonos de marrones, rojos y naranjas. Un carruaje de Blackstone Hall nos llevó a mi padre y a mí a la iglesia. A la entrada, respiré hondo. Estaba a un paso del cambio más brusco de mi vida: iba a contraer matrimonio, lo que años atrás

ni se me hubiera ocurrido. Si me lo hubiesen dicho, me echaría a reír o pegaría tal bufido que alguien quedaría sordo.

—¿Nerviosa? —inquirió mi padre con una sonrisa tranquilizadora.

—Sí. —Tenía la garganta tan seca que no pude articular más palabras.

—No temas a los cambios, Jo. —Se volvió hacia mí y tomó mi rostro entre sus manos para imprimirme valor—. Nuestras vidas, nuestra existencia, se alimentan de ellos. No les temas, así no temerás las decisiones que tomes. Afróntalos con el coraje que te caracteriza.

Asentí en silencio.

—Y bueno, el único nervioso puedo ser yo, que entrego a mi pequeña —apostilló con conivencia.

El camino hacia el altar se me hizo más largo de lo que realmente era. No veía el momento de estar al lado del hombre que allí me esperaba, enfundado en un elegante traje negro. Nuestras miradas se tropezaron y ya no se soltaron; en muy pocas ocasiones lo hicieron, ya que esos iris azulados eran mi horizonte, mi infinito; eran el espejo en el que me quería reflejar siempre.

La ceremonia fue sencilla, corta, oficiada por el nuevo pastor, de cuyo nombre no me acordaba. Solo era consciente del ritmo frenético de mi corazón. Casi era lo único que escuchaba.

Al terminar, gente del pueblo nos esperaba a la salida, sobre todo, aquellos que trabajaban para Killian, a los que les había dado el día libre. Mientras todos los invitados regresaban a Blackstone Hall, nosotros hicimos una parada obligada en el camposanto. Fuimos a la tumba de su madre, allí deposité mi ramo de flores.

Salió todo a pedir de boca. Mi abuela y la tía Gertru se evitaron todo el convite. Fueron la comidilla de un dicharachero grupo integrado por mi padre, mis cuñados, al que se le unieron sir Pembroke, el señor Marlow y mi flamante esposo. En mi caso, los nervios y la ansiedad por la noche de bodas fueron haciendo mella en mí a medida que pasaban las horas. Durante los días anteriores, mis hermanas me hablaron de sus propias experiencias sin entrar en detalles, lo cual agradecí, pues de otro modo no podría haber mirado a sus maridos a la cara. Easter fue la que se implicó un poco más: «Si tu marido es un buen amante, te hará gozar en la cama».

Su frase me vino a la cabeza esa noche. No me atenuó la inquietud.

Estaba en los aposentos de Killian, que se convirtieron en los nuestros por expresa decisión suya. Las criadas se habían esmerado en decorarlo con velas; sobre la refinada ropa de cama habían esparcido pétalos de flores.

Hacía rato que lo esperaba, de pie, a un lado de la cama, con mi nuevo camisón de seda. Era finísimo, de color azul, tirantes y un provocativo escote que sugería, más que enseñaba. La impaciencia latía en mi sangre; caminaba de un lado a otro, sin embargo, el ruido de la puerta al abrirse me frenó. Era Killian. Se había despojado del lazo del cuello y del chaleco. Estaba descamisado, lo que me permitió observar el vello de su pecho. Froté las yemas de mis dedos entre sí, anhelaba acariciarlo. Él parecía haberse quedado sin aliento, se había quedado quieto y no hacía nada más que recorrerme con la mirada. De pronto, una lobuna sonrisa se dibujó en sus



labios. Acortó la distancia que nos separaba, descalzo; nunca lo había visto así. Debía acostumbrarme a esa nueva imagen de mi marido. Se inclinó sobre mí y arrimó su boca a mi oreja:

—Estás preciosa. —Atrapó el lóbulo entre sus dientes.

—Y... —Tragué con dificultad—. Y tú.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Nunca me cansaría de oírlo reír, de verlo feliz.

—Nunca me habían llamado precioso. Gracias.

Me besó.

Fue un beso largo, ardiente. En cuestión de segundos se convirtió en profundo. Él deslizó la lengua en el interior de mi boca, estimulando a la mía para que comenzase un juego, un baile de seducción que aumentó mi fuego interior y me sofoqué, haciendo que mis senos chocasen contra su fornido pecho. Sin separarse, enganchó entre sus dedos los tirantes del camisón y los deslizó por mis hombros. La fina tela cayó al suelo, a la vez que yo me agarraba a su cuello y mis dedos se perdían entre los mechones de su pelo. Él me rodeó por la cintura, pegando más nuestros cuerpos, con lo que me hacía partícipe de su abultada entrepierna. Abandonó mi boca para besarme la mandíbula, ir bajando lentamente hasta el cuello, donde se demoró. El temor del principio se convirtió en excitación. Amor y placer era lo que siempre encontraría entre sus brazos.

Alejó escasos centímetros la boca de mi piel y susurró:

—Eres preciosa. —Alzó la vista. Sus ojos brillaban a causa de la pasión y la veta de su ojo izquierdo había adquirido un intenso color marrón.

Su mano derecha ascendió por mi costado hacia mi pecho. Lo apresó con suavidad, con su dedo pulgar le estimuló el pezón delineando lentos círculos. Arqueé la espalda ante aquella excitante sensación que me hacía vibrar, desear más.

Perdí cualquier atisbo de vergüenza.

Un pequeño gemido salió de mi garganta al sentir una punzada de deseo en mi bajo vientre y despertó en mí una necesidad casi sobrenatural.

No me quedé quieta. La ansiedad de la anticipación, el anhelo, me pudo. Agarré su camisa y tiré por ella hacia arriba. Él, interpretando lo que quería, se terminó de desabrocharla y yo ayudé a quitarla. Contemplé admirada el pecho que tantas veces me había sostenido. Era fuerte, amplio, cubierto por un vello que le condecía una mayor virilidad. Extendí la mano, mis dedos temblorosos lo recorrieron inseguros. Él se estremeció bajo mi caricia. Saber que me deseaba tanto como yo lo deseaba a él fue lo que me permitió relajarme y perder el miedo. Incluso me pareció notar bajo su piel la cadena que nos mantenía unidos.

—Eres lo único que quiero, Jo —confesó. Su mirada regresó a mí.

—Y yo a ti. —Fue lo que se me ocurrió en aquellos instantes.

Me besó de nuevo más exigente. Recibí con gusto su lengua, que me rozó el paladar. Esa caricia me encendió. Me cogió en brazos y me llevó a la cama. Me depositó en el colchón, como si me fuera a romper, y se liberó de las últimas prendas que no nos permitían estar en pleno contacto:

los pantalones. Sus ávidos movimientos no me prohibieron regocijarme en sus torneados músculos o en sus estrechas caderas y asombrarme con sus atributos masculinos. Se me secó la garganta. Era magnífico en todo su esplendor.

Nuestras miradas se engancharon, no existía nada más que no fuéramos nosotros. Conocerlo me había cambiado la vida, ahí, atrapada entre el colchón y su cuerpo me entregué a él. Le confié mi alma, porque él era mi brío, mi hálito; cada latido de mi corazón le pertenecía.

Se tendió sobre mí y, en un arrebató pasional, le rodeé la cintura con las piernas, así no le permitía alejarse. Quería sentir su cuerpo sobre el mío. Me dio un liviano beso en los labios, en el mentón, en el hueco del cuello; de ahí su boca rodó a mis pechos. Succionó uno tras otro, mientras una de sus manos se coló entre nuestros cuerpos en busca de mi pubis. No me había percatado de mi propia humedad, ese detalle me ruborizó, a él no pareció importarle, pues introdujo un dedo en mi interior. Gemí de placer por esa pequeña invasión, nunca había experimentado algo parecido. Era indescriptible, solo tenía consciencia del mar de sensaciones que me producía aquel ritmo seductor en el que me hundía y del que no quería salir. Cerré los ojos completamente extasiada. Poco a poco, se tornó más intenso hasta explotar en un torbellino de placer que me dejó jadeante. Él recogió cada temblor de mi cuerpo con el suyo.

Me abracé a él casi desfallecida.

Sin haber recuperado el resuello, percibí cómo algo más grande y grueso se introducía dentro de mí con un fuerte empujón. Me sujeté a sus hombros, abriendo los ojos de golpe. Todo sucedió muy deprisa. Me tensé. Él dejó escapar un gruñido; de mi garganta se escapó un grito. Killian se irguió.

—¿Estás bien? ¿Te hice daño? —Me acarició los pómulos.

En su mirada había una mezcla de preocupación y ternura que me enamoró más. Acaricié las líneas de su rostro; limpié su frente perlada de sudor; alcé la cabeza, en ese instante, era yo la que lo besaba, demorando así la respuesta.

—No.

Comenzó a moverse lentamente. Aquella intensa fricción provocó que las emociones se tornaran a flor de piel. Estar unidos a ese nivel era más potente de lo que nunca había imaginado, mas tenía la impresión de que mi cuerpo lo recordaba.

El placer de tenerlo enterrado en mí era inmenso, sentir ese poder animal que todavía su piel desprendía me desinhibió tanto que, en un arrebató, mis manos le agarraron su terso trasero. Quería retenerlo. Eso le confirió mayor confianza y embistió con más urgencia. Aquel placer me consumía, a la vez que parecía que volaba entre sus brazos. El deseo nos dominó, nos dejaba más ávidos del otro; en ese estado alcé las caderas para recibirlo. Ese acto instintivo lo prendió más, incrementando el ritmo. Sus continuos embates eran cada vez más implacables, exigentes. Lo recibía con ganas. Era suya. Siempre lo había sido. Mis músculos se contrajeron ante la punzada de éxtasis que me cubrió entera, y la pasión contenida todos aquellos meses estalló. Arrastró a Killian, que, en breves segundos, se dejó ir con un gruñido. Aún encima de mí, pegó nuestras

frentes.

—Te quiero —declaró sobre mis labios.

Yo no respondí, no tenía energía. Estaba cansada con los músculos laxos. Aprecié su sonrisa en mi boca. Salió de mí y me arrastró con él. Puse la cabeza en su pecho, así oía los descompasados latidos de su corazón, a la vez que sus manos acariciaban mi espalda. Lo abracé.

— En los días que me queden, jamás te soltaré.

Fue lo último que escuché esa primera noche de nuestra nueva vida.

Fin

## Agradecimientos

¿Quién dijo que la escritura es solitaria?

El secreto de Blackstone House no vería luz sin la ayuda y el aliento de la gente que me apoyó a lo largo de todo este proceso.

A mi editora, Lola Gude. Me diste la oportunidad de crear esta historia y me proporcionaste las primeras pinceladas que me dirigieron por el buen camino, además, de todos los consejos posteriores. Gracias, siempre.

A Caroline March por la ilusión que demostró al contarle este nuevo proyecto y por su empuje.

En esto de la escritura tengo una gurú, Érika Gael. Tus sugerencias, apuntes y comentarios encauzaron esta historia que ahora ve la luz.

Altea Morgan apareció en mi vida a través de Twitter. Comenzamos a hablar de todo y, desde que le expuse la idea de esta historia, se zambulló en ella con gran interés, convirtiéndose en un apoyo a lo largo de muchos meses. Espero que de años. Lo que unió *El cuento de la criada* que no lo separe nada de nada.

Nieves Hidalgo, Adriana Rubens e Isabel Jenner. Pusisteis luz cuando acudí a vosotras con alguna duda, tendiéndome siempre una mano. Mil gracias.

Ivette Chardis. Gracias por toda la ayuda que me has ofrecido, por las recomendaciones que me indicaste para mejorar toda esta historia. No sabes lo agradecida que estoy.

También a Mariam Orazal que, arañando tiempo de donde no lo tenía, leyó esta historia. ¡Gracias!

A mis amigos, por su paciencia ante mis encierros, por su aguante a mis reiteradas negativas. Ante todo, por comprender que, a veces, vivo en las nubes.

A mi familia, pilar fundamental de mi vida.

Por último, a ti lector. Gracias por darle una oportunidad a esta historia.

## Nota de la autora

El germen de esta novela nació a mediados de la década de los noventa del siglo pasado. Una joven S. F. Tale estudiaba en el instituto y, en sus clases favoritas, como las de Matemáticas, se dedicaba a garabatear su libreta. De esas hojas iniciales, pasó a otro cuaderno dedicado a relatos que, por casualidades de la vida, estaba escondido al fondo de una de las estanterías de casa. Lo repasé toda una noche y vi la necesidad de reescribirlo. Así empezó esta aventura que me adentró en el siglo XIX inglés.

Lo primero que necesitaba era una localización que cumpliera con una serie de características: uno, la mansión de una familia pudiente; dos, una iglesia, y tres, que entre su historia local contase con alguna leyenda, de cualquier tipo.

Un tanto reticente, inicié mi búsqueda.

En pocos segundos tenía ante mí la localización perfecta: Pluckley, un pueblo en el que se aunaba todo lo que deseaba: una historia local muy nutrida, que superaba todas mis expectativas; la iglesia de San Nicolás, que era perfecta en todos los sentidos para Thomas; una familia pudiente, los Dering, que en su poder tuvieron un manuscrito que puede ser un original de Shakespeare; a mayores me aportaba una estación de tren construida en 1848. Por si todo ello no era suficiente, es el pueblo con más fantasmas de toda Gran Bretaña. ¡¿Qué más podía pedir?! ¡Era mi pueblo! Evidentemente, el Pluckley que recorre a pie Josephine no es igual al original, solo tomé aquellos datos históricos que necesitaba.

Si queréis más información sobre este pintoresco pueblo, aquí os dejo su página web: <https://www.pluckley.net/>

Para crear la trama del hombre lobo recurrí, antes de nada, a todos los libros de mitología (mi pasión) que tengo por casa. Recabé toda la información sobre la historia de la licantropía, empezando por el mito griego y pasando por la caza de los supuestos hombres lobo en el continente europeo que, como bien señala Killian en su explicación, se produjo hasta el siglo XVIII. Para mi historia me urgía saber si en Gran Bretaña había habido lobos. Los hubo, aunque también fue el primer país en exterminarlos. Todos los datos que Killian le da a Josephine sobre este tema son reales. Puede sonar raro, creedme no lo es; en el siglo XII, en el antiguo condado de Yorkshire, hubo un avistamiento de un hombre lobo. Sí, la realidad supera la ficción. Toda esta información me sirvió para desarrollar la historia de la familia Blackstone, a la que uní dos leyendas de Pluckley: la Dama Blanca y la Dama de Rojo.

En todo este mundo de fantasía se cuelan datos históricos: el primero, la crisis mundial que azotó a todos los países debido a la burbuja del ferrocarril; el segundo, el movimiento feminista que defiende Jo y que cobraría mayor fuerza en la década del setenta del siglo XIX.

Me encantó mezclar todos esos hechos reales con la trama de fantasía que aporta Killian. Solo espero que lo disfrutaseis tanto como yo.

S. F. Tale

Si te ha gustado  
*El secreto de Blackstone House*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Suculenta venganza*  
de *Mina Vera*



Prólogo

El reloj de pared del gran salón de la solariega casa de los Varela anunció las diez en punto de una fría y despejada mañana de enero. Como en una procesión, en silencio, con paso lento y cauteloso, los padres de Lucía la acompañaron hasta la puerta principal. Berardo la ayudaba con sus maletas, mientras que Candela empujaba el carrito que una vez, hacía ya treinta años, había pertenecido a su hija durante su más tierna infancia.

El taxi que la conduciría desde Mataró hasta Barcelona la esperaba ante el portón que daba paso al jardín delantero, donde uno de los vigilantes del equipo de seguridad aguardaba con la cancela entreabierta.

Hasta allí se dirigió la familia al completo. Cuando se detuvieron para una última despedida, a Candela se le escapó un pequeño sollozo y no pudo evitar abrazar a su hija una última vez. Lucía la recibió con afecto y la dejó desahogarse unos segundos mientras dirigía una significativa mirada a su padre.

—Cúidate mucho, cariño, por favor. Y llámanos —sollozó la mujer.

—Os llamaré a diario —aseguró Lucía. Besó a Candela en la mejilla y después hizo lo mismo con su padre, que mantenía un silencio hermético—. Aunque no vendré en algún tiempo. Es lo mejor.

—Lo sé, hija, lo sé —concedió su madre, con quien Lucía había mantenido interminables conversaciones hasta conseguir hacerle ver las razones de sus actos.

—Gracias de nuevo por hacer esto por mí. Sé que es difícil para vosotros, que os estoy pidiendo demasiado. Pero es vital que todo se haga tal como hemos acordado.

—Así será, te lo aseguro —fueron las únicas palabras de su padre.

—Llamadme ante cualquier contratiempo. Eso no lo dudéis.

—Lo haremos.

Entre el chófer y Berardo acomodaron las maletas en el taxi. Lucía volvió a besar a su madre y, con cierta renuencia, se acercó al carrito, echó un último vistazo y retocó ligeramente la mantita que cubría al pequeñín hasta el cuello, dejando apenas a la vista una redonda carita de grandes ojos cerrados.

Cuando el vehículo emprendió su camino, Lucía no miró atrás. Ese día sería el primero de su nueva vida. Tenía mucho trabajo por delante para conseguir que todos sus planes llegaran a buen puerto. No pensaba dejar que lo que Damien Tocqueville había hecho con ella y de ella volviera a condicionar su destino nunca más. Su captor, su falso marido, ya estaba muerto. Ella misma le había pegado un tiro en el pecho y lo había visto morir sobre un charco de sangre en el suelo del que había creído su hogar. Las pesadillas no habían desaparecido aún, pero él sí. Solo quedaba un cabo suelto para cerrar ese capítulo de su fraudulenta vida creada al lado del ser más vil y despreciable que ella hubiera conocido jamás. Atarlo no sería fácil, además sería muy peligroso tanto para ella como para cualquiera de su entorno. Sin embargo, llevaba casi un año trazando su estrategia. Nada podía fallar. Su propia vida dependía de ello.



\*\*\*

El guardia de la entrada de la prisión de La Santé de París miró boquiabierto a la mujer que cruzaba las puertas aquella mañana. No era la primera vez que la veía. Desde hacía meses, cada vez que coincidían sus visitas con su turno, tenía el placer de contemplar a semejante belleza. Daba igual que fuera veinte años mayor que él, como rezaba su documento de identidad. Alexia Tocqueville podría pasar de los cincuenta, pero se conservaba hermosa y cautivadora. Y ese día estaba absolutamente deslumbrante.

Había sustituido sus habituales ropas negras de luto por un vestido rojo que resaltaba sus curvas, su larga melena azabache y aquellos ojos verdes que lo atravesaban a uno con la mirada.

—Buenos días —pronunció con sus labios perfilados en carmín—. Vengo a ver a mi marido, André Tocqueville.

«Como si una sola alma en este infierno no supiera quién es usted y quién es él», pensó para sí el funcionario.

Dio aviso de su llegada y la hizo pasar a la sala común de visitas, donde varios hombres recibían también a sus familias en aquel momento.

Alexia tomó asiento y los miró de hito en hito, con un odio tan visceral hacia toda aquella chusma que a punto estuvo de estropearle el buen humor que la acompañaba aquel día.

Su marido no debería estar preso. Aquel lugar era indigno de él. André estaba hecho para grandes cosas y su cautiverio no hacía más que posponer lo inevitable. Pero ella iba a sacarlo de allí. Esa era la parte final de su minucioso y elaborado plan. Para lograrlo, tenía que dar antes muchos y complicados pasos. Nada que ella, su Estrella de la suerte, no pudiera conseguir.

«Puedes lograr todo lo que te propongas, mi Estrella de la suerte. ¿Acaso no me has conseguido a mí?».

Pensar en aquellas palabras que tantas veces le había repetido la sumió en la melancolía. El mismo día que se habían conocido, él la había bautizado con aquel apodo que le erizaba la piel cada vez que lo pronunciaba.

Ella era una cría de dieciséis años que vivía en los suburbios de París, en una casa desvencijada que solo ella se ocupaba de mantener limpia. Su padre, holgazán y borracho, vivía del miserable sueldo que cobraba su madre por jornadas de doce horas en una fábrica textil. Como se lo fundía en alcohol y, aunque su madre se negara a verlo, en prostitutas, ella había tenido que dejar de estudiar y ponerse a trabajar en lo único que encontró.

A través de un anuncio en el periódico donde buscaban a un estudiante como ayudante de reparto, desde los catorce años pasó sus días callejeando por París, sirviendo de recadera de un empresario que tenía negocios de todo tipo, muchos de ellos nada lícitos.

A Alexia le traía sin cuidado lo que contuvieran los sobres y paquetes que transportaba en su mochila escolar mientras siguiera cobrando su paga semanal, de la cual escondía la mitad bajo una baldosa de la cocina, detrás del cubo y la fregona que suponía que su padre jamás tocaría.

Su mundo cambió una calurosa tarde de verano. Al salir de hacer una de sus entregas en un edificio aún en construcción, donde solo tuvo que dejar el envío en un buzón sin tan siquiera hablar con nadie —aunque sabía que la estaban observando en todo momento— decidió tomar un autobús para volver a casa, pues el lugar estaba demasiado lejos y la temperatura era sofocante para ir a pie.

Sola en la parada, se sobresaltó al oír una multitud de sirenas. Se escucharon unos disparos en el interior del edificio y, poco después, varios hombres salieron y se desperdigaron en diferentes direcciones.

Un rezagado salió por una ventana y se acercó a ella cojeando. La miró un par de segundos y, al oír las sirenas demasiado cerca, le hizo un gesto con dos dedos en sus labios para que guardara silencio antes de esconderse entre una pila de escombros de la obra.

Las sirenas llamaron la atención de algunos vecinos de la zona, que se asomaron a las ventanas o se acercaron a curiosear. Un buen número de policías rodeó el edificio, y poco a poco fueron entrando casi todos. De los que se quedaron fuera, uno en concreto miró con sospecha entre los materiales de obra, levantando lonas y apartando palés de madera con un instinto que hizo que el corazón de Alexia se detuviera en su pecho.

Aún con los labios temblorosos por el contacto de los dedos de aquel joven tan apuesto que le había rogado con la mirada y un solo gesto que lo ayudara, levantó la voz para que el policía abandonara su escrutinio.

—Ha habido disparos y después un montón de gente ha salido corriendo. Se han ido por allí. — Señaló con un dedo la dirección opuesta a donde estaba el joven.

El policía la miró unos segundos, analizando quién era esa niña, qué hacía allí y cuánta veracidad podían tener sus palabras.

La llegada del autobús fue suficiente para darle credibilidad, pensó, ya que él dio aviso al resto y tomó la dirección que ella le había indicado.

Alexia solicitó bajarse una parada más adelante y volvió a pie al lugar. El joven sacó su arma al sentirse descubierto, pero la apartó al verla a ella.

—Están al otro lado del edificio. Algunos se han ido ya. Corre —le solicitó con prisas.

—No sé si podré correr —advirtió él mientras se ponía en pie.

Alexia vio la herida sangrante de la pantorrilla y se agachó de inmediato a limpiársela. Sacó de su mochila la cantimplora que llevaba todos los días junto con su almuerzo y le lavó la pierna.

—Es superficial —susurró, sin poder evitar admirar la complexión atlética del joven, que vestía pantalón corto de pinzas gris y camisa blanca, ambas de marca.

—La bala solo me ha rozado. Pero... ¡joder, cómo duele!

Alexia se quitó el pañuelo que llevaba a modo de diadema sujetando su pelo y lo usó para envolver la pierna del hombre y hacer un fuerte nudo que contuviera la hemorragia.

—Esto debería aguantar hasta que llegues a algún sitio donde puedan curarte bien. Pero deberías irte ya.

Él miró el vendaje y movió la pierna para comprobar que no se soltara. Después se agachó a su lado, mientras ella recogía su mochila.

—¿Cómo te llamas?

—Alexia —respondió, atrapada en unos ojos castaños que la miraban con gratitud y algo más que no supo identificar, pero que le produjo escalofríos—. Alexia Lorraine de la Croix.

—Alexia —repitió él, con una sonrisa que le robó el aliento—. Desde hoy eres mi Estrella de la suerte.

La muchacha tembló al sentir los labios cálidos de él sobre los suyos. Fue un roce leve, pero selló su destino para siempre.

—Gracias —le susurró y se alejó de allí corriendo con una leve cojera.

Alexia se había olvidado de preguntarle su nombre y se acabó convenciendo de que nunca más volvería a verlo. Pero cuán equivocada había estado.

Él la encontró en su casa. A ella la vergüenza la consumió al ser descubierta en aquel cuchitril, pero a él eso no pareció importarle mucho. El jefe de ella y socio de él le había dado su dirección, con la excusa de querer devolverle el favor de alguna forma.

La estuvo rondando meses, la llevó a sitios caros y elegantes, donde el dinero le restaba importancia a la evidente diferencia de edad, dados los diez años que los separaban.

Solo su madre sabía que un hombre la iba a buscar en su coche, en su moto... Y tenía la esperanza de que algún día la sacara de la miseria. Su niña era lista y guapa, no como ella, una inútil, como decía su marido tantas veces... Pero dudaba que este dejara que se marchara sin más, pues los ingresos extra que Alexia traía a casa le costeaban nuevos vicios.

Sin embargo, todo se apresuró el día que ella cumplió diecisiete años. No tuvo reparos en lucir los pendientes que André le había regalado. Y ese día su padre estaba lo bastante sobrio para percatarse de lo caros que eran.

Convencido de que le escondía parte del dinero que ganaba, revolvió toda la casa hasta hallar su escondite. El puñetazo que le dio en la cara la dejó inconsciente y con un ojo morado.

André había estado de viaje una semana, pero el ojo de Alexia no había mejorado mucho en ese tiempo. Su jefe le había prohibido trabajar con ese aspecto, y André no creyó la excusa que ella había alegado ante este: una caída por unas escaleras.

Prácticamente tiró la puerta abajo al llegar a casa de los de la Croix. Alexia no estaba, había ido a comprar comida. Cuando la joven volvió, su madre estaba limpiando las heridas de la cara de su padre, que ya no sangraban pero se estaban hinchando de forma notable. André estaba sentado en el sofá con una cerveza a medias en una mano magullada y dos maletas a sus pies.

—Tu madre ya ha guardado todas tus cosas —dijo André a la vez que se ponía en pie y miraba su rostro, en concreto, su ojo, con la mandíbula apretada—. Ahora tú decides si te vienes conmigo o te llevo a algún otro lugar. Pero aquí no vas a quedarte ni un segundo más.

Alexia no lo dudó, dejó caer las bolsas de la compra y corrió hasta él para hundirse en su pecho, conteniendo el llanto.

—No la busquéis. Alexia ha muerto para vosotros —exigió él y lanzó un fajo de billetes sobre el sofá del que acababa de levantarse para recibir a la única persona que había amado en sus veintisiete años de vida. La besó en la frente y dirigió la mirada a su madre, no queriendo mirar al hombre porque dudaba de poder contenerse más—. Si vuelvo a saber de él, lo mataré.

Desde ese mismo día dejó de ser Alexia de la Croix para convertirse en Alexia Tocqueville. Un año después, en cuanto cumplió los dieciocho, se casaron y él le pidió un único regalo a ella: quería un hijo, un futuro heredero del imperio que estaba comenzando a crear. Él le había dado una nueva vida y todo lo que pudiera desear. ¿Cómo no iba a ansiar complacerlo cuando nunca le había pedido nada a cambio más que estar a su lado y apoyarlo en sus negocios?

Deseosa de sentir un ser fruto del amor de ambos crecer dentro de ella, accedió y se propuso ser la mejor madre, como se había esforzado en ser la mejor esposa. Y tras dos abortos que supusieron para ella la peor etapa de su vida, finalmente tuvieron a su primer hijo, Damien. Poco después al segundo, Pierre. André la amó aún más por su fortaleza y por no rendirse ante lo que la naturaleza parecía querer negarles.

Desde que dejó de ser de la Croix, Alexia obtenía todo lo que anhelaba. Todo. Costara lo que costara y a expensas de quien fuera. Volver a estar con su esposo era lo que más ansiaba en esos momentos, pues recuperar a sus hijos era imposible hasta para el todopoderoso André Tocqueville. En su defecto, iban a cobrarse venganza por sus muertes. Y... algo más.

André llegó luciendo el horrible uniforme de prisión, pero tan apuesto y en forma como siempre, a pesar de tener más de sesenta años, que las arrugas surcaran su rostro y las canas sus cabellos. Aquellos detalles no tenían importancia. Pero sí hubo uno que llamó la atención de Alexia. No venía esposado por primera vez desde que estaba allí.

Al parecer, ella no era la única que traía buenas noticias.

—Mi Estrella de la suerte —le dijo nada más verla, provocando en ella la acostumbrada placentera reacción—. Estás exultante.

—No es para menos. —Su sonrisa creció hasta convertirse en una media luna horizontal—. Los halcones han visto cómo nuestra querida nuera abandonaba por fin su refugio. Y, ¿a que no imaginas qué parece haberse olvidado dentro? —añadió con una significativa mirada.

André miró a su alrededor para comprobar que ningún curioso los mirara. Tenía a casi todos los vigilantes controlados, pero siempre podía haber oídos indeseados en aquella sala de visitas.

—Tus sospechas eran ciertas. Eso solo puede significar una cosa —comentó sin mayor detalle.

—Ya no tengo dudas —le aseguró—. Y lo quiero. Debe estar conmigo. Con nosotros —se corrigió, estirando las manos sobre la mesa para alcanzar las suyas.

Él hizo lo mismo hasta entrelazar sus dedos. Cuánto necesitaba tocarla.

—Así será. Nadie nos lo impedirá. —La miró a los ojos con tal determinación que Alexia casi pudo sentir que aquello ya era realidad—. Es una maravillosa noticia que hoy vamos a poder celebrar a lo grande. A solas.

—¿De verdad?

—¿Acaso llevo esposas?

—No, pero de esto a los *vis à vis*...

—Ha llevado tiempo, pero tengo a varios funcionarios pillados por los huevos. Mi parte del plan va viento en popa —se congratuló, satisfecho.

—El mío ya está rodando —susurró ella, disfrutando del contacto de aquellas manos.

—Siempre he podido contar contigo. Supe que eras mi destino desde el primer momento en que te vi.

—Y tú el mío.

Ardiendo con la sensación de la piel del otro contra la suya, André hizo una seña al guardia que lo había custodiado hasta allí y se encaminó con su esposa hacia la sala donde iban a poder tener la intimidad que se les había negado como un castigo especial acorde a sus delitos. Pero él tenía muchos amigos, muchos contactos, mucha gente que le debía multitud de favores y dinero. Solo había que tocar las puertas adecuadas e indagar un poco, y hasta el más puritano funcionario de prisiones tenía un punto débil. A él siempre se le había dado bien explotar los puntos débiles de las personas. Si bien el suyo era la mujer que iba a yacer junto a él tras más de un largo año de ser privado de aquel derecho marital que para André era una necesidad vital.

—Mi Estrella de la suerte —le susurró cuando llegaron al clímax—. Te juro que nos amaremos más allá de estas paredes, más allá de toda ley de Dios o de los hombres. Y el mundo volverá a ser nuestro.

## Secretos y amor en la campiña inglesa



Para la señorita Josephine Morgan no entra dentro de sus planes casarse. Tras un trágico suceso acaecido años atrás, se prometió a sí misma no entregarse a ningún hombre, mucho menos entablar alguna relación con un noble. Ha visto como sus sueños se truncaban por tener que cuidar a su abuela, que le recordará que su deber es contraer matrimonio. Todo cambiará cuando en su camino se cruce un misterio joven.

Sir Killian Blackstone a sus veintisiete años está convencido que su destino es morir solo. Sobre él pende un oscuro secreto familiar que lo mantiene encerrado en su mansión de Puckley, alejado de sus seres queridos, como de la vida social de la capital. Mas, una noche en el bosque, se encontrará con una muchacha que, en vez de alabarlo, arremeterá contra él sin amilanarse.

En ese instante, dos mundos opuestos colisionarán; deberán replantearse todo aquello en lo que creían y, además, deberán abrir el corazón, pues, a veces, las apariencias engañan.

**S. F. Tale** es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, S. F. Tale

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-66-4

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial





megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El secreto de Blackstone House

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Epílogo  
Agradecimientos  
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela  
Sobre este libro  
Sobre S. F. Tale  
Créditos